LEON
PALLIERE

DIARIO
DE
VIAJE POR LA AMERICA DEL SUD

CON UNA INTRODUCCION SOBRE LA VIDA Y LA OBRA DEL ARTISTA ILUSTRADA CON ACUARELAS GRABADOS Y DIBUJOS DESCONOCIDOS EJECUTADOS EN AMERICA Y EN EUROPA



EDICIONES PEUSER BUENOS AIRES

LEON PALLIERE

SU VIDA Y SU OBRA

LEON PALLIERE. Autorretrato (1869) *Gouache*



EL HERMOSO LIMOSNERO. *(Puerto de Valparaiso)* (Acuarela)

DURANTE el reinado de Da. María I se pensó en trasladar la Corte lusitana al Brasil, en vista de la importancia que había tomado la colonia; pero este pensamiento no se realizó hasta la regencia de D. Juan VI, como una consecuencia de la política napoleónica. La marcha del general Junot sobre Lisboa determinó la salida de la familia real portuguesa, que se embarcó para el Brasil el 29 de noviembre de 1807.

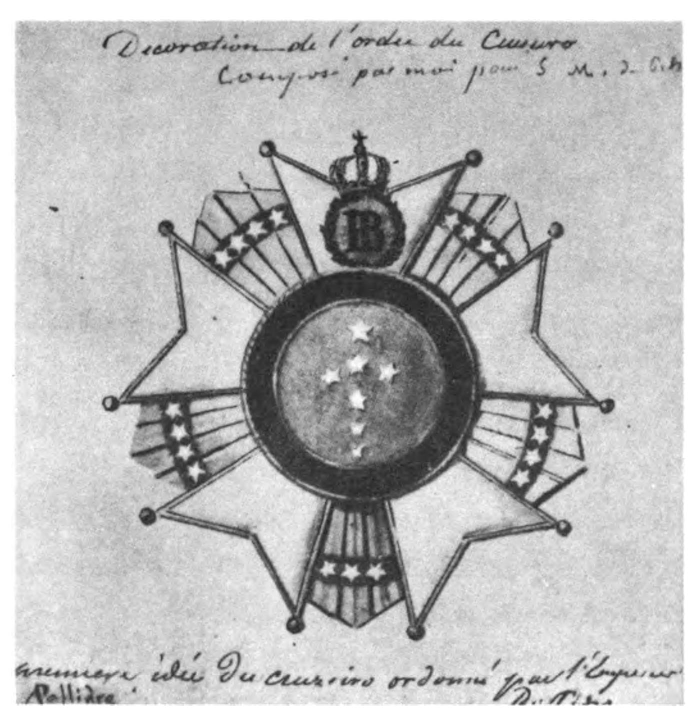
La presencia de la Corte en Río de Janeiro, instalada en el antiguo palacio del Conde de Bobadella, convirtió en metrópoli la capital de la colonia; y el 16 de diciembre de 1815 el Brasil era erigido en reino. Los trece años de permanencia de D. Juan VI importaron para el país una época de progreso material y cultural.

Entre los diversos establecimientos fundados entonces, figura la Academia de Bellas Artes de Río de Janeiro. El Conde da Barca, ministro de guerra en 1815, concibió la idea de llevar al Brasil un grupo de artistas franceses; y el 16 de enero del siguiente año se embarcaban en El Havre numerosos pintores, escultores y arquitectos, que tuvieron a su cargo los cursos del Instituto inaugurado en 1820[1]. Al frente de ese grupo de artistas, en que figuraban también técnicos industriales, se hallaba Joachin Lebreton, que como "Chef de Bureau" del Ministerio del Interior había contribuído a la fundación de los principales museos nacionales de Francia. Lebreton nació en Bretaña en 1760 y murió en Río de Janeiro en 1819.

Entre los componentes de la misión francesa hallábase Augusto Enrique Grandjean de Montigny, notable arquitecto y pintor[2]. Maestro de Arquitectura en la Academia, dejó destacados discípulos, entre ellos J. M. Jacinto Rebello, que edificó el palacio de Itamarati[3].

Grandjean de Montigny constituye la ascendencia artística de León Pallière por la rama materna; una hija suya, casada con Arnaud Julien Pallière, fué la madre de nuestro pintor, que por línea paterna descendía también de artistas; su padre, como su tío y su abuelo son reputados pintores bordeleses[4].

Otro artista francés que se radicó en Río de Janeiro fué Arnaud Julien Pallière, pintor de cámara de Don Juan VI. Nació en Burdeos en 1784 y murió en Río de Janeiro el 27 de noviembre



ARNAUD PALLIÈRE
Boceto para la Orden del Crucero

de 1862. Era hijo del pintor y grabador Jean Pallière. Estudió en el taller de Francisco Andrés Vincent, dedicándose, como su maestro, al género histórico y mitológico. Entre sus cuadros se destaca *Amour é mort de Epaminondas*. Expuso en el Salón de París en 1808, 1810 y 1812.

Fué a Portugal recomendado a la duquesa de Cadaval, que se hallaba en Lisboa, circunstancia que quizá motivó su viaje al Brasil, para donde se embarcó en el navío de guerra *Don João*, que llevó a la princesa austríaca Leopoldina Josefa Carolina, futura emperatriz, llegada a Río de Janeiro el 12 de noviembre de 1817. Sobre la actuación de Pallière en Portugal se ha ocupado el director del

Archivo Histórico de Lisboa, coronel Enrique de Campos Ferreira Lima, quien en 1931 publicó en la revista *Portucale* un artículo titulado "Un pintor franzes em Portugal: Armand Julien Pallière".

Don Anatole Collot adquirió en Burdeos, en 1926, un álbum de Pallière con varios trabajos del artista, entre ellos un dibujo con la siguiente leyenda: "Marsouin pris a bord du vaisseau de ligne le Don João, où était la Princesse d'Autriche à mon voyage au Brésil en 1817".

En dicho álbum figura también un retrato de la emperatriz, pintado en 1825, como así también otro de Don Pedro I, además de varias litografías que demuestran que Pallière fué el primer litógrafo de Río de Janeiro. Entre esas litografías existe una titulada: "Vista do Convento dos Barbonios de Sta. Teresa". Litografía da Rua dos Barbonios. Firmada: A. J. P.[5].

Tiene además el álbum una serie de estudios para condecoraciones brasileñas, habiendo Pallière dibujado la de la Orden del Crucero y la de Don Pedro I. En el Museo de Burdeos se conserva su cuadro *Sacre de Monseigneur de Trélissac*. En la colección de F. Marques Santos existe un retrato de Doña Leonarda Velho da Costa y sus hijas, pintado en Río de Janeiro en 1827. En poder del Dr. Jaime Sloan Chermont existe otro óleo suyo, que representa a su hijo León tomando un baño en la galería de la casa de su abuelo Grandjean de Montigny, en Gávea. En la colección Santamarina figura una pequeña tela suya en que aparecen tres niños entretenidos con un calidoscopio. Son sus hijos León y Pedro con su hermana menor[6].

Arnaud Julien Pallière contrajo matrimonio en Río de Janeiro con Agustina Elisa Julia Grandjean de Montigny, siendo León su hijo primogénito, nacido en dicha ciudad, en la calle de los Barbonios Nº 72, el 1º de enero de 1823, a las 9 de la noche. Al siguiente



JOVEN ITALIANA (1853)

día fué llevado a la Legación de Francia para ser anotado su nacimiento en el Registro Civil de los Franceses, desempeñando M. Layard las funciones de Oficial de dicho Estado[7].

Los nombres puestos al niño fueron los de Jean Pierre Léon; pero Pallière sólo usó este último, único también que le daban sus familiares. Su padre, en un testimonio del acta de su nacimiento, escribió: "Acte de Naissance de Léon Pallière mon fils aimé ne au Rio de Janeiro". Cuando Pallière ingresa como socio en la Sala de Residentes Extranjeros, en Buenos Aires, se inscribe únicamente con el nombre de León. En la cubierta del manuscrito del *Diario de Viaje* que se publica en este libro, uno de sus familiares escribió: "Voyage de Léon dans l'Amérique Espagnole". Las pocas veces que firma con sus iniciales, lo hace con el monograma L. P·; y en el epitafio de la tumba del artista puede leerse "Léon Pallière".



Llevado a Francia a los 7 años de edad, Pallière comienza a los 13 sus estudios artísticos. Francisco Eduardo Picot (1786-1868), discípulo de Vincent, como el padre y el tío de León, le abre en París las puertas de su taller. Picot gozaba de merecida fama; había obtenido el premio "Roma" de la Escuela de Bellas Artes, dándole derecho para estudiar en Italia. Vuelto a París, se le encargaron varias obras de carácter decorativo, entre ellas las de las iglesias de Santa Clotilde y de San Vicente de Paúl, que realizó en colaboración con Flandrin. Trabajó también en la decoración del Louvre y de



BAZEILLES Oleo (Museo de Burdeos)

Versalles. En 1836 reemplazó a Carlos Vernet en el Instituto. Los museos del Louvre y Versalles, de Amiens, Grenoble y Bruselas, guardan obras suyas, que se distinguen por la corrección del dibujo y la sobriedad del colorido, características que se encuentran también en Pallière, quien, además parece heredar la naturalidad y gracia de la forma, la veracidad y frescura de color de su tío Luis

Vicente León. Picot ejecutó el retrato del famoso trágico Talma, cuyo célebre abrigo recuerda Pallière en sus viajes por América.

Pallière abandona Francia en 1848, año en que viene por primera vez a Buenos Aires, en compañía de M. Galdon, con quien se encontrará diez años más tarde en las costas del Pacífico. Después de una corta estancia en esta ciudad se dirige a Río de Janeiro, donde ingresa en la Academia de Bellas Artes. Las actividades de la capital carioca eran intensas, realizándose importantes exposiciones anuales en las que vemos distinguirse a pintores vinculados con nuestro país, como Mauricio Rugendas, que en la Exposición de 1845 fué nombrado Caballero de la Orden Imperial del Crucero; o como Reymond Monvoisin, que se destaca en la Exposición de 1846, la primera a que se presentaba.

Hijo de un pintor de Historia del Gabinete de S. M., Pallière se inscribe en la Academia como alumno de pintura de ese género. En el quinto concurso, realizado en 1849, fué laureado y pensionado en Europa, ingresando en la Academia de Francia en Roma.

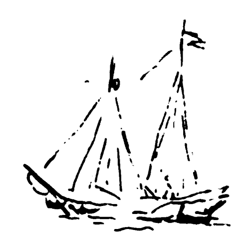
Durante su permanencia en la Villa Médicis, Pallière ejecutó decoraciones para los techos de la Academia de Bellas Artes de Río de Janeiro, consistentes en alegorías de las Artes plásticas. En el Museo de la misma capital se conservan las siguientes obras suyas: *Jesús en el Huerto*, *Danza griega*, *El fauno y la bacante*, *El centauro y la corza*, un *Descendimiento* y una *Piedad*, obras de sus años de becado.

Pallière disfrutó de su beca desde 1850 hasta 1855. En esta época visitó Marruecos, España e Italia. En una de sus libretas de croquis vemos varios hechos en Valladolid: el patio de un palacio renacentista, un aspecto de la iglesia de San Pablo, un interior de casa modesta, quizá su hospedaje. En Sevilla dibuja el interior de la Catedral y una hermosa reja plateresca; después, cabezas de



MARIA Valladolid. 1854

mujeres: María, Felice, Elisabeta... En Toledo traza con lápiz el retrato de Iginia Rodríguez y el de Magdalena Vázquez, quienes ponen su nombre de semianalfabetas al pie de los magníficos dibujos. Pasa después a Madrid, donde hace el retrato de su amigo Emilio Boyer, fechado el 28 de julio de 1854. Durante el viaje dibuja campamentos de gitanos y tipos populares, por los que se interesa especialmente, como una iniciación de su obra entre nosotros.



Terminada su beca en Europa, ya prorrogada por dos años para estudiar en París un nuevo procedimiento de grabado en relieve sobre acero, Pallière se embarca para Buenos Aires en 1856, para permanecer dos lustros entre nosotros.

La primera noticia de la presencia de Pallière en Buenos Aires se halla en *El Nacional* del 24 de abril de 1856: "Hemos tenido ocasión – dice dicho periódico – de ojear las carteras de dos jóvenes pintores de distinguido mérito, llegados recientemente y separados no ha muchos años del mismo taller en que trabajaban juntos en Francia. Mr. Gautier viene de Méjico y la Habana, por Copiapó y San Juan y Córdoba. Mr. Pallière de Roma, los Abruzos y Florencia, donde ha ejercido su pincel en la instructiva copia de los monumentos antiguos, las ruinas de Pompeya, los cuadros de los grandes maestros y las escenas de la naturaleza italiana tan artística y bella. Formarán ambas carteras juntas un viaje artístico por Europa y América, en que el viajero encontrará con placer re-



ESQUINA PORTEÑA (Acuarela)

presentadas las escenas, las costumbres y los cuadros que más le llamaron la atención..." "Mr. Pallière – agrega la noticia –, a más de algunos retratos encomendados, ha pintado una carreta cargada de lana, de las que vienen al mercado 11 de Septiembre, en cuyos conductores hay una fidelidad admirable de trajes y costumbres. Mr. Gautier se propone levantar una vista panorámica de Buenos Aires, como lo ha hecho en otras ciudades, con el ánimo de hacerla litografiar en Europa, persuadido de que allá como acá presentaría una vista de grande interés, ahora que con la cúpula de la Conva-

lecencia, el teatro, el muelle y los hoteles de Iraola y Llavallol, el frente de la ciudad se ha enriquecido de accidentes notables que varían y embellecen el conjunto." Esta vista panorámica de Gautier no se quedó en proyecto, pues la expuso quince días después en el Club del Progreso.

Un mes más tarde, *El Nacional* pedía a Pallière un juicio crítico sobre las obras que Franklin Rawson exponía al público. Dicha exposición estaba constituída por tres cuadros: "La hija de Cassote", alusivo a la época de Rosas; "La Cautiva", de Echeverría, y "El paso de los Andes", o sea "El salvamento operado en la Cordillera por el joven Sarmiento". La crítica de Pallière se publicó el 27 de mayo[8].

A principios de 1858 Pallière parte para Chile. Su viaje al Pacífico responde a los afectos familiares que siempre albergó el corazón del artista.

El 2 de marzo de 1858, Pallière se embarca para Rosario en el vapor "Primero Argentino". Es la etapa inicial de su viaje a Chile, extraordinaria aventura que revela al hombre de temple, ansioso de sensaciones. Todo lo anota en su *Diario de Viaje*, dejando muchas veces su cómodo asiento en el interior de la diligencia para ocupar un sitio al lado del postillón, lo que le permite contemplar mejor el paisaje, cuando no monta en uno de los caballos del relevo para emprender veloz carrera hasta la posta próxima.

Hace el viaje entre Rosario y Santiago de Chile en compañía del duque Guillermo de Mecklembourg-Schwérin, que lleva como ayudante de campo al barón Jorge de Brackenhein, con quienes traba Pallière una cordial amistad. Como los nobles alemanes viajaban de incógnito, el artista borró sus nombres en los originales del *Diario*, llamándolos simplemente D. Guillermo y D. Jorge, como ellos deseaban. En el camino hacen un pintoresco encuentro: la

BENJAMIN. Valladolid

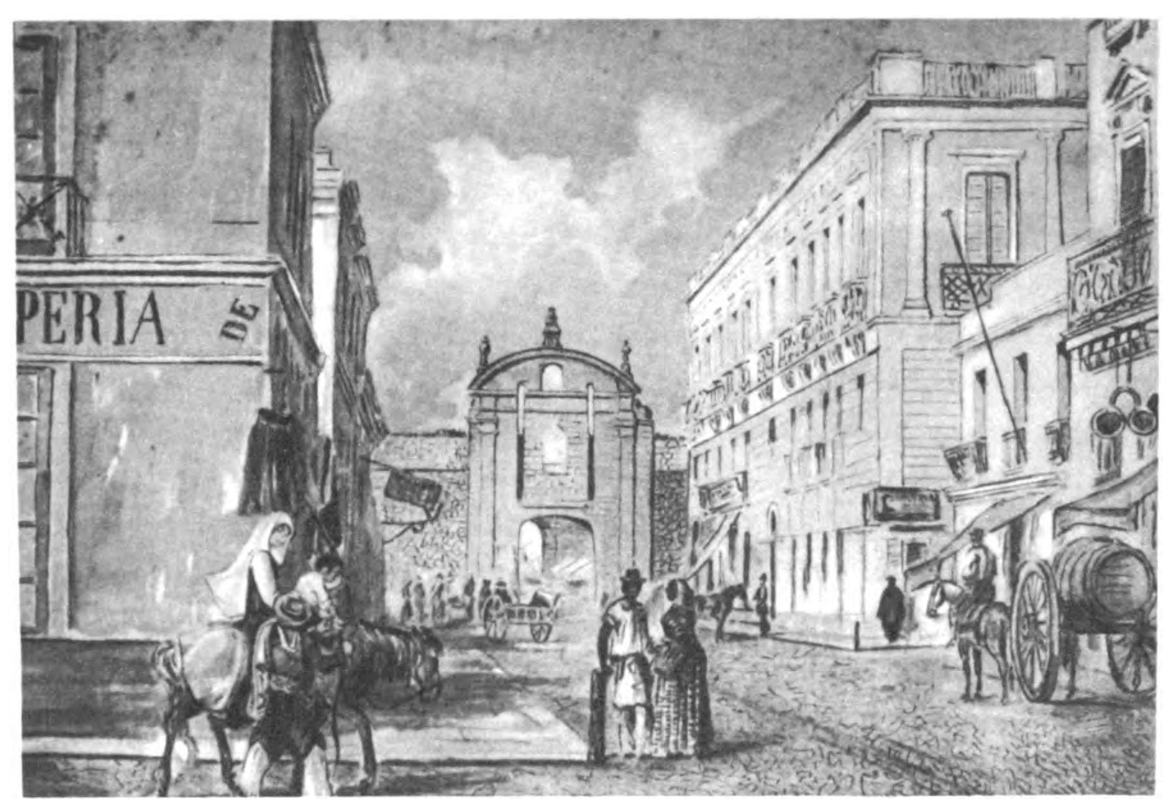
compañía lírica de Ida Edelvira, que venía a Buenos Aires, debutando en el Colón en abril de 1858.

En la descripción de este viaje se anotan agudas observaciones. Unas veces surge cierto suave humorismo; otras, la crítica y la desesperanza; pero todo lo domina el amor a la naturaleza y a esa tierra salvaje y fuerte que apunta como brote a la vida civilizada. La voluntad férrea de Pallière, que es todo un hombre, aparece a cada instante, y en medio de ese vigor, su pensamiento se forma en el espíritu de la más pura poesía. A veces surge, en la soledad de la extensión inmensa, su propia soledad. Entonces se decide, cual una seña vaga, algo así como el ansia de algo compañero que rompiese el eterno soliloquio de las largas rutas: la mujer esperada.

El 18 de marzo se halla en Mendoza. Hace algunos dibujos de la ciudad, destruída por un terremoto tres años después. Uno de estos dibujos fué publicado en 1861 por D. Damián Hudson en su folleto titulado *El terremoto de Mendoza, con una vista de Pallière, litografiada en colores por A. Claireaux, tal como fué Mendoza hasta 1860*.

Siempre en compañía de sus amigos alemanes, Pallière parte de Mendoza el 24 de marzo, llegando a Santiago de Chile el 29. Allí conoce al grabador y litógrafo francés Narciso Desmadryl y al general Benjamín Viel, antiguo oficial de Napoleón y guerrero de la Independencia. Hace también amistad con D. Benjamín Vicuña Mackenna, quien le obsequia su libro *Tres años de viajes*.

No es Santiago la meta de su viaje, sino Valparaíso, donde viven unos tíos suyos, los Geiger, radicados allí desde tiempo atrás. M. Geiger poseía una quinta en San Pedro de Limache, pueblo veraniego próximo a Viña del Mar. Pallière permanece con ellos seis meses, durante los cuales realizó numerosos trabajos y se vinculó con varios argentinos, entre ellos el bibliófilo D. Gregorio Beeche y D. Carlos Lamarca, secretario del Club Constitucional.



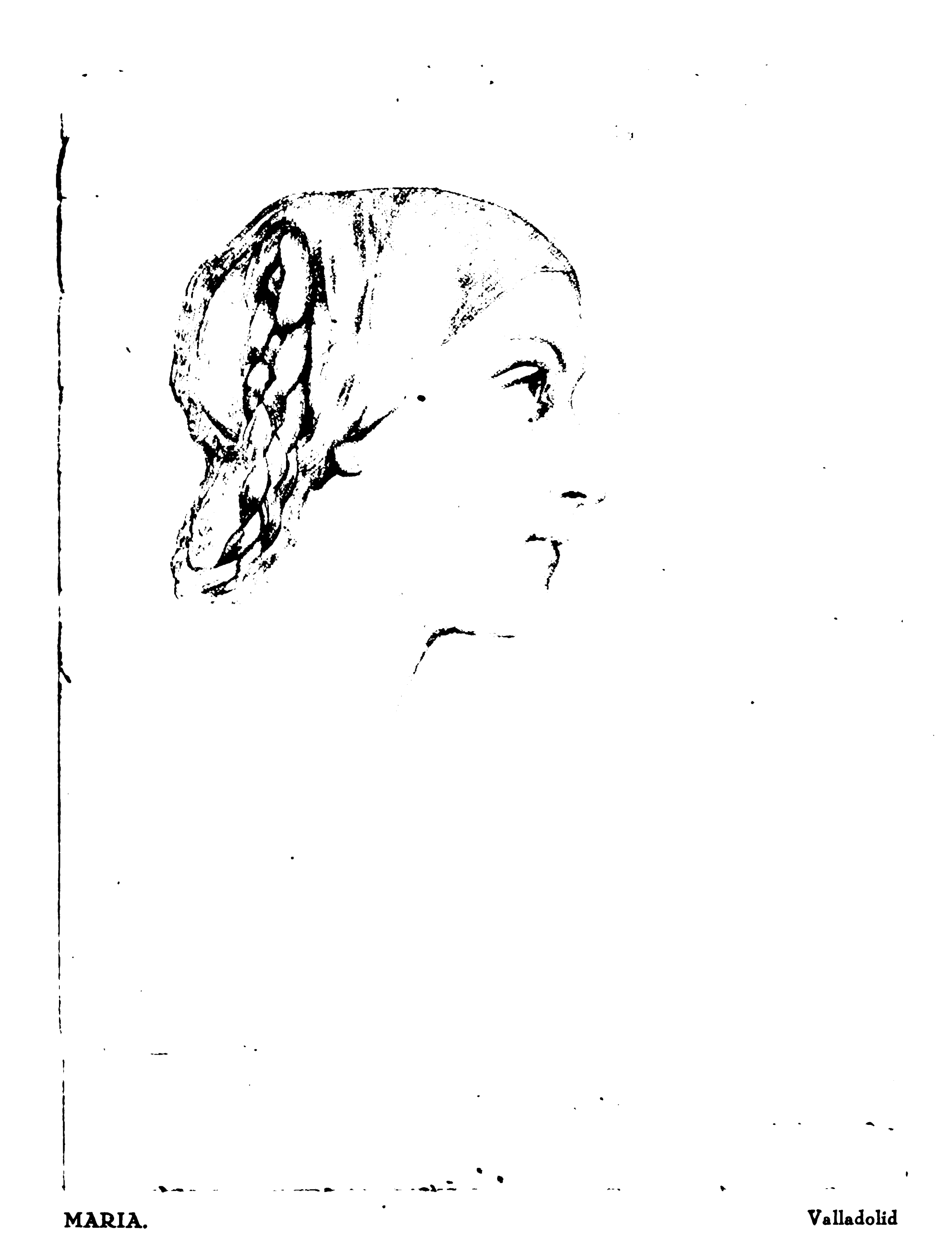
CALLE SARANDI Y PUERTA DE LA CIUDADELA. Montevideo (Acuarela)

Llegado el momento de regresar a Buenos Aires, la separación de sus tíos fué dolorosa. El afecto que unía a Pallière con los Geiger está reflejado en las siguientes líneas, que el artista no trasladó a su *Diario de Viaje,* que en muchas ocasiones es un diario íntimo: "Concluí mis maletas esta mañana. Estuve en casa de los Geiger; los abracé de todo corazón, y ellos lo mismo. Han sido muy buenos conmigo. Mi tía me ha dado un pequeño paquete que todavía no

he abierto. No he querido almorzar en su casa; estaba demasiado apurado y demasiado triste. Lo hice en el Café, sentado al lado de Vernion... M. Geiger vino al embarcadero. Le dije cuánto lamentaba dejarlo, sabiendo lo que él sentía a su vez; pero nada me respondió por lo emocionado que se hallaba". Para no hacer de nuevo el mismo camino, Pallière regresa a Buenos Aires por el norte.

El 16 de agosto se embarca para Cobija en un vapor inglés de la línea del Pacífico que hacía el servicio hasta Panamá. El día 20 fondeaba frente al antiguo puerto boliviano. "Aquí el viaje comienza a ponerse serio", escribe el artista. Efectivamente, debía cruzar el desierto de Atacama; pero también ver otros paisajes, otras gentes. El 5 de septiembre se halla en Salta. Tres días después parte en carruaje para Buenos Aires en compañía del general Dionisio Puch y del coronel Segundo Martínez. El 14 se encuentra en Tucumán, donde visita al Dr. Marcos Paz, gobernador de la provincia, para quien lleva cartas de presentación. Le admiran los naranjos y las mujeres: "No creo – dice – que en la República Argentina haya un lugar tan afortunado". Parte el 16, y el 19 se halla en Santiago del Estero, viajando al día siguiente. El 29 llega a Córdoba. Había hecho al galope las últimas veinte leguas. Sale de Córdoba el 1º de octubre. Se dirige a Rosario en una diligencia, llegando a su destino cuatro días después. "Al día siguiente – escribe – bajo por el río en un vapor; y, cuarenta horas después, estoy frente a Buenos Aires".

Ha sido una gran aventura renovada. La vitalidad espléndida de Pallière, traducida en asombrosa resistencia física, le permite realizar la hazaña. En el transcurso del viaje, rara vez decae su buen humor y jamás pierde – como buen francés de origen – el sentido de la cuidada mesa o de la minúscula copita de *fine*, saboreada como el licor del milagro en la hosca rudeza del desierto.



MARIA. Valladolid



Después de ocho meses de ausencia, Pallière se halla de nuevo en Buenos Aires, donde permanecerá diez años dedicado a su arte. El medio en que debía actuar no era hostil, ni siquiera indiferente, a las manifestaciones artísticas, las que incluso gozaban del estímulo y de la protección oficial. Así, mientras Pallière se hallaba en viaje, el gobierno de Buenos Aires organiza la primera exposición colectiva de bellas artes. Un decreto del general Mitre, fechado el 20 de julio de 1858, disponía lo siguiente: "Deseando el Gobierno que tenga lugar en esta ciudad una exposición de objetos de pintura y escultura trabajados en el país, cuyo acto espera producirá los mejores resultados en favor del estímulo y adelanto de aquellas artes; y siendo de conveniencia para el efecto oír la opinión de personas competentes, que propongan el modo de formar y demás que se requiera para la completa y mejor ejecución de esta idea, ha acordado nombrar una comisión compuesta de los señores Don Prilidiano Pueyrredón, Don José María Gutiérrez, Don Antonio Somellera, Mr. Dubourdié y Don Juan Bedat, la cual, bajo la presidencia del primero, se ocupará de examinar y discutir todo cuanto halle por conveniente a fin de fijar y elevar al Gobierno las bases que repute necesarias para el expresado objeto". Dicha comisión redactó un reglamento que, con algunas modificaciones, fué aprobado el 23 de marzo del siguiente año. Se titulaba "Reglamento para una exposición de Bellas Artes" y lo redactaron Gutiérrez, Pueyrredón y Somellera. La comisión redactora quedó con carácter de Comisión Directiva de la Exposición, bajo la presidencia del segundo de los nombrados.



MANIFESTACION CONTRA ENRIQUE IV. (Oleo) **Hôtel de Ville de Lorris**

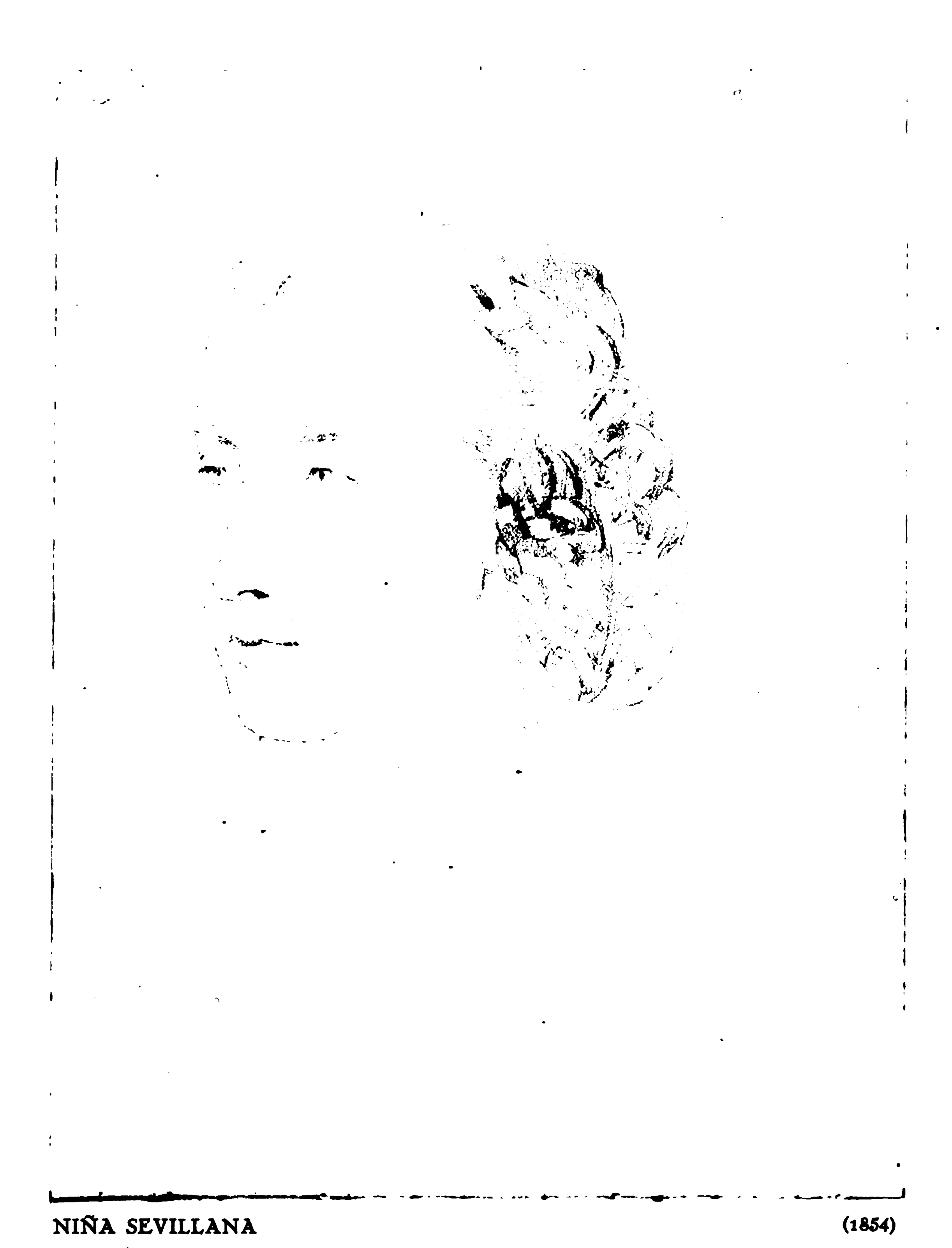
En 1864 – el 17 de marzo –, en la casa de remates de Balbin y Plows, una sociedad de jóvenes inaugura una exposición de pintura extranjera, compuesta por cien cuadros. El año 65 es notable si se piensa todo lo que en él pintó el gran maestro de la breve tradición pictórica argentina – Prilidiano P. Pueyrredón – y si recordamos a los que le acompañaban pintando: José María Gutiérrez, Franklin Rawson, Marcó del Pont, Ignacio Manzoni...

En ese mismo año se funda una Escuela de Bellas Artes en Belgrano, que cuenta con la protección del Gobierno, de la Municipalidad y de otras autoridades. Esta escuela publicaba un periódico trimestral titulado *La Escuela de Artes*. Lo redactaba el personal del establecimiento y se hallaba ilustrado.

Cierra la época en que Pallière vivió entre nosotros, otro acto oficial relativo a las bellas artes. El Gobierno de la Confederación, que realiza en Córdoba la primera Exposición Nacional (1870), no sólo se preocupa de las artes, sino que les asigna un lugar preferente en dicho certamen. El primero de los tres grupos en que se dividía la Exposición estaba dedicado a las bellas artes, subdivididas en cinco secciones: 1ª, Pintura al óleo; 2ª, Pinturas diversas y dibujos naturales; 3ª, Escultura y grabados en medalla; 4ª, Dibujos y modelos de arquitectura, grabados y litografías.



"No tengo apuro en partir, sino en llegar", respondía Pallière a quien le invitaba a demorarse un día en tal o cual pueblo durante



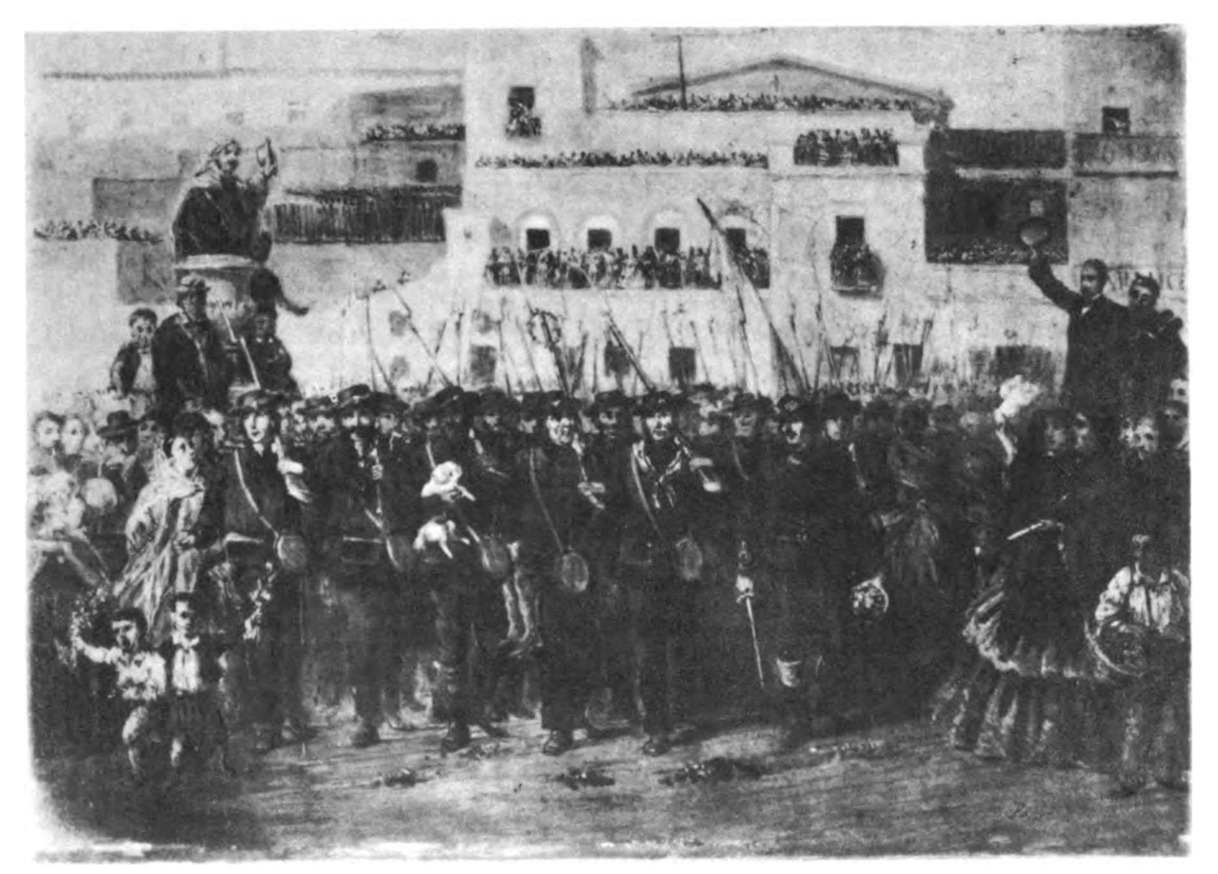
NIÑA SEVILLANA (1854)

su largo viaje. Tenía apuro en llegar a Buenos Aires. Aquí le esperaban ya amigos cordiales y fecundos años de labor. Desde 1855 existía una Escuela Normal, fundada por la Sociedad de Beneficencia en el Colegio de Huérfanas. Dirigió primero este importante establecimiento D. Gregorio Frers, sucediéndole más tarde la educadora norteamericana Inés E. Tregent. Por empeño de Da. María Sánchez de Mendeville, vicepresidenta de la Sociedad, Pallière dictó en dicha escuela clases de dibujo, como también lo hizo en su taller de la calle Cuyo, entre las de San Martín y Reconquista, frecuentado por muchos jóvenes, figurando entre sus discípulos el pintor Ventura Marcó del Pont.

Hombre distinguido y de vasta cultura, Pallière se relaciona con la mejor sociedad porteña, cuyos salones frecuentaba, siendo solicitado por las damas para llenar las páginas de sus álbumes.

Existen, sin duda, algunas diferencias en la obra de Pallière; pero fué un extraordinario acuarelista y dibujante, que lograba impregnar sus cuadros de profundo carácter. Pocos son los óleos del artista que se conservan en Buenos Aires, pero bastaría para su respeto más alto no sólo su tela *Camino del reñidero,* en la Colección Santamarina, sino también el estudio para este cuadro digno de figurar entre las bellas obras de la pintura francesa del siglo XIX.

Cuando nos muestra aquella tropa de carretas que describe en su *Diario,* el paisaje adusto se desarrolla en todo su esplendor salvaje. Vibra el color en las acuarelas de las escenas de campamento, con el rojo encendido de los uniformes y la llanura alargada hasta el horizonte, donde apuntan las carpas y vigila la recia lanza de tacuara con cuchillo en la punta. Se anima el dibujo, meticuloso unas veces, libre de trabas las otras, en la pareja donde el paisano lleva a la moza en ancas. Se hace distinguido, como su propio espíritu de caballero, en la fiesta social de la Legación de Francia, y define



EMBARCO DE LA GUARDIA NACIONAL PARA LA CAMPAÑA DE PAVON
Museo Histórico Nacional (Oleo)

el ambiente criollo y todos los ambientes de su fecunda aventura de señor y de artista, desde el amor del Plata hasta las turbulentas costas del Pacífico. Respetando la opinión de los que se han referido a la obra de Pallière — sin contar con la documentación que nosotros hemos analizado, ni con los croquis y dibujos de sus libretas de viaje —, podemos decir que el fundamento de sus obras fué la verdad estricta y hasta minuciosa ante el natural sorprendente.

Como acuarelista y dibujante, mucho trajo de Europa o de Río de Janeiro, aun cuando aquí – como él lo dijera – fuese la Academia donde se hiciera artista. El talento del pintor ante la naturaleza y bajo la práctica continua, no elevaron su arte; lo hicieron más ágil, únicamente, en la anotación inmediata. En la colección de obras de Pallière que posee D. Antonio Santamarina – pasan de 300 entre óleos, acuarelas, grabados, dibujos y croquis – puede apreciarse la amplitud y la belleza de la producción argentina de Pallière, tan rica en poesía y tan honda en sentimiento.

Instalado Pallière en Buenos Aires, puso una tregua de dos años a su actividad viajera; pero salía frecuentemente a la campaña para realizar la obra que nos ha legado. ¿Dónde tomó los tipos y costumbres de la provincia de Buenos Aires? El punto es interesante y creemos necesario esclarecerlo en estas breves notas biográficas, puesto que se trata de un artista que se caracteriza precisamente por su predilección por la vida de nuestra campaña.

Su radicación en esta capital se realiza por los días en que llegaban a Morón los rieles del Ferrocarril Oeste. En una de sus libretas de apuntes se halla anotado el horario de los trenes que salían del Parque para aquel punto. Sobre el antiguo camino del Oeste debían encontrarse los más típicos cuadros de la vida rural de Buenos Aires, pues ya el progreso comenzaba a borrar los que Pallière dejó documentados.

Un escritor contemporáneo de nuestro artista, que como él sintió predilección por la vida de la pampa, Santiago Estrada, halló también sobre el camino del Oeste sus temas literarios: "Quien haya galopado – dice Estrada en *La pulpería de campaña* –, dejando veinte leguas atrás el pueblo de Morón, pronto divisa a lo lejos un rancho, que ostenta en su caballete una banderita blanca, enastada en una larga caña". Veinte leguas más allá de Morón, siguiendo



CECILIA ARAÑON. Toledo

el camino de postas, se hallaba la Cañada de la Cruz o la Cañada del Sauce. Pero veamos cuánta semejanza existe entre la mencionada página de Estrada y un cuadro de Pallière: "En el interior (del rancho) se encuentra un hombre en mangas de camisa, con un frasco de aguardiente en la mano, esperando que concluyan los consumidores para volver a llenar los vasos. Algún amigo de confianza le acompaña; sentado sobre el mostrador, afirma su pie en el abierto tercio de yerba, mientras se estira para tomar un cigarro del *tirador* o saca fuego del *yesquero*... A poca distancia se divisa el *corralito* en que se encierran los *mancarrones* para *enlazar*, o se guardan durante la noche". No es, pues, arriesgado decir que el artista se documentó en ese lugar para componer sus escenas de la campaña de Buenos Aires, pues transcribiendo a Estrada podríamos comentar a Pallière. Sin duda, ambos, juntos, contemplaron lo mismo; la prosa viva de Estrada describe los cuadros que dibuja Pallière [9].

El 4 de abril de 1859, Pallière se hace socio de la Sala de Residentes Extranjeros. En los libros de esta institución desaparece poco después. Se hallaba de nuevo en viaje. El 21 de abril de 1860 se embarca para el Brasil. En mayo se halla en Paranaguá, de donde sale el día 30 camino de Santa Catalina, haciendo el trayecto por tierra. De vuelta en Buenos Aires hace rematar sus obras, anunciando un próximo viaje a Europa, que parece no haber realizado [10].

Remonta en 1864 los ríos Uruguay y Paraná, llegando hasta Misiones. Fruto de esta incansable actividad son centenares de dibujos, acuarelas y óleos, labor que el artista no quiere que se disperse, como lo desean también sus admiradores. Pallière resuelve reunirla en un álbum, que sería el más importante monumento de la litografía bonaerense, además de cerrar la serie de publicaciones de su género.



(Sanguina)

GAUCHO DESCANSANDO



Nuestra iconografía histórica costumbrista cuenta con una serie de publicaciones litográficas que documentan diversas épocas de la evolución fisonómica de nuestro pueblo desde la época de la Independencia hasta la organización política del país. Esa visión del siglo XIX la ofrecen, casi por lustros, artistas nacionales y extranjeros, encabezados por el pintor inglés Vidal, quien en 1820 publica en Londres sus *Pinturesque Illustration of Buenos Aires and Montevideo* [11]. Sigue a Vidal el litógrafo francés César Hipólito Bacle, que en 1835 publica su álbum de *Trages y Costumbres de la Provincia de Buenos Aires* [12]. En 1841, Carlos Enrique Pellegrini edita sus *Recuerdos del Río de la Plata* [13]. Adolfo d'Hastrel, oficial de la marina francesa, publica cuatro años después su *Album del Plata* [14]. En ese mismo año, Carlos Morel, emulado por la obra de Bacle, publica su álbum *Usos y Costumbres del Río de la Plata* [15]. Gregorio Ibarra publica en 1839 sus *Trages y Costumbres* [16]; y Albérico Isola, en su *Album Argentino* en 1845 [17].

En 1864 aparece el *Album Pallière. Escenas Americanas. Reproducción de cuadros, aquarelles y bosquejos.* Fué editado en la Litografía Pelvilain, Potosí 38. Durante quince días, a partir del 14 de abril, aparece en *La Tribuna* el siguiente aviso: "Album Pallière. Colección de cuadros representando escenas americanas, especialmente de la República Argentina. Aparecerán cuatro láminas por mes. Se suscribe a esta publicación en la librería de la *Victoria,* calle Florida Nº 56, en el almacén de pinturas de Fussoni, calle Cangallo Nº 99 y en la Litografía Pelvilain, calle Potosí Nº 38.

"Las cuatro primeras láminas – agrega el aviso – representa-



FELICE. Toledo (1854)

rán: La porteña en el templo, el asado, una invasión de indios y un río del Brasil. El formato será el de los libros en folio".

El mismo día inserta *La Tribuna* este comentario, bajo el título de "Album Pallière": "Una novedad más que nace a la sombra de la libertad que azota las sienes de la patria. Un adelanto más que viene a nombre de la cultura y del buen gusto de esta sociedad.

"El señor Pallière, que se ha conquistado ya un nombre entre nosotros por los dotes artísticos que lo distinguen, por la fidelidad con que reproduce las escenas de nuestra vida íntima de campo, el tipo y las costumbres especiales de sus moradores, nos anuncia, en el aviso que va en otro lugar, la próxima aparición de un periódico ilustrado que se llamará *Album Pallière*.

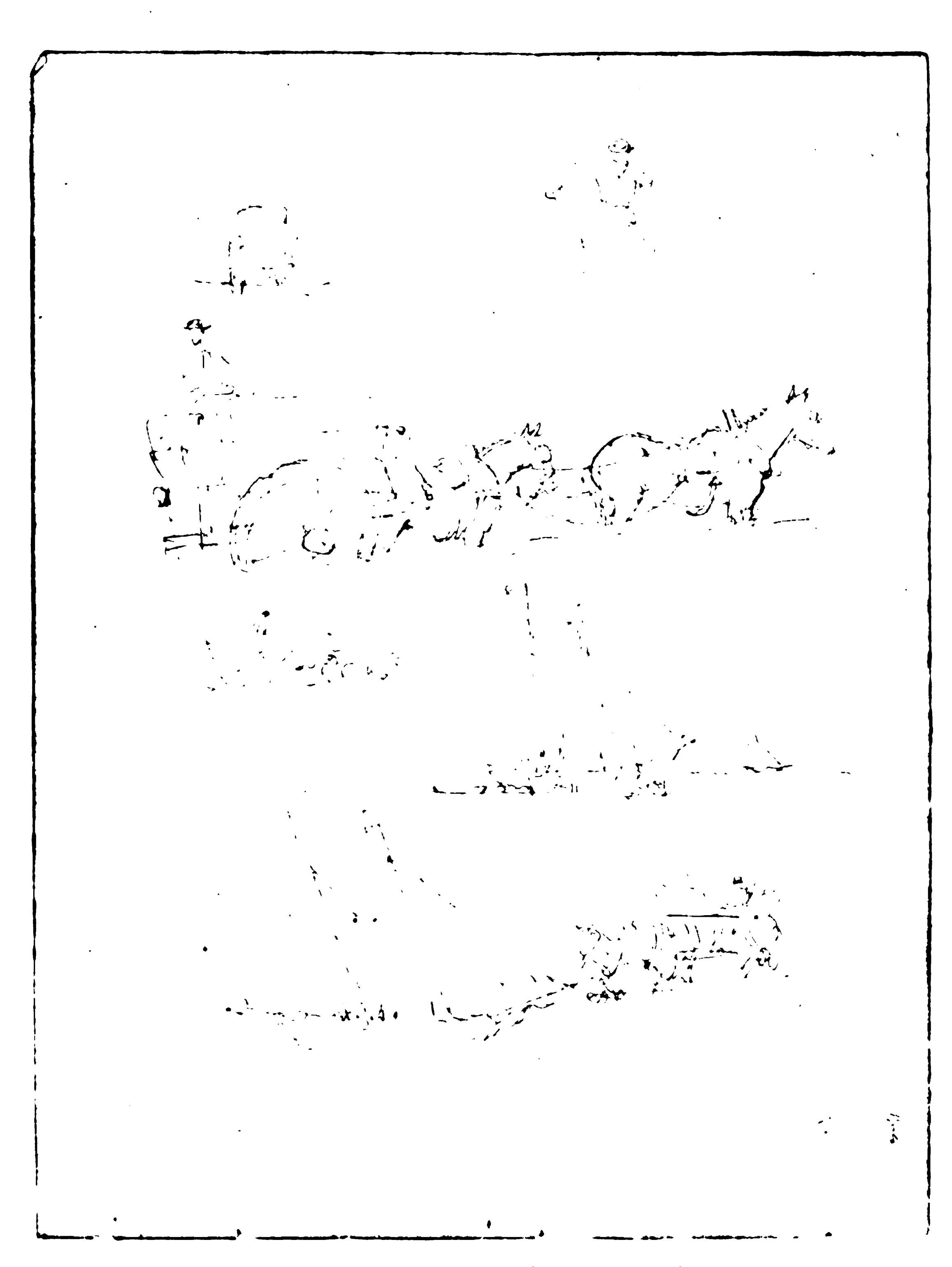
"La idea que lo inspiró no puede ser más feliz. Cada número, que será de un formato grande, contendrá cuatro láminas grabadas en la piedra por el mismo señor, y que, como él mismo lo dice, representarán escenas de la República Argentina.

"¿Quién no querrá tener esa preciosa colección?

"Extranjeros e hijos del país, deben prestarle su apoyo a fin de que ese *Album* pueda tener vida propia. Limitándonos, por hoy, a llamar la atención sobre el aviso que va en otro lugar, prometemos volver sobre el asunto, felicitando desde ya al inteligente Pallière por la idea que ha inspirado el *Album*".

El mismo diario, en su número del 7 de mayo, publicaba un suelto manifestando que, según informes de Pallière, los cuadros del *Album* serían litografiados a dos tintas, tratándose de hacer a la perfección los dibujos, en los que intervendrían litógrafos de primer orden.

La aparición del *Album Pallière* tuvo gran resonancia en el público y en la prensa. Claudio, uno de los redactores de "La Semana" del periódico literario y artístico de la época el *Correo del*



CROQUIS DEL PUERTO DE BUENOS AIRES

Domingo, anunciaba su aparición en los siguientes términos: "El *Album Pallière*, que es una preciosa colección de todos sus cuadros, va a ver la luz pública en los próximos días.

"¿Cuál de mis lectoras no conoce sus lienzos, llenos de poesía de la tierra argentina, y bañados con la luz del cielo *celestial* de América?

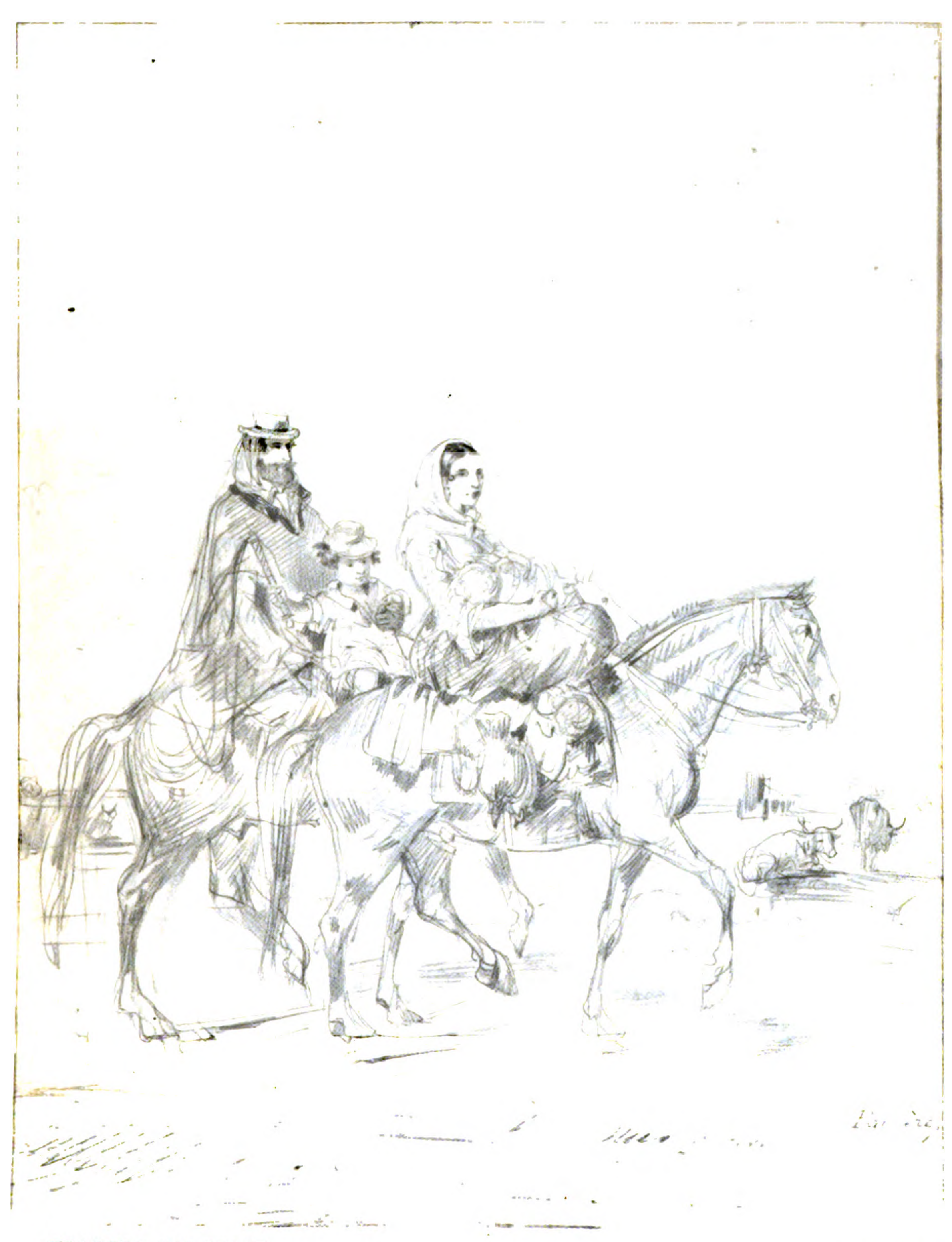
"Abrigo la esperanza de que las niñas de Buenos Aires han de protejer la empresa del Sr. Pallière, y que han de colocar en sus mesas su precioso álbum, como uno de los mejores objetos que puedan adornarlas.

"Cuando sus ojos se fijen en el cuadro que copia cada una de sus hojas, el dibujo cobrará nueva luz. Su mirada distraída prestará más vaguedad a esos cuadros de medias tintas en que el artista pinta la última mirada del sol: la frente del gaucho parecerá palpitar de amor, herida por la mirada fija de los ojos negros; y la dulce melancolía de las pupilas azules infundirá más ternura al cantor de coplas, que hace llorar la guitarra con sus sentidos *tristes:* las aguas de los ríos que bañan nuestras islas y reflejan en su corriente los árboles, los juncos y las canoas, brillarán como bañadas por el sol, con el rayo curioso de la movible y brillante retina de una mujer bella" [18].

Cumpliendo su promesa de ocuparse nuevamente del *Album*, en su edición del 17 de mayo decía *La Tribuna:* "Album Pallière. Parece que todos quieren festejar la transacción que devolverá la paz y la calma a la sociedad ajitada de Buenos Aires.

"En el Hotel de la Paz ha tenido lugar un banquete en festejo del triunfo de la razón fría y serena.

"Otros y otros se preparan con igual objeto, al mismo tiempo que Pallière – ese artista de jenio e inspiración, que ha venido de la hermosa Francia a inspirarse en las costumbres singulares de



FAMILIA EN VIAJE (Estudio)

estos países para trasladar al lienzo las impresiones que recibe — nos ha regalado la primera entrega del *Album* que lleva su nombre.

"Ayer lo recibimos.

"Las dos primeras láminas que contiene, son dos joyas de arte: son dos *chiches* dignos del hombre que ya se ha captado una reputación entre nosotros. Una de ellas lleva por título: *El asado*. Es el interior de uno de esos ranchos que se levantan solitarios en medio de esas fértiles planicies, que a manera de inmensa sabana, envuelven nuestro rico país. El grupo lo componen cinco hombres. En primer término aparece un gaucho sentado con toda la *pachorra* que le es habitual, al lado de otro que está *sebando* un mate.

"Un aficionado, al ver la cara de gozo del que *seba*, sentiría despertar el deseo de tomarlo. Un tercer gaucho está de pie con la mano en la cintura, *saboreando* un *cimarrón;* mientras que, en el segundo término, se ven otros dos hombres de campo, cuidando con *religioso respeto* el *asado* que al calor de una llama dulce y débil, gira en su *asador*.

"La segunda lámina, es de otro género diametralmente opuesto. Es *La porteña en el templo*. Al pie de un altar se ve sentada, con esa gracia encantadora de nuestras mujeres, que ostenta graciosamente en su cabeza la mantilla andaluza, a la vez que hace ver toda la gracia con que maneja el abanico. Una *criada* aparece hincada un poco más atrás, mientras que dos devotas se alejan silenciosamente de la casa del Señor. La ilusión es perfecta.

"La reproducción de estos cuadros a la litografía podría ser indudablemente mejor, y es de sentir que el señor Pallière no haya encontrado un artista que en la piedra estuviese a la altura de los cuadros reproducidos.

"Fácilmente se conoce que no es la misma mano la que hace los cuadros y los reproduce. No es tan hábil en la piedra como en el pincel.



(Dibujo a pluma)

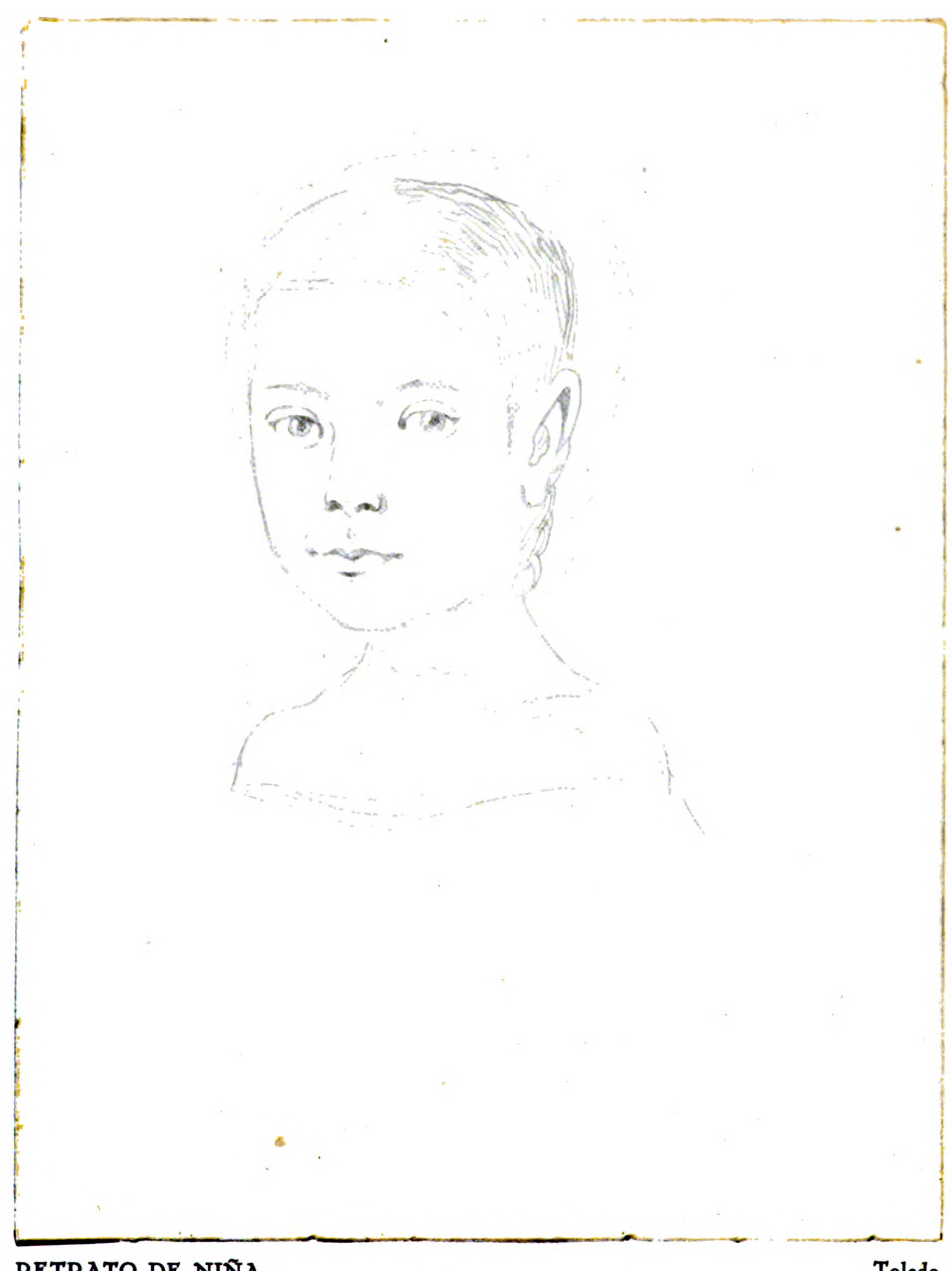
INTERIOR DE TEMPLO

"¿Hallará esa publicación amena e importante la protección que merece? Lo esperamos por honor a esta tierra querida. Aun cuando el *Album Pallière* será un lindo adorno en cualquier casa, es a los extranjeros a quienes se lo recomendamos, a fin de que manden a su patria ausente esa hermosa colección que nos hará conocer lejos de aquí. Entre tanto nos complacemos en felicitar al distinguido artista".

En el mismo día aparece otro comentario en la sección "Hechos locales" de *La Tribuna*. Su autor hace notar que las litografías no están a la altura de los originales que reproducen, agregando más adelante este párrafo: "*La Porteña en el templo*, seguros estamos que ha dejado descontento al mismo autor, porque la litografía no es ni siquiera una sombra del cuadro original, que, como todos los de Pallière, son copia de la verdad".

Como se ha visto, las dos láminas de la primera entrega no satisficieron por completo el juicio de la crítica, como que, en verdad, no son de las mejores que figuran en el *Album*. La segunda entrega apareció el 29 de mayo, con las litografías *Invasión de indios* y *Río Paranaguá (Brasil)*. Al anunciarse su aparición en *La Tribuna*, se dice que Pallière debió hacer conocer su cuadrito representando la pulpería en que un paisano lee *El Gallo*, de Ascasubi. Y el autor del suelto recuerda la agradable impresión "que le produjo ese cuadrito cuando fué expuesto hace años en casa de Fussoni".

La tercera entrega apareció el 21 de junio y se componía de las siguientes láminas: *Recuerdos de Entre Ríos* y *La parada en La Pampa*. La cuarta entrega se repartió el 4 de julio, con dos láminas: *La pulpería* y *Catedral de Córdoba*. La quinta entrega, el 19 del mismo mes, con otras dos láminas: *El payador* y *La mujer del preso*. La sexta entrega se repartió el 1º de agosto, con las siguientes



RETRATO DE NIÑA. Toledo

láminas: *El ejército del general Flores* y *La vigilia de los difuntos*. En adelante aparecen entregas con cuatro láminas. La distribuída el 17 de octubre estaba formada por *Desembarco con río bajo, Riña de gallos, Palermo (Casa de Rosas)* y *La cuna*. La repartida el 28 de marzo la constituían: *Entrada de la bahía de Río de Janeiro, Lechero* y *Panadero, Cargadores de yerba mate* y *Gauchos carneando*. La distribuída el 4 de mayo tiene estas láminas: *La santiagueña, Parada para hacer noche, Las islas del Paraná* y *El paseo del domingo*. Y el 5 de agosto de 1865 se avisaba por *La Tribuna* que el *Album Pallière*, compuesto de 52 láminas, se hallaba en venta en lo de Fussoni. Su publicación había durado un año y tres meses.

El año en que terminaba la publicación del *Album*, se inauguraba el teatro Coliseo, cuya decoración interior había sido encomendada a Pallière, quien ejecutó una serie de alegorías sobre la música, rindiendo por segunda vez tributo a su maestro Picot. Esta obra puede decirse que cierra las actividades artísticas de Pallière entre nosotros.

El bello teatro de la calle del Parque Nº 176, construído por una sociedad de amigos de la música y del canto, se inauguró el 20 de noviembre de 1865. Conocemos algunas de las decoraciones de Pallière a través de las litografías de H. Meyer publicadas por el *Correo del Domingo*; representan la Música Guerrera y la Música Báquica. "Una serie de pinturas semejantes – dice dicho periódico – embellecen el salón del concierto, todas ellas simbolizando diversos temas. Si lo permitieran las dimensiones del *Correo*, se reproducirían a la vez las demás pinturas, cuya concepción y ejecución han sido encomiadas por los inteligentes; pero no pudiendo ser así, dejóse al dibujante que tomara del conjunto las que más animasen su lápiz y ha trazado en la piedra las que hoy aparecen".

El pintor costumbrista, enamorado del campo, no había olvidado ni menospreciado la pintura clásica, con la que debuta y se



PAISANO SENTADO

(Estudio)

despide de América, decorando primero los techos de la Academia de Río de Janeiro con alegorías de las Artes Plásticas, y ejecutando por último, en la sala del Coliseo de Buenos Aires, sus alegorías de la Música.

Pallière desarrolló también, entre nosotros, actividades de arquitecto, interviniendo en obras de carácter público, ya proyectando un mausoleo para Rivadavia, en ocasión de repatriarse los restos del prócer, ya ejecutando por pedido de Sarmiento un boceto para la Escuela de la Catedral al Norte, cuya piedra fundamental se colocó el 27 de mayo de 1859. La crónica del acto, escrita por el propio Sarmiento en los *Anales de la Educación Común*, dice al respecto: "A las 12 del día partió de la Escuela Superior de la Catedral al Sud la Comisión parroquial de escuelas precedida del plano de la escuela que iba a fundarse, obra en bosquejo del primer pintor Pallier, contenido en una guirnalda de flores que agitaban ángeles, ofreciendo coronas y palmas". El proyecto de Pallière fué ejecutado por el arquitecto D. Enrique Barabino, que construyó también el edificio.



En abril de 1866 Pallière parte para Francia, instalándose en París en la calle Véron 31 [19]. En diciembre de 1868 sufre los ataques de un reumatismo articular agudo, que lo postran en cama durante dos meses, debiendo abandonar París para pasar su convalecencia en Alsacia, donde se encontraba su familia. En marzo del año siguiente se halla de nuevo en París.

MAGDALENA VAZQUEZ. Toledo

Sus actividades artísticas en Francia fueron intensas y constantes. Concurrió al Salón de París durante veinte años con obras de temas americanos y europeos, cultivando sobre todo la pintura de género. Comienza estos envíos en 1868 con dos asuntos argentinos: *La cuna* y *La pisadora de maíz*. En años siguientes, hasta 1882, envió *Devanadoras* (Colección Rothschild), *Lansquennete*, *El hijo de Tiziano y Beatriz Donato*, *Venus y las hijas de Nereo empujando la nave de Vasco de Gama para alejarlo de las costas de Africa*, *En la duneta*, *Interior de un rancho en la Pampa* (acuarela), *Joven madre*, *La lectora*, *Arrieros comiendo* (Playa de Valparaíso), *Muchacha y azalea*, *Muchacha bordando* (acuarela), *El baño*, *Mujer de Apeuzol* (Suiza), *La litera*, *Confesión*, *Los adioses*, *Visita del Rev. Padre*, *Constantinopla*, *Castilla la Vieja*, *Los cuentos de la Reina de Navarra*, *La pila de agua bendita*, *El Hermano limosnero*, *Cantos religiosos*, *Iglesia de Saint Remy* (Reims), *Tentación*, *Un día de fiesta en el siglo XV*, *Manifestación armada del clero de París contra Enrique IV*, *Pietá*, *San Pedro y el Castillo de Sant'Angelo* (Roma), *Viejos recuerdos*, *Bazeilles* (episodio de la guerra franco-prusiana, en la que Pallière toma parte como guardia nacional; *Serenata en Córdoba* (España), *La escarapela*, *La huérfana*, *Salida para el mercado*, *Asiz* y *Canal de Zudecca* (Venecia).

Los títulos de estos cuadros nos muestran nuevos viajes del artista: Suiza, España, Italia, como así también su consecuencia con la pintura histórica y mitológica. No alcanzó ningún gran premio en el Salón de París, obteniendo sólo una mención honorífica con una acuarela de tema veneciano; pero nunca se desanimó su espíritu de verdadero artista, cuya obra estaba destinada a recibir entre nosotros su mejor recompensa: su nombre se halla a la cabeza del arte argentino.

Mientras la conocida casa Goupil compra a Pallière muchos



(Estudio de indumentaria)

GAUCHO DE PIE

de sus cuadros para reproducirlos en grabados, entre nosotros se divulgan en la prensa y hasta son utilizados como viñetas de billetes de Banco, donde, entre otros, podemos ver *La pisadora de maíz*, *El corralito* y *Tropa de carretas*.

Pallière amó sinceramente nuestro país, con el que se vinculó más pronto que ningún otro artista extranjero. Cuando de vuelta de Chile entra en territorio argentino, lo hace "no sin experimentar – escribe en su *Diario* – una cierta emoción y no sin saludar desde el fondo de mi corazón ese país amado, que considero mi segunda patria, donde he pasado hermosos años, donde he tenido excelentes amigos y donde he comprendido todo lo que encierra esa palabra mágica: Libertad". Estas líneas se hallan testadas en los originales del *Diario de Viaje*. Si el artista las testó, fué sin duda para no herir susceptibilidades.

Cuando pasa su convalecencia en Alsacia, habla de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires, interesando tanto a un rico hilandero de la región, que Pallière debe escribir a uno de sus amigos de esta ciudad pidiéndole todos los datos que pudiera mandarle sobre esa institución. Y no olvida nunca al país de su famosa aventura, donde tan bien se desenvolvía la fuerza juvenil de su audacia y el cariño por su arte. Maravilloso vagabundo de ojos penetrantes, que dejó en sus óleos, en sus acuarelas, en sus dibujos y croquis, el carácter de una nueva tierra, amada por él casi tanto o más que la propia.

Pocos meses antes de morir, Pallière lee en *Le Temps* de París, ciertas noticias de Buenos Aires que él sabe carecen de verdad, circunstancia que lo mueve a escribir a uno de sus amigos de esta capital, insinuando la necesidad de que un escritor argentino rectificara tales informaciones. Esta carta fué publicada en *El Diario* del 14 de octubre de 1886, con un comentario sobre la vida y obra

RETRATO. Toledo

del artista, firmado con el seudónimo de *Pincel*, y que, entre otros conceptos, dice así: "Los cuadros de Pallière, por su preciosa composición, revelaban al poeta a la par que al pintor; y esas telas, que representaban de un modo inimitable las escenas nacionales de la vida rural, arrancaron más de una vez elogios muy expresivos a escritores artistas, como los Gutiérrez, Estrada y otros que brillaban en la prensa de Buenos Aires en aquella época (1859-1868)". Esta publicación está ilustrada con un grabado en que el artista aparece de pie, paleta en mano[20].



En 1869 debió revisar y corregir su *Diario de Viaje*, pues en el capítulo trunco que le sirve de Prefacio menciona un libro sobre Australia que acababa de publicar Ludovico Herberto, conde y más tarde marqués de Beauvoir, aparecido ese año. Esta tarea debió ser interrumpida por la guerra franco-prusiana y no fué reanudada después.

Los originales del *Diario* no presentan una redacción definitiva; en gran parte están constituídos por borradores llenos de enmiendas, lo que hace más difícil la lectura de la letra menuda de Pallière. Unicamente el viaje de Valparaíso a Cobija y de este puerto a Salta fué pasado en limpio e ilustrado prolijamente, como el autor pensaba hacerlo con todo el *Diario*. Estas ilustraciones están ejecutadas sobre papel de seda sepia o blanco, pues el artista calcó de sus libretas de croquis los dibujos que realizaba durante



LANCERO A CABALLO. Entre Ríos (Estudio)

el viaje. Naturalmente, estos dibujos han perdido mucho de su frescura al ser trasladados.

La parte del manuscrito relativa al viaje de Buenos Aires a Mendoza lleva al margen la indicación de los dibujos que debían ilustrarla, algunos de los cuales hemos podido identificar en la colección Santamarina; pero no disponiendo de todos, ni permitiendo siempre ser reproducidos, nos hemos conformado con la inserción de diversas páginas del *Diario de Viaje*, en las que se puede apreciar los dibujos elegidos por el artista. En el Prefacio también señaló el sitio para algunas ilustraciones.

El viaje de Buenos Aires a Rosario está escrito en cuatro hojas de papel de carta blanco y en dos hojas cortadas a un libro de comercio, estas últimas escritas a ambos lados. El viaje de Rosario a Mendoza está escrito en papel de carta celeste con membrete a presión; es el papel marca "Bath", tan común en nuestro país, como en Bolivia y Chile hacia mediados del siglo XIX. Son 33 hojas escritas de ambos lados. El viaje de Mendoza a Chile tiene su primera página escrita en el mencionado papel de libro mercantil y con la misma tinta que el final del viaje a Rosario. Las cuatro páginas siguientes, escritas de ambos lados con letra muy menuda, son de papel de carta blanco. Le siguen siete páginas en el mismo papel de libro de contabilidad, escritas de ambos lados y con la misma tinta que las anteriores. Esta parte del viaje está trunca.

Un accidente sin importancia, ocurrido a Pallière cuando cruzaba la Cordillera, motivó la pérdida de la libreta en que había anotado el viaje de Mendoza a Puente del Inca. Esta libreta no sólo contenía la descripción, sino también numerosos dibujos, cuya pérdida contrarió mucho al artista, que pudo rehacer su *Diario* pero no sus croquis.

El viaje de Valparaíso a Cobija y desde allí a Salta está escrito

RETRATO

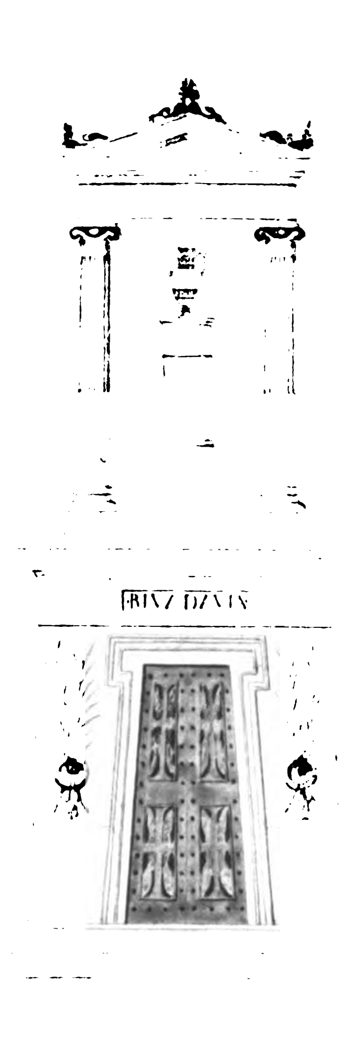
Sevilla

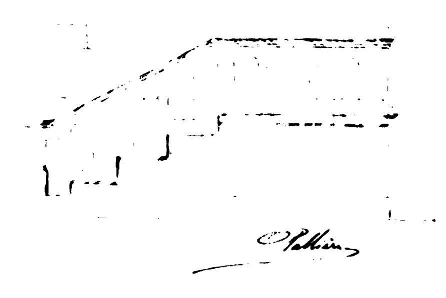
en pliegos de papel de oficio sin rayas. Es ésta la parte ilustrada por el mismo Pallière. Son 33 hojas. Además de los dibujos que acompañan el texto, su autor indicó el sitio en que debían intercalarse otros que, por su tamaño, no podían conservarse en los originales. Creemos que esta parte del viaje tiene una redacción definitiva, no solamente por estar ilustrada y escrita en limpio, sino también porque su final se superpone con el comienzo del viaje de Salta a Buenos Aires. La primera parte de la descripción de este trayecto está escrita en papel de carta blanco, de la conocida marca "París". Son 14 hojas llenas de ambos lados. El resto de este viaje está escrito en el mismo papel celeste del trayecto de Rosario a Mendoza. Son 16 páginas.

El viaje por la costa brasileña está escrito en el mismo papel que el final del viaje de Salta a Buenos Aires. Son 8 páginas utilizadas de ambos lados.

Sobre la cubierta de grueso papel que protege el manuscrito del *Diario de Viaje*, se halla escrito con letra caligráfica este título: "Voyage de Léon dans l'Amérique Espagnole". Debió ser puesto por un miembro de la familia del artista, posiblemente por su esposa. Como el *Diario* no se reduce sólo a sus viajes por la América española, sino también por la portuguesa, lo hemos titulado *Diario de Viaje por la América del Sud*.

El nombre de Pallière, que figuraba sólo entre los de Rugendas, Monvoisin, Pellegrini, Morel y demás artistas que documentaron nuestro pasado, se incorpora desde hoy a los de Andrews, Proctor, Head, Gillespie y demás viajeros que nos dejaron una visión de la vida argentina en la primera mitad del siglo XIX, vale decir, en la época de la formación del país. Este artista, que fué uno de los que mejor documentaron los tipos y costumbres de la República Argentina, ocupará un lugar no menos importante entre





PROYECTO DE MAUSOLEO PARA RIVADAVIA (1857)

los viajeros que constituyen una de las más valiosas fuentes para el conocimiento de ese aspecto del pasado nacional.

Pero su *Diario de Viaje* tiene el mérito único e inapreciable de haber sido escrito por un artista que no se propuso descubrir el país – como lo dice él mismo –, sino más bien pintar con la pluma sus impresiones de viaje; "trazar un cuadro de dibujos tomados del natural", según lo advierte en el Prefacio. Sabe que sus páginas tienen el mérito de ser verídicas y que ello no deja de ser un gran defecto, pues además de estar privadas de la fantasía que gusta al público, no han sido despojadas de la realidad objetiva vista por el autor.



Cansado y ya achacoso, el artista contrajo matrimonio en 1878, yendo a residir en la villa de Lorris, próxima a Montargis, donde pasó los últimos años de su vida y en donde murió el 12 de febrero de 1887.

Su tumba, en el cementerio de la localidad, lleva este sencillo epitafio: "Léon Pallière – Artiste Peintre – 1823 - 1887". Los restos del artista descansan allí con otros de los miembros de la familia de su esposa. Formando un solo monumento se agrupan las tumbas de Louise Astree Chavanneau, viuda de Pallière (1830-1922), de Denis Alexandre Chavanneau (1812-1887) y la de Elisabeth Martin, viuda de Chavanneau (1813-1901).

En Buenos Aires se halla la casi totalidad de la producción de Pallière relativa a nuestro país. El número de obras que poseía



D. Antonio Santamarina fué aumentando hasta formar hoy la colección más espléndida y completa de óleos, acuarelas, dibujos y litografías del ilustre pintor del pasado de nuestra tierra. Por natural goce estético y por acendrado nacionalismo, Santamarina fué reuniendo esas páginas de historia patria que asombran y emo-

cionan, mientras que en pacientes investigaciones realizadas en sus viajes por Europa consiguió no sólo nuevas y valiosas obras de Pallière, sino también el documento precioso de su viaje a través de la República, sus libretas de anotaciones y croquis, con multitud de dibujos frescos y graciosos, que iban quedando como diminutas joyas de apasionado lirismo.

Hoy nos es posible – gracias a la gentileza de D. Antonio Santamarina – publicar la maravillosa aventura del artista, revelando una parte considerable de su vida y su obra en América.

RICARDO GUTIERREZ MIGUEL SOLA



NOTAS DEL PROLOGO

(1) Se le dió el nombre de Academia de Dibujo, Pintura, Escultura y Arquitectura Civil. *Aspecto da Arte Brasileira Colonial*, por Antorcio Cunha Barbosa, en la *Revista Trimestral del Instituto Histórico e Geographico Brasileiro*, tomo LXI, 1898.

(2) Augusto Enrique Grandjean de Montigny nació en París en 1776 y murió en Río de Janeiro en 1850. Estudió arquitectura bajo la dirección de Dalannoy, Percier y Fontaine. En 1799 obtuvo el premio Roma. En 1802 se le nombró ayudante del director de la Escuela de Francia en Roma, teniendo a su cargo el arreglo del Palacio Médicis para instalar los alumnos de dicha Escuela. En 1810 fué llamado a Westfalia por el rey Jerónimo Bonaparte, que le encargó la construcción de la Sala de los Estados de Cassel, el teatro de la ciudad, un arco triunfal y varios puentes monumentales. Los sucesos políticos le hicieron regresar a Francia en 1814. Después de haber declinado las ofertas brillantes que le hizo el emperador de Rusia para llevarlo a San Petersburgo, se embarca para el Brasil, adonde llega el 12 de marzo de 1816 entre los artistas de la misión francesa. Montigny construyó en Río de Janeiro la Bolsa de Comercio y el Palacio de Bellas Artes. En sus últimos años se le encargó los proyectos del Palacio Imperial y del Senado. Fué condecorado con la Orden de Cristo y nombrado oficial de la Orden de la Rosa. Ha dejado dos tratados de arquitectura: *L'Architecture toscane au Palais, maisons et autes edifices de la Toscane, mesurés, etc.*, Paris, A. Famin, 1806-1815; *Recueil des plus beaux tombeaux exécutés en Italie dans le XX et le XXI siècle, d'après les dessins des plus célèbres architectes et sculpteurs*, Paris, Pierre Didot, 1814-1815. Hace varios años, un director de la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro mandó quemar todos los documentos de la misión artística francesa porque estaban atacados por la polilla, incluso los dibujos de Grandjean de Montigny (*Estudos Brasileiros*, tomo 3º).

(3) *A Arte da pintura no Brasil*, por Laudelino Freire, en *Revista do Instituto Histórico e Geographico Brasileiro*, Tomo especial, 1917.

(4) Su tío, Vicente León Pallière, nació en Burdeos en 1787 y murió en la misma ciudad en 1820. En 1802 se trasladó a París, donde estudió pintura bajo la dirección de Vincent. Después de obtener el Gran Premio en 1812, marchó a Roma, donde permaneció cinco años dedicado a profundos estudios. De vuelta de Italia, sus obras le dieron gran reputación, pero atacado de mal de pecho se trasladó a su ciudad natal, donde falleció a los 33 años de edad. Entre sus principales obras figuran: *Prétendants de Pénélope massacrés par Ulysse*, que le valió el Gran Premio; *Prométhée dévoré par un vautour, Flagellation du Christ*, en la iglesia de la Trinidad del Monte, en Roma; *Saint-Pierre guérissant un boiteux*, en la iglesia de Saint-Severin, de París; *Un berger au repos*, cuadro notable que se halla en el Museo de Burdeos. Sus últimas obras obtuvieron gran éxito en la Exposición de 1819. Una calle de su ciudad natal lleva su nombre.

(5) En la colección del Dr. Djalma Da Fonseca Hermes, rematada en Río de Janeiro en 1940, figuraban las siguientes obras de A. Pallière: *Primeira ideia da Ordem do Cruzeiro*, acuarela; *Chafariz das Marrecas*, 24 x 30, acuarela; *Chegada da rainha Dona Amelia*, 17 x 22; *Bice de penna Caldeirinha*, 7 x 12.

(6) "Dos artistas franceses en Río de Janeiro: Arnaud Julien Pallière y Luis Alejo Boulanger", en *Revista do servico do patrimonio histórico e artistico nacional*, Nº 3, 1939. Río de Janeiro.

(7) Légation de France au Brésil. Extrait des Régistres de l'Etat Civil des Français á Rio de Janeiro. Auyourd'hui, deuxième jour du mois de janvier del'an Mil huit cent vingt trois. Pardevant Nous Chancelier du Consulat Général de France au Brésil feisant les fonctions d'officier del'Etat Civil des Français a Rio de Janeiro, a comparu Mr. Arnaud Julien Pallière, peintre d'histoire du Cabinet de S. M. le Roi de Portugal, Brésil et Algarve, Chevalier del'ordre du Christ, demeurant en cette Capitale, rue Dos Barbonios numéro Soixante douse, accompagné de Mr. Manoel Antonio Carvalho Peixoto et de Mr. Achile Bruner Docteur en médecine, tous deux témoins majeurs de nous bien connus et domiciliés en cette Capitale; Lequel nous a déclaré que Dme. Augustine Elisa Julie Grandjean de Montigny, son épouse en légitime mariage, est accouchée en son sous dit domicile hier premiér janvier courant à neuf heures du soir d'un enfant du sexe masculin qu'il nous a présenté et auquel il a donné les prénoms de Jean Pierre Léon. Et de ce avons dressé acte que le dit Sr. Arnaud Julien Pallière et les témoins surnommés ont Signé, après lecture faite, avec Nous Chancelier du Consulat Général de France. A Rio de Janeiro les jour mois et an que d'autre part. Signés, Arnaud Julien Pallière; Manoel Antonio de Carvalho Peixoto; Sr. A. Layard, Chancelier. Pour extrait Conforme, Rio de Janeiro, 11 février 1842. Le Consul Chancelier de la Légation. Reg. 1, F. 22.

(8) "Se nos ha pedido nuestro juicio — dice Pallière — sobre los tres cuadros que el Sr. Rawson, su autor, ha presentado en exposición, y nos hacemos un placer en emitir las observaciones que su vista nos sugiere.

"Desde luego, para quien viene a América desde Europa y por largos años ha vivido en la frecuencia de los grandes artistas y de los grandes modelos, al encontrarse en presencia de estos trabajos queda fascinado, sino por lo irreprochable de la ejecución, por la sorpresa de ver lo que no se esperaba; y es el arte cultivado con acierto, el dibujo estudiado con corrección, la naturaleza perfectamente comprendida, el colorido dado con un acierto y muestra de talento que revelan un pintor. Si a esto se agrega que la concepción de estos cuadros es admirable de gusto y originalidad y las dificultades de ejecución han sido acometidas y vencidas con facilidad sorprendente, la idea que formamos de los cuadros del Sr. Rawson cede toda en honor de su talento, y excita la admiración por la rara perseverancia que ha debido desplegar para formarse artista en una provincia recóndita, donde no hay un cuadro maestro, ni un modelo que pudiera servir de guía a sus instintos artísticos.

"En las ligeras indicaciones que hacemos, las accidentales imperfecciones nos llaman menos la atención que las muchas bellezas que las hacen desaparecer; y más extraordinaria nos parece la parte en que el pintor argentino se pone a la par de los artistas europeos, sin contar con sus elementos de estudio, que la presencia de defectos, algunos de los cuales están revelando las circunstancias especiales y locales donde el pintor ejecuta su obra. Imperfección de detalle se encuentra, que muestra que no tuvo a su alcance el pintor el auxilio del maniquí que la hubiese evitado.

"Nótase además en los cuadros del Sr. Rawson, por su fecha, la historia de sus progresos. Lo que ha hecho en 1849 es menos original que lo de 1854 y sólo en su última composición se desarrolla toda la valentía de la composición, triunfando de las dificultades que le impone el asunto y la escena que describe.

"*La hija de Cassote*. Conocido es el terrible sacrificio que, según la narración de Lamartine, en los *Girondinos*, acepta la hija del célebre augur de las desgracias de la Revolución Francesa, bebiendo la copa de sangre de las ya sacrificadas víctimas que le ofrece el verdugo, si quiere a esa precio salvar la vida de su padre.

"La cabeza do la niña, modelada con corrección, y la expresión suplicante y resuelta de su fisonomía, insistiendo por llevarse la horrible copa a los labios, compensa lo poco determinado de la posición del verdugo, cuyos sentimientos se traslucen con dificultad. Nótase ya en esta composición la armonía del colorido que en las otras es un rasgo característico.

"Sigue en el orden de fechas *La Cautiva*, tomado de un pasaje del poema del poeta Echeverría, que ha dado asunto para muchos cuadros al pintor de costumbres americanas Rugendas. La armonía del colorido, el paisaje de la pampa en llamas, constituyen accesorios muy notables a la belleza de la composición; y la expresión del semblante de María, que expresa terror, energía y decisión de ánimo combinados. La postura desfalleciente de Brian, desmayado, la inacción de los brezos y la naturalidad de las inflexiones del moribundo, dan a esta cuadro una blandura y naturalidad que llama desde luego la atención, haciéndose notar como un fragmento muy bien estudiado el vendaje de la pierna que tiene fuera del agua, y que da un realce al cuerpo que envuelve. Este cuadro es de un mérito de composición general sobresaliente y muy notable por la ejecución y el colorido, aunque el ojo europeo eche do menos un poco de más distinción en las fisonomías, que pudieran ser más clásicas en sus formas, sin dañar a las peculiaridades de una escena entre habitantes de la Pampa.

"Nos apresuramos a pasar al cuadro que representa el pasaje de la Cordillera de los Andes por los restos derrotados del ejército del general Madrid y el momento en que llegan desde Chile los socorros que el Sr. Sarmiento envía a los dispersos sepultados entre la nieve al pie de la casucha de la cumbre do la Cordillera. El cuadro, el asunto, la escena y los trajes son, como se ve, creación completa del autor, abandonando la alusión a hechos americanos, como lo hiciera en la escena de Cassote, o dando cuerda a escenas imaginarias, como *La Cautiva*.

"Ahora en el terreno de la pintura histórica y el ensayo como concepción, composición y ejecución, ha sido felicísimo, tal como no lo hubiéramos esperado de artista americano que no haya frecuentado las escuelas europeas. Fondo de nieves, paisaje do cumbres de montañas casi sin cielo; y por escena el término de un gran desastre, que afecta a multitud de personas, ofrece al pintor tantos recursos como dificultades.

"Hay tres retratos de personajes argentinos en el cuadro; pero la figura que más resalta y que parece la protagonista, es un vecino de Chile que distribuye pan a los necesitados que acuden en torno suyo, y cuya fisonomía revela los sentimientos de filantropía que lo han impulsado a atravesar los Andes nevados. La acción generosa que motivó esta escena, a saber, el paso de los víveres, está, pues, representada en la fisonomía del personaje ideal que los distribuye. Es notable también la expresión del entusiasta a quien habla el Sr. Sarmiento. Los grupos accidentales son bien combinados, llenos de verdad, según nos lo aseguran testigos presenciales, como la casucha y las gentes apiñadas que de ella descienden atraídas por la visita de los hombres cargados de víveres. Un caballo muerto y la nieve removida en torno suyo, un cadáver que un peón chileno despega de la nieve que lo cubre; y, sobre todo, un viejo gaucho inhabilitado para moverse y que sigue con mirada codiciosa y llena de angustia la dirección que llevan los que pueden moverse, dan a cada paso un nuevo realce a aquella escena llena de vida y movimiento, pero que da frío, como el placer de los que ven cesar sus padecimientos entristece al que lo contempla.

"El pintor ha tenido la fortuna de atravesar la Cordillera, estudiar los lugares y hasta los pertrechos, correajes y útiles usados para pasar la Cordillera cerrada; y esto da a su cuadro una originalidad especial, presentando novedades pintorescas en el calzado, vestido y caracteres especiales de los individuos de

los países americanos que componen el cuadro, chilenos y argentinos, que en Europa serían estudiados con el mismo interés que la vida de Quiroga o *Civilización y Barbarie*. Creemos poder afirmar — termina Pallière — que el talento que se inicia ya en buenos rasgos en los dos primeros cuadros y se revela maduro por el estudia y el buen gusto en el último, colocan al Sr. Rawson en escala bastante elevada entre los artistas; y que el país que lo posee puede vanagloriarse de tener muestras de un arte que debiera ser impulsado y favorecido por el gobierno, pues el talento que así sabe abrirse paso per medio de las dificultades, requiere de estímulos para continuar sus esfuerzos hasta acercarse a la perfección que sólo el genio alcanza."

(9) El 11 de junio de 1859, Pallière y Sheridan inauguraron en un local da la calle San Martín Nº 126 una exposición de sesenta cuadros, figurando entre los del primero "Porteñas en Santo Domingo" y "Gaucho en el rancho", además de varios retratos de personas do la sociedad. En ese mismo día *La Tribuna* dedica a la exposición un conceptuoso comentario, en el que, después de referirse al carácter melancólico de los paisajes de Sheridan, dice do su compañero: "Pallière, por el contrario, esculpe sobre el lienzo o sobre el cartón fisonomías que ríen o que alegran, gauchos que cantan, mujeres que os hacen saltar con su mirada". Pocos días después Sheridan anunciaba en el mismo periódico la apertura de una Academia de pintura al óleo, acuarela y dibujo al lápiz (un día para el bello sexo), pudiendo los interesados inscribirse en el local de la exposición.

(10) El martillero Carlos Ristorini anuncia en *El Nacional* del 8 de abril de 1861 el remate de la galería de las obras do Pallière, por haber éste resuelto regresar a Europa en el primer paquete. La venta se realizó en casa de Fussoni Hermanos, calle de la Merced Nº 95, pagándose muy bien todos los cuadros, según lo informa *La Tribuna* del 13 de abril. Este mismo periódico anunciabe el remate de las obras de Pallière, entre las que figuraban los siguientes óleos: "Gaucho enamorando", "El confesionario", "La partida de la Guardia Nacional" (actualmente en el Museo Histórico Nacional), "Vista de Buenos Aires", además de vistas de Entre Ríos, tropas de carretas, paisanos, soldados, etc., "todos ellos — dice el anuncio — expresando el carácter verdadero del país". Se remataron además las siguientes acuarelas: "La porteña", "Indios", paisajes y vistas de Suiza. Completaban la galería subastada grabados y croquis diversos.

(11) *Ilustraciones pintorescas de Buenos Aires y Montevideo, consistentes en veinte y cuatro vistas acompañadas de descripciones del paisaje y de los indumentos, costumbres, etc., de los habitantes de esas ciudades y sus alrededores*, por E. E. Vidal, Esq. Londres. Publicado por R. Ackermann, 101, Strand, etc. Impreso por L. Harrison, 373, Strand. MDCCCXX. El Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires hizo una reimpresión de Vidal con el texto en castellano y una advertencia del Dr. Emilio Ravignani, y en 1931, D. Alejo B. González Garaño publicó quince láminas inéditas, con una biografía del artista.

(12) Comenzó a publicarse en 1830, en que aparecieron tres litografías de Arthur Onslow, socio de Bacle en la Litografía del Estado. Entre 1833 y 1834 se publicaron seis cuadernos, con seis láminas cada uno.

(13) *Recuerdos del Río de la Plata*, por C. E. Pellegrini, Buenos Aires. En la Litografía de las Artes. Este álbum consta de 20 láminas.

(14) Adolphe d'Hastrel visitó el país dos veces, entre 1823 y 1840. En 1845 publicó su álbum con 12 dibujos y acuarelas litografiadas por él mismo.

(15) El Album de Morel se publicó en la Litografía de Las Artes, 1845.

(16) Los grabados de Ibarra forman dos series, llamadas "Grande" y "Chica", con el título de "Trages y costumbres de la Provincia de Buenos Aires".

(17) Se publicó en la Litografía de Las Artes y contiene 10 láminas.

(18) El *Correo del Domingo* reprodujo los siguientes cuadros de Palliere: *Catedral y Cabildo de Córdoba*, litografiado por H. Meyer. Lit. Pelvilain, tomado del *Album* (18 de septiembre de 1864); *Quebradas de Valparaíso*, litografiado por H. Meyer. Lit. Pelvilain (20 do mayo de 1866); *Paseo del domingo*, litogra-



fiado por Schleisinger, se publicó el 31 de marzo de 1867 con este comentario: "Ahí ofrecemos a los lectores del *Correo* un cuadro de costumbres de la campaña, lleno de vida y de verdad, en el *Paseo del domingo*, dibujo de la última página. El paisano es el padre de familia. Ensilla su mejor caballo y en traje de fiesta lleva a su compañera a las carreras inmediatas, acompañado también por dos de sus chicuelos, que a pesar de su poca edad son ya capaces de sostenerse a caballo y de manejarlo a su voluntad".

(19) Pocos días antes de partir, en *El Nacional* y en *La Tribuna* del 4 de abril, apareció el siguiente aviso de remate:

"Por M. Billinghurst. De la galería de cuadros al óleo, original del señor Don León Pallière. Por tener que ausentarse del país (se venderán). Calle Cangallo núm. 87. El viernes 6 de abril próximo a las once en punto de la mañana se han de rematar sin falta alguna a la más alta postura y dinero de contado. Esta preciosa colección de originales cuyo mérito aumenta en razón de ser todos en la mayor parte cuadros de costumbres del país y son:

"El corral", "La Catedral en Semana Santa", "La cazuela", "El ejército del general Flores" (Paysandú), "El Día de Difuntos" (Entre Ríos), "Gaucho Entre-Riano", "El estaqueadero", "La ramada" (escena de la tarde), "La pampa" (paisaje), "El gauchito" "La peraguaya", "Una góndola (Venecia) en el siglo XVI"; 5 cinco cabezas para estudiar; "La cuna", este cuadro fué exhibido en Francia y mereció los honores de ser transcripto en *L'Illustration*, además cuatro acuarelas y algunas litografías..."

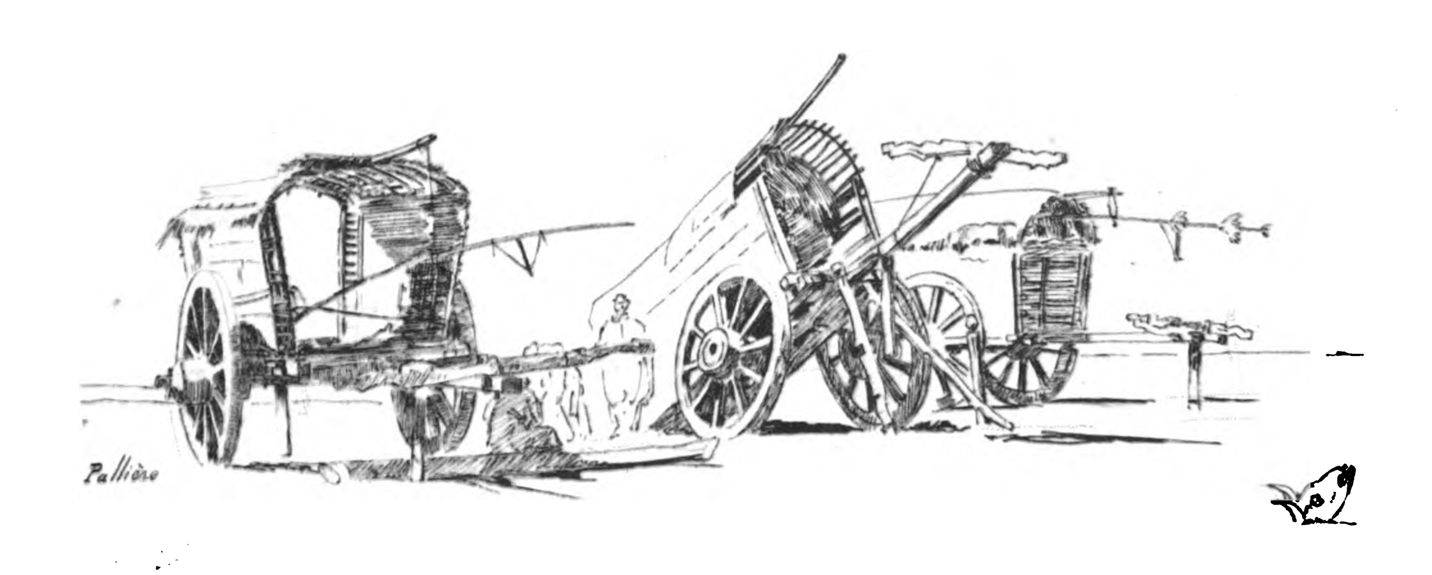
El Nacional del 10 de abril dedica a Pallière las siguientes líneas: "El señor Pallière se marcha para Europa. El pintor de talento, el artista distinguido que ha reproducido con tanta verdad las escenas americanas, regresa a su patria. Deseamos que consiga en Europa las tres cosas que, si no hacen solo la felicidad, contribuyen mucho a ella: Salud-Gloria-Fortuna". En el mismo diario, dos días después, se le dedica en la *Crónica local* una extensa y emocionada despedida, escrita por un compatriota y colega suyo, que vuelca en ella toda la nostalgia de su patria.

(20) El primer biógrafo de Pallière fué don Eduardo Schiaffino, que por primera vez se ocupó de él en *El Diario*, en 1883.



Diario de Viaje
por la
América del Sud

PREFACIO



LA idea que se tenía en Europa de estos lejanos países pocos años después del descubrimiento de América, era más exacta y general que en la actualidad. No obstante el inmenso movimiento comercial que existe con el Nuevo Mundo, es reducido el número de personas, aun entre las ilustradas, que puedan hablar de él con algún conocimiento o sin caer en lugares comunes, que denotan una ignorancia voluntaria. Por ello el viaje

por Australia, que publicó recientemente el conde de Beauvoir, más que la narración de un viaje, parece el descubrimiento de un país cuya civilización e instituciones fueran desconocidas por completo.

Desearía realizar un ensayo para dar a conocer la República Argentina, bello y fértil país regado por dos de los más hermosos ríos del globo – el Plata y el Uruguay –, cuyas instituciones republicanas dan vuelo a todos los progresos intelectuales, morales y materiales.

He pasado muchos años bajo este maravilloso clima, que tiene gran analogía con el de Nápoles; he recorrido el territorio de norte a sur y de este a oeste, cruzando por dos diversos puntos esa admirable cadena de montañas que lleva el nombre genérico de Cordillera de los Andes y que atraviesa la América meridional en toda su longitud.

Se han dado a luz publicaciones bien hechas y completas, tanto desde el punto de vista histórico, como comercial, político o científico; pero son muy poco leídas y sólo llegan a manos de contados lectores. Enviaría dichas publicaciones a los que desearan conocer mejor este bello país. Las diversas notas que publico son exclusivamente un cuadro de dibujos tomados del natural. Tienen el mérito de su verdad, lo que no deja de ser un gran defecto, porque ¿quién no desea ver o encontrar algo maravilloso cuando se habla de cosas lejanas?

Se va a Buenos Aires por medio de un gran número de líneas de vapores que parten de Burdeos, Marsella, Southampton, Liverpool y Génova. Estos vapores, con fuerza de 450 caballos y de un tonelaje de ..., hacen la travesía en... días. Tocan, generalmente, en los siguientes puertos: Lisboa, Isla de San Vicente o Gorea (los vapores franceses únicamente), Pernambuco, Bahía, Río de Janeiro, Montevideo y, finalmente, Buenos Aires.

Montevideo está situada sobre la ribera izquierda del vasto estuario del río de la Plata; pero éste tiene más de 30 leguas de ancho y nada indica que se haya abandonado el mar libre.

La ciudad es blanca y coqueta, con techos de azotea y miradores, *superpuestos en una colina que baña el mar; el* Cerrito, *diminuta montaña de formas griegas, protege su puerto de los vientos del sur. Los mástiles, con pequeños gallardetes de vivos colores y sus velas blancas, se destacan sobre un cielo azul de transparencia única: se piensa en Cádiz y en Nápoles.*

De Montevideo a Buenos Aires se hace el viaje, generalmente, durante la noche y en unas diez horas, tiempo que se está en el río. El piloto conduce con prudencia para evitar bancos de arena bastante considerables o ser arrastrado por las corrientes. Al romper el día se arroja el ancla frente a Buenos Aires, donde el río es aun tan ancho que no se divisa la otra orilla. El agua tiene un color amarillento; el fondo no está muy lejos y anota grandes bancos de arena; pero hay un canal profundo, cuya curva puede seguirse muy bien, marcada por los tres mástiles mayores de Europa y de Estados Unidos, que están fondeados allí.

Es éste, quizá, el único puerto en que nuestra marina mercante ocupa el primer lugar, siguiendo después los ingleses, italianos, angloamericanos, etc. El pequeño cabotaje y los barcos que se acercan a nuestro vapor, son italianos.

La ciudad está situada sobre un terreno llano, que no se eleva más de unos veinte metros sobre el nivel del río. Las casas son de techo plano de azotea y están pintadas de blanco, rosa o color pajizo, pero domina el blanco. De trecho en trecho se levantan los miradores, las torres y las cúpulas de las iglesias; sobre la derecha, hacia el norte y hasta el horizonte, se extienden macizos de verdor. Son Palermo, San Isidro, San Fernando y el comienzo de las islas del

delta formado por los ríos Uruguay y Paraná. Hacia la izquierda se deprime el terreno en la desembocadura del pequeño río de Barracas, gran centro de actividad del cabotaje y donde se encuentran los saladeros.

Un barquito a vapor, fuerte ballenero tripulado por italianos – en su mayor parte genoveses –, deposita a los viajeros sobre un muelle o espigón de madera que se interna en el río menos de... metros. Ocurre a veces que ciertos vientos soplan en forma sostenida, quedando el acceso al espigón sin agua suficiente para el atraque de los balleneros, por lo que el desembarco adquiere un carácter algo pintoresco. Una especie de carreta, conducida por un gaucho que se mantiene sobre las varas o sobre el caballo, entra en el agua hasta las mazas de las ruedas; y los viajeros pasan del barco a la carreta, que los deposita en la escollera o en el muelle.

El terreno en que está edificada la ciudad es completamente llano, conformación dominante y casi uniforme del suelo hasta la Cordillera. La ciudad está dividida en damero, con cuadrados de iguales dimensiones, que tienen [100] *metros cada uno y alcanzan al número de... Es éste el trazado de todas las ciudades del Plata; y la carencia de lo imprevisto, unida al poco interés arquitectónico de los monumentos y a la casi regularidad de las casas – que hasta hace unos veinte años sólo tenían planta baja –, produce la idea de una ciudad de aspecto triste. No hay nada de eso, sin embargo. Por encima de los muros blanqueados con cal, domina casi constantemente la bóveda más maravillosa del mundo. No es éste el cielo gris azul de Roma, ni el azul sombrío de Nápoles o de Africa, ni aun el de nubes tempestuosas del Brasil; es del azul más puro que pueda verse, casi nacarado, un azul plateado, sin ningún vapor, sin ninguna mancha. El aire es ligero como el de las cumbres a ciertas horas y parece que la vista se extendiese a distancias infinitas.*

Las casas tienen rejas de hierro en sus ventanas; pero tanto éstas como las puertas se hallan abiertas; desde la calle se ven las piezas interiores, sobre todo la primera, que sirve de sala, donde todos los días se reúnen los amigos hasta bien avanzada la noche.

Cada casa se compone de dos o tres patios interiores, llenos de flores y de árboles, tales como el naranjo, que crecen en plena tierra o en macetas sobre gradas. Se disfruta de la calle porque este pueblo de costumbres afables y dulces se entrega mucho al placer de los ojos; y como en los pueblos antiguos, se vive al aire libre.

En estas viviendas tan rientes, tan asoleadas, tan floridas, tan cuidadas, tan hospitalarias, habitan las mujeres más encantadoras, más bonitas y más espirituales del mundo. Les gusta agradar, ser admiradas, amadas; son coquetas por instinto ante ellas mismas y ante los demás; tienen un no sé qué de afable y de fiero, de sencillo y de rebuscado, de natural y de romántico, que las hace las más femeninas que puedan verse y las mejor dotadas para esta vida, todo gracia, todo sonrisa y siempre visibles.

Esta vida es un poco la de Florencia, como la describió Bocaccio en el Decamerón, *donde apuestos caballeros y hermosas damas pasaban el tiempo en dulces y espirituales coloquios, para separarse y reunirse bien pronto, reanudando algo más lejos las sonrisas y los dulces propósitos interrumpidos.*

El cielo es tan bello, la vida tan fácil, el país tan extenso para el número de habitantes, que las necesidades materiales pueden ser satisfechas fácilmente; todos tienen asegurada su prosperidad; no hay más que abandonarse a vivir y amar a quien nos ama, sin envidiar a nadie.

Esto no quiere decir que se halle excluído el trabajo o la política militante. Todo lo contrario. Después de la larga somnolencia creada por el despotismo monárquico de España, este joven país des-

pertó ardiente a la libertad y a todas las conquistas filosóficas y sociales que datan para nosotros de nuestra revolución del 89. Fué en 1810 cuando tuvo lugar la revolución que lo libertó al mismo tiempo del yugo de la metrópoli y socialmente. No sólo sacudió toda tutela al declarar su independencia, sino que, consecuente consigo mismo y fiel creyente de esta libertad, que jamás había abandonado, abolió la esclavitud que le había legado España. Tuvo, pues, que luchar primero contra la ignorancia, los prejuicios y los vicios heredados de la metrópoli, y, por último, contra los desórdenes que no podían dejar de seguir a una revolución política y social de esta importancia.

La inmensidad del territorio, muy poco poblado todavía, que le sirvió de tanta ayuda para luchar con ventaja con los ejércitos de la metrópoli, se convirtió casi en un obstáculo para el restablecimiento de un orden regular. La guerra de la independencia había sido esencialmente revolucionaria; todos tomaron las armas corriendo al encuentro del enemigo, formando grupos que habían elegido sus jefes y que obraban por impulsos propios, aunque estuviesen reunidos en ciertos días.

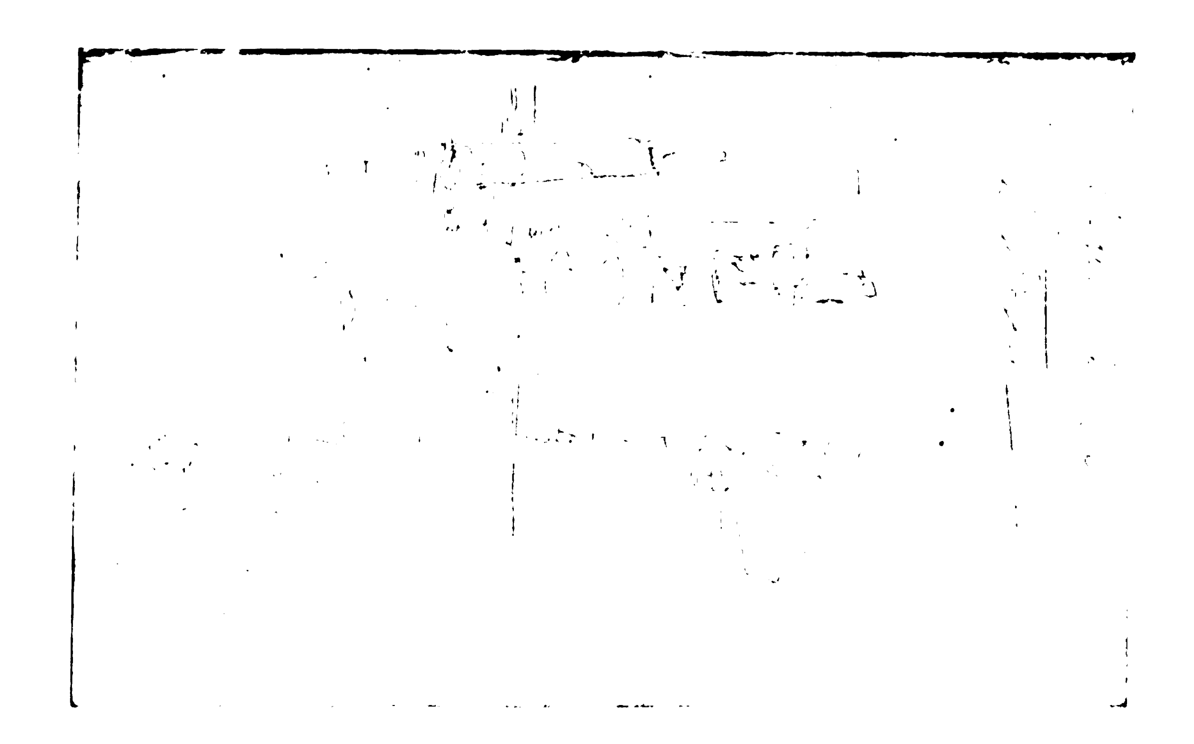
Concluída la guerra y aceptada, si no reconocida, por España la independencia de sus antiguas colonias, todos estos jefes de milicias nacionales quedaron armados a la cabeza de grupos diversos, repartidos sobre un vasto país, verdadero desierto de praderas, bajo una autoridad no carente de analogía con la de los jefes de tribus, como lo hemos visto en Argelia. La semejanza es tanto mayor cuanto que la única industria del país, modificada solamente desde hace pocos años, era la cría de ganado vacuno y caballar.

Las ciudades del interior, sobre todo las del litoral, más en contacto con la irradiación de las nuevas ideas que el siglo XIX había encendido en Europa, abrazaron la libertad con un entusiasmo

inaudito; y sin medir los obstáculos que tendrían que vencer para hacer triunfar sus ideas, inscribieron como ley fundamental de sus respectivos países todos los principios más avanzados de la filosofía política moderna.

Estos jefes, activos actores en la lucha de la independencia, fueron un obstáculo para el establecimiento de un nuevo régimen. Su falta...[1]

(1) Se halla trunco el Prefacio, y es sensible por cuanto expresa ideas muy interesantes.



Boceto para «LA PISADORA DE MAIZ» (Acuarela)

DE BUENOS AIRES A MENDOZA



PARTÍ de Buenos Aires el 2 de marzo de 1858, a las 11. Soplaba un viento furioso. Antes de llegar al vapor *Primero Argentino*, tres golpes de ola me mojaron completamente. Teníamos el viento de través y los rolidos eran horribles. Mareo general, sin exceptuarme. Sondábase constantemente, deteniéndonos algunas veces para hacerlo mejor. La sonda se enreda en una de las ruedas. Otra parada.

En fin, todas las pequeñas miserias de los viajes. A las 4 y ½ pasamos frente a Martín García. Presentamos la popa al viento y los rolidos cesaron, volviendo la salud y la alegría a todo el mundo.

El río de la Plata es tan ancho desde Buenos Aires hasta su desembocadura frente a Montevideo, que no se pueden ver las dos orillas a la vez, pareciendo que se navega en un verdadero mar. Además, este espacio de cerca de cuarenta leguas tiene, como el mar, sus tempestades. La isla de Martín García es rocosa y de poca extensión, hallándose en la confluencia del Uruguay y el Paraná. Las cantidades inmensas de agua, de limo y de arena que arrastraron estos ríos en el transcurso de los años, han formado un gran número de islas que se sumergen con frecuencia durante las grandes crecidas. Su aspecto es encantador; se ven sauces, cañas, plantas trepadoras, arbustos florecidos y manchas de vegetación acuática del verde más delicioso. No es la vegetación tropical ni la de Europa. Buenos Aires es el país menos forestal del mundo: no tiene árboles. Todos son pequeños; los más grandes no llegan a 15 pies, pero creciendo con las raíces en el agua. No se advierte la tierra por ninguna parte y la mano del hombre nada ha deteriorado.

Me quedo solo en el puente hasta medianoche, pensando con tristeza en los amigos que dejé. El cielo está estrellado. La grandiosidad de la naturaleza mitiga todas las penas.

El ruido de la máquina de vapor, que durante el sueño me incomodaba bastante, cesó de pronto, despertándome. Subo al puente cerca de las 4. El barco está mojado. Uno de los cilindros se ha roto. Me encuentro entre una nube de *mosquitos* ávidos de mi sangre, pero tan bravos que se dejan matar mientras pican. El día llega en mi socorro. Mientras se trata de remediar los desperfectos de la máquina, se sacan las paletas de las ruedas, que ofrecen demasiada resistencia a la corriente, haciéndose esfuerzos para transformar nuestro vapor en un velero. Pero estamos muy pobres de paño. El palo de mesana no tiene vela y se improvisa una con tiendas de campaña

y otras lonas. En fin, un verdadero naufragio de *La Medusa.* Levamos el ancla; pero la corriente es tan fuerte, que aun teniendo viento a favor avanzamos apenas dos o tres millas por hora. A las 6 y ½ la máquina queda arreglada. No nos dará sino la mitad de su fuerza habitual. Pero las ruedas giran. He aquí que partimos con velas y vapor.

El Paraná — en que navegamos — tiene seis ciudades en sus riberas: San Pedro y San Nicolás, que pertenecen a la provincia de Buenos Aires; Rosario y Santa Fe, a la de Santa Fe; Paraná, capital momentánea de la Confederación Argentina, a Entre Ríos; y Corrientes, a la provincia de su nombre. Poco antes de llegar a San Pedro, la ribera izquierda del río es bastante elevada, forma en que continúa hasta mucho más allá de Rosario. Estas barrancas son más o menos peladas, más o menos descubiertas, teniendo frecuentemente en su base espacios de terreno al mismo nivel del río y aun más bajos que éste, donde da placer contemplar cómo se pasean emplumados huéspedes de largas patas. Pasamos de noche por San Pedro, anclando al amanecer frente a San Nicolás. La ciudad está en una altura. Las casas son de adobe; pero el sol es tan plateado que todo parece encantador. En el puerto se encuentran pocos buques. Pequeñas barcas sin carácter vienen a buscar y embarcar pasajeros. Cuando el vapor se pone en marcha, un cura, con el sombrero de Don Basilio, terminaba de subir a bordo con parte de su equipaje, quedando la otra en la barquita que se llevaba la corriente. Le veía presa del más vivo disgusto. Mientras cada golpe de rueda nos alejaba más de la pequeña barca, sus ojos decían muchas cosas; pero ni un gesto, ni una palabra de impaciencia: todo en el interior. Vino a mi memoria el primer capítulo del *Viaje Sentimental,* de Sterne[1], cuando encuentra al monje. El aspecto del río hasta Rosario no tiene nada de notable. El Ródano, el Rhin, el Sena, el Loire, son mil veces más bonitos, tienen más belleza. Sin embargo, éste no se halla falto de interés. El río es muy

---

(1) Lorenzo Sterne (1713-1768), escribió en 1764 su *Viaje sentimental,* la mejor de sus obras.

sinuoso y el horizonte se cierra a cada paso con una línea baja de tierra, para después de cada vuelta asomar la cinta de plata que se desarrolla más lejos; y siempre así. Existen muchos bancos de arena, por lo que es frecuente varar, siendo siempre necesario tomar la parte más profunda y echar la sonda a cada instante. Encontramos pocos barcos, algunos de 300 a 400 toneladas, que descienden el río, además de gran número de chalanas y pequeñas embarcaciones de cabotaje —casi todas italianas— cargadas de cueros, carbón, etc. Son, en efecto, italianos los que navegan y hacen el cabotaje de estos ríos. El precio del pasaje por vapor hasta Rosario es de 20 patacones (cien francos), horriblemente caro para viajar 80 leguas por agua. Debíamos hacer el trayecto en treinta horas, pero ponemos dos más debido al accidente de la máquina.

Rosario se halla en una altura cortada a pique. En este momento el río está muy crecido; con más de 12 pies que en el invierno y sobre el nivel ordinario. Costeamos los sauces llorones que emergen del agua y cuyos reflejos son encantadores. Bien se podría andar en bote bajo su sombra.

La diligencia de Mendoza debió partir esta mañana a las 10. Son las 5 de la tarde. La primera persona que encuentro en el muelle y que me golpea la espalda, es el hermano del duque de X, familia reinante en Alemania, que tuve el placer de conocer en Buenos Aires, quien me informa que el coche no saldrá hasta mañana. La ciudad es de lo más pintoresca. Los gauchos son bien formados, con grandes y bellas cabezas; llevan trajes de colores más vivos que los de Buenos Aires. Mi equipaje es conducido en una zorra hasta la extremidad del muelle y de allí llevado por un peón hasta la Aduana, que se halla próxima, en un bajo de la ciudad. En la Aduana apenas se abren las valijas; es una simple fórmula.

Se sube a la ciudad por calles sin pavimento, socavadas por las aguas, que deben convertirse en torrentes peligrosos durante las grandes lluvias, pero existe una que es más o menos transitable para vehículos. Arriba y abajo se ven ranchos muy pintorescos, descalabrados, torcidos, inclinados, en



CROQUIS DE UNA LIBRETA DE APUNTES

imposible equilibrio. Su frente tiene por lo común cuatro o más estacas que forman un alero, cuyo techo plano de ramas secas y doradas se une con el del rancho. Es allí donde podemos contemplar grupos muy encantadores y hasta lo más tierno. No he visto ningún rancho sin una pareja con aspecto de felicidad y de indolencia — hasta diría — casi de enamorados. En un rincón, amontonadas, *sandías* (melones de agua); ropa blanca puesta a secar en cuerdas sobre los matorrales; y aquí y allá, grupos tomando mate bajo una higuera, bajo una de esas grandes plantas que parecen raquetas o bajo los *ombúes*. La cabaña es de barro y techo de paja, pero la envidio, en tal forma respira aire de felicidad... Pero es bueno declarar que el sol echa su polvo de oro sobre bastantes cosas.

La ciudad nueva ha sido edificada con ladrillo. Las casas son de un solo piso, es decir, de planta baja. Se construye por todas partes; hay un ir y venir; una gran actividad. El aspecto de la ciudad debe cambiar cada mes. La mayor parte de los habitantes son inmigrantes, principalmente colonos italianos y vascos. El puerto debe contener de doce a veinte buques de ultramar, por lo general con dos mástiles. Llego al ex hotel del Universo y la primera pregunta que se me hace es ésta: "¿El señor desea una habitación para usted solo?" Es la primera vez que después de viajar (de esto hace ya largo tiempo) se me interroga en tal forma. Me encuentro solo en un cuarto que da al patio y tiene 14 pies de lado; el piso es de ladrillos ordinarios y el papel se desprende un poco aquí y allá. El moblaje se compone de tres sillas de madera, una mesa, un lecho lo más sencillo (marquesa), con un colchón; la palangana y la jarra de agua están rotas. Uno tiene todo esto, incluso la comida, por veinte reales, lo que equivale a 12,50 francos. Tan barato, que no valdría la pena de privarse de ello. El almuerzo y la cena son dignos de la habitación.

Voy a la Posta, donde está también la administración de la diligencia, la que no parte hasta las 7. El retraso ha sido ocasionado por la rotura de la que viene de Mendoza. No me quejo, pues sin ese accidente hubiese perdido

el coche. Las grandes carretas que transportan *frutos del país* son como las de Buenos Aires, con la única diferencia de llevar suspendida en la parte trasera una alta ánfora de un color blanco amarillento. En la ciudad, las carretas son pequeñas y bajas, de dos ruedas y con la lanza atada al flanco derecho del caballo. El gaucho conduce montado como siempre. Entran en el río el jinete y la carreta, la que pone la culata hacia las pequeñas barcas para recibir la carga, operación que repite en sucesivos viajes. Otro género de carretas es la de cuatro ruedas, baja y bien construída, cuya lanza sobrepasa, haciendo una larga curva, la cabeza de los bueyes que la tiran. Una doble cadena desciende desde la punta de la lanza hasta los yugos, sujetos por una carrillera de madera o cuero. Los aguateros cargan un barril de mediano tamaño en un carrito de dos ruedas y van también a caballo. Son por lo general vascos. Los lecheros, niños aun, llevan un recipiente a cada lado de la montura. Los vascos no abundan todavía como en Buenos Aires. Los soldados usan chiripá bermellón, gran trozo de género cuadrado que pasan entre las piernas y sujetan al cinto sin costura alguna; llevan chaqueta roja y una especie de bonete de policía del mismo color, viéndose poco el *calzoncillo*. Es muy bonito a la vista. Sus rostros tostados, bronceados, yodados y ahumados, parecen encantadores estudios romanescos. Paseándome cerca de los ranchos, contemplo parejas enlazadas tiernamente; y si esto no pasa de los últimos límites de lo lícito, por lo menos comprueba que no se detestan. Nada les parece extraordinario; ni los vecinos ni los transeúntes les son inoportunos. La bien amada de una de esas encantadoras parejas buscaba nidos de pájaros en la tupida cabeza de su Romeo... Tales grupos, con otros actores, se reproducen a menudo. Esto quita un poco de poesía a los *ranchos*, pero ¿qué hay de completo en el mundo? Las mujeres son grandes, fuertes, esbeltas, con hermosa cabellera y aire extraño. Los gauchos, que se encuentran por todas partes, tienen un rostro hermoso.

Correas, 5 leguas, segundo relevo. Una bonita joven, elegantemente vestida, nos vende *sandías* (melones de agua). El barón le dice sonriente:

"¡Qué linda muchacha!"; a lo que ella responde: "¡Qué cosa! ¡Cerca de tan buenos mozos como ustedes!" No me asombré en adelante de estas encantadoras de provincia. El corral de esta posta, como los que encontramos hasta la noche, en vez de estar construído de palo a pique, lo cercan gruesos y altos árboles, de más de quince pies de altura. Este cerco, excesivamente tupido, se halla rodeado de un foso. Son abrigos, especie de fuertes, donde encuentran protección contra el vandalismo de los indios los habitantes de los ranchos de los alrededores y parte de sus ganados.

Después del descubrimiento de estos países por el célebre genovés Cabot, los indios no cesaron de hacer la guerra a los invasores. Su número fué siempre muy reducido, pero se obstinaron en combatir constantemente. Pronto se apropiaron de los caballos traídos por los españoles — animales desconocidos hasta entonces —, que, como los vacunos, se multiplicaron admirablemente en estado salvaje.

La vida del gaucho está completamente unida a la del caballo. He aquí lo que dice Azara, no quedando nada que agregar: "El gaucho a pie es indolente y apático; pero a caballo el hombre y el animal parecen formar un solo ser; se diría que el mismo fuego circula por las venas de ambos. Tiene la mayor repugnancia por todo lo que no se haga a caballo y al galope; casi no sabe caminar a pie, y cuando lo hace, aunque no sea más que para atravesar la calle, es siempre de mala voluntad. Si se reúne en la *pulpería* (almacén de comestibles, donde se expende igualmente vino y licor) o en otra parte, permanece montado aunque la conversación se prolongue varias horas. Cuando va a pescar lo hace siempre a caballo, hasta para arrojar el anzuelo. Para sacar agua del pozo anuda la cuerda a la cincha y tira sin desmontar. Si tiene necesidad de argamasa o de mezcla parecida, por poca que sea, la prepara batiéndola bajo las patas de su caballo, haciéndolo ir y venir, pero sin apearse. En fin, todo lo realiza montado; y apenas nacido, ocho días después, el padre, llevándolo en brazos, lo pasea a caballo hasta que el niño llora, devolviéndolo entonces a la madre para que lo ama-

mante. Cuando un gaucho muere, lo llevan a la grupa, sentado como de costumbre y sostenido con palos. Oye misa a caballo desde fuera de la iglesia. En tales condiciones, sería difícil no poseer una extraordinaria destreza de jinete[1]".

Los indios se transformaron poco a poco en lo que son todavía: admirables jinetes; montan en pelo un potro salvaje, y manejándolo con un tiento, le quitan los bríos hasta que el animal queda agotado. El gaucho, que es también admirable en estos ejercicios, reconoce en el indio una gran superioridad. Yo no sé si ella es real, pero lo creo buen juez. Lo que hay de cierto es que la presencia de un indio produce un efecto mágico sobre los gauchos, que huyen entonces a toda rienda. Las armas del indio son una lanza de mango largo, que tiene en su extremo un trozo de hierro o un cuchillo y algunas plumas de avestruz; las *bolas,* tres bolas de menos de un kilo cada una, sujetas a tres cueros trenzados de un metro de largo, con las que cazan avestruces o voltean un jinete; después, en fin, el lazo, con que pillan un caballo fresco donde lo encuentren en la vasta extensión de la pampa. En tiempo de guerra, el gaucho posee un sable y un trabuco, y algunas veces un pésimo fusil; pero a estos dos últimos, que teme más que a las armas blancas, no sabe utilizarlos y son tan malos que sería difícil hacer algo con ellos. Los gauchos no eluden las peleas a cuchillo. Están habituados a usarlo para matar animales; pero no creo que les guste hacer la guerra, a la que van por la fuerza las más de las veces, siendo la fuga su maniobra frecuente.

Los indios son ladrones de ganado. Como se les teme, aprovechan esta circunstancia; pero también tienen miedo. Rauch, capitán alemán aunque soldado del Imperio, se paseaba con 200 hombres de un extremo a otro de la Pampa y los indios temblaban con sólo oír su nombre. El indio va desnudo sobre el caballo. Un trapo viejo y sucio sujeta sus cabellos, largos

---

(1) En *Voyages dans l'Amérique Méridionale.*



(Apunte de viaje)

GAUCHO TOCANDO LA GUITARRA

y duros. Tiene el rostro aplastado, ancha y chata la nariz, la boca grande y poco o nada de barba. Lleva algunas veces *poncho,* pieza de género de forma cuadrada y tejida por ellos, que tiene una sola abertura, por la que pasa la cabeza. En el Gran Chaco, algunos se hacen un bizarro ropaje con piel de tigre. Ya sea por pactos con los jefes de frontera, ya por medidas militares o por obsequios que los gobiernos argentinos les hicieron, las invasiones de indios son pocas; mas, debemos decirlo, es una vergüenza para el país.

Pero volvamos a nuestra diligencia.

Galopamos hasta ponerse el sol. Es ya de noche cuando llegamos a Arequito, posta no de las peores que debemos encontrar en nuestro camino. Tiene hasta dos malas habitaciones, una de las cuales, sin puerta desde luego, fué ocupada por una señora, su hija y la sirvienta, que viajan en la diligencia. Nosotros ocupamos la otra; cuyo moblaje se compone de una mesa coja y de dos rectángulos de 6 pies de largo por 3 de ancho, sostenidos por cuatro patas y cubiertos con cueros vacunos. Es lo que se denomina cama. Entrada la noche, nuestro conductor asa un pedazo de carne en un fuego encendido al aire libre. En una marmita de hierro se improvisa una especie de caldo, sin ninguna legumbre, que hierve entre 1½ y 2 horas. El *rotí* se llama *asado.* El caldo y la carne que sirve para hacerlo, es el puchero, alfa y omega de la cocina del país, sobre todo en viaje. Se come generalmente una vez al día, por la mañana o por la noche, pero siempre la misma cosa. Si se tiene realmente hambre, es un cruel fastidio esperar un par de horas, en un lugar sin recursos, para ingerir este espantoso alimento, especialmente cuando no se desea otra cosa que acostarse. Habíamos llevado provisiones, lo que ciertamente no es un lujo, pero lo que no me cansaré de recomendar a toda persona que siga esta ruta.

Nos acostamos después de comer. Las habitaciones de la posta, peores que las de un miserable rancho, se hallan perfectamente sucias y deben tener una razonable cantidad de insectos. Por ello mis compañeros y yo tomamos la resolución de dormir a la intemperie, eligiendo un rincón del patio.

Gracias a unas monedas que dimos a uno de los peones, conseguí un cuero de vaca sin curtir, que extendí en el suelo, colocando sobre él mi pequeño colchón de viaje, puse mi maletín de almohada, eché encima dos frazadas de lana y la cama estuvo hecha.

A pesar de las provisiones que llevábamos, comimos un asado duro como siempre. No hay nadie que nos reciba ni nos sirva. El abandono es completo. El agua y el pan no existen, pero nosotros tenemos pan. Bebemos en nuestros vasos; lo mismo sucede con el tenedor, el cuchillo y la cuchara. Lamentamos no haber traído platos. Cada uno se sirve de la fuente, con su cuchillo y su tenedor. Nos ofrecimos las provisiones que cada cual poseía, las que, si se desea, se aceptan con buena voluntad. Jamás un hijo del país, sea quien fuere, deja de brindar lo que tiene a los que le rodean, pues se invita con el deseo de que se acepte. Nos vamos a la cama, y es bien del caso decir que cuando ella está lista uno se acuesta. Es la primera vez que duermo a la intemperie, lo que me produce viva impresión. Con frío y con lluvia debe ser algo penoso; pero bajo esta bóveda estrellada se halla toda la poesía y pienso en mi hermano, que a menudo experimentaba tales impresiones en sus campañas de Africa.

Mi mucamo *gaucho* nos despierta con el día y envuelve el colchón y las frazadas. Don Guillermo[1] prepara mate para el trío, partiendo luego a las 6. La primera posta es la Guardia de la Esquina, pequeño villorrio, si se puede dar este nombre a un grupo de ranchos construídos con tierra y con esas grandes plantas que vimos ayer. Vienen a vendernos cazuelas de leche, cosa rara en estos viajes. Compro también dos *mulitas* asadas, pequeños cuadrúpedos del país, que tienen alguna relación con la tortuga. Se les asa sobre las brasas en su propia caparazón, teniendo su carne un sabor muy bueno, parecido al del lechoncito.

En la posta siguiente — Cruz Alta — encontramos melones. Mis dos

(1) Don Guillermo es el prenombre del duque de X y Don Jorge el de su ayudante de campo. Es así como yo los nombraba frecuentemente en viaje, según sus deseos. (N. del A.).

compañeros dividen uno de ellos en dos pedazos; y al respecto dice el duque al barón, su ayudante de campo: "La mitad del melón que usted me dió se halla en mal estado". A lo que éste responde: "Tomé la mejor para mí. ¿Y usted se queja? Siempre será un ingrato". Respuesta humorística que muestra la relación afectuosa y alegre de estos dos encantadores compañeros de viaje. A propósito diré cuán buena y grande es la simpática camaradería que los alemanes guardan entre ellos y cuánta benevolencia sincera tienen para los extranjeros.

Después de haber cruzado el río Saladillo, donde el agua no llega más arriba de las ruedas delanteras, nos detuvimos para cambiar caballos cerca del pueblo del mismo nombre. Muchas mujeres mal vestidas, con aspecto árabe y bohemio, llegan para vendernos tazones de leche, melones, sandías y muchos duraznos.

Pasamos tres postas todavía, llegando a Fraile Muerto al ponerse el sol. Nos hallamos en una gran calle, cerca de un horno de ladrillos. Es un pobre pueblo edificado con adobes. Una vez detenido el coche, llega un hombre con la llave de la habitación en que debemos comer y dormir. Mando al mismo hombre en busca de pan, pero vuelve sin encontrarlo, lo que lamento, pues el conductor me dice que no lo hallaré ni mañana ni pasado. Sin embargo, en un segundo viaje mi hombre fué más feliz y tuvimos pan. Nos decidimos a dormir en la calle. Mis compañeros se acostaron en catres de tientos y yo puse mi colchón en tierra, entre los dos. A las 5, cuando nos llama el conductor, estaba ya despierto; gozaba de la cama, que me parecía excelente. Por debajo de la de mi vecino de la derecha veía el horno de ladrillos y un pequeño fuego recién encendido. La diligencia se hallaba a diez pasos de mí; un poco más lejos, cerca de un viejo carrito en ruinas, estaba el furgón con nuestro equipaje. A la izquierda veía la puerta del cuarto donde habían comido y pasado la noche la señora, su hija y la sirvienta. Bajo el coche, acostados en el suelo, duermen el conductor y cuatro viajeros. Un poco más lejos distingo un grupo de gauchos en cuclillas, que,

como nosotros, pasaron la noche cerca del fuego extinguido. El más bello cielo a lo Claude Lorrain ilumina nuestra partida de la posta de las Tres Cruces. Como los caballos no se hallan aún en el corral, hago el croquis de dos niños confiados a la caridad del dueño de la posta.

Después del mediodía de ayer ha cambiado mucho el aspecto del país. Se siente más la pradera eterna, que parece un desierto, advirtiéndose sólo algunas largas filas de carros cada veinte leguas, tropas de vacunos o caballos, agrupados o dispersos, venados, patos, perdices, pájaros de presa y, sobre todo, pequeñas lechuzas sobre las vizcacheras. En estos momentos veo pajonales y algunos árboles. El país va siendo cada vez más habitado.

La posta de Bustos está situada a orillas de un río (río Tercero) de rápida corriente, en cuya margen bellos árboles se inclinan sobre el agua. El dueño de la posta, un viejo arrugado, color cuero, tiene una mano cortada y hasta creo que es bizco; pero posee, según dicen, doscientos mil patacones. Es casado. Su mujer, de apellido Giménez, es, según me informan, "un ángel", "una joya". Fué educada en Córdoba por una familia que la recogió huérfana. No había puesto jamás los pies en la calle. La apuraron para que hiciese este casamiento, diciéndole que su futuro era muy rico y que sería feliz. Así obtendría también una ventaja la familia que la educara, pues tendría asegurados de 10 a 15.000 pesos fuertes. El casamiento se hizo. ¿Es ella dichosa? ¡Quién lo sabe! "Tan alegre y tan linda, tan formal y tan viva en sus respuestas". Quizá fuese un enamorado el que así me hablaba. Yo no pude ver al "ángel", a la "joya"; y posiblemente esto vale más para no destruir el romance. Olvido decir que el marido es un avaro, que "no come huevos por no tirar las cáscaras".

Desde aquí hasta la posta siguiente fuimos acompañados por una tropa de caballos sueltos, denominada *tropilla,* con el objeto de cambiar de tiro a mitad de camino. Pero los caballos son tan malos que los postillones se ven obligados a sustituirlos a cada instante. No existiendo corral, es muy difícil enlazarlos, pues escapan cuando ven revolear el lazo. Los viajeros,



TIENDA. Buenos Aires (Acuarela)

para facilitar la operación, forman un círculo, espantando a los animales cuando llegan hasta ellos; pero esta barrera ficticia puede ser eludida, viéndose entonces a los caballos alejarse al galope y a los jinetes correr tras ellos.

Atravesamos un pequeño arroyo, que en otra estación puede ser un río, sin ver el término de estas nueve leguas, para hacer descansar los caballos. Pernoctamos en la posta del Totoral. En busca de agua, pretendo entrar en una habitación, pero me impiden el acceso al santuario, donde entreveo algunas muchachas, que arregladas deben ser encantadoras. Por fin aparecen como pimpollos; no son muy bonitas, pero sí elegantes. Siéntanse ante el rancho, unas al lado de las otras; en un extremo de la fila, la madre; en el otro, la dama de la diligencia y su hija. Cuando las mujeres adoptan esta línea de batalla, no hay muertos en el campo. No hay conversación posible. Ocupo una silla cerca de una de ellas, pero si bien demuestra agrado, no puedo quedarme largo tiempo. La influencia de los conventos de Córdoba ha llegado hasta aquí. Es poco recreativo.

La comida se hace esperar de una manera indefinida. Cuando llega es bien tarde; consiste en carnero asado, que aquí preparan por lo general muy bien, pero que en este caso no resultó, poniéndome de pésimo humor por haber esperado una cena tan triste; mas, acostándome, la contemplación de las estrellas en lo alto me calmó un poco. Era la noche de las visitas: un pequeño burrito viene a acomodarse graciosamente cerca del lecho del barón, y una cabra se pone a comer hojas de maíz casi tocándome.

Cambiamos caballos en la posta de Guanaco. Cuando el animal de la derecha es atado a la lanza, se encabrita dando por tierra con el jinete, que resulta sin daño, pues se levanta y partimos de nuevo. Hay tormenta. Cae la lluvia a cántaros, mas cesa poco después. Cruzamos un torrente escaso de agua pero profundo, que en ciertos momentos debe ser difícil vadear. Desde el amanecer nos hallamos en plena pampa, sin un árbol miserable en toda la extensión de la vista.

Los corrales de Chucul se hallan sobre una acequia cuyos bordes están

cortados a pique, con movimientos de tierra, que son los primeros que veo desde mi partida. Distinguimos en el horizonte la silueta de una ciudad que parecía muy extensa: torres, iglesias, una Venecia lejana; pero cuando nos aproximamos, los *campaniles* se convierten en álamos y la ciudad se empequeñece poco a poco, sin que por ello deje de ser menos pintoresca. Un río — río Cuarto — nos separa de la ciudad que lleva el mismo nombre. Hacemos alto. El furgón vadea con ayuda del tiro tomado de la diligencia, en la que a su turno se enganchan también los caballos de aquél. El agua no llega a la mitad del coche en los lugares más profundos, pero el río es ancho y en su lecho hay arena movediza. Nos hallábamos en medio del paso cuando una de las cadenas se rompe; y mientras se repara el menudo accidente, podemos pescar a la línea desde nuestros asientos. Estamos ya al otro lado del río, cruzando la plaza del mercado. Formando filas, unos cerca de los otros, se hallan grandes carros desmontados, con las ruedas adosadas a sus costados, semejando una calle de chozas. Más lejos, otra fila de carretas.

Para entrar en la ciudad se asciende un poco. Está edificada con adobe, como los cercos de los jardines, semiocultos por los árboles frutales, sobre todo por las higueras. Las gentes nos sonríen y saludan al paso de la diligencia. El furgón entra en el patio de una de estas pequeñas casas. Contamos todavía con una hora de luz, que aprovechamos para conocer la ciudad. Nos encaminamos hacia la plaza para visitar la iglesia. Los confesionarios son sillones de madera, con una cortina que imita bastante bien los baños de lluvia; junto a cada uno se encuentran pequeñas alfombras cuadradas, que se destinan a los penitentes. En la plaza hallamos algunas carretas y una india vestida con traje pampa. Entramos en una casa; compro cigarros, y el duque, duraznos, pero esas buenas gentes rehusan todo pago. El señor Vega, nuestro conductor, toca la guitarra en el patio — muy bien, por cierto — y entona uno de esos cantos ingenuos, amorosos y rústicos, que brillan más por la gracia del idioma que por la poesía.

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

CAZUELA DEL
(Buen



Imprenta Pelvilain

TEATRO COLON
nos Aires)

A pesar de algunos relámpagos que iluminan el horizonte, preparamos nuestras camas en el patio; pero a las 5 la lluvia nos obliga a poner el colchón bajo el brazo y buscar refugio en la gran sala común. La mudanza se realiza en la obscuridad, alumbrándonos con una vela, tendiéndonos al fin semidormidos en nuestros lechos. Felizmente, como es de suponer, nos acostamos vestidos, lo que disminuyó algo los inconvenientes de este pequeño desarreglo.

Partimos a las 10 de la mañana, dejando atrás una muchedumbre compuesta por todo el vecindario, que había venido para ver salir la diligencia. Media legua después nos alcanza un jinete seguido por un gaucho, que debe volver con su caballo. Al llegar el jinete, sus primeras palabras son estas: "¡Es así como ustedes me esperaron!" Se le advirtió que debimos partir a las 8, pareciéndole muy mal que dos horas después ya no se le esperase. Despreocupación americana.

Nos encontramos en plena pampa, pero con montañas en el horizonte. Lejos, delante de nosotros, marcha una fila de carretas, con tres yuntas de bueyes cada una. Detrás de ellas sigue una tropa de bueyes y algunos caballos arreados por gauchos. Los pasamos y nos detenemos un poco más lejos para cambiar de tiro, eligiendo entre el relevo que nos sigue con ese objeto. Cuadro soberbio. La diligencia a la izquierda, el furgón a la derecha, con los caballos desenganchados, mientras el capataz de las carretas pasa a la cabeza de la caravana, montado en una mula y con un gran poncho hasta la mitad de la montura; luego las carretas en fila, rodando con lentitud y pesadez; sus conductores, con aspecto salvaje y bizarramente vestidos, se destacan sobre un fondo obscuro, manejando de pie la inmensa lanza suspendida con que pican los bueyes más distantes. Tal espectáculo en medio de esta pradera desierta, tiene un color completamente bíblico.

Después de algunas leguas alcanzamos la posta de Ojo de Agua. A un gaucho que debía llegar poco antes que nosotros, el conductor le había pedido que hiciera preparar un asado de cordero. La comisión fué cum-

plida, pero sólo encontramos una desgracia: no había nada que matar ni cocinar; ni siquiera el agua era potable. Felizmente teníamos nuestras provisiones.

Volvimos a partir, llegando a la costa de río de la Barranca. En efecto, un pequeño río corre por el fondo de un barranco cortado a pique; algunos grandes árboles arraigan en su lecho, mientras sus copas suben hasta el nivel del suelo. De nuevo en marcha. Las lejanías son soberbias y me siento transportado a las campiñas de Roma, al Tívoli y al Albano, ante mí en el horizonte. El calor es fuerte. Recibimos con agrado una pequeña bolsa de excelentes peras, que un *gaucho* nos trae al galope; es nuestro conductor que acaba de pedirlas para la comunidad viajera. Cruzamos un arroyo o riacho — arroyo de las Lajas — y el río de las Achiras, cuyo fondo es de arena y piedras, las primeras que veo en las provincias argentinas. Este río es muy encajonado y al vadearlo se rompen los tiros, siendo necesario hacer otros de cuero. Salimos penosamente. Descendemos en Achiras, pueblito edificado entre un grupo de colinas, que atravesamos en cinco minutos. Las casas son de adobe; sus habitantes se hallan en la calle, sentados en el suelo; tienen un sorprendente aspecto de árabes o de beduinos. En el patio de la casa que se nos destina, en medio de una obscuridad profunda, bajo el cielo estrellado, un grupo de *gauchos* escucha el canto de otros dos, que un tercero acompaña con un ritmo monótono. Los cantores hablan en voz baja, consultándose mutuamente para resolver sus improvisaciones, pues una vez de acuerdo sobre las ideas y la letra, entonan sus plañideras coplas; una de ellas fué dedicada a nuestra bienvenida al pueblo y otra a los buenos deseos para el viaje, no siendo olvidados ni los pasajeros ni los conductores. Estos bardos del desierto, en recompensa de su poesía, fueron invitados a comer con nuestros postillones y recibieron algunas monedas.

Partimos en medio de un fuerte viento. Montañas en el horizonte. Hasta hace algunos años este lugar era el más expuesto a las invasiones de

los indios. Cambiamos caballos en plena pampa, lo que nos hace perder tiempo. Nos detenemos para que los postillones reemplacen los caballos en la posta de Portezuelo, que se halla sobre la derecha a un cuarto de legua del camino. Nada la delataba desde lejos, por lo que mis dos amigos, que galopaban delante de nosotros, pasaron de largo, siendo necesario enviar un peón para que los hiciera volver. Dispongo mis provisiones sobre el suelo y comienzo a comer mientras espero. Llegan y almorzamos alegremente. Los peones han llevado los caballos a la posta, pero por inadvertencia no trajeron sino uno, quedando don Jorge con su silla mientras un gaucho vuelve en busca de otra cabalgadura. Proseguimos la ruta. Don Guillermo, que ha tomado la delantera, se pierde de vista; va a encargar en la primera posta, que se encuentra a algunas leguas, un caldo y un asado. Don Jorge se nos une, desapareciendo a su turno en los repliegues del terreno. El peón ocupa de nuevo su lugar en el coche.

A una legua se ven altas montañas y hacia ellas nos dirigimos. Cambiamos caballos en la llanura, tomándolos de un relevo *(tropilla)* que nos acompaña. Hemos llegado al Morro. En el centro de la plaza del pueblo se encuentra un carruaje pintado y dorado, que cubre una tienda muy pintoresca, improvisada con palos, frazadas y chales, verdadera decoración ambulante. Es el coche de la *prima donna Edelvira,* del tenor Guglielmini y de algunos otros artistas del teatro italiano de Santiago que se dirigen a Buenos Aires. Les doy informes sobre esta ciudad; en cambio, ellos nos los proporcionan respecto al camino que debemos recorrer. Su coche ha volcado dos veces: la segunda, felizmente, se hallaba vacío. Desde la mañana nos encontramos en San Luis. San José del Morro es una pobre ciudad y saliendo de ella el aspecto es salvaje. Montones de rocas resquebrajadas se entremezclan con árboles achaparrados y con grandes zarzas; montañas al fondo y a todos lados. Llegamos a la posta de los Loros. Es aquí donde debemos pasar la noche. La componen un grupo de algarrobos y dos malas chozas. Matan dos corderos, un carnero y una pava, esta última destinada al almuerzo del

siguiente día. El carnero para los *gauchos* y los dos corderos para nosotros, uno asado y el otro hervido. Es el único buen asado que he comido durante el viaje. Ningún alto en la noche ha sido tan poético como éste. Cerca de los ranchos hay dos fogones; en uno se cocinaba nuestra comida y en el otro la de los peones. Los *gauchos*, matando y desollando los corderos; los árboles iluminados por debajo; grupos lejanos que se destacan al resplandor de las llamas y que luego se pierden en la obscuridad; y, por encima, el cielo con su negro manto tachonado de estrellas.

No falta en nuestra comida color local, pues tenemos sólo un plato para dos o tres. Nos traen el caldo en una grande y honda fuente enlozada; y por falta de cazuelas, nos hallamos todos de pie en torno de la fuente, zambullendo por turno nuestras cucharas. Me encuentro mejor con el duque y el barón, comiendo en la misma fuente, bebiendo en el mismo vaso y acostándonos uno al lado del otro. Cierto es que sería muy difícil hacer otra cosa. Colocamos los colchones bajo los algarrobos. Los pavos, que se hallan sobre nuestras cabezas, no abusan de su posición.

Nos levantamos a la luz de la luna. Tomamos mate cerca del pueblo. Llegan los caballos y partimos al amanecer, rodeados de montañas. Existen pajonales. El terreno está húmedo y cubierto de agua en ciertos sitios por las lluvias recientes. Uno de los postillones del furgón llega para decirnos que había volcado, lo que vamos a constatar. Se halla a poca distancia detrás de nosotros. Tiene el eje roto. Se sacan del furgón los colchones, cargándolos en la diligencia; colocamos las cajas y las maletas en el camino, quedando para cuidar todo los peones del furgón, provistos de un par de pistolas para un caso necesario. Mientras tanto mandamos a pedir en San José del Morro un carro o una carreta, volviendo nosotros a la diligencia. El país se transforma poco a poco por completo; hay matorrales, el terreno es arenoso y con montículos, los pastos son más malos; se ven algunos árboles y creo que los mismos pajonales aumentan de tamaño; existe también una especie de mimosa.

Llegamos a Río Quinto. Bajamos del coche para que cruce el río sin pasajeros. Nosotros lo pasamos a la grupa de un gaucho. Descendemos de las cabalgaduras, haciendo a pie el camino hasta la posta, que se halla a cien metros. Después del almuerzo parte la diligencia para buscar el equipaje que habíamos dejado en el camino. La posta de Río Quinto consiste en un par de ranchos, algunos árboles y unos *corrales* (cercados para los animales). El río es ancho, pero apenas tiene dos pies y medio en los lugares más profundos. El lecho es de arena y en las orillas tiene árboles y maraña.

Dos niñas de cabellera suelta y de unos trece años de edad, se bañan y nadan desnudas en compañía de un niño. Entramos en el agua para bañarnos también, retirándose ellos hacia la otra orilla lo más lentamente posible; y después de echarse sobre las espaldas una prenda cualquiera, se ocultaron entre los arbustos para vernos mejor. El agua es excelente, la corriente muy fuerte, la arena está caldeada; sentándonos con el agua hasta el cuello, nos dejamos llevar por el río. Es soberbio.

Volvimos a nuestro cuartel general. Tomamos un mate y luego cenamos caldo y cordero asado. Nuestras tres camas han sido colocadas en tierra bajo un grueso algarrobo, siendo así el campamento más original que de costumbre, rodeados como estábamos por las maletas y las monturas de mis dos ilustres amigos. Tomé una vela de mi maletín y la puse en una botella vacía, colocándole un papel alrededor para que el viento no la apagase. Las estrellas completaban la iluminación. Tendidos en las camas, bebemos *grog* conversando y fumando; el tiempo transcurre así dulcemente y la charla se extingue por sí sola, mientras la quietud de la noche se desposa con el débil murmullo de las aguas del río.

Sin nuestro accidente hubiésemos hecho este alto en San Luis, ciudad de la que sólo nos hallamos a doce leguas. Una parte de los equipajes fué cargada en el carro que vino en nuestra ayuda desde San José del Morro, colocándose el resto en la rotonda, donde los pasajeros tuvieron que sen-

tarse a horcajadas. En el camino cambiamos el tiro de un relevo y nos dirigimos hacia las montañas de San Luis.

Llegamos a la posta de X...[1], algo alejada de la ruta, tomando sobre la yerba un frugal alimento, como estábamos habituados a hacerlo desde nuestra partida. El coche se pone de nuevo en marcha por un camino cada vez peor. Nos hallamos muy próximos a las montañas de San Luis, cubiertas de árboles, que recuerdan las del Brasil. Hallamos las señales del vuelco del coche de la compañía lírica de Da. Ida Edelvira, es decir, botellas rotas entre los pajonales. Estábamos suficientemente advertidos; sin embargo, cometemos la tontería de no bajar del coche porque el conductor nos asegurara que no volcaríamos; pero, en medio de las imbecilidades que éste dice a un niño que no tiene más de doce años, volcamos. Felizmente íbamos al paso. La caída es tan suave que cada uno tiene tiempo de agarrarse para evitar todo daño; pero el torpe del conductor cae sobre mí, rasgándome el pantalón y lastimándome la rodilla. Me pongo de pie al instante para ocuparme de los otros, aunque soy el más afectado. Sin embargo, la dama del interior llora y se aflige. Su hija sale por la ventanilla tan sonriente como si lo hubiera hecho por la portezuela. Ayudamos a los peones a desatar los cueros que sostienen el toldo y descargar y levantar el coche. Logrado esto y mientras los peones vuelven a cargar, tomo la delantera a pie, pues no hay sino una legua hasta la ciudad.

En el suelo arenoso húndense los pies a cada paso; todo es maraña y grandes plantas. Cojo unas flores que me han dicho se llaman Reina de la Noche, muy raras y estimadas en Europa; son grandes, blancas y del tamaño de cuatro o cinco camelias. Hay muchas a mi alrededor. Llego al mismo tiempo que la diligencia a la puerta de la única casa que sirve de hotel en esta capital de provincia. ¡Qué decir de ese cretinismo que hace que una provincia no pueda arreglar el camino a una legua de lo que ella denomina

(1) La posta era la de Los Cerrillos, de Andrés Osorio.

su capital! La ruta actual es un sendero a través de malezas, entre las que sólo puede pasar un coche; y siendo una de las huellas más alta que la otra, es forzoso volcar por despacio que se pase. Esto implica tres vuelcos en dos días, pero podrían ser mil... Cuando pasa una tropa de carretas, son éstas las que componen el camino; argumentando los habitantes, con el candor de la tontería, que puesto que los coches son los que se sirven del camino, corresponde a ellos el arreglarlo. Efectivamente, esto hacen las tropas de carretas cuando encuentran un mal paso.

Entramos en el hotel. En sus habitaciones existen algunas cosas que llaman camas. El viajero trae siempre su colchón y lo demás, pues de lo contrario deberá pasarse sin ello. En medio de nuestro cuarto, que es el principal, además de los cuatro caballetes, hay dos mesas unidas; la una, más alta que la otra, era de madera blanca en otro tiempo y está tan agujereada y remendada, que hace gracia. El suelo es como Dios lo hizo; en el techo se ven las vigas y las cañas que lo sostienen. Por orden del gobierno nacional, la diligencia debe quedar aquí 24 horas para distribuir y recibir las cartas. Es una broma para hacer creer, a los que no pasaron por aquí, que puede haber en este pueblo gente que sabe leer y escribir. Nos quedaremos, por consiguiente, dos noches, aunque de todos modos debemos componer el carro. El trío de amigos se va a pasear por el pueblo. Magnífica miseria pero bella vegetación; los jardines son encantadores, aunque la gente no ha hecho nada por ellos. Advierto, sobre todo, higueras, cuyas ramas trepan sobre las puertas y caen hasta la calle; álamos, sauces llorones y una especie de árbol muy grande y hermoso, con hojas finas, cuyo nombre ignoro. Las casas y los cercos de los jardines son de adobe, tierra pisada, lo que no debe ser de larga duración y forzosamente se contemplan ruinas. Esto es bien demostrativo de la ignorancia de esta provincia, que podría fabricar buenos ladrillos o servirse de la piedra de las montañas que se hallan a menos de una legua.

Encontramos gauchos corriendo carreras en una calle, vestidos con

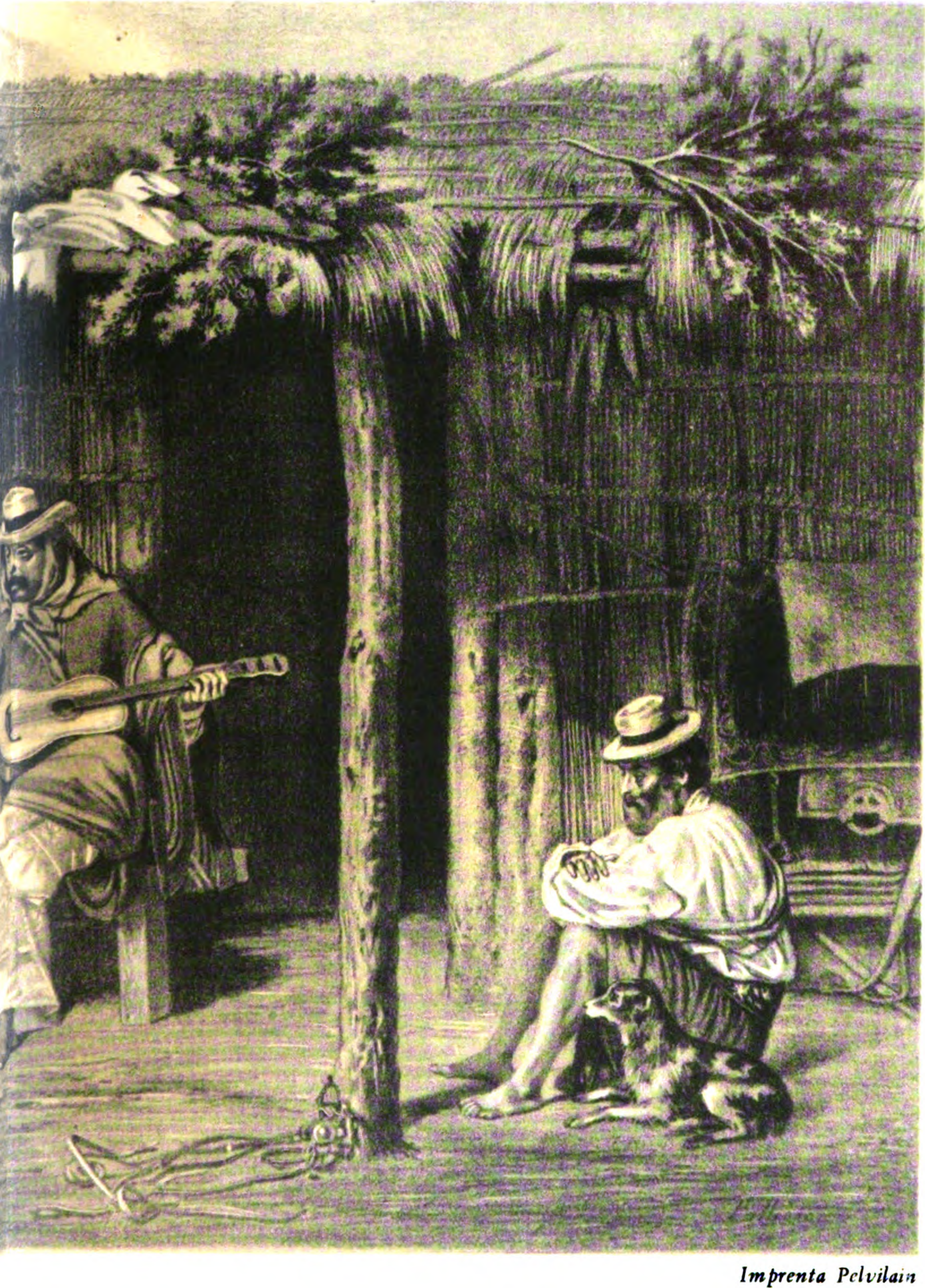
trajes de colores muy variados; mucho más que en otras provincias. Las carreras se suceden rápidamente; el caballo es siempre montado en pelo, costumbre tradicional en las carreras en todo el Plata. Se ven niños que corren y las apuestas consisten en uno o dos reales: de cincuenta centésimos a un franco. Las calles son de arena, y los caballos no pueden rodar. Muchos espectadores se hallan montados de a dos en un mismo animal, formando grupos encantadores. Son increíbles las actitudes que toman los gauchos en los caballos: se doblan, se sientan, se vuelven, como si estuviesen en tierra sobre la hierba. La posición ordinaria es la pierna sobre el pescuezo del caballo propio o en el vecino. Esto se hace todavía e ignoro lo que no sean capaces de hacer. Volvemos a las 7 para cenar lo mismo que todos los días: un trozo de carne de vaca duro como un cuero, puchero — que no tocamos — y caldo, la mejor cosa de la cena. Además de lo habitual, carne *stufatine,* plato italiano como el dueño de casa; una ensalada de cebolla cruda y tomates condimentados con el más horrible aceite español; pero, es bueno decirlo, postre excelente: uvas y duraznos. El vino es de tal manera malo, que lo hacemos retirar de la mesa. No hay otro en la ciudad, donde no se encuentra ni cerveza ni cognac.

Después de comer, fumando nuestros cigarrillos, escuchamos tocar la retreta. Ante la casa del señor Gobernador vemos dos inmensos faroles colgados majestuosamente de palos sostenidos por *gauchos*. Además de esto, cierta cantidad de pequeños faroles iluminan un círculo de músicos vestidos como el pueblo. Dos directores de orquesta, con traje militar, llevan el compás, mientras que alternativamente tocan la corneta a pistón o el clarinete. En cada uno de los cuatro ángulos se halla un soldado con el sable desenvainado al hombro; llevan bonete rojo, puntiagudo, poncho y chiripá; tienen la tez obscura, los cabellos largos y la barba abundante. En torno a los músicos se agrupa la canalla del lugar, muchas criaturas de pie o sentadas en la calle, todos con caras feas y sin inteligencia; detrás, una cincuentena de mujeres, las "leonas" del lugar; dos me parecen lindas, pero la



Peint par Pallière (Peuser S. A.)

EL PAYA
(R. Argen



Imprenta Pelvilain

YADOR
gentina)

obscuridad profunda en que nos encontramos es posible que las favorezca; pero las otras, aun así me parecen bastante feas. Es, sin duda, el peor pueblo de la Confederación Argentina. En cuanto a la música, era tal que hasta los nervios de mis piernas creo que fueron heridos, yendo precipitadamente a tirarme en la cama.

Llueve muy fuerte, y lo siento porque habría hecho algunos croquis de la ciudad a pesar de que tuviesen escaso interés. Nos lavamos con un poco de comodidad, lo que no nos había sucedido desde nuestra partida de Rosario. Almorzamos bastantes frutas, que son excelentes. Mientras charlábamos, entra el señor dibujado más arriba; se coloca en la ventana que da a la calle y nos mira; es asombrosa la familiaridad de esta gente. Escuchaba la conversación como si se tratase de alguno de los nuestros y sólo me sorprendí de una cosa: que no tomara parte en ella.

La lluvia ha cesado y salgo a dar un paseo. Una mujer que se halla a la puerta de un jardín me pregunta si yo hago trueques de Santos. Llevo mi pequeña cartera debajo del brazo y no tengo nada que me asemeje a un vendedor ambulante. Converso un momento con nuestra brava mujer; parece que un Santo nuevo vale más que uno viejo y dan uno viejo a cambio de uno nuevo. Desgraciadamente yo no tenía ni nuevos ni viejos... Con todo, es curioso comercio.

Veo en la calle algunas personas que deben ser autoridades en traje de ciudad; llevan botones de oro y pantalones de paño con franja de terciopelo y flores bordadas, tela europea realmente fabricada para los elegantes de San Luis. El duque ha traído cartas de recomendación para esos señores, que habiendo sin duda tenido noticias directas de nuestro arribo, se hallan en gran atavío para recibirlo. Todo lo que sacaron fueron los gastos de su indumento. Después de una mala comida, todavía realizamos un paseo en medio de la obscuridad. No he visto ciudad más tonta; nada de luz, pocas casas, jardines con paredes de barro, y por toda animación, perros que ladran. Se me hace largo el momento de abandonarla.

Los preparativos de la partida se realizan lo más lentamente posible, pues los peones parecen atados a esta horrible ciudad. ¿Se puede estar mejor que en el seno de su familia? Hacemos algunas leguas por caminos muy malos, apeándonos dos veces, lo que no es exceso de prudencia. La patrona de la posta en que nos detenemos tiene reputación de mala bruja; no me parece usurpada y corresponde a su físico. Hablamos de los indios. Hace sólo cinco años que no aparecen, y con tal motivo le pregunto cómo la trataron. Ella me contempla con un aire de furia. Nada más encantador que verla de pie, declamando como una rabiosa; y era impagable oírla decir que la mujer era un ser tímido, agregando a propósito que un diputado que pasó por aquí, le hizo algunos reproches sobre sus caballos: "Si me hubiese tocado con el dedo meñique — agregó — le habría dado un puñetazo en la cara y le hubiese hecho pedazos". ¡Oh, mujer humilde!

Un avestruz de dos meses anda con unos pavos, por lo que parece aún más pequeño.

Desde esta posta hasta la siguiente, marchamos entre grupos de algarrobos; el terreno es arenoso; enorme cantidad de caza se levanta a nuestro paso y veo, entre otras aves, perdices con cresta.

En la posta inmediata, una mujer teje un poncho. La técnica no puede ser más primitivo. A su lado hay un niño en una cuna suspendida; nada más simple ni más encantador. Llegamos a la posta de la Cabra. Es de noche y hacemos nuestros preparativos en la obscuridad. Instalamos nuestro cuartel general lo más lejos posible del rancho, que dicen estar lleno de insectos. Cuando llueve esto debe ser desagradable, pero felizmente el cielo se halla cubierto de estrellas. Esta noche todo el mundo durmió afuera, incluso la señora Natividad y su hija. Las mujeres y los niños de los ranchos hacen lo mismo, creo que por hábito, pues al aclarar el día veo a los niños durmiendo en grupos sobre la misma almohada. Una gallina abriga sus pollitos casi tocando a los chicos con sus alas; un perro, enroscado, les hace compañía, y una bacinica floreada completa el poético grupo. Las mujeres



«LA PISADORA DE MAIZ» (Acuarela)

se encuentran acostadas más o menos en la misma forma; el muro de ramas se halla cubierto de riendas, cueros, carne seca, bolas, bolsas, estribos y trajes viejos; un asador está clavado en tierra. Es un verdadero Tenniers, que tiene también, en más de un aspecto, su tono gracioso.

Partimos con el más bello tiempo del mundo, atravesando a las dos leguas el Desaguadero, río sin agua en este momento pero que, por correr entre dos barrancas elevadas, debe ser muy difícil vadear en las crecidas. Hacemos 6 leguas con una tropilla y llegamos a un pueblito: La Paz. El duque y el barón se nos habían adelantado tres horas y hallamos una mesa con mantel, pan y vino excelente; es la primera vez que encontramos tal sorpresa. Vuelvo de la sala donde se halla la dueña del alojamiento, graciosa mujer, de ojos límpidos, bien vestida, educada y modesta, verdadera flor en medio de este desierto. Ella es de Buenos Aires; seductor recuerdo. Posiblemente exagero un poco; la comida y la dueña de casa me parecerían bien ordinarias en otra parte, pero cuando uno acaba de ver todos esos ranchos, muy pintorescos pero inhabitables, esos pueblos y esas criaturas horribles, que no hacen falta sobre el camino, por poco que las personas y las cosas estén limpias y sean algo agradables, todo parece magnífico.

Salvamos rápidamente las tres leguas siguientes, para cambiar caballos en...[1] Encontramos algunas carretas que van a Mendoza; se hallan detenidas, y los gauchos que engrasan las ruedas tienen cara de bandidos. Estos encuentros con carretas son muy raros; creo que no hemos hallado sino las de esta tropa, tan reducido es el transporte y el comercio en estos desiertos. El suelo es arenoso; cruzamos malezas más o menos altas, entre las que dominan los algarrobos. Casi de improviso advertimos la Cordillera. Nos habían dicho que desde ayer podíamos verla, pero no pude contemplar sino una pequeña parte en dirección a San Luis. El sol se oculta. El cielo está limpio; las montañas, del más hermoso azul, hállanse recortadas por una

---

(1) Sería La Dormida, posta de Faustino Maturana.

línea de fuego; algunas nubes, atravesadas por los rayos del sol, parecen las grietas de un gran horno. Es soberbio y grandioso. Tengo un gran respeto por las montañas, sobre todo de lejos, y aun de cerca, cuando son el Vesubio y el Etna. Debo escalarlas y veo con placer el término de este viaje en diligencia, un tanto monótono.

Anochece durante el camino. No hemos llegado a un lugar tan tarde como en este caso. Nos acostamos a la intemperie o bajo un gran corredor que se halla delante de la casa, para levantarnos alumbrados todavía por las estrellas, lo que favorece al pudor, pues no podemos vernos los unos a los otros. El día apunta y distingo el lugar; es muy lindo. La posta consiste en una casa no mal construída, con un ancho pórtico. Todo está en orden. Existe un grupo de sauces llorones en un terreno apisonado que se halla delante de la posta y cerca de una pequeña laguna, cuya agua es buena. Un arriero y sus mulas pasan también la noche en esta posta. Las albardas de los animales forman un círculo y en el centro se hallan las mercaderías, componiendo un segundo círculo interior, en cuyo centro han dormido el arriero y sus peones. Las mulas pasaron la noche en un rastrojo y llegan siguiendo a una de ellas, que lleva un cencerro al cuello. Miro con interés cómo se las carga, esperando aprender a hacerlo yo también.

Primera posta, Catita. Después, Santa Rosa, donde conseguimos una tropilla que nos conduce hasta Retamo. Tenemos siempre ante nosotros la Cordillera, cuyas cumbres más altas están cubiertas de nieve, siendo sus faldas de un color apenas más obscuro que el del cielo. A medida que avanzamos se distinguen unas de otras por la ligera diversidad de sus colores, viéndose también las ondulaciones de las montañas más próximas y los álamos que rodean los *potreros* (cuadrados sembrados de trébol). A eso de las 10 se forman pequeñas nubes cerca de la cima de las montañas. Me dicen que siempre ocurre lo mismo. Un canal chico trae agua de los cerros hasta los lugares que atravesamos, dando un distinto aspecto al país. La ruta es

bastante larga, bordeada a derecha e izquierda por álamos, algunos muy altos y mezclados con sauces llorones; las montañas completan el cuadro.

En la posta hacemos, como siempre, un ligero almuerzo, pero con excelentes uvas, que se parecen bastante a las de Fontainebleau. Una nueva tropilla nos llevará hasta Mendoza. El camino es cada vez más alegre; grandes alamedas en todo sentido; corrientes de agua a cada instante; infinidad de pequeños puentes — bastante mal hechos, como es natural — sobre las acequias de riego de cada propiedad. Las casas son más confortables, viéndose, en fin, la influencia de la agricultura en la vida nómade. Los dueños de la posta están obligados, cada vez que proporcionan caballos, a hacerlos acompañar con un postillón, que por lo común es muy joven y sirve para devolver el relevo. El que nosotros tomamos puede tener 14 años. Son siempre excelentes jinetes, lo que no tiene nada de extraordinario en un país en que todo se hace a caballo. Sin embargo, uno de los tiros (hecho de cuero crudo torcido en forma de cuerda), muy largo, como de costumbre, se cruza entre las patas traseras del caballo del joven postillón, que comienza a encabritarse. Hubiese bastado que uno de los *gauchos* aproximase su caballo al del muchacho, para que el tiro se aflojara y cayese bajo las patas del animal. Pero esto no es de su cuenta. Los saltos del caballo y el miedo del pobre diablo les proporciona un espectáculo muy agradable y el conductor no trata de ninguna manera de poner orden. Sin embargo, el postillón logra saltar a tierra y queda en pie, pero el caballo, sujeto siempre al tiro, lo tumba con un movimiento de costado. La bestia salta con las patas traseras a izquierda y derecha del pobre postillón; pero felizmente el tiro se rompe y con otro salto se halla lejos del desventurado, que sin esa circunstancia hubiese sido deshecho. Durante y después de esta horrible escena los gauchos ríen como locos. En este momento deseo que los caballos le rompan el lomo a toda esa canalla; pero en el fondo no son tan malos, pues ello está de acuerdo con su naturaleza de centauros y no tienen mayor motivo de risa que la torpeza de un jinete.

Nos aproximamos a Mendoza, y las casas no están lejos. Atravesamos una última avenida de álamos y tapias. Las viviendas, aisladas al principio, se alínean en calle; cruzamos un puente de ladrillo sobre un riacho que corre entre dos cortinas de álamos; atravesamos la plaza principal y descendemos ante la puerta de uno de esos almacenes cosmopolitas, donde se venden clavos, vestidos de seda, queso, pintura, cerveza, agua de Colonia, etc. Un gentío rodea la diligencia, pues ella no llega sino una vez por mes y todo el mundo viene para conocer las novedades sobre política y recibir los diarios y las cartas particulares, sin hablar de los amigos y parientes que deben hallarse en el coche. Hacemos llevar nuestro equipaje al Hotel de Francia, que no tiene mal aspecto exterior. Se halla separado por una verja del gran paseo o avenida de Mendoza (Alameda). Compónese de un extenso patio que comienza pasando la verja y cuyos otros costados los forman las habitaciones y el comedor. El hotel es bastante malo y en realidad podría ser mejor, pues se halla siempre lleno por los viajeros que van y vienen de Chile.

La ciudad de Mendoza tiene de 10 a 14.000 almas. Las casas son muy bajas, mal construídas, con techos chatos y aleros rojos; las iglesias son bastante mediocres en su exterior y muy pobres por dentro. Parecen muy grandes para la población. Las calles, sin afirmado alguno, están desiertas. La ciudad se halla próxima a la primera cadena de montañas que forman la Cordillera de los Andes. Esas montañas, sierras del Paramillo, parecen no obstante elevadas y ocultan las más lejanas. Una grande y larga avenida de álamos muy altos y viejos forma como venerable muralla de verdura entre la montaña y la ciudad, que es horriblemente desierta y solitaria. La plaza principal no tiene muy feo aspecto. En el centro existe una fuente rodeada de árboles recién plantados, que un día formarán una plaza bastante alegre. Entre las casas bajas y de techo plano se destacan tres o cuatro iglesias que dan la espalda al *Cabildo*, mala construcción con puertas y contraventanas rojas, sede de la Municipalidad y cárcel al mismo tiempo.

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

DESEMBARQUE (
(Buenos





Imprenta Pelvilain

E CON RIO BAJO
nos Aires)

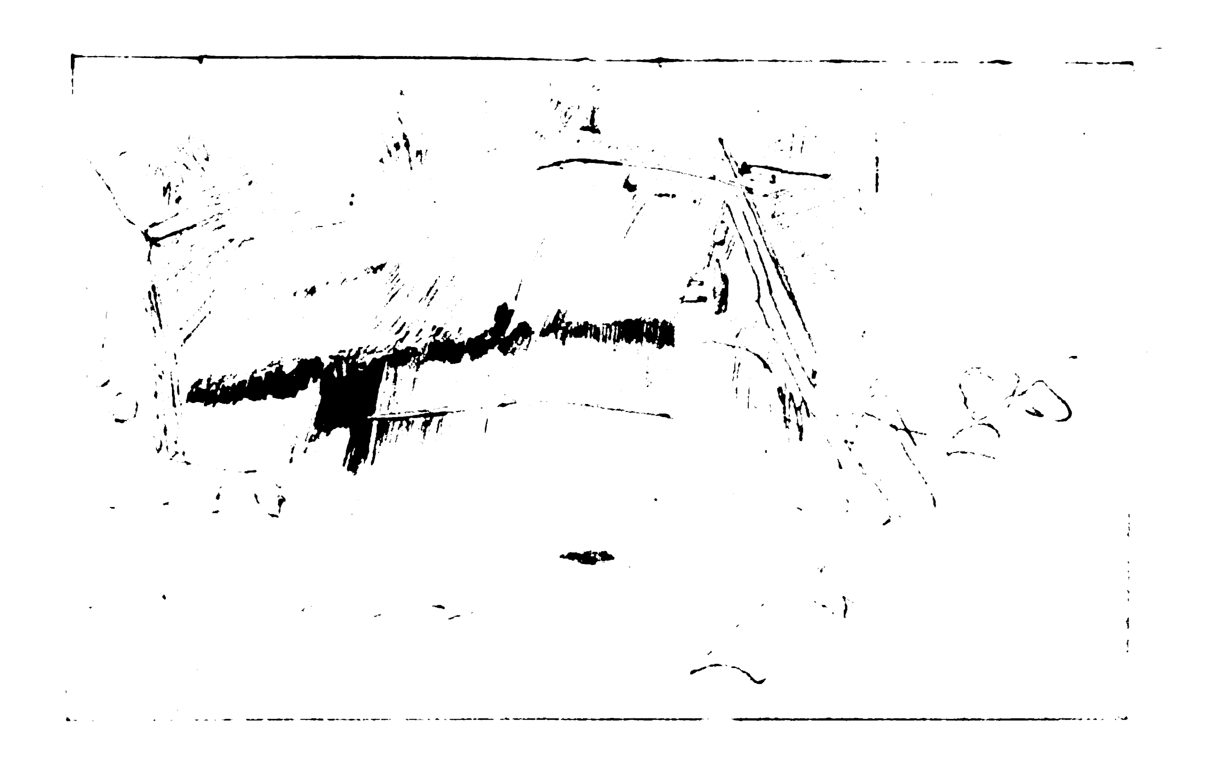
Se ve la línea de los álamos que forman el paseo y la de la montaña que domina a lo lejos: el Aconcagua.

Los habitantes son generalmente feos, y las mujeres, casi todas con bocio. Durante mi estada tuve pocas oportunidades de hacer relaciones, pero tampoco las busqué. Debo, sin embargo, declarar que las gentes tienen reputación de ser muy afables; y los extranjeros, que en pequeño número residen desde hace tiempo en esta ciudad, no pueden hablar mejor. La señora N., que vino con nosotros en la diligencia desde Rosario, nos hace saludar y nos invita a visitarla, recibiéndonos con la mayor amabilidad; nos envía diariamente fuentes repletas de magníficas frutas, dulces excelentes, un pastel de un metro de largo por lo menos, flores, etc. Las frutas se hallan siempre cubiertas con soberbias servilletas bordadas. A este respecto diré que nosotros los europeos nos sorprendemos de estas costumbres tan afables y de una naturaleza tan distinta de la de nuestro país, que no sabemos cómo corresponderlas, encontrándonos perfectamente inaptos y prestándonos de mala gana a todo lo que sale de nuestra rutina. Años después todo esto vuelve al espíritu y uno quisiera ver de nuevo esos lugares, esas costumbres y esos amigos que se hallan tan lejos y a los que se envía con el pensamiento mil recuerdos afectuosos.

Volviendo a Mendoza, además de las iglesias existe un gran número de conventos, lo que se explica por la vecindad de Chile, la tierra de las cofradías religiosas. Hay un teatro, al que no fuí nunca y es muy poco interesante. Las representaciones son, en general, raras, realizándose solamente cuando algunos actores pasan del Plata a Chile o viceversa. Existe un colegio muy bien dirigido por un francés, además de una granja modelo que, como aquél, está bajo la protección del gobierno provincial, siendo también un francés el que se halla al frente; y me place decirlo porque viajando encontré compatriotas casi por todas partes, colocados en la dirección de empresas cuyo beneficio más directo lo recibe el país en que se establecieron.

El principal comercio — por no decir el único — de los habitantes de

Mendoza es el tráfico de ganado, que no tiene Chile. Las tropas vienen de las provincias argentinas. Son invernadas en las praderas de trébol y así no pasan menos de 50.000 cabezas por año. Comercian también con frutas, uvas y duraznos secos. Los alrededores de Mendoza son más bonitos que la ciudad con su aspecto monacal y polvoriento. Los jardines, numerosos en la ciudad, se hacen más extensos en los alrededores; luego se transforman en vergeles; después, en campos de trébol, cruzados en todo sentido por las alamedas.





LANCEROS DE URQUIZA (Acuarela)

DE MENDOZA A SANTIAGO DE CHILE



ME despierto antes que amanezca, atento al menor ruido exterior, pues nuestro mulatero nos había prometido venir a las 4. Sonaron las 5 y las 6 y no apareció. Ha llegado un médico alemán, hombre de edad y afable, amigo del duque. Se halla desolado por el atraso que sufrimos, porque es él quien nos procuró el arriero. Toma un caballo y va en su busca, volviendo luego para decirnos que está herrando

las bestias y que se prepara tranquilamente, pero que vendrá. Estoy furioso por esta espera. Mientras aguardamos, comemos un bistec. El arriero aparece a las 8 con dos peones y seis mulas. Ensillamos con nuestras monturas (porque los arrieros sólo están obligados a proporcionar los animales) y, acomodando los equipajes en las tres mulas restantes, partimos. Nos reunimos con el arriero, que se hallaba frente a su casa con el resto de los animales — 18 ó 20 —, que van sin carga para regresar de Chile con mercaderías.

Caminamos hasta la 1½, deteniéndonos a la sombra de unos matorrales para librarnos del calor. Tendidos sobre los ponchos, comemos pollo y jamón; bebemos un vaso de vino blanco de Mendoza, cosechado por el viejo doctor, y fumamos con voluptuosidad un delicioso cigarro habano. Mi mal humor de la mañana se ha disipado con la causa que lo produjo, sintiendo ahora vivamente el placer del viaje y del primer almuerzo después de una fatiga todavía no muy abrumadora. Durante este tiempo el arriero y sus dos peones han descargado las mulas, quitado las monturas y herrado los animales. Para cargar o descargar, cubren con un *poncho* la cabeza de la bestia, anudándolo por encima; y como ésta no ve, se queda quieta. Oculto el resto de la cabeza, su hocico recuerda bastante al camello, siendo la semejanza todavía mayor por la giba que forma el aparato que lleva sobre el lomo, especie de albarda hecha de paja, trapo y cuero. Sobre ella, fuertemente cinchada, se pasa una doble cuerda de cuero. Encima se coloca el primer fardo, que sostiene un hombre; el segundo se asienta un poco más arriba del sitio que debe ocupar al otro lado, dejando resbalar ambos hasta la misma altura y haciendo un doble nudo con la cuerda de cuero. Esto se efectúa con gran destreza y lentamente. Encima, si hay lugar, se coloca un cuero o el equipaje menudo, que se sujeta con otra cuerda de cuero. Realizado esto se desata el poncho y la mula queda libre, porque ninguna lleva cabestro. En todas partes las bestias no llevan nada; algunas, solamente los bastos, sujetos con tientos, pero en ningún caso riendas.

A la cabeza de la tropa va un gaucho en su mula, tirando la yegua



RANCHO EN EL CAMINO DEL NORTE

llamada *madrina,* que lleva un cencerro al cuello. El arriero marcha detrás de la tropa — razón de su nombre —, pues arrea con el gesto o la voz toda mula rezagada, cuidando que ninguna se extravíe. Partimos a las 3, colocándonos delante, lo que no hicimos más tarde, pues las mulas están habituadas en tal forma a seguir la *madrina,* que caminan con testarudez y de muy mala gana, causando horrible fatiga el luchar con ellas a golpes de látigo y de espuela. Me hallo muy alegre y hace calor. Sopla la brisa. Poco más tarde las nubes nos sirven de sombrilla para resguardarnos del sol. En el primer alto pienso mucho en las cartas de mi hermano, que realiza una expedición por Argelia. Esta llanura que atravesamos me recuerda a Blida; y las montañas de nuestra derecha, hasta la garganta a que nos dirigimos, me transportan como en sueños al camino de Blida a Miliana, antes de entrar en la garganta de la Chilpa.

La noche cae en el momento en que llegamos a la quebrada. Moríamos de sed, porque se habían agotado nuestras pequeñas botellas. No hay ni una gota de agua en nuestra ruta de Mendoza. Las mulas, muy fatigadas, dan señales de agotamiento. En cuanto a mí, estoy deshecho. Las nubes nos cubren y nos envuelven en niebla; más de una vez creo que comienza a llover. Las mulas siguen instintivamente un sendero que apenas distinguimos; en la sombra sólo brillan unas piedras blancas, lo que es singular dada la obscuridad que reina; los matorrales parecen fantasmas. Pienso en Africa, en nuestro querido zuavo. Las piedras blancas semejan albornoces de árabes emboscados y puedo imaginar el silbido de las balas. ¡Pobre Pedro! Marchar a la ventura, sin saber si uno se encuentra en el buen camino, ni si uno se halla cerca o lejos. Por fin escucho el ladrido de un perro, que se repite; jamás ladrido de perro me causó tanto placer.

Llegamos a Villavicencio, pequeño rancho miserable, como los peores que hemos encontrado, metido en una especie de embudo formado por las montañas. Se ve mucha gente, viajeros que vienen o van a Chile; equipajes y mercaderías por tierra y mulas que van a pastar. Nuestro arriero no está

con nosotros, ni tenemos las provisiones, ni, en particular, las camas. Suspiro bastante por la mía, pero me tiendo en tierra sobre mi poncho. Tengo el cuerpo destrozado de cansancio. El anochecer es frío y sufro. No hay nada para comer en Villavicencio, pero bebo de prisa agua con cognac, que llevo conmigo. Habíamos llegado a las 8, y a las 10½ dormitaba tiritando. Se oye el cencerro de la *madrina*. El arriero descarga sus bestias y me trae la cama, que preparo en el suelo, bajo el alero del rancho. Llegan las cajas de provisiones y el barrilito; entre los tres engullimos un pollo frío, tomamos agua y un vaso de vino, junto a las camas y al claro de luna; y, por fin, me dejo caer molido sobre mi lecho. El buen calor que me invade, me devuelve la vida; fumo un cigarrillo, diciendo las cosas más disparatadas a mis compañeros que duermen a mi izquierda y a mi derecha, casi tocándome. Una estrella solitaria, que contemplo justamente frente a mí, entre el techo del rancho y una alta montaña, me hace soñar muchas cosas.

Esta primera noche no tiene color local. Nadie dijo una palabra a nuestra llegada. En el rancho comían carne recién asada y no levantaron la cabeza. Pedí a una mujer que se hallaba en la cocina me dijera dónde había agua; indicóme un recipiente en un rincón, y llené un vaso enlozado. Le pregunté también si tenían carne, pero ya se había concluído. No se interesaron por saber adónde íbamos ni de dónde veníamos, pero tampoco nos prestaron el menor servicio.

Despertamos con el día. Felizmente el sueño me ha dado algunas fuerzas, pues ayer me hubiese parecido imposible moverme al día siguiente. Envolvimos y atamos las camas nosotros mismos. Acondicionamos las provisiones en la caja para que nada se rompa, maniobra que debemos efectuar cada vez que las utilizamos. Puse en las alforjas un pollo asado, algunas rebanadas de jamón, vino, pan, cognac, duraznos y peras, continuando, como en la pampa, mi labor de furriel. Nuestro arriero, sin apurarse mucho — bueno es decirlo —, arreglaba y cargaba las mulas, no encontrándose listo sino después que partieron todos los que pasaron la noche en Villavicencio.

Las mulas que pastan en libertad durante la noche exigen tiempo para reunirlas, por lo que el arriero dejaba alejarse las otras tropas para que sus animales no se juntasen con los ajenos. Parte la caravana, unos detrás de otros y el mulatero cerrando la marcha. Una tropa de mulas cargadas, que baja ocupando todo el camino, nos obliga a esperar su paso en una hendidura del cerro; y, para aumentar el carácter del lugar y de la caravana, ésta terminaba con un hombre de sombrero de anchas alas y envuelto en un simple manto. Una vez que se halló lejos de nosotros lo vi tomar su pañuelo, sin explicarme todavía por qué se ocultaba el rostro.

A cada instante, sobre la montaña, distantes 20 ó 30 pies de nosotros, surgen como vahos de vapor de agua caliente. Algunas veces nos hallamos en plena nube o niebla, apareciendo luego el sol, todo en cuatro o cinco minutos. Marchamos a la cabeza de la caravana. A las 10 u 11 nos arrojamos sobre el pasto, teniendo los animales por la rienda. Abrimos las alforjas y almorzamos. La tropa de mulas nos pasa, pero terminamos tranquilamente nuestro almuerzo y la alcanzamos pronto. Trepamos una ladera bastante empinada y llegamos a una gran planicie, descubriéndose ante nosotros una magnífica cadena de montañas nevadas. Son las cordilleras del *Tambillo* y del *Espinacito,* a cuyo pie se halla Uspallata, término de nuestra jornada, que no debemos cumplir sino después de seis horas de marcha. Después de descender la meseta seguimos por un camino que cruza entre rocas verdes, violetas, negras y rojas, distinguiéndose a lo lejos bellas montañas rosadas y cubiertas de nieve, lo más encantador que he visto. Me quedaría de buena gana un mes para hacer estudios en este sitio. Veo un nido de águilas con su comedero, que tiene al lado una segunda percha fácil de reconocer. Desembocamos en un gran llano, que por muy angosto parece excesivamente largo. Estas llanuras engañan siempre, pues cuando uno cree que ha llegado, se está lejos.

Pasamos a las otras caravanas, entre ellas una que se compone de dos damas francesas, dos caballeros y un niño. Las señoras llevan sombreros de

paja y máscaras, la una negra y la otra blanca. Se sirven de máscaras para protegerse el cutis, pues el aire es muy fuerte. Se me agrietan los labios durante el viaje. A lo lejos, hacia la izquierda, vemos un grupo de álamos y una alta chimenea, como las que tienen las fábricas. Mi mula es muy chica y no puedo seguir el paso de mis compañeros. Los dejo ganar terreno, pero poniéndola luego al trote los alcanzo. Vamos primero hasta la chimenea; es una mina de cobre, mejor dicho, el lugar donde se beneficia el mineral. Pero no es nuestro paradero, que se halla más lejos, entre un grupo de álamos. Cruzamos una acequia cuyos bordes están cortados a pique como una grieta, por la cual corre límpida el agua a unos diez pies de profundidad. Hacia la izquierda existe un gran potrero, donde pastan ovejas. Entramos en un patio cerrado con tapias, donde nos apeamos de las mulas, deslomados, destrozados y molidos. Arrojo por tierra mi poncho y la frazada que llevo en la montura, tendiéndome encima, bajo el alero que precede a las pequeñas habitaciones para los viajeros. Una empalizada nos separa del corral, lleno de mulas que llegan o parten. Dos damas enmascaradas se hallan en el corredor. La que sigue la misma ruta que nosotros, llega con sus compañeros. Se quita la máscara; es bastante bonita. De pronto se desvanece. La sostiene un francés de gran pera a lo cazador de Vincennes, pero como si no fuera suficiente, llegan luego el marido y la madre para sostenerla también. Así, yo permanezco en mi posición horizontal. La fatiga, el calor, la máscara y el no haber tomado nada desde la mañana, hace que uno se desmaye por lo menos. El duque, apoyado en la tapia, arregla algo que se le ha roto a su cincha.

Se dice que hay carne fresca. Sería agradable tomar un caldo. Son las 5. Voy en busca del mayordomo y le compro carne (real y medio), ofreciéndose él para hacernos la comida. Dos horas después nos hallábamos en una de las habitaciones, alrededor de una pequeña mesa, sentados en un banco de piedra y en algunas cajas; y alumbrados por nuestra linterna, nos damos un festín de Baltasar, con caldo muy bueno para el sitio, asado

incomible como siempre, queso, dulce y no sé qué más — jamón posiblemente —, sin contar nuestro pequeño barrilito de vino de Mendoza, elaborado por el buen doctor alemán, a quien enviamos mil gracias cada vez que lo bebemos. Después de la cena nos acostamos de muy buena gana. Las camas, preparadas por nosotros mismos, son colocadas en el corredor, una al lado de la otra. Apenas extinguido nuestro cigarro, nos dormimos después de enviar una última mirada a las estrellas.

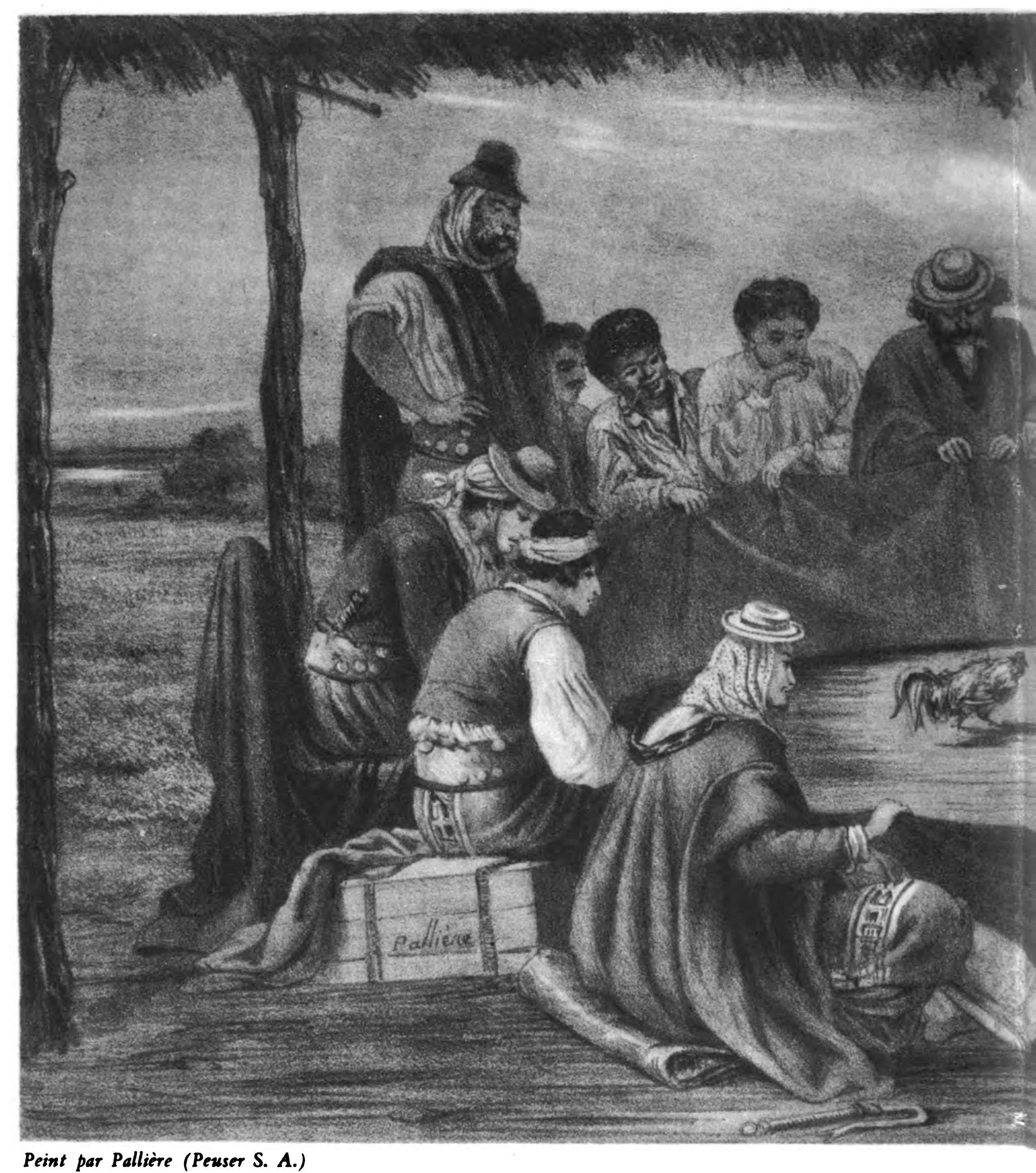
Despertamos al aclarar el día; momento encantador por el buen tiempo y la buena temperatura de que gozamos durante todo el viaje. Cerramos la caja de provisiones y enrollamos las camas. Mientras tomamos mate llega nuestra mula. El arriero la ensilla. Todo el mundo va y viene. Cargado el equipaje, montamos sin ayuda, frescos y dispuestos. El barón encontró en una caja un par de espuelas desparejo. A mí me tocó otra mula más grande y mejor. Partimos atravesando un arroyo cristalino, en medio de una gran tropa de hacienda que va a Chile. Las montañas, rosadas, tienen algunos filetes de nieve. El cielo está límpido. Después de entrar en la quebrada que se halla a la izquierda, descendemos por el lecho de una gran corriente de agua; es el río Mendoza, que no puede ser más pintoresco. Poco después caminamos entre piedras, que ruedan bajo las patas de las mulas, que no sé cómo no caen. Encontramos un gaucho a pie, llevando su caballo por la brida. En medio de una naturaleza tan salvaje, casi desprovista de recursos, donde pueden producirse tempestades mortales, causa cierta impresión encontrar a un hombre viajando solo. A las 2 hicimos alto a la sombra de una barranca de la ribera, la única que encontramos desde la mañana. El río corre entre dos cadenas de montañas. A nuestra derecha el terreno es rojizo, cortado a pique, semejante a una alta muralla egipcia. Los mulateros descargan los animales. Se enciende fuego en un minuto y se atan los animales, porque los arrieros trabajan aún comiendo. El duque, por feliz idea del barón, hace calentar jamón y arvejas en conserva. Durante este tiempo hago anotaciones en la libretita. Almorzamos o

cenamos alegremente (pues nunca estuve seguro del nombre que debíamos dar a nuestras comidas), porque la hora y los platos hacían olvidar todo.

A las 3 nos encontramos de nuevo sobre las mulas, mientras sopla fuerte viento que levanta un polvo desagradable. Encontramos un monje y filas de mulitas, cargadas como siempre. Pasamos cerca de las ruinas de una casa de piedra y de gran número de esqueletos de mulas, con el cuero medio seco y en actitudes fantásticas. Algunas tienen el aspecto de estar con vida todavía y otras parecen como fulminadas por el rayo. Seguimos por desfiladeros pavorosos. No siento fatiga y ando al trote, tras de nuestro conductor, que había adoptado esta marcha inusitada para reunirse con el mulatero de una tropa que venía detrás: la de los franceses. Me dijo que buscaba un lugar para dormir esa noche. Lo hacemos a la intemperie, en un sitio de lo más salvaje, llamado La Jaula, terreno estrecho entre dos montañas. Por la izquierda corre el río, torrentoso, y a cien pasos a la derecha se levanta la montaña. En estos cien pasos existen peligrosos matorrales y grandes piedras desprendidas de las laderas. Algunas de estas rocas son del tamaño de una casa, pudiendo ser tomadas por tales al caer la noche.

La conversación de los dos mulateros me tenía preocupado, porque en Mendoza nos habían hablado de familias asesinadas. El lugar, además, hubiera sido el mejor para ello. Es una hermosa decoración para un crimen. Pero recobro la tranquilidad cuando la tropa que nos sigue viene a acampar a diez pasos de nosotros, detrás de la roca que nos abriga. Ahora no puedo menos que reír de esa preocupación tan absurda respecto a nuestros buenos arrieros. El campamento es encantador y como hecho a propósito: un espacio de diez a doce pies por lado; dos inmensos bloques de piedra lo cierran por dos de sus costados, mientras que los otros dos están abrigados por grandes matorrales.

Después de extender nuestras camas y encender la linterna, subimos a una de las rocas que nos cobija. El cielo está estrellado. Las mulas han partido hacia las cumbres, donde encontrarán qué comer. El fuego de



Peint par Pallière (Peuser S. A.)

RIÑA DE (
(R. Arg



Imprenta Pelvilain

...E GALLOS
...gentina)

nuestra gente se halla encendido y la pava calienta el agua. Hacemos *grogs* que, con galleta, es nuestra comida de la noche. Debo uno de los grandes encantos del viaje a mis queridos compañeros, personas distinguidas en todo sentido, afables y alegres, buenos camaradas, que soportan mejor que yo las fatigas y la falta de comodidad; son complacientes, de un humor inalterable, además de poseer, lo que es tan raro — ni mucho ni poco —, todo lo que es bueno. Tendido sobre el lecho, escribo en mi libreta. Envío estos recuerdos a los que amo, deseando que sean como una caricia llegada desde lejos. El lugar es de lo más pintoresco. Esta vida viajera lleva en sí una inmensa poesía.

Nada más fácil que despertar cuando se duerme al aire libre, bajo la protección de las estrellas; y cuando uno se acuesta casi vestido, la *toilette* no es larga, como la nuestra. Los arrieros emplean una hora y media, por lo menos, en reunir las mulas, aparejarlas, cargar el equipaje y colocar sus monturas y las nuestras. Sentado en un cajón, hago algunos croquis del lugar de nuestra permanencia de una noche. Llega la tropa de hacienda con que partimos de Uspallata y los remeseros nos otorgan la cortesía de detenerse; pero después de diez minutos de espera las mulas no se hallan listas todavía. Ellos toman entonces la delantera. La hacienda marcha muy ligero, caminando día y noche. La tropa se detiene por la necesidad de tomar un camino por donde no se puede pasar sino de uno en fondo. La alcanzamos bien pronto en el desfiladero. Verdaderamente para algo sirve la mala suerte, pues tengo ante mí uno de los más bellos panoramas que pude contemplar durante el viaje.

Esta cornisa está construída por la mano del hombre en la falda de la montaña, que es muy empinada y a cuyo pie corre el río. El desfiladero es bastante elevado; una mula que rozase con su carga la peña, rodaría al precipicio haciéndose pedazos. El peligro hace grandioso todo espectáculo, siendo el recuerdo de éste extraordinario todavía. La hacienda que ocupa el camino nos obliga a cada instante a pararnos de golpe, permitiéndonos

gozar del paisaje con más comodidad. Aprovecho para dibujar apresuradamente, desde la mula, todo lo que veo. Los conductores de la tropa, que son muchos, la dividen a medida que pasa, porque es suficiente que un animal se detenga para que los otros hagan lo mismo. Es entonces cuando lanzan esos gritos tan característicos, inolvidables para quienes han atravesado la Cordillera, que sirven para hacer avanzar los animales más lejanos; pero como por lo común ello no es suficiente, los arrieros se apean y con rara destreza arrojan piedras a las mulas o vacunos remisos. Estas figuras salvajes, bizarramente vestidas, se ven como suspendidas por abajo y por encima del estrecho sendero, recortándose sobre el cielo o semiocultas por alguna roca. La tropa, que parece en el vacío, desgránase como las cuentas de un rosario, mientras sigue las vueltas del peligroso sendero, semejando hormigas desde lejos; cuadro que hacen más grandioso las sombras inmensas de la montaña y la nieve de las cumbres lejanas. Esto se ve, pero no puede ser contado ni traducido. Terminado el desfiladero, pasamos la tropa y cruzamos el río Mendoza, verdadero torrente en este sitio, pero con un amable puente que nos sorprendió encontrar en lugar tan salvaje. Cien pasos más adelante se atraviesa otro pequeño puente; luego, un nuevo torrente sin puente. Estos tres ríos son el Tupungato, Las Vacas y el Orcones.

Doblando la cadena de Las Vacas y perdido de vista el Tupungato, aparece el pico del Aconcagua (M. Pissis lo ha reconocido como el más elevado de la Cordillera. *Diario* de D. Benjamín Vicuña, pág. 448). Todas estas montañas son soberbias, y dibujo sus perfiles mientras mi mula marcha al paso. El joven arriero que lleva la *madrina* me explica lo que desfila ante nosotros a medida que avanzamos. Tengo una espuela del barón y una bella espuela de *huaso*, que me ha prestado mi gran amigo el pequeño arriero, teniendo así la mula bastante más respeto por mí; y acompaño la canción del muchacho con el retintín particular de las espuelas.

Me muestra al fondo una casita, diciéndome que es el Puente del Inca. El paso de las mulas no tiene la velocidad del tren y las distancias engañan.

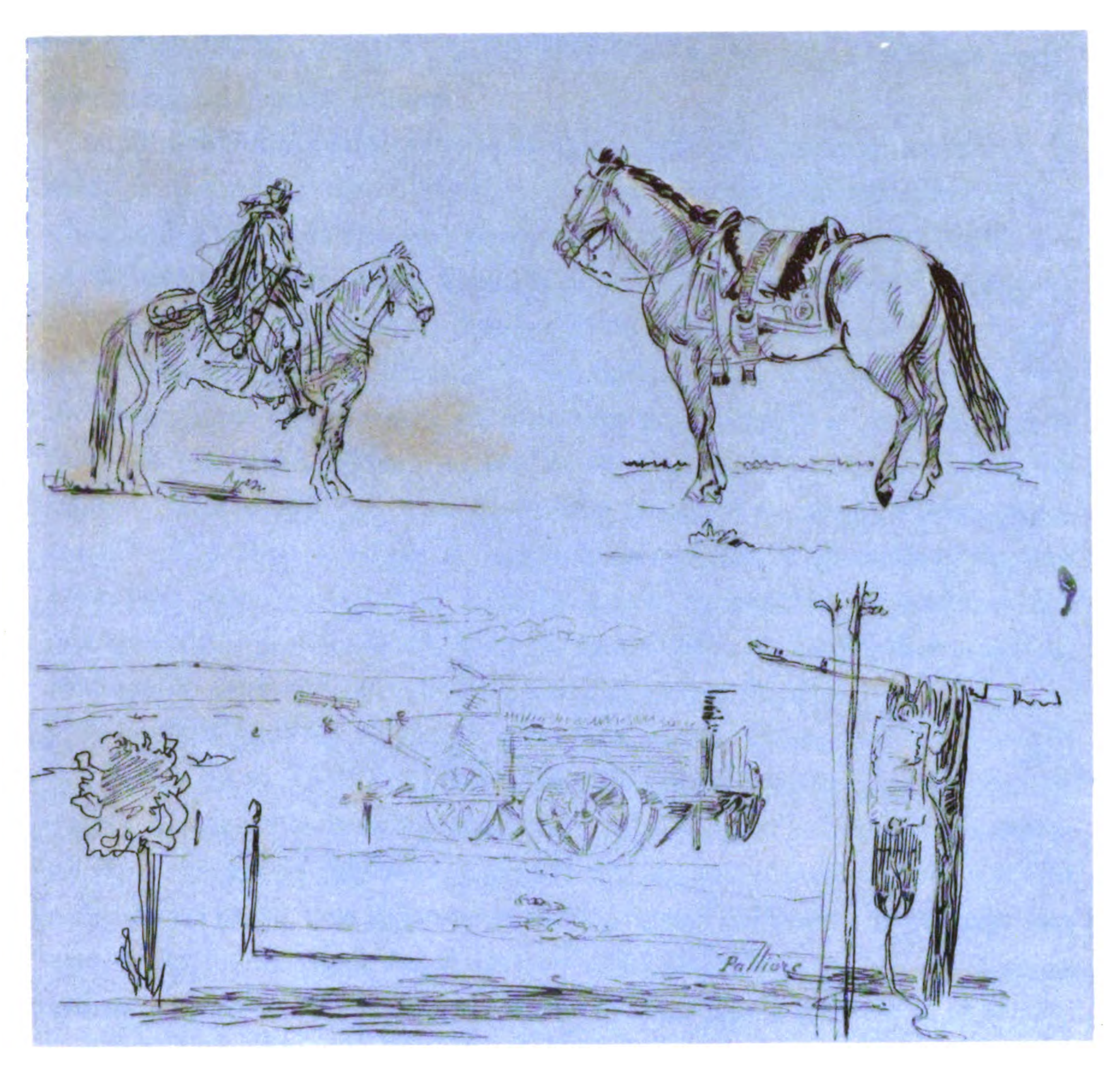
A las 4 y ½ nos detenemos en una pequeña planicie sembrada de trozos de peña caídos de la montaña. Habíamos aguardado de hora en hora para comer y nos moríamos de hambre. Elegimos tres rocas para cuartel general, haciendo traer las cajas de provisiones. Abrimos un *pâté de foie* de pato, que fué comido en un cerrar de ojos; sardinas y siempre el barrilito. Antes de anochecer tomo mi cartón y me voy con el duque a ver el Puente del Inca, maravilla de la naturaleza, como la Gruta Azul de Capri, una de esas cosas que pertenecen a la naturaleza y que no se pueden traducir sino débilmente en pintura. Sin embargo ejecuto rápidamente un apunte. Pero hace fresco para dibujar y me siento un poco cansado después de andar todo el día. El duque me deja y llega el barón con su *robe de chambre* y una toalla en la mano. Encuentra el sendero para descender bajo el puente, y yo le sigo. La temperatura es caliente y húmeda. Son baños de agua tibia que cae espumosa en dos bañaderas naturales bajo el puente, que está cubierto de estalactitas a la mitad de su altura total. Debajo corre el agua helada; 30 ó 40 pies más alto se encuentra el agua tibia, hallándose el puente 8 pies más arriba. El barón se introduce en una bañadera, diciendo: "Me parece que tomo un baño de *champagne*. Báñese usted, se lo ruego; verá qué agradable es". Yo no lo hago y con buena suerte, pues nada me sucedió, mientras que el barón quedó varios días enfermo. Acababa de comer; la fatiga del viaje, el frío, todo indicaba no hacerlo. Trazo un croquis del barón volviendo al campamento.

Don Guillermo se halla cerca del fuego, que da gusto contemplar. Hay agua caliente y me preparo un mate. Hago la cama en el hueco de una roca. El barón descubre cerca de mí una cueva y se mete en ella como un *terrier*. Enciendo la linterna y escribo mi *Diario*. Este viaje, bajo la protección de Dios y de las estrellas, impresiona doblemente a quien no pasó esta vida tan natural y que pocos conocemos. En los primeros días especialmente, las noches son un verdadero placer. Por otra parte, el reposo — del que tenía verdadera necesidad — me maravillaba, pensando más viva-

mente no sólo en los que quiero, sino también en ese desconocido al que se llama Dios. Todas estas estrellas me elevan hasta la inmensidad. Existe amor y cierta religiosidad en los pensamientos que hacen nacer en mí el cielo con sus estrellas y la tierra con sus murmullos.

Hizo mucho frío esa noche y dormí mal; tenía la respiración como oprimida. Era sin duda el efecto del aire, porque el barón se quejaba también. Nuestras mulas han bajado de la montaña, en cuyas alturas parece que existe una pradera. Partimos cerca de las 8. A medida que viajo me acostumbro a la fatiga de cabalgar, poniéndome fresco sobre la montura. El tiempo es soberbio, no puede ser más hermoso. Sin pasar bajo el Puente del Inca, atravesamos un río que no es más que un arroyo. Al vadear otro riacho ato una cuerda a mi vaso y lo dejo caer; lo recojo lleno y bebo agua helada. La idea no es mía sino de los arrieros, que hacen así no con un vaso sino con un cuerno. El agua es helada, nieve derretida. Entramos en una gran meseta o planicie, siempre encajonada entre dos cadenas de montañas, prolongación de aquella en que se halla el Puente del Inca. Hago desde la mula, no obstante su marcha, un croquis exacto de las montañas que se ven al fondo. La que aparece al frente y domina, tiene sus cumbres nevadas. Me dicen que es la montaña más alta de la cordillera que debemos atravesar. Parece que llegaremos en poco tiempo, pero está más lejos de lo que se cree. Como siempre, encontramos filas de mulas cargadas con cajones, que vienen de Chile. Encontramos también osamentas.

Nos cruzamos con tres ingleses que acaban de atravesar la Cordillera. Raza aparte, que por su disfraz excéntrico, cualquiera que sea, siempre se la reconoce a una legua. Comenzamos a trepar la primera elevación, dando miles de vueltas por la empinada cuesta. Al llegar al punto culminante, aun estamos bien lejos de la última montaña que es necesario ascender y de la cual todavía nos separa un valle, que recorremos para trepar de nuevo. Rodeos y más rodeos, como en un parque inglés. La tierra es blanquecina. Encontramos una tropa de mulas con sus fardos o cajones sobre el lomo;



APUNTES DE VIAJE (1859)

y es admirable la seguridad y la destreza de estos animales. Desde que ascendemos soplan fuertes rachas.

El cielo está perfectamente límpido, pero el viento es molesto y la marcha no termina nunca. El viento frío que nos da de frente es más fuerte cuando llegamos a la cumbre, porque no hay ningún monte que disminuya su violencia. En esta cuesta llevo un poncho y un gran abrigo Talma, pero el frío entra por debajo hasta donde uno no quiere decir que se hiela. Cuando alcanzamos la cima echamos pie a tierra y abrimos presto una botella de *champagne* que traemos de Mendoza para beberla en este lugar a la salud de nuestros amigos ausentes. Es la 1 y ½. Comemos rápidamente algunos bocados del pan y el jamón que teníamos en la caja atada a nuestra silla. El arriero y sus mulas continúan el camino; lo alcanzamos algunos pasos más lejos; cinchaba los animales que lo necesitaban, rogándonos que nos apeáramos por prudencia y en particular para no fatigar demasiado las mulas, que debían bajar por un plano casi perpendicular.

Soplaba todavía el viento, pero con menos intensidad. Yo pensaba que esto sería de corta duración y con un descenso menos penoso, pero no quería deshacerme de mis preparativos para el frío. Indico en tres trazos de lápiz un grupo delicioso, formado por un joven paisano que lleva dos niños en su mula, uno delante y el otro detrás, cubriendo al primero con una sombrilla. A pocos pasos, en otra mula, marcha la madre, que trae un cedazo en el costado opuesto al de montar. La bajada es atroz; a cada paso se puede uno despeñar. El suelo de roca dura no ofrece ningún apoyo; se resbala cada vez que se pisa un pedazo de piedra. Coloco los brazos en balancín y hago esfuerzos inconcebibles para no caer, creyendo más de una vez que ello es inútil. Transpiro a mares después de media hora de este ejercicio; gotitas de agua resbalan desde mi frente hasta el abrigo. La señora francesa que forma parte de la caravana que nos precede, cae a pesar de apoyarse en el brazo de un caballero, lo que es más que lógico.

Después de este descenso infernal volvemos a montar en nuestras

mulas y me abrigo lo mejor que puedo, pues siento frío a través de mis ropas. Atravesamos un corto valle, surcado por un arroyo que se transforma en río y que seguiremos durante el día de hoy y mañana. Después de caminar algunos metros llegamos cerca de un pequeño lago, verdadero embudo cuyos bordes están formados por montañas. Comenzamos a descender una cuesta más corta que la anterior, pero tan empinada como ella. Mi mula cae sobre sus patas delanteras, pero quedo en la silla. Se levanta y marcha la pobre bestia, que tiene la montura en el pescuezo. Procuro apearme, pero mi espuela, inmenso espolón de gaucho, de seis pulgadas, se enreda en la frazada que llevo en la montura, quedando por un instante con los pies más altos que la cabeza. Sin embargo no caigo. Camino de nuevo, pero esta vez la silla se halla en las ancas y tengo que desmontar en forma casi tan brillante como la anterior. Felizmente los carneros son animales feroces comparados con las mulas que tenemos. Arreglo aún mi silla y parto esta vez al trote, porque el terreno es llano. Estoy menos fatigado que en los días anteriores y muy contento. Me acuerdo de mi álbum; llevo la mano al bolsillo de mi costado y no lo encuentro. Esto me causa un profundo disgusto. ¿Dónde lo he perdido? ¿Descendiendo a pie o en mis dos caídas abortadas? Estaba muy lejos detrás de nosotros, en caminos llenos de peligros.

La noche se aproxima y tendremos que marchar a la luz de la luna para llegar adonde debemos dormir. Estoy contrariado hasta lo más profundo, pues había ejecutado un buen número de croquis que, aunque imperfectos, me resultaron preciosos. Esto me entristece por el resto de la noche y no puedo gozar ni la mitad de lo que veo. La pendiente es tan rápida que la vegetación aparece de golpe, formando un contraste muy grande con la de la Cordillera que mira hacia el Plata. Pasamos por los más bellos senderos, entre matorrales y bajo árboles de graciosas formas, algunos de follaje delicioso y vario. La luna se halla oculta por las montañas, pero ilumina el cielo sin alumbrarnos a nosotros, lo que hace soñar en un país

aun más encantador. Pero pronto se iluminan ante nosotros las cumbres y todo se aclara gradualmente. El río corre, murmurando, cerca de nosotros; el sendero, como en un jardín, se pierde entre bosquecillos. A las 12 nos detenemos en un corral de piedra contiguo a un pequeño rancho. Bajamos de las mulas, haciendo nuestras camas en un rincón, unas al lado de las otras. Se llevan las mulas a pastar; uno de los nuestros encarga en el rancho una *cazuela:* sopa en la que hay para beber y para comer, hecha con gallina, arroz y papas; otro enciende el fuego; el barón hace cocer, o más bien recalentar, arvejas en conserva y jamón. Colocamos la linterna en una de las cajas que nos sirve de mesa; y sentados en la de provisiones y en otros equipajes que completan nuestras sillas, comemos y rociamos nuestro festín con el vino del barrilito, que toca a su término. El barón está enfermo, aunque no lo diga. Discute con un poco de acritud contra Francia. Yo no digo ni pienso sino bien de Alemania; pero no se debe tocar demasiado a Francia. Esto pasa como una nube y bebemos alegremente. Casi he olvidado la pérdida de mi álbum.

Me tiendo sobre la cama cerca de Don Guillermo. El barón se halla todavía junto a la linterna, con un vaso lleno, y discute con el duque acerca del reglamento que prohibe en Prusia ponerse el capote cuando no hace menos de 3 grados. Decididamente el barón está irritado esta noche. La discusión es viva. El duque, que está encantador, le dice: "Me callo porque usted quiere tener razón en absoluto". Anoto este recuerdo sin importancia aparente, porque demuestra la independencia de dos espíritus y el buen carácter alemán. El duque y su ayudante de campo se conducen como dos amigos y el primero no hace valer su posición para oprimir al segundo. La luna se halla casi llena. Me despierta el sonido del cencerro de la *madrina* y el ruido de las mulas que se hallan en el corral. Brilla todavía la luna cuando nos levantamos para tomar mate y cargar los animales. El día comienza sin transición y aun ilumina la luna.

A las 6 nos hallamos ya en camino, atravesando un hermoso valle, casi

siempre a la sombra de las montañas. El río corre por nuestra izquierda. El sol tiñe de rojo los cerros del fondo, mientras grupos de árboles y de rocas se destacan obscuros. Nuestra fila de mulas aparece y desaparece a cada instante. Es así como he oído describir a Escocia. Existe una gran cantidad de temas para cuadros y veo muchos árboles que me son completamente desconocidos. Grandes plantas de más de 15 pies de altura, con flores de bello color rojo. Contemplamos una de esas escenas que no se pueden olvidar: el encuentro con una gran tropa de hacienda, cuyo arriero la hacía marchar a fuerza de gritos, pedradas y golpes, por los tortuosos senderos de la empinada montaña.

La Aduana revisa por fórmula algunas de nuestras maletas. Mientras los arrieros vuelven a cargar sus animales, hacemos abrir una de nuestras cajas de conservas; y con pan, vino y el agua que corre a nuestros pies, almorzamos apresuradamente, lo que nos da fuerza y alegría. Con el cigarro encendido volvemos a cabalgar, alcanzando las mulas de carga, que habían tomado la delantera.

Nos detenemos ante un bonito rancho para arreglar una montura. Veo el grupo encantador de un *huaso* y su bien amada. Se desearía vivir aquí. Deben ser muy felices. Los cultivos aparecen cada vez más hermosos, notándose las divisiones de las parcelas. Son frecuentes los ranchos con higueras que dan sombra. Bajo las parras cargadas de hojas y de frutos, los hombres duermen la siesta tendidos en sus camas, mientras las mujeres cosen o hacen otras tareas. Esto se asemeja por completo a Italia, recordándonos la campiña de Nápoles la parte que atravesamos. Praderas de un verde puro; campos de trigo en que cargan carretas; viñas que trepan por los árboles, cubiertas de uva; agua y sombra; por todas partes aire de abundancia, que alegran los pájaros que cantan; los niños, embadurnados, hormiguean al sol; la vida en todo.

Saboreamos una sandía (melón de agua) y continuamos el camino, costeando las casas, sobre cuyos cercos de plantas asoma la riqueza de los



LA CUNA República Argentina

jardines interiores. Llegamos a Santa Rosa. Entramos en un vasto patio por una gran puerta cochera. Es el hotel "25 de Mayo". Por fin bajamos de las mulas para no volver a montar. Quitamos las monturas. Nuestros equipajes son conducidos a las habitaciones que debemos ocupar: dos altos cuartos sin muebles, que se comunican. Cuatro de esas famosas camas llamadas *marquesas*, una silla para los tres, dos palanganas y dos jarras. Me siento un Quijote perfecto cuando contemplo esta deliciosa posada. Pero al llegar la comida se agravan las cosas. ¡Oh, Gil Blas, tú no te habrás alimentado peor! ¡Tan sólo las uvas son buenas, como Dios las hizo! Después de cenar, el barón — que está enfermo y que no probó bocado — se arroja en el lecho. Yo recorro la ciudad con el duque, efectuando un paseo por la Alameda. Estos pueblos son tan poca cosa que uno no sabe qué decir; sin embargo, éste vale un poco más que los de la pampa, diferenciándose aun más por los hábitos agrícolas, distintos a las costumbres de las poblaciones pastoriles.

Cuando volvemos para acostarnos son las 10. Es medianoche y no puedo conciliar el sueño; tengo el cuerpo lleno de comezones, mientras las bolas de un billar, que se halla en la habitación contigua, no dejan de rodar y chocarse. Enciendo la vela y veo un hormiguero de chinches. ¡Oh, España! Tomo mi colchón de viaje, que está en un rincón, abro la puerta que da al patio y me instalo como en la pampa. Tengo no obstante curiosidad por saber quiénes se entretienen con el billar a estas horas, y encuentro a tres galopines con aire mozo jugando entre ellos. Les pregunto si es así como respetan el sueño de los pasajeros; y por una palabra que creí comprender, les ofrezco corregirlos a los tres. Ellos apagan las velas, cerrando la puerta; el ruido cesa y me duermo.

Debemos partir por la diligencia a las 6. A las 5 y ½ cerramos nuestras maletas; doblo mi cama y pago la nota de 10 francos por cabeza. Los asientos hasta Santiago cuestan 7 pesos (35 francos), comprendiendo el almuerzo sin vino. Nuestra diligencia es bastante rápida; la conduce un gordo cochero vienés. A mitad del camino me siento a su lado, pues no hay

otro sitio mejor; los asientos, que no están numerados, pertenecen al primero que los ocupa. Este lugar me conviene para contemplar mejor el país. En vez de la diligencia de la pampa con seis caballos y otros tantos postillones, nuestro conductor desde el pescante dirige, solo, cinco caballos. Es la barbarie y la civilización; y de Mendoza a Santiago no hay sino un grado sobre el mapa.

Habían enganchado un caballo enorme, enteramente redomón; y era soberbio ver los saltos y coces que daba y la alegría del obeso cochero, que conduce admirablemente, como debe hacerlo un auriga vienés. Atravesamos los arrabales. La misma riqueza de ayer; pelones, higos que se secan al sol en los techos de los ranchos; gran cantidad de árboles cargados de frutos, parras tupidas que sobrepasan los muros; y se ven caras curiosas que aparecen en las casas saludándonos con una sonrisa. El terreno cambia para hacerse más árido; y el camino — olvidaba decirlo — es perfectamente carretero, pareciéndose en todas sus partes a los de Europa. Hacemos dos leguas, en rodeos, por una cuesta muy ancha, que descendemos en otras dos leguas hasta llegar al llano. Este camino, construído por un ingeniero francés, es de los más bellos de que tenga memoria.

Pasamos por Chacabuco, donde se ganó una de las grandes batallas de la independencia sudamericana. Desde lo alto del cerro la vista se extiende muy lejos, y por todo el horizonte se distinguen montañas. Nos apeamos a la puerta de una casita donde se hallan reunidos algunos viajeros que llegan de Santiago y que nos aguardan para hacer el mismo camino que acabamos de recorrer. Debemos cambiar de diligencia; y antes de reanudar cada cual su viaje en sentido contrario, nos sentamos a una mesa bien servida, un poco a la manera inglesa. Este almuerzo es el mejor que haya hecho desde mi salida de Buenos Aires. Un religioso que se halla con nosotros, tomándome por chileno, me pide novedades sobre las elecciones de Santa Rosa, que se realizaron ayer, donde parece que hubo disturbios.

Volvemos al coche. Me siento en el cupé con el duque. Subimos por

un camino de montaña, bello trabajo, pero menos importante que el anterior, ruta siempre perfecta. Desde la cumbre contemplamos una inmensa llanura — la de Santiago — cruzada por alamedas y con grandes extensiones que parecen de trigo cosechado. A medida que nos aproximamos a la ciudad, las carretas son más frecuentes, la edificación más compacta, la vegetación más alegre. Entramos en los suburbios como interrogando con la mirada a cada casa. Es uno de los momentos preciosos del viaje; todo llama la atención y nada escapa a estas primeras observaciones mezcladas de sorpresa. Por desgracia se olvidan y uno se habitúa a lo que ve. Pasamos un pequeño puente sobre un río ancho y sin agua, en el que existen tiendas que recuerdan las del antiguo Puente Nuevo de París; y después de cruzar una plaza de hermoso aspecto, nos apeamos del coche, haciendo llevar el equipaje al Hotel de Inglaterra, que se halla sobre la misma plaza. Una habitación, almuerzo y cena sin vino, cuestan dos pesos. Es un buen alojamiento, con bella arquitectura exterior. Comemos en una gran mesa común, bien servida.

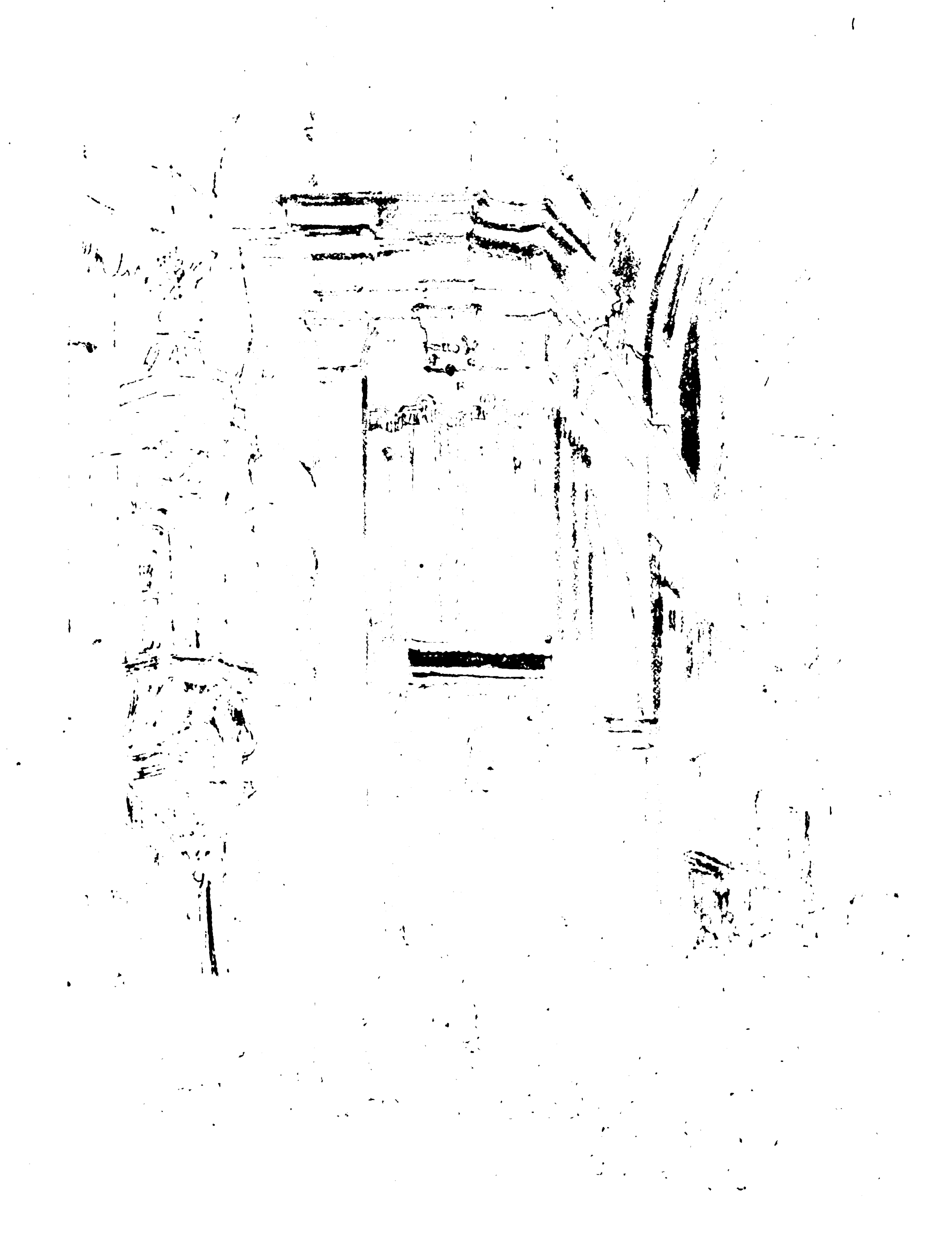
Me encuentro en la calle. Las mujeres visten de negro; tienen hermosos ojos obscuros; llevan una especie de manto sobre la cabeza y una pequeña alfombra bajo el brazo; van a la iglesia. Estamos en Semana Santa. Los comercios se cierran a las 4 para reabrir a las 6; son numerosos y bien surtidos. Casi todas las casas ostentan astas inclinadas hacia la calle esperando una bandera. Todo se halla fuera de precio. Un sombrero con su caja de cartón cuesta 25 francos, y 30 un par de guantes.

Voy al mercado para estudiar tipos regionales. Barberos al aire libre, lecheros, *huasos*, etc. Almuerzo y me encamino a casa de Don Eduardo Eastman, que me recibe muy bien.

Al atardecer, las mujeres recorren siempre las calles, envueltas en sus mantos y con el pequeño tapiz bajo el brazo. Pasamos ante varias iglesias. En la calle, sobre mesas, se ven imágenes de Cristo con la Cruz y de la Virgen llevada por ángeles. En torno se hallan las mujeres, arrodilladas o

sentadas en sus alfombras. Es un ir y venir que asusta. Las mujeres que marchan musitan plegarias y letanías. En los templos se produce una batahola; entran, salen, se empujan; todo el mundo está apurado. Los *cucuruchos* piden limosna y a cada paso se los ve. Se hallan disfrazados de negro; llevan un bonete puntiagudo, traje de indiana, banda de puntilla que se cruza sobre el pecho, una roja cruz de S. F., bastón, guantes negros, pañuelo bordado a mano; una alcancía de latón con la imagen del Santo y una vela torcida en espiral. Constituían un espectáculo verdaderamente triste y en verdad sólo me apenaba no verlos vestidos con plumas. En el Paraguay no debe ser peor que aquí. Esto es incomprensible cuando pienso en los bellos caminos que he recorrido y en los soldados vestidos como las tropas francesas, sin hablar de las mujeres, que tienen buen aspecto y que usan y abusan de la crinolina y del miriñaque.

Subo al Castillo con el barón. Desde allí contemplamos toda la ciudad; es grande y algunas casas hermosas. El palacio del Presidente es muy bueno. El barón me cuenta que en Madrid se dió la orden de construir al mismo tiempo dos palacios para los gobiernos de México y de Santiago, pero que por azares de oficina el plano destinado al primero fué remitido al segundo y viceversa, razón por la que el de Santiago es más grande y hermoso que el de México. Llega M. Desmadryl y me habla de diversas cuestiones, algunas bien originales; pero es prudente no aceptarlo todo. Las capuchinadas de los chilenos no les impiden ser como los demás. Olvidaba: ayer fuí a casa del señor Vicuña, hombre joven y encantador, de fisonomía abierta e inteligente; habla muy bien el francés; fué dos veces condenado a muerte, expatriado, y como coronel comandaba un regimiento de caballería en la revolución del 51. Su abuelo materno, el general Mackenna, se distinguió durante la Independencia y fué muerto en Buenos Aires por uno de los Carrera. El despacho de D. Benjamín tiene un aspecto artístico. Me obsequió con tres de sus obras; la una en francés, sobre Chile, y las otras en español: su *Viaje* en el 53, 54 y 55, y *El ostracismo de los Carrera.*



INTERIOR DEL TEMPLO (1858)

El duque viene a casa y charlamos largo tiempo. Ha recibido la visita del general Viel y de dos oficiales del ejército francés. Uno es M. Yacquin, del 7º de Dragones; el otro es... del... de Cazadores, capitanes en Francia, mayores aquí, con el sueldo de teniente coronel, 11.000 francos. M. Viel, capitán de la Guardia, soldado de la República, hizo todas las campañas de Alemania en 1817 y se distinguió mucho durante la guerra de la Independencia. Después de comer voy a visitar a M. Desmadryl, que vive frente a la iglesia. El barón no me quiere acompañar a la Cañada, por hallarse enfermo, y el duque espera a los oficiales franceses.

La plaza se halla literalmente llena de gente. Los *cucuruchos* hacen su colecta; muchas mujeres están sentadas en el suelo; veo un escuadrón de Dragones, vestidos como los nuestros, con caballos enjaezados a la francesa. En el centro del paseo hay una silla junto a un Calvario, especie de estrado en que se halla un Cristo con la Cruz entre los dos ladrones, tallados en madera policromada y de tamaño natural. Encienden los hachones que deben iluminar la parte superior del estrado, sobre el cual se hallan varios hombres vestidos con traje de soldados romanos, con sus lanzas, además de algunos judíos. Frente a nosotros, ante la puerta cochera del convento contiguo a la iglesia, se ve un carro con franjas doradas y lleno de luces, listo para seguir la procesión. Todo lo demás se halla en sombra, excepto algunos grupos iluminados por las luces de los *cucuruchos*. Un fraile de no sé qué orden ocupa la silla, y con una voz magnífica pronuncia un sermón: la historia de la Pasión. Durante ese tiempo, en el estrado ofrecen la esponja a Cristo, le dan el golpe de lanza y lo descienden de la Cruz. A medida que el orador se enardece y se desarrolla el drama de la Pasión, la muchedumbre gime, llora. Extraño espectáculo el de esta masa compacta de cerca de 10.000 personas, suspirando, llorando, sollozando y gimiendo. En los balcones, las damas elegantes se llevaban el pañuelo a la nariz para disimular su emoción. Es fabuloso y necesario haberlo visto para creerlo.

El Encargado de Negocios de Francia, el duque y los dos oficiales,

llegan a lo de M. Desmadryl un momento después que yo. Estos últimos, sobre todo, no dejan un momento de bromear. Los millares de cirios de las cofradías, órdenes religiosas y de los fieles, se encienden poco a poco. Una vez terminado el sermón, la procesión se pone en marcha. Corro con dichos señores hasta nuestro hotel; pero en el primer piso, desde donde se podía ver mejor el desfile, hay tanta gente, que descendemos para colocarnos bajo las arcadas. Pasa un mundo de luces, paralíticos a caballo, la columna y el gallo, los Evangelistas sosteniendo el Orbe; después la Virgen, precedida por faroles con cabezas de muertos; y, en fin, como un ramo, Cristo en un lecho dorado, que llevan a pulso y rodean niños, algunos un poco grandes, vestidos de ángeles, lindos amorcillos casi todos. Detrás de nosotros, trepadas en sillas, la señora X y sus acólitos, coqueteando con todo el mundo y riendo fuerte, como en el Palais Royal.

Vamos a lo de M. Jacquin, quien, preguntándome mi nombre, me dice que él y sus camaradas se ocupan de arte y que siente mi partida para Valparaíso, pues habíamos establecido una cordial amistad. Se retiran todos. El barón duerme. Me quedo a charlar con el duque, quien me cuenta una encantadora historia sobre cierta muchacha de Berlín. Tomamos un helado y *grog*, y me retiro a las 10 y ½.

Salgo para dibujar el puente de madera. Encuentro un interesante grupo de carretas y hago un croquis rodeado de cincuenta personas. Termino el puente y vuelvo para almorzar y ver al barón. Hago una visita a mis oficiales (calle de las Animas). M. Jacquin me muestra una copia al óleo, que no está mal, y un pastel, que encuentro mejor. El otro oficial, cuyo nombre ignoro aún, me enseña una serie de fotografías de pequeñas estatuillas por él ejecutadas y que son obras de arte serio y agradable. Sobre todo, un tambor desatando las cuerdas del instrumento, un carboncillo bien logrado y otro tambor muy bueno. Lamento que ellos no vivan en Valparaíso, pues serían amables amigos. Me informo sobre la salida de la diligencia, pero no lo hace hasta mañana. ¡Helas!, como diría Castag-

neri. Veo por primera vez a un *huaso* con un plumero de avestruz a guisa de quitasol. Acabo de poner al día mi *Diario.* No me falta más que lo que he perdido. Me traen un poco de ropa interior que di a lavar; más de un franco por camisa. No es caro. El barón se halla tendido sobre su canapé. Decididamente, no se encuentra bien. M. Samperini, Encargado de Negocios de Francia; M. Jacquin y M. Viel, hijo, llegan para ver al duque.

Todos juntos vamos a las arcadas del palacio del Presidente para escuchar la música de los regimientos de la Guardia Nacional y del ejército. Un soldado, con dos acólitos, sostiene un inmenso farol. Es la primera línea. La segunda está formada por el tambor mayor y sus tambores. Se escucha un redoble; luego la música, bastante bien por cierto. Veo un uniforme...



PORTEÑA EN EL TEMPLO

(Acuarela)

DE VALPARAISO A COBIJA



ESTRECHÉ la mano de mi excelente tío y la de algunos amigos que me acompañaron hasta el muelle; y el gran bote del pontón "Imperial", con ocho marineros que luchan con el mar agitado, me conduce a bordo del vapor inglés "Valparaíso". Abrazo al comandante Blaise y a M. Gadaud, su colega, dos simpáticos camaradas. Ellos vuelven a su barco, y heme aquí solo de nuevo.

Mi primer encuentro es con un antiguo compañero de viaje, que me llenó de atenciones desde que lo conocí. Era en el año 48, cuando por primera vez dejé Francia. Me muestran a un oficial peruano, el señor Montero, hombre muy joven, de ojos españoles, que brillan como diamantes, nariz aquilina, largos y finos bigotes, delgado y alto. Era segundo o tercer oficial de una fragata a vapor peruana cuando se produjo la revolución de Vivanco; y, no sé bien cómo se transformó de golpe en dueño de la fragata, poniéndose de su parte. El general Castilla, jefe del partido contrario, le ofreció por escrito 300.000 pesos fuertes (1.500.000 francos) si le entregaba el barco. El señor Montero clavó la carta en el palo mayor para que todo el mundo se enterara de ella, e invitó a abandonar la nave a todos los que quisiesen unirse al general Castilla, retirándose sólo un oficial. Poco tiempo después se produjo en Arica, donde la fragata realizó un desembarco, un combate de lo más sangriento; pero la suerte de las armas fué contraria al partido del general Vivanco, que quedó completamente vencido. El señor Montero se dirigió entonces con su barco al Callao y lo entregó sin condiciones al general Castilla. Este doble acto de desinterés pareció tan inaudito en el Perú, que no hay allí nombre más popular que el de su autor.

Mar grueso. Viento del norte. Tenemos siempre la costa a la vista, frente a un país de montañas áridas.

Segundo día de navegación. El tiempo es soberbio. Hay más pasajeros sobre el puente. La vista de las montañas es muy pintoresca y se distinguen cuatro o cinco perfiles de cumbres. Los pasajeros de segunda clase han pasado la noche en el puente de proa. Es un entrevero magnífico: hombres, mujeres, cajones, vacas, pollos, colchones, niños, chales, ponchos, frazadas, telas y el diablo; todo se halla en una confusión fabulosa, de los más alegres colores. Algo curioso y nacional, que veo por vez primera, es un enorme saco de cuero cosido y basteado como un gran colchón, que en viaje sirve para guardar la cama y otros efectos diversos.

Pasamos frente a Herradura, pequeño puerto cuya forma justifica su

nombre. Tiene dos caseríos y dos fondeaderos. Poco después, cerca de la 1, llegamos a Coquimbo. Desembarcamos algunos pasajeros y embarcamos otros en mayor número. Desde el vapor hago apresuradamente un croquis de la ciudad. Es un grupo de malas barracas, exceptuando la casa del gobernador. Todas se hallan al pie de una pequeña montaña árida y rocosa. Hay tres escolleras en que pueden atracar los barcos y numerosos hornos de fundición de metales, coronados por altas chimeneas de ladrillo. La bahía es circular, casi cerrada; por todas partes altas montañas, que en torno dominan desde lejos. A la izquierda, en una colina poco elevada sobre el nivel del mar, entre macizos verdosos, se ve una cantidad de puntos blancos; es La Serena, población de mineros. Entre los barcos que se aproximan a nuestro vapor se ve una balsa formada por dos cilindros de cuero, llenos de aire y unidos entre sí. El que la conduce se halla sentado sobre los talones y maneja con las dos manos un remo de doble paleta, que le sirve para dirigir su esquife con gran rapidez. Partimos una hora y media después de nuestra llegada. El viento ha cambiado y sopla del sur. Hay niebla y las montañas de la costa apenas se distinguen. Nos aproximamos a una costa que no tiene la menor apariencia de vegetación. Se trata de rocas llenas de un mineral color verde grisáceo, manchado por el óxido de hierro. Las lejanías son muy vaporosas y el conjunto deliciosamente armónico. Quisiera retener en la memoria este panorama que se despliega a toda marcha a medida que va quedando atrás de nosotros. Vemos las montañas de Copiapó.

A mediodía llegamos a Caldera. Bahía circular. Arena blanca sobre la playa. En torno, montañas de formas bonitas y poco elevadas. Casas de madera en pequeño número. La ciudad data de hace sólo seis años. Su emplazamiento fué elegido como el más favorable para el ferrocarril de Copiapó, donde se hallan las minas más importantes de Chile. Al desembarcar vemos ante nosotros una especie de monumento; es la casa del gobernador. Hay una iglesia en construcción; un teatro con aspecto de cabaña ambiciosa; una cantidad de cafés lóbregos, de salas de billar y *chiringas,* lugares donde se

baila. Supongo que los mineros vienen los domingos desde Copiapó. El vapor se provee de carbón atracado a un largo muelle, por el que corren algunos vagones cargados. Aprovecho esta escala para hacer un croquis de la ciudad.

A las 6, un cañonazo llama a los pasajeros dispersos y poco después partimos. Todas las noches se forma en el salón un grupo de jugadores chilenos y peruanos; se comienza con el *veintiuno* y se termina con el *monte,* especie de sacanete. Se dice que son jugadores muy hábiles, para valerme de un término cortés.

Tiempo cerrado. Viento del sur. Llevamos dos velas en el palo de mesana. Fuertes rolidos. Al amanecer se rompe una gran cantidad de vasos y platos. Durante el almuerzo se colocan unas tablitas sobre las mesas para mantener el equilibrio de las fuentes y las botellas. Día fastidioso. El cielo está gris y nos rodea el mar. Lo único que vemos son las aves marinas que cruzan en todo sentido, castigando con sus alas la estela espumosa que dejamos atrás. A las 7 de la tarde nos cruzamos con un vapor de la misma compañía, que viene de Panamá y es esperado el 23 en Valparaíso. Vemos sus luces, quemando de ambas partes algunos cohetes a manera de saludo.

A las 5 y ½ de la mañana nos encontramos ante Cobija, fondeando a las 7. El mar se halla en calma y una atmósfera brumosa oculta la cumbre de las montañas. Lo primero que se ve en lo alto es un hospital, construído a expensas de los mineros. La ciudad se compone de un pobre grupo de viviendas edificadas al pie de la montaña, que se levanta bruscamente. El país es más desolado que todo lo que hemos visto. Ni una hierba. Las viviendas son chozas miserables, entre las cuales se destacan algunas pobres casitas. Abandono el barco, que continuará viaje hasta Panamá, después de tocar en el Callao, puerto de Lima.

Aquí el viaje comienza a ponerse serio. Me encuentro en tierra con mi equipaje, que se compone de un colchón, la montura y dos cajones chicos, sin saber dónde alojarme, pues no existe hotel ni nada que se le parezca. No me aflijo por ello; si es necesario desplegaré mi colchoncito en la calle.

Sin embargo, el cielo ha ordenado otra cosa. En Valparaíso conocí a tres negociantes de Salta, que siguen la misma ruta que yo; y uno de ellos me presenta a los señores Quijano, en casa de los cuales paran. Son dos hermanos comerciantes establecidos aquí desde hace 14 años, corteses como los andaluces y completamente hospitalarios. Desde Cobija utilizaremos mulas hasta Calama, donde el camino se bifurca, separándose las caravanas según se dirijan a Bolivia o a las provincias de la República del Plata. Cobija, único puerto que tiene Bolivia, se halla a los 22° de latitud por 70° de longitud. Está completamente desprovisto de agua, que sólo se obtiene destilándola del mar. Esa falta de agua, más que la naturaleza del suelo, impide toda vegetación, debiendo el forraje de las mulas llegar por el Pacífico.

Voy a ver una máquina a vapor que sirve para triturar metales. Tres pilones rompen las piedras, pulverizadas luego por dos ruedas concéntricas. Una corriente de agua lleva este polvo hasta un gran tanque, que se comunica con otros cuatro. Un hombre con una barra de hierro remueve este barro, de un amarillo verdegrís. El agua pasa sucesivamente de un recipiente a otro, llevándose la tierra y dejando en el fondo el mineral. Reducido así a partículas, la fundición del mineral se hace con gran economía de carbón, lo que es importante por el alto precio del transporte. La misma máquina trituradora sirve para la destilación de agua de mar, que se vende a 3 reales el barril de 80 botellas, aproximadamente (El peso tiene 8 reales y vale 5,25 francos). A cada rato llegan mujeres para llenar damajuanas y pequeños barriles, que hacen rodar por medio de una cuerda atada a sus ejes. Otra máquina, que como la primera pertenece a un francés, debió interrumpir su trabajo hasta poder realizar simultáneamente la trituración de metales y la destilación de agua. No podía dar agua a menos de 5 reales. Casi todas las minas y las industrias son explotadas aquí por franceses.

Mientras trazo un croquis de la roca que forma un cabo en la pequeña bahía, cuatro gallináceos vienen a posarse sobre ella. Se trata de grandes pájaros, mitad buitres, mitad pavos. Viven en estado salvaje, encargándose

de la limpieza de las calles, y tienen derecho de ciudadanía. Se les ve por todas partes. Cerca de estas rocas existe una mediocre fortaleza de piedra desprovista de cañones. Después de la última guerra entre Perú y Bolivia, los cañones, cuyo excesivo peso no permitía llevarlos a lomo de mula por la montaña, fueron enviados a Valparaíso (Chile). Se quería evitar así que los peruanos se apoderaran de ellos; pero hallándose en dicho puerto a bordo de un pontón, tuvieron la desgracia de que éste naufragara en un día de tormenta; y en esta forma, esas armas destinadas así a evitar los horrores de la guerra, duermen por fin en paz acariciadas por las olas.

Después de comer hablamos mucho de España, sobre todo de Cádiz, pues mis buenos huéspedes son gaditanos. Realizo con uno de ellos un paseo por la calle principal, modesta vía sin pavimento, cubierta por una especie de arena y ceniza; pobres casas sin luces; miserables tiendas sin compradores y apenas iluminadas; una *chingana,* donde una pareja danza la *samacueca* al son de música agria y chillona; ni una cara de mujer; dos o tres paseantes. ¡He aquí la *Puerta del Sol* del lugar!

Uno se hace pronto amigo en el desierto, y el señor Quijano me cuenta su vida y sus negocios. Me acuerdo de estas confidencias deliciosas: "He debido acorazarme el corazón y mucho me ha costado decir siempre adiós a todos los que pasan un día o dos en mi casa. ¡Usted no puede saber lo que eso hace sufrir a quien habita en la soledad!"

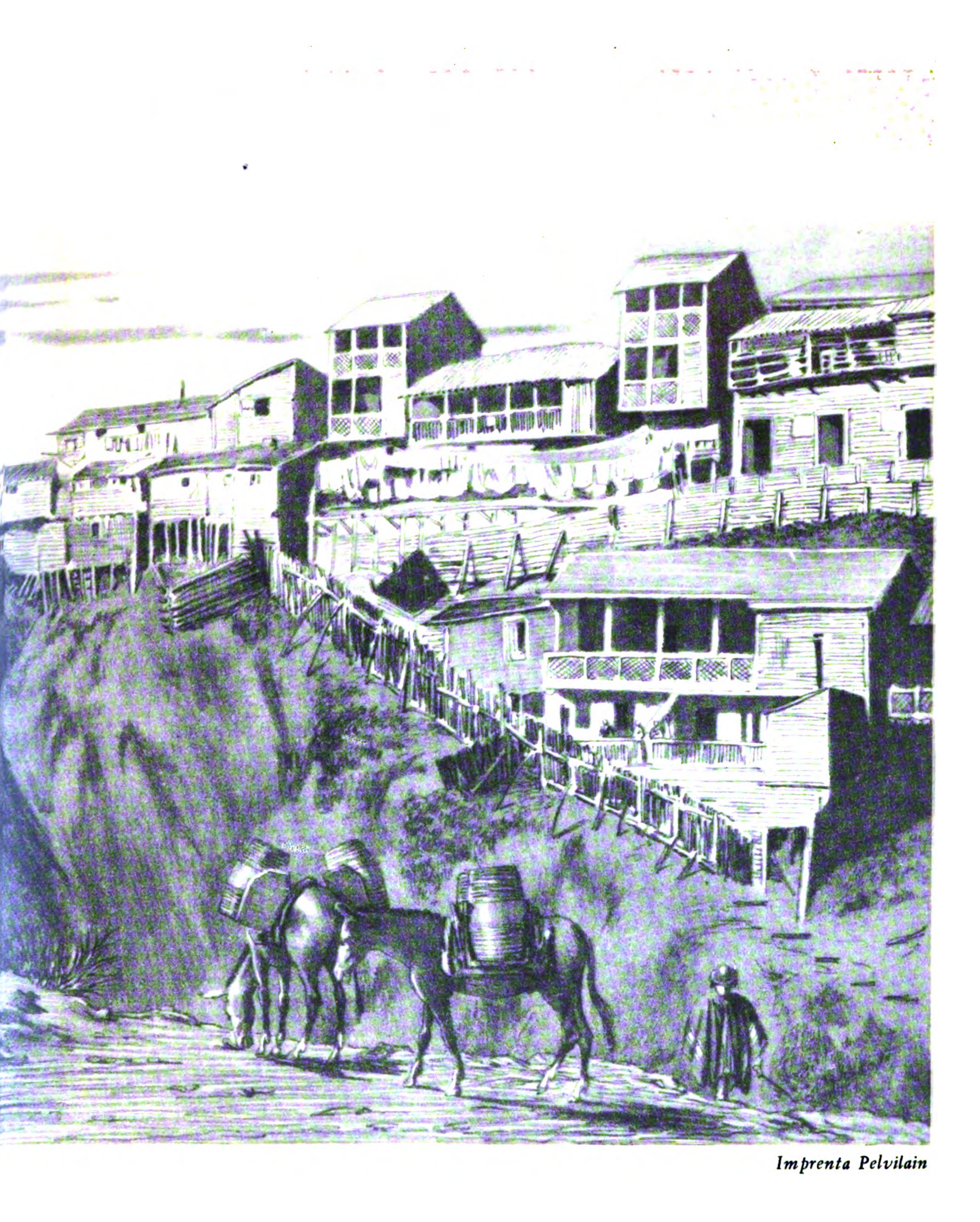
Su única alegría son los huéspedes; y, sin embargo, esta soledad es horriblemente costosa en un lugar donde no hay ni agua ni pasto. Todo llega por mar, las legumbres especialmente. Hace algunos años nada podía dar idea de la miseria de este país. Nos quedamos dos días, que el arriero emplea en disponer las mulas. Preparamos algunas provisiones, que son distribuídas en las valijas y en las alforjas que cada uno lleva en la montura.

Partimos hacia mediodía. El alquiler de las mulas de Cobija a Calama es de 9 pesos (42 francos más o menos). Primero costeamos el mar; después trepamos por las gargantas de una montaña de la más completa aridez,

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

LAS QUEBRADAS I
(Chil





Imprenta Pelvilain

DE VALPARAISO
le)

sin ninguna especie de vegetación ni apariencia de tierra fértil. No obstante veo algunos pájaros. Dos de ellos son tórtolas. ¿De qué viven?

Montañas de piedra y mineral, con agujeros abiertos a diversa altura para extraer o reconocer el metal. Algunas pequeñas chozas, como puntos blancos en las laderas, parecen nidos de buitres hechos en la roca. Son abrigos de obreros solitarios. Las minas que existen sobre este camino — creo que todas de cobre — me parece que han sido explotadas en forma superficial y sin capitales.

¿Qué sacudimientos horribles han podido trastornar los terrenos que atravesamos? Hacia la izquierda y hacia la derecha, la montaña se halla rota y partida en pequeños trozos. Todo es de un color rosado más claro que el del salmón. Hacia las 4, el sol dora el trayecto que recorremos. Sobre nosotros se extiende un manto de nubes como el mar. Después, más lejos, el verdadero mar, que se pierde en el horizonte, bajo las nubes. El cielo es del azul más puro que sea posible contemplar. Al ponerse el sol ese color adquiere tonos más suaves; las montañas tienen un rojo incandescente, y las sombras de las piedras del camino, un azul muy marcado. La luna se halla ante nosotros esperando que el sol se ponga para iluminarnos a su turno. Existe una transición deliciosa entre las dos luces. El crepúsculo es de belleza absoluta: ni la luna ni el sol proyectan sombras. Delicioso momento del viaje, que uno olvida y que la fatiga impide gozar lo suficiente. Llega la noche. La marcha tiene ahora sus contrariedades; se ve mal a pesar de la luna; además se experimenta el cansancio de todo el día. Cuéntanse los minutos. Ocho o nueve horas en mula es espantoso, lo que hace pensar en las torturas de la Inquisición. En fin, después de haber suspirado largo tiempo por una luz que parecía alejarse a medida que nos acercábamos, llegamos a Colupo.

Este abrigo, que se llama La Posta, es un cuarto de madera, con dos camas de campaña, una mesa y un banco. Los dos primeros viajeros hemos tomado las camas; los otros tres — pues somos cinco — arrojan por tierra,

en el sitio que desean ocupar, las frazadas, pieles y *ponchos* que llevan sobre sus monturas, arreglándose como pueden, mientras esperan los equipajes, que vienen detrás con los arrieros. Además de la pieza que ocupamos hay otra, que utiliza el encargado de la posta, especie de indio, quien vende algunas cosas de primera necesidad, como agua, que viene de Cobija, y forraje seco, que llega de Calama. Tiene también latas de sardinas, un poco de mal tabaco y otro poco de carne fresca. Las postas bolivianas son por cuenta del gobierno, que paga al encargado de ellas 40 ó 50 pesos (200 ó 250 francos) por mes. No se trata de relevo de caballos, sino de cuidar una pequeña casa de madera, construída por el gobierno para los viajeros; y en la habitación que se destina al encargado, éste guarda, tanto como puede, forraje seco, agua, un poco de carne, sardinas en conserva, cognac, etc., cosas que se transportan en 10 ó 20 horas de camino a lomo de mula. Los precios son muy moderados.

Durante la noche la temperatura descendió bastante y para calentarnos tomamos té con agua de mar destilada, un poco salobre todavía. La botella de agua cuesta un real de plata (60 céntimos). Poco después llegó un triste caldo en que nadaban arroz, papas y un poco de carne. La posta pone a disposición de los viajeros platos de hojalata, cuchillos y tenedores de hierro. El gobierno boliviano abona a los jefes de posta un tanto por mes, según sean las facilidades de vida del lugar en que se hallen. Tendido en tierra, con la montura por almohada, comenzaba a dormirme cuando vimos llegar a los arrieros. Corrimos en busca de los colchones, acostándome vestido sobre el mío, para dormirme riendo de un boliviano gordo, que se informaba con extrema ternura sobre dos pollos que conduce de Valparaíso a Bolivia.

A las 6, enrolladas nuestras camas, tomamos aún una taza de delicado té con agua semisalada. A las 7 nos hallamos en marcha. Mi mula, una verdadera achacosa, que no camina sino gracias a las caricias de mis espuelas, que terminaron por romperse sobre sus flancos, no quiere andar sino a



INTERIOR DE UNA PULPERIA. Buenos Aires **(Acuarela)**

capricho. Me resigno. Pronto no veo sino dos puntos a la distancia; y un poco más cerca otros dos; son mis compañeros que vienen detrás. Las mulas de carga se ocultan en los repliegues del terreno y por momentos mis camaradas desaparecen, sin que advierta ni un alma viviente ni un triste pájaro.

Ayer ascendimos todo el día. Hoy caminamos por una meseta inclinada, gran llanura de arena, donde el polvo blancuzco de las piedras rotas en algunos lugares, me hace pensar que estamos en el lecho de un inmenso lago seco. El camino está lleno de gran cantidad de desperdicios abandonados por los viajeros: botellas vacías, blanqueadas por el polvo; latas de sardinas defondadas, y mulas muertas con la piel en perfecto estado de conservación. Creo que la altura del lugar y las condiciones atmosféricas son la causa de la falta de descomposición de las materias orgánicas y de la conservación de estos animales muertos. Algunos se hallan parados sobre las piedras y con la cola al viento; otros están en actitud de comer, y para colmo de irrisión han colocado en sus lomos bastos hechos con desperdicios, bajo los cuales las pobres bestias están muertas de cansancio. Broma de arrieros, bien hecha para inspirar ideas filosóficas; pero yo no me encuentro en espíritu, y mientras las patas de mi mula hacen el acompañamiento, me pongo a improvisar no sé qué romance español, lo que no me había sucedido en mi vida. Pero el desierto todo lo excusa.

Bajando a pie una barranca, me encuentro en el lecho profundo y ancho de un río que no tiene sino un pobre hilo de agua salada corriendo entre hierba que más parece moho que otra cosa. Atravieso un vado y espanto una bandada de patos. Después de trepar la barranca opuesta vemos a algunos pasos de nosotros la posta de *Miscanti.* Son las 4. La habitación destinada a los viajeros es exactamente igual a la de Colupo. Delante de ella — alojamiento y almacén del encargado — se halla una ramada entre dos paredes; su parte delantera está cerrada con una tela. Es en este lugar donde se ha colocado la mesa, decorada con una servilleta, que aguarda ser cubierta con nuestro festín de Baltasar. Escribo acostado sobre dos cueros de carne-

ro, con la espalda apoyada en el forraje. Las dos gallinas, que hacen por completo parte de nuestra caravana, comen granos de trigo y estiran penosamente sus patas y sus alas. Es que el día fué sofocante, y si no hubiera sido por la brisa no habríamos podido resistir. Hemos hecho 9 horas de camino y nos domina la fatiga. Sin embargo cuentan que los indios hacen esta ruta a pie llevando sobre las espaldas 60 kilos, lo que es fabuloso con este calor tropical. En cambio, uno de mis compatriotas, que pasó por aquí hace poco, no deseando seguir adelante sin descansar, se quedó aquí cuatro días. No pudo ser la comida del lugar lo que lo retuvo, y mucho menos si fué como la nuestra; primero y único servicio: arroz en agua en que nadan pequeños trozos de carne tan condimentados con ají que la garganta se resiste a ingerirlos. Me olvidaba: un huevo por cabeza, y nada más. Por otra parte, un comunismo socialista de ningún modo sociable... Al proverbio: "En la guerra, como en la guerra", hay que agregar: "En viaje, como en viaje". A las 6 es aún de día y estamos acostados; pero también a las 3 y ½ montamos y partimos.

La luna ilumina el desierto. La temperatura es fresca, sin ser fría. El silencio, absoluto. Tomo la delantera con uno de estos señores que conocen el camino. Las primeras horas son hermosas; uno se siente nuevo y fuerte. Después todo parece monótono y comienzo a encontrarlo así cuando Don Pantojo me dice que ya no está seguro de encontrarse en el buen camino, lo que me resulta dramático, pensando involuntariamente en las bellas osamentas de mula tan bien conservadas... Cierto es que no encuentro divertida la noticia. No seríamos los primeros en extraviarnos; los mismos arrieros, apartándose de la senda, pierden la cabeza dando vueltas en rededor de un lugar que conocen. Felizmente, después de largo tiempo, la Providencia se ha refugiado en el desierto, ya sea porque ella es más útil aquí o por eludir la gratitud de la gente. No lo sé. El caso es que oigo un cencerro y veo a la distancia unos arrieros que habían pasado la noche en este lugar y

que se hallaban cargando sus animales para partir. Nos indican la ruta, que es completamente distinta de la que pensábamos seguir.

A medida que el sol se levanta, el viento, que no es sino fresco, se hace cada vez más fuerte y frío. Nos da de frente con furia extrema. Esto dura casi cuatro o cinco horas. Después cesa de golpe; hace un calor completamente tropical. Este viento tiene sus horas fijas en este pasaje; y era para evitarlo en lo posible que salimos por la noche de Miscanti. Encontramos arrieros y mujeres indias; más lejos, una tropa de hacienda rumbo también a Cobija. La influencia de la nieve y del aire comienza a hacerse sentir: he aquí una especie de vegetación. Cruzamos una ciénaga en que crece yerba amarillenta y maleza con fuerte olor resinoso. En este pantano existen partes peligrosas, donde caballo y jinete pueden desaparecer en la arena barrosa y movediza.

En el momento en que nosotros vamos a tomar un paso posiblemente difícil, un indio de diminutos ojos y largos cabellos nos da informes. Don Pantojo le habla en indio puro; y en este momento la compañía y la ciencia de este gordo boliviano me parecen más preciosas que las del más ilustre sabio. Un camino arenoso atravesado por un hilo de agua cristalina, donde lavan ropa algunas mujeres indias, nos lleva a un pueblucho. Es *Calama*. Las paredes y el techo de las casas son de barro. La mayoría están en ruinas o les falta una pared. Las puertas tienen cuerdas en vez de visagras. Estas viviendas se hallan abandonadas. Entre las jambas de las puertas de algunas de ellas existen pircas de unos tres pies de altura, lo que indica que el propietario se halla ausente por mucho tiempo, posiblemente en viaje. La casa en cuyo patio nos apeamos es magnífica para la localidad; casi un hotel, si bien el cuarto que se nos destina carece de piso. Nos sirven con prontitud un almuerzo: bistec, papas, agua buena, vino y café. ¡Oh, civilización! ¡En el desierto es una dicha volverte a encontrar! Contigua al comedor se halla una vasta sala de billar, con un papel de color chillón que representa la guerra de Crimea: el pabellón francés por todas partes — Malakoff;

una bella torre del siglo xv; el general francés atravesando con su espada el cuerpo del general ruso; el vivac; los Cazadores a pie, etc. —; una bufonada monstruosa; en esto la civilización se muestra con aspecto singular.

Un indio lleva por la calle grandes piedras blancas y transparentes como cristal. Son panes de sal virgen. No hay sino que extraerlos, pagando sólo el transporte: 2 francos 75 las 30 libras (4 reales la arroba). Veo conscriptos bolivianos haciendo ejercicio. Son indios, verdaderos monos vestidos, que parece se hubieran revolcado en el barro. Tienen un bonete de policía verde y rojo, casaca verde, pantalón azul de hilo, remendado, zapatos gastados; una miseria desoladora, atroces caricaturas, pero con armas modernas. Los oficiales instructores visten más de civil que de militar. En fin, cabezas de idiotas, embrutecidos, sin pelos en la cara. Son sin duda mejor en Chuquisaca, pues lo que he visto es espantosamente feo y ridículo.

De vuelta al alojamiento, encuentro en el umbral a los dueños de casa, que no había visto aún. M. Maximiliano y M. Santamaría, dos franceses que tienen, respectivamente, 16 y 26 años de América. No son ellos los menos contentos. La vida aislada, por su propio carácter, devuelve al hombre muchas medias tintas de su verdadera naturaleza que la existencia agitada y el roce suprimen en Europa. Hay una dulzura, una paciencia, una filosófica resignación, resultado de muchos sufrimientos morales que sólo se encuentran en estos pobres mártires de América. Ambos señores son los únicos europeos en esta población india perdida entre los desiertos de Calama y Atacama. El raro paso de un europeo, especialmente de un compatriota, causa melancólica alegría y se lo recuerda después de años, como si fuese la víspera. Es así que los dueños de casa me hablan de M. Alcides Pelletan, amigo mío y antiguo compañero de viaje, que pasó por aquí en 1849 ó 1850.

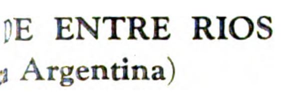
M. Maximiliano, que se ha casado con una criolla, me dice que le daré un gran placer a su señora si hiciera un croquis de su hijo, que tiene 4 años. Apenas terminada la cena, que fué excelente, hago el retrato. Los

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

RECUERDOS D
(República



Imprenta Pelvilain



DE ENTRE RIOS

a Argentina)

asistentes se entusiasmaron, sorprendiéndome de poder trabajar después de haber sido tratado tan rudamente por el desierto. Me considero feliz al complacer a mis buenos huéspedes, que me obsequian en toda forma, rogándome que me quede y proponiéndome retener la partida de la caravana, si ello fuera de mi agrado, lo que rehusé, pues no tengo apuro en partir sino en llegar.

Aquí me doy cuenta mejor de la actividad de tránsito de este lugar, que ha tenido siempre una gran importancia debido a su situación, pues se halla a tres días del mar y del punto de donde parten las mesetas y valles que ofrecen las más favorables rutas, ya sea para ir a Bolivia, ya sea a las provincias que se encuentran más al norte de la República Argentina. Los negociantes de Bolivia, Salta y Catamarca — provincias argentinas — hacen venir de cualquier sitio del Pacífico, generalmente Valparaíso (Chile) y de Lima (Perú), mercaderías consignadas a una de las casas de comisión (ellas son dos) establecidas en Cobija. El consignatario abre los bultos y efectúa un nuevo embalaje de peso y tamaño apropiados a la carga que puede llevar una mula. Las sucursales que estas casas comisionistas tienen en Calama reciben las mercaderías y las envían en otras mulas, ya sea a Bolivia, ya sea a las regiones del norte del Plata. Es costumbre que los consignatarios alojen en su casa a los negociantes y les faciliten el alquiler de las mulas que necesiten. Todo viajero munido de una carta de recomendación para una casa de comercio, recibe la más cordial y afectuosa hospitalidad.

Calama tiene unos trescientos habitantes indios, que viven en verdaderas casuchas, con un gran abandono y en estado semisalvaje. En los alrededores existen numerosos vestigios indígenas de la época de la conquista española. Quedan muchas tumbas en las ruinas de las grandes ciudades, y las excavaciones serían cosa fácil. Se encuentran momias perfectamente conservadas, con los cabellos todavía intactos; hay, además, alfarería rojiza con dibujos negros.

Me levanto a las 6. Hace frío. Pero pensando en el calor de ayer no

me sorprendo poco al ver el agua de los arroyos cubierta de escarcha. En una de las calles, en un pequeño corral de adobe, veo una tropa de *llamas;* es su patria. Este singular animal se parece al carnero y al camello y no está desprovisto de cierta gracia. Las llamas son generalmente blancas, o blancas con manchas negras, sobre todo en la cabeza; una sola de las que veo es de un gris obscuro de tórtola. Hago un croquis, pero no puedo sostener mi lápiz de frío y abandono las *llamas* por un poco de sol.

Almorzamos, y adiós. Don Pantojo toma el camino de Bolivia. Tenemos otro arriero, otras mulas; tres italianos que parecen obreros se agregan a nuestra caravana. Costeamos la cordillera por una gran planicie de la misma naturaleza arenosa y con piedras más deleznables que las que vimos anteriormente. La temperatura, muy calurosa durante el día — nosotros partimos a las 12 —, se hace cada vez más fresca lo que se oculta el sol. Tengo los pies helados cuando nos apeamos, a las 9 y ½. La noche es obscura. La casa vacía que debe prestarnos abrigo se compone de un cuadrado de piedra con un techo de ramas. La puerta y una cuarta parte del techo no existen ya. Sirvieron quizás para alimentar el fuego de algunas caravanas que nos precedieron. En torno a este abrigo se halla un montón de esqueletos de mulas, muertas sin duda de frío y de fatiga. Alguien enciende una vela. Con algunas astillas hacemos fuego en medio del cuarto. El aspecto de nuestro vivac es completamente bohemio. Estamos más ahumados que arenques.

A las 4 y ½ de la mañana el arriero pregunta la hora; y nos levantamos con poco entusiasmo a causa del frío, que es muy fuerte. Volvimos a encender la vela y el fuego. Se cargan las mulas. El día comienza a apuntar; y partimos a las 6 y ½.

Preciosos efectos de luz sobre las montañas. No es posible imaginar la variedad de formas que adquiere la tierra. No hay espíritu que no encuentre aquí la realización de sus sueños, por fantásticos que sean. Vamos de sorpresa en sorpresa. Lamento de continuo no tener cerca de mí a un geólogo

de talento, pues creo que pocos viajes ofrecen una variedad semejante en calidad y forma de terreno. En el momento de llegar al pequeño río de Atacama — que podemos distinguir — trepamos una cuesta muy rápida, desde donde me maravilla el paisaje que se extiende sobre el camino recorrido; pero el panorama que se aprecia desde la cumbre me sorprende aun más. A poca distancia se ve, ribeteado de nieve, el majestuoso perfil de la cadena más elevada de esta parte de la Cordillera; y más cerca, montañas de un amarillo rojizo en un caos babilónico. Al fondo de un valle encajonado y estrecho, una corriente de agua se retuerce en círculos. Algunos árboles achaparrados. En primer término una pendiente en zigzag casi perpendicular, de tal manera bizarra que sólo la naturaleza es capaz de hacerlo con este salvajismo extraño.

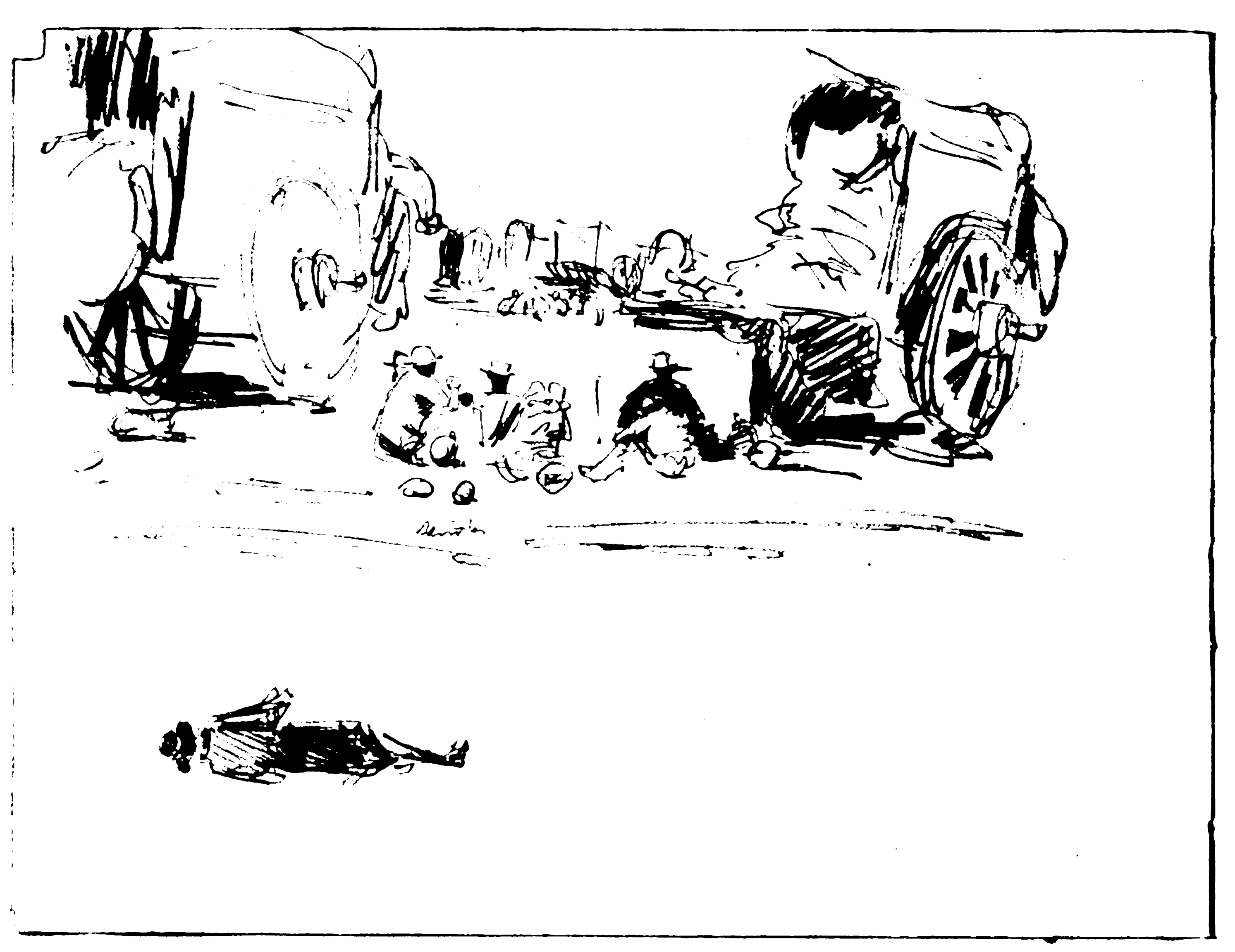
Hubiese deseado trabajar cinco o seis horas aquí; pero durante seis la mula me ha sacudido contra mi gusto. Hace un calor tropical. Ninguna sombra. Mis compañeros se hallan, como yo, apurados por llegar a un refugio; imposible pensar en abandonarlos, puesto que son los guías. Tengo ante mí los más bellos espectáculos de la naturaleza, que son intraducibles y exigirían un trabajo de largo aliento para no hacer sólo una caricatura. El único encuentro que tuvimos en el desierto que acabamos de cruzar es con un pequeño grupo que venía camino de Calama. Componíase de un viejo indio y dos mujeres con trajes originales, que arreaban dos asnos, sobre uno de los cuales cabalgaba una tercera india más joven. Las tres llevaban el ancho sombrero de hombre que constituye el tocado nacional. ¡Pobres gentes, con los pies desnudos y con este sol! ¡Qué frío les espera esta noche, sin tener casi con qué abrigarse!

Hacemos otros encuentros: una mujer sola, en una mula, va en la misma dirección nuestra. Desde que la veo apresuro la marcha para alcanzarla. Tiene una pollera verde, un chal floreado con una de las puntas sobre la espalda, como es de uso en Chile; una especie de manta de lana color cereza, y, en fin, un pañuelo amarillo alrededor de la cabeza, tocada con

el ancho sombrero masculino de fieltro gris. Todas lo llevan y parece formar parte de sus personas. Caminamos juntos, contándome que se había casado hacía tres años, que poseía una casa a la entrada de Atacama, que no tenía hijos, que vivía sola, que su marido era mulatero y que hacía buenos negocios. Me preguntó si llegaba por primera vez y si volvería pronto a la ciudad, agregando que dentro de tres meses comenzaba la estación de las frutas... cosas todas interesantes, pero lo que es curioso, dichas en un español puro con acento andaluz, sin ningún embarazo y como mujer de calidad. En lo mejor del discurso se le doblan las patas a su mula; pero ella cae de pie, como si se hubiese dejado deslizar voluntariamente.

Tengo curiosidad por ver lo que haría para montar de nuevo; y sin ninguna hesitación, volviéndose a mí, me pide ayuda: *"Caballero, ¿quiere usted darme la mano?"* En el desierto, una india es una dama y bajé de mi cabalgadura para colocarla en la suya. Me veo obligado a cinchar mi mula. La india continúa su camino, y mientras mis compañeros me alcanzan la veo trotando a lo lejos, hasta desaparecer. Algo es este encuentro, por el sitio en que lo realizo. En el desierto, como en el mar, un pájaro que pasa, una vela en el horizonte, un pescado que se advierte, son acontecimientos del día.

Descendemos la cuesta del Tambillo por una escalera en zigzag, con angostos peldaños de casi un metro de altura, tirando la mula por la rienda. Imposible imaginar semejante trabajo. Seguimos el arroyo o río de Atacama. Siempre amé el murmullo del agua; pero cuando uno se halla quemado por el sol y no la vió correr durante cinco días de marcha, ese rumor es un placer muy particular. Terminada la cuesta, que forma una especie de desfiladero, encontramos a nuestra derecha restos de fortificaciones indígenas anteriores a la Conquista. El lugar no pudo ser mejor elegido. Trátase de una parte de la montaña de pendiente natural muy rápida, casi cortada a pique. Hacia la izquierda y hacia adentro, cavaron un inmenso foso para completar la defensa; sobre la derecha no se podía llegar sino



CROQUIS DE UNA PARADA PARA HACER NOCHE

atacando de frente. Fué allí donde de trecho en trecho levantaron pequeñas murallas en ángulo, superpuestas las unas a las otras y agujereadas por troneras para dar paso a las flechas. Este atrincheramiento, hecho con mucho arte y que da alta idea de los conocimientos militares de los antiguos indios, no pudo resistir el asalto de los españoles, que hicieron entre los aborígenes una horrible carnicería. Era la última revuelta.

Llegamos a la ciudad de Atacama. Está situada en una llanura y se compone de propiedades cerradas con tapias de 2 y ½ varas de altura, que permiten distinguir un pasto con claros pero de un verde intenso, además de gran cantidad de árboles frutales que comienzan a florecer pero que cubiertos de hojas deben dar al lugar un aspecto encantador. En el fondo, sobre un cielo sin nubes se destaca, neta y pura, con un color azul manchado de nieve, una elevada cadena de la cordillera de los Andes. El agua corre y murmura por todas partes. Deliciosa visión bajo este sol ardiente.

En uno de los ángulos de la plaza veo un grupo de personas y me encamino hacia él. En el suelo, sobre tosca camilla hecha con ramas, se halla atado un indio muerto, envuelto por completo en ponchos viejos a excepción de los descalzos pies. En tierra, cerca de la cabeza del difunto, arde una vela; y a los pies se halla una botella de aguardiente del país. En torno, sentadas en cuclillas, algunas indias con sus niños en brazos, hacen compañía al muerto. Se tapan la nariz cuando reciben el viento de frente; y pasándose la botella de mano en mano, charlan con el más gracioso abandono. Hablan en quechua, lengua que me es completamente extraña; pero por sus miradas comprendo que se refieren a mí, que hago un croquis rápido de la escena. Con el objeto de darles una lección edificante, imitando a una mujer que acaba de llegar, tomo el hisopo que había dejado cerca de la cabeza del muerto y hago aspersiones gravemente, alejándome luego.

Al desmontar en Atacama, lo hicimos en lo de M. Giacome, de Niza, otro representante de comercios de Cobija y de Calama. Comemos con él y pone a nuestra disposición una casa desocupada; pero por precaución y

para evitar los insectos nos proponemos dormir en el patio. Allí, bajo la ramada, extiendo mi colchón y sentándome sobre él me doy el placer de coser los botones de mi ropa, pues nada resiste los movimientos de la mula. Así paso dos horas distraído y sonriendo con el recuerdo de todas las lindas manos que vi coser en mi vida.

Despierto al despuntar la aurora. De los campos vecinos llegan los pájaros a saltitos, acercándose hasta mí. Son gorriones, pero entre ellos veo un mirlo. Paséase un carnero blanco; un cabrito negro empuja con la cabeza y con las patas una puerta que no quiere abrirse; un gallo y varias gallinas picotean; canta el primero y hace otras cosas que nos llevan, naturalmente, a soñar. Dejo dormir a mis *salteños* y me pongo a rondar por la población. La iglesia está abierta; entro. Los muros son gruesos y deben pertenecer a la época de la conquista. El techo se quemó y lo reconstruyeron posteriormente. Se trata de un paralelogramo pintado a la cal, con una tosca cenefa a manera de zócalo.

Un indio mal entrazado oficia de sacristán, encendiendo algunos cabos de velas colocados en una especie de mesa revestida de tela negra, sobre la cual se halla una cruz. Le pregunto de qué ceremonia se trata y me responde mitad en español, mitad en indio, llegando sólo a comprender dos palabras: alma y purgatorio. Pero pronto me entero por la escena que se desarrolla ante mis ojos: un pequeño grupo de aborígenes, hombres y mujeres, se arrodillan con recogimiento, en actitudes que me recuerdan las más bellas realizaciones del arte clásico. Habían puesto ante ellos bolsas casi llenas, cuyo contenido no alcanzaba a distinguir. El sacerdote se ubica en el centro de la iglesia, en un sillón bastante tosco, iniciando algunas plegarias. En la mesa cubierta de negro habían colocado ayer el cuerpo del indio que vi en la plaza. La viuda y la familia llegan para depositar, como en los funerales paganos, ofrendas por el alma del difunto. Trátase aquí de papas, maíz tostado y molido, azúcar, pan, huevos, contenidos en pequeños recipientes de barro o de madera. Se produce una encantadora escena mímica

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

INDIOS DEL C
(R. Arg

Imprenta Pelvilain

GRAN CHACO

gentina)



entre una mujer y el sacristán. Ella le ofrece con humildad cada fuente antes de colocarla en la mesa; y él, con toda la dignidad de sus altas funciones requerida por las circunstancias, aceptaba o rechazaba las ofrendas. En caso negativo ella vuelve a las bolsas de las provisiones, aumentando la cantidad o calidad del presente, en harina de maíz, huevos u otros productos análogos, que somete de nuevo al juicio del sacristán, hasta que un movimiento afirmativo pone fin a la doliente escena.

Parece que en el Día de Difuntos se colocan más de cincuenta de estas mesas en la iglesia, cubiertas de ofrendas parecidas, realizando la selección el sacerdote, que hace recoger las más convenientes antes de retirarse. Los indios entonces se dedican a realizar trueques, venden, comen y se embriagan, siempre en el santo lugar, como en una orgía pagana. Los indios que quise dibujar en la calle escaparon como los árabes en Africa en parecidas circunstancias. Las indias llevan frecuentemente un niño sobre la espalda, quedando con los brazos libres, de manera que hasta pueden hilar (sin rueca), torciendo solamente la lana sobre la mano izquierda.

Los arrieros emplearon el día de ayer en herrar las mulas. De aquí no pararemos hasta Salta, término del viaje para ellos; y a mediodía partimos acompañados durante una legua por nuestro huésped y dos de sus amigos. A nuestro paso se levantaban nubes de polvo y bandadas de palomas y torcazas. El camino se dirige hacia el sudeste, siguiendo probablemente la línea de la Cordillera. Atravesamos una interminable llanura de arena y piedra; y en el momento de ponerse el sol, las montañas que teníamos ante nosotros adquirieron un tono rojo de fuego con vigorosas sombras azules, mientras el horizonte lejano se hace cálido y vaporoso. En cambio, a gran distancia detrás de nosotros, una larga cadena de montañas completamente azules se recorta netamente sobre un cielo límpido, inmenso y profundo hasta el infinito.

Después de vadear un pequeño arroyo, hacemos alto como término de jornada. Habíamos marchado más de nueve horas. En el mismo hilo de

agua bebimos yo y mi mula, y del montón de prendas que forman el recado hago un lecho de campaña sirviéndome la montura de almohada. Me acuesto entonces de espaldas, admirando las estrellas en un voluptuoso bienestar que no puede conocerse sino después de semejante fatiga. Llegan los mulateros y se enciende fuego entre un montón de piedras, pues nos hallamos en pleno desierto, sin vestigios de habitaciones, debiendo dormir a la intemperie.

La noche ha sido fría; el cielo se halla cargado y lo que más tememos es que nieve en la Cordillera. Partimos de Río Blanco, nombre del lugar en que pasamos la noche, y después de cruzar una larga planicie de arena llegamos a un barranco por el que corre un arroyo que riega algunos árboles y restos de plantaciones de alfalfa. Son las 11. Hacemos alto cerca de un rancho: Soncoro. Ponen un pedazo de carne en el asador y preparan una de ésas espantosas sopas picantes. El dueño de casa es el ricacho del pequeño oasis, compuesto de unos cuantos ranchos. Su hija, horrible criatura, pero acaudalada heredera, se ha casado con un ser tan poco favorecido como ella por la naturaleza. No se puede ver nada más triste que esta joven pareja embrutecida y fea. Trepamos por la montaña hasta la noche. El cielo está cubierto y hace frío. Nos detenemos en una quebrada: El Pajonal. Desensillo la mula y ayudo a uno de los peones del arriero, que arranca pequeñas plantas resinosas, las únicas que existen y hacen las veces de leña.

Aquí empezamos a experimentar los primeros efectos de la *puna,* que no debe producirse únicamente por la altura de la montaña, sino por la calidad del aire, pues al pasar la Cordillera se atraviesan parajes sensiblemente más elevados que los que ahora cruzamos y no sufrí nada en absoluto.

Se da el nombre de *puna* a esa sensación penosa y de ansiedad respiratoria que experimentan algunas personas en las grandes alturas. Ello es debido a la rarefacción del aire, pues a 4200 metros, elevación común en la meseta, la columna barométrica se reduce a una media de 0,460 m, es decir 300 milímetros menos que al nivel del mar. Esta impresión varía según las personas; unas tienen respiración molesta; a otras les produce cefalalgia

— especie de jaqueca —, perdiendo por completo el apetito; muchas no sienten nada, pero cuando se quiere caminar, casi todo el mundo experimenta una fatiga insólita.

Mala noche. Aparece la luna, pero el cielo se halla muy encapotado. Nos encontramos casi entre las nubes. Nada más triste que nuestro campamento. Grandes pedazos de nieve se funden en la olla para llenar un pequeño barril. Salvo los mulateros, un italiano y yo, todo el mundo se acuesta en el suelo. Hablan de *nevada* o nieve caída en la montaña, lo que nos obligará a retroceder siete leguas hasta Soncoro para aguardar unos días a que el paso quede libre. Las horas parecen interminables cuando en todo sitio, sentados en una maleta, se ignora si ha de seguirse adelante o si es necesario volver. A las 10, el guía (pues tenemos desde ayer un guía indio) va con el arriero a la descubierta. Regresan anunciando que es posible pasar porque ya no nieva. Mis compañeros *salteños* hacen aún observaciones; decididamente es la prudencia que se transforma en poltronería. Partimos, sin embargo, en cerrada columna y con las orejas gachas. De pronto, desde lo alto de un pico, descubrimos parte del camino que debemos recorrer. Es una meseta llana; hay nieve en ciertas partes, pero de poca extensión y de reducido espesor. El viento, que sopla con furia, hace rodar unas sobre otras las grandes nubes, hasta borrarlas por completo del cielo, que se pone muy hermoso.

En *Agua Caliente* — nombre dado a un peñasco cerca del cual brota una fuente de agua hirviendo — encontramos una tropa de arrieros que viajan en sentido contrario y que nos informan sobre el camino que debemos seguir.

A las 8 nos detenemos cerca de una roca: *Punta Negra.* La noche es obscura y hace mucho frío. Hiela; y no tenemos otro abrigo que la bóveda celeste. Extiendo el delgado colchón sobre un cuero vacuno. Me acuesto sin sentir el más mínimo calor, pese a dos camisas de lana, un grueso sobretodo y botas sobre las cuales tengo grandes zapatos de cuero de oveja

con la lana hacia adentro, y puntiagudos para poder estribar con facilidad. Los encargué en Atacama. Este calzado de gigante fué motivo de una risa loca. Tengo además dos frazadas, capa y dos ponchos, uno de los cuales es de caucho. Al despertarme, mis frazadas se hallaban endurecidas por la helada.

No reanudamos la marcha hasta las 9 y ½. El viento sopla siempre con violencia. Atravesamos una pequeña planicie entre montañas. El aire es sofocante y al menor movimiento se siente una opresión. Así, después de dar de beber a la mula en un charco formado por hielo derretido y de colocarle las riendas siguiendo los movimientos que hacía el animal, me sentí agotado como si hubiera hecho una rápida carrera. Me cuentan que un italiano, persiguiendo la cabalgadura que se le escapaba, fué preso de súbito *choc*, cayendo instantáneamente muerto.

Trotamos todo el día. En la obscuridad de la noche descendemos una cuesta de arena casi a pique, conduciendo las mulas por la rienda. Nos saluda un concierto de ladridos. Llegamos a Catua. Tres grandes y toscos escalones dan acceso, por una puerta de tres pies de alto, a un patio interior adosado a un peñasco de quince pies. A los costados se hallan dos chozas cuyas puertas son más bajas aún. En uno de esos *chiribitiles* (donde no caben dos personas), se nos propone que nos instalemos siete. Preferimos el patio, donde hacemos nuestro campamento bajo las estrellas y en torno de un buen fuego.

Partimos a las 9 y por primera vez vemos algo que no son piedras: el terreno está cubierto de una hierba muy dura, que los naturales llaman *iro*. Cruzamos muchos arroyos con el agua helada. Bandadas de pequeños pájaros en el paisaje, que no tiene nada de particular. Siempre un viento atroz. Hace tres días que sopla y no podemos hablar ni volver la cabeza. Pero el viento cesa por la noche. Creo que estas grandes corrientes de aire son constantes y regulares. Hacemos alto antes de anochecer.

Dos cabañas de piedra sin mortero, unidas por un pequeño muro, componen *Olacapata*. La de la izquierda, que es más grande, sirve de almacén



CROQUIS DE UNA LIBRETA DE VIAJE

y dormitorio; y la de la derecha, de cocina. Nos tendemos sobre las piedras, alrededor del hogar, que se halla en medio de la habitación. Mientras esperamos el *asado* y el buen *chupe,* triste y monótona comida de este viaje, me instalo en el cuarto de los indios, sobre unos cueros de llamas y vicuñas que les compré. Suspendidos del techo, en extremo desorden, hay cueros de vicuña, de llama, de avestruz, ovillos de lana de diversos colores, cuerdas, utensilios para tejer; y sobre el suelo, otras pieles, bolsas vacías o llenas de maíz, palos y vasos.

Una india enciende un farolito de una simplicidad primitiva, que recuerda las lámparas de Pompeya, colocándolo en un pequeño nicho, que se halla a bastante altura para iluminar la habitación, alumbrando a la vez una imagen de San Antonio que hay en el mismo nicho. Nada más rembranesco que el aspecto de este tugurio así iluminado. Existen, no obstante, en la vida, situaciones en que hay que reír un poco. Nuestro mayor deseo en este instante es pernoctar en esta habitación, pues las montañas vecinas se hallan cubiertas de nieve y la noche será fría. El insigne honor se nos concede y nos instalamos siete en el cuarto, además de las dos indias.

Terminada nuestra pobre comida, uno de nosotros toma la guitarra, extraviada en estos lugares, y canta aires españoles. Nos reíamos y charlábamos; no había visto nunca de tan buen humor a nuestra caravana. Pero será peor cuando llegue la hora de dormir. Todo lo que tenemos sirve para hacer una cama sobre el suelo, que llena el cuarto. Después nos colocamos uno al lado de otro, como arenques en un barril. Cada uno decía algo y nos reíamos como locos. Un pequeño indio se echa sobre una bolsa de maíz. Las indias se agazapan en un rincón, yo no sé cómo. Se hace el silencio, y San Antonio, siempre iluminado por el pequeño farol, nos envía un buen sueño para todos.

A las 5 de la mañana una de las indias se desliza fuera. Se oye el cencerro de la mula madrina. Envolvemos nuestras camas, ensillamos las mulas y yo escribo cerca del fuego, con las manos heladas, ejecutando,

además, un croquis de nuestro improvisado hotel de una noche. El señor Echenique, un argentino que encontramos, se reúne con nosotros. Vuelve de llevar ganado a Bolivia y le acompaña su hija, valiente niña de diez años que soporta las fatigas y el frío como una *gauchita*. Un *gaucho* se halla siempre cerca de ella para servirla y cuidarle la mula.

Partimos a las 8. Hacia mediodía llegamos a una cuesta, siguiendo un camino de cabras como no he visto jamás. Llevamos las mulas de la rienda; sin embargo, algunos cometen la locura de seguir montados. Sin haber visto delante de mí arriesgarse una mula sobre este filo de cuchillo, no hubiera creído que el paso era posible. Las mulas son realmente extraordinarias.

Continuamos el descenso entre dos faldas de montañas. Cambia la temperatura casi bruscamente, pero la vegetación en particular adquiere distinto aspecto. Además de algunas plantas resinosas sólo veíamos ayer el tupido pasto *iro*, cuyas matas cubiertas de hielo caían en pequeños penachos sobre los arroyos semicongelados. Ahora las montañas de nuestra derecha se hallan cubiertas de inmensos cactos, de 3 a 20 pies de altura y con uno o varios brazos. De estos cactos secos, como troncos de árboles, los naturales hacen tablas agujereadas en cada nudo, que se emplean en puertas o en usos análogos. Existen también macizos de altas yerbas, que parecen parvas de paja. Hace mucho calor; si no fuera por la brisa, que es siempre fuerte, sería insoportable. En la última legua encontramos tres ranchos y nos detenemos por fin en las *Cuevas*.

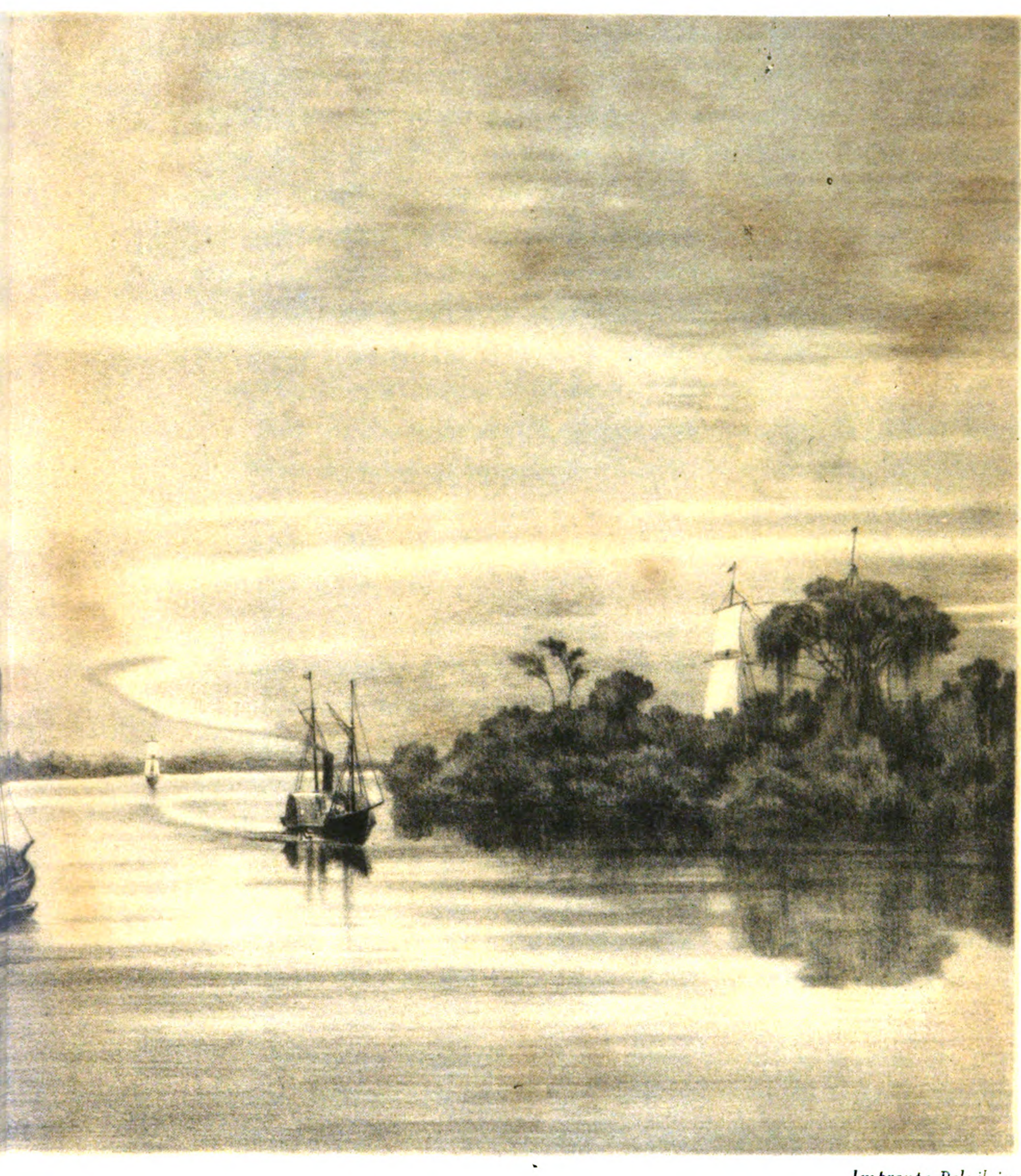
Hacemos las camas uno al lado del otro. Antes de dormirnos conversamos como gente que nada tiene que contar, aburriéndose bastante de hallarse junta y que sólo suspira por el momento de decirse adiós.

La mañana es fresca, como siempre. El arroyito que corre a dos pasos del rancho se halla helado. Los tres negociantes de Salta ganan la delantera para abrazar a los suyos unas horas antes. Nada parecido me espera, ¡Helas!, en esta ciudad; pero me encontraré dichoso de llegar yo también para no estar regimentado, que es lo que más detesto en el mundo. Marcho solo casi

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

LAS ISLAS DE

(Tigre - Buen



Imprenta Pelvilain

DEL PARANA
enos Aires)

todo el día, a pocos pasos del arriero y sus mulas. La jornada es bastante fatigosa, pero el espectáculo es magnífico. Siempre cactos. Son aún más grandes; muchos tienen de 35 a 40 pies de altura. A las 2 entramos en territorio de la República Argentina, cuyo límite con Bolivia está señalado por un montón de piedras.

Descendemos por rápida pendiente y después de cruzar un pequeño arroyo que vamos costeando, entramos en un desfiladero a lo Salvador Rosa. No puedo sino admirar la seguridad y destreza de las patas de las mulas, con particularidad en los malos caminos, donde se puede dormir sobre la montura, lo que no ocurre en terreno llano.

Pasamos *Tambillo,* donde existen construcciones de piedra; abandonados restos de antiguos hornos para fundición de metales, que datan de la época colonial. A la puerta de un rancho veo un indio semimomificado guardando algunas cabras; no tiene en la casa nada, ni harina, ni maíz. ¿De qué podrá vivir?

Algo más lejos, terminamos la jornada en *Agua de Castilla,* lugar bastante desolado, con dos o tres casas de piedra. En verdad no existe idea de progreso en este lugar, más salvaje que durante la conquista. No fueron los blancos los que influyeron sobre los naturales, sino éstos sobre aquéllos. Los españoles no trajeron sino su civilización; pero, en cambio, destruyeron la de los indios. Así, una gran vía de comunicación que existía entre Bolivia y Chile desapareció sin saberse por dónde iba. En algunos lugares de la Cordillera — hoy desiertos — se encuentra gran cantidad de tumbas y vestigios de avanzadas industrias, siendo indudable que estos sitios no estuvieran abandonados como hasta ahora; muy por el contrario. ¿Cuándo ese pasado volverá?

Después de trepar una cumbre desde la cual se domina un panorama extenso, descendemos por la quebrada que sirve de lecho al río que pasa frente a Salta. Existe tal variedad de formas en las montañas, que aparecen como una decoración del efecto más original. Otra vez tengo la pena de

no poder llevar sino un recuerdo en vez de innumerables dibujos. Durante la noche hacemos nuestro último alto en un lugar donde los durazneros en flor nos hablan de climas más dulces y de la primavera. Tendemos nuestras camas en el suelo, en un ranchito sin puerta, la que es reemplazada por un cuero de vaca; verdadera puerta homérica. Dormimos seis en una habitación diminuta. Los griegos, en el caballo de madera de Troya, debieron hallarse más cómodos.

A las 3 de la madrugada nos despierta el arriero y se ensillan las mulas. El señor Echenique corta algo así como zapatos en la piel del carnero sacrificado la víspera, para proteger las extremidades doloridas de un hermoso perro de Terranova, desolladas por las piedras del camino. Ha cuidado de quitar con el cuchillo la lana. Su hija ilumina la escena con una vela; el can está extendido cerca de ellos. El resto de la cabaña se halla en sombra. El pequeño grupo compone un cuadro.

Nada más poético que nuestra partida. La temperatura, sin ser muy baja, hace soportable el abrigo. Es tan obscura la noche que no veo ni las orejas de la mula. Uno es llevado sin saber cómo ni a qué distancia se halla del sendero. Todo es negro, salvo el cielo estrellado, que permite distinguir las montañas hacia las que nos encaminamos. La ruta es el lecho de un río, corriente de agua que lleva igual dirección que nosotros y que no ocupa sino la décima parte de su ancho; serpentea de derecha a izquierda, por lo que debemos atravesarla sin cesar.

Sigo a los hombres que arrean las mulas de carga. El sonido del cencerro de la *madrina,* las pisadas de los animales, el murmullo del agua que corre entre las piedras, son armonías de la naturaleza cuya poesía duplica la noche. Mi mula se guía sola. A cada instante cruzamos el río y no sabría cuándo estoy en el agua o en tierra si no fuera por el ruido que la corriente produce en las patas del animal, o por las piedras que ruedan bajo sus cascos. El día viene apuntando insensiblemente; espectáculo siempre encantador, pero más aún en esta ocasión. Las montañas no muestran realmente

su belleza sino a la salida o a la puesta del sol; la vaguedad de la luz duplica su grandeza. Las laderas están cubiertas de musgo; más adelante, de árboles, de cactos como altas columnas o como candelabros de varios brazos; después, casitas más próximas unas de otras, rodeadas de árboles frutales en floración; y gracias al placer que reciben los ojos, se olvida la lentitud de la marcha.

A las 11 salimos del río y de la quebrada. Frente a nosotros, en el horizonte, se elevan montañas de un color azulado tan ligero que se las confundiría con las nubes si no fuera por sus formas. Hacemos un alto para dar respiro a los animales antes de cubrir las siete leguas que nos quedan aún. Bello día de verano. A la sombra de un gran algarrobo cuyas raíces baña un hilo de agua, nos echamos sobre nuestros ponchos y hacemos uno de esos almuerzos de viaje que por miserables que sean no tienen menos encanto. Volvemos a montar y entramos en una inmensa llanura rodeada de montañas que se pierden de vista en dirección al Sur. El camino, carretero en algunas partes, cruza entre aromos (acacias de los jardines) cubiertos de perfumadas bolas de oro. Multitud de tórtolas vuelan a nuestro alrededor y son tan poco salvajes que parece que se podrían agarrar con la mano. El sol calienta mucho, pero la brisa y grandes nubes de colores varios como el arco iris vienen en nuestra ayuda. Nada más sonriente que este camino. La naturaleza ríe toda, el aire se respira puro. La ciudad de Salta se nos aparece entre los árboles, al pie de las montañas. Las casitas, los gauchos con sus ponchos blancos con rayas azules o rosas, la *gauchita en ancas* de su gaucho (hoy es domingo), todo parece de fiesta. Pronto daré a mi querida mula otra fiesta: se ha portado bien conmigo, no me ha tirado al suelo; pero, en cambio, a fuerza de sacudirse me ha descoyuntado por completo.

Dormir en el suelo es poético estando en los ranchos; pero me veo ya en un buen hotel, en un buen lecho, completamente desnudo, con agua a discreción, un bistec, vino, en fin, las delicias de Capua en Salta, que ya estamos tocando. Tres cuartos de hora antes de llegar a la ciudad se me

presenta un joven de 16 a 17 años, jinete en un caballo negro, que viene de parte de D. Camilo para conducirme a su casa. No se puede ser más amable. D. Camilo es aquel de mis compañeros que yo maltraté un poco, pero él no me guarda rencor y sólo tiene consideraciones para conmigo. La verdad es que habría acabado con la paciencia de un santo. Deseo ir directamente al hotel, pero D. Camilo ha dicho a su hijo que me lleve antes a su casa y éste es uno de esos jóvenes como no nacen más en este siglo. Su padre lo había dicho. Vivo o muerto es necesario seguirlo.

Me apeo de la mula en el patio de D. Camilo y obtengo que se deje para el siguiente día la presentación a la familia. Uno de los hijos conduce mi mula y me acompaña hasta el hotel, haciéndome dar una de las dos únicas habitaciones del primer piso, que son las mejores y cuyo precio es el doble que el de las otras. Hay que ver lo que me ocurrió aquí. Pregunté dónde podía comer, porque yo había olvidado todos los ofrecimientos de D. Camilo, tanto para no importunarlo como para estar solo. Se me indicó el único café de la ciudad. Era encantador estudiar al público: cabezas, trajes, sombreros como sólo pueden encontrarse en las pequeñas aldeas que son capitales de provincia. No comí mal; no es uno difícil de contentar cuando se llega de la Cordillera. Los hijos del país vienen tranquilamente a tomar mi vaso para beber agua, lo que no deja de causarme un momento de sorpresa.

Los tres italianos se me unen en compañía de uno de sus compatriotas, un sienés que había estado frente a ellos sin conocerlos. Nos encontramos muy alegres y paseamos por las calles, cuya obscuridad aumentan algunos malos faroles colocados de tanto en tanto. El sienés nos hace entrar en casa de su padre: bella cabeza del Moisés de Miguel Angel en San Pedro in Vincoli de Roma. Tocado con una gorra, en mangas de camisa y de codos en una mesa baja, frente a otro italiano, juega a las cartas con unos naipes grasientos. Alrededor de la habitación, que se comunica con la calle por una puerta cochera, se hallan en fila pequeñas estatuitas y vasos de yeso, coloreados de una manera que espanta. La acogida es de lo más cordial.

Traen vino, yo ofrezco los cigarros; y a pesar de mis gustos aristocráticos no me siento del todo mal en esta compañía. No es un espectáculo carente de atracción contemplar esta fraternidad nacional; además, el miguelangelesco modelador habla un italiano digno de los dioses.

Me retiro como Aquiles a su tienda. Hace más de veinte horas que estoy levantado, y por lo menos doce pasadas a caballo. Tengo, por lo tanto, derecho a la cama. Esta está formada por varias tablas colocadas sobre dos caballetes. Cuando llegué había un colchón; pero viendo el criado que yo tenía un pequeño colchón en mi equipaje, juzgó que sería superfluo dejar el del hotel y lo retiró. Yo me había figurado que esta noche dormiría en una buena cama con sábanas blancas, pero nada de eso. Estoy en un cuarto con mi colchón de dos dedos de grueso y mi cobertor de lana. Parece, también, que no es costumbre cambiar el agua de la palangana, la que aun se halla llena de la que utilizó el último ocupante de la habitación. En vano he llamado esta noche al criado; tal vez mañana tenga más suerte. Puedo estudiar los gustos de mi predecesor; le agradaban las naranjas, cuyas cáscaras esmaltan el piso; sin duda es costumbre no barrer. Como los buenos hábitos se pierden pronto, yo no era tan observador en la montaña, en las cabañas de los indígenas, aunque en verdad no eran peores.

He recorrido bien temprano la ciudad; he visto las iglesias, pero no he encontrado nada muy característico. Almorcé en casa de D. Camilo Uriburu, quien me ha demostrado en toda forma su amistad y me ha presentado a su esposa, que me pareció una excelente persona. Tienen muchos hijos. La diligencia no sale hasta el 29 y deseo partir por cualquier otro medio, lo que manifiesto a D. Camilo. Soy presentado a uno de sus parientes que debe salir mañana para Córdoba. Se llama D. Segundo Martínez; es coronel retirado; ha hecho todas las campañas a las órdenes del general Paz. Es de estatura mediana, afeitado, de cabellos cortos, nariz chica, cara redonda y rosada; tiene una expresión sencilla, buena, leal, modesta; usa levita, gorra militar y pantalón de color. Quisiera ser un Balzac para dar vida al recuerdo de este bravo argentino, personaje encantador.

Después de cambiar las primeras palabras, me dice que su intención era viajar por la posta, pero que el General Puch le había invitado a acompañarle en su coche y que iba a pedirle si quería darme asiento. De lo contrario, lo dejaría partir solo para hacer el viaje conmigo. Confieso que quedé un poco sorprendido de este ofrecimiento que tanto me obligaba. Sin embargo, es necesario decir que yo debía ser su compañero durante 250 leguas, mientras que con el General no debía hacer más de 50. Por otra parte, no me conocía más que por una presentación hecha por su primo, con quien yo acababa de hacer el viaje; y lo que me sorprendía no menos era que, conociéndome tan poco, aceptara con tanta facilidad mi compañía; pero yo lo vería hacer casi lo mismo, en el camino, con otro viajero a quien no conocía en absoluto. Sea ello como fuere, le quedé inmediatamente muy reconocido.

El General opuso algunas dificultades; luego aceptó pero a condición de que mi equipaje siguiera por la posta. Rehusó D. Segundo, no pudiendo admitir que mi equipaje viajara en distinta forma que el suyo. Negóse a partir con el General, pero las cosas se arreglaron así: mis bultos y los de mi compañero irían en la galera del General; y nosotros, D. Segundo y yo, agregaríamos un caballo de posta cada uno, con lo que serían seis en vez de cuatro.

Comí en casa de D. Camilo, invitación que acepté con tanto mayor gusto cuanto que me proporcionaba el placer de conocer el interior de una de las primeras casas del país. Se entra en la casa por una gran puerta cochera; a la derecha hay un almacén de quincallería ordinaria; a la izquierda, una *tienda,* especie de almacén de tejidos comunes. El hijo mayor, que salió a esperarme, y otros dos, son los encargados de la venta de esos pobres establecimientos, los mejores de la ciudad. Se atraviesa un patio y se entra en una gran sala con los tirantes al descubierto y con pavimento de ladrillo; las paredes, blanqueadas con cal, llevan a la altura de las sillas un ancho friso de papel de tapicería sujeto con clavitos. Dos consolas, sillas las más ordinarias y un mal retrato al óleo del dueño de casa completan la

ornamentación. ¿Había alfombra? No lo recuerdo bien. El comedor es más sencillo todavía. El matrimonio tiene siete hijos, nacidos, sobre todo los últimos, con poca diferencia uno de otro.

Comimos solos, y un hijo, el Benjamín, andaba alrededor nuestro. Una mujer atendía la mesa. Todos los platos son servidos a la vez. La sopa fué reemplazada por arroz seco. Otra fuente contenía pescado y carne asada cortada en trozos. Luego vino la ensalada y un plato de *olla podrida* compuesto de habichuelas, coles, arroz, *garbanzos,* carne salada y salchichas; entremés de maíz cocido en agua, sencillamente mazamorra. Como postre, dulce de naranja muy bueno. Olvidaba decir que al lado de cada uno había un trozo de queso y que con él dimos principio a la comida. No había jarra sobre la mesa; el agua se servía en un pequeño cacharro cada vez que uno de nosotros quería beber. Un medio botellón de vino invitaba a moderarse en las libaciones... Resulta costoso a menudo el deseo de conocer el color local. Pensé en la sátira de Boileau.

Paseamos por la población, y D. Camilo me mostró una montaña que la domina y que le pertenece. El tiene casa en el campo, en la ciudad, etc., etc. Pasa por rico, así como todos sus hermanos y parientes. Regreso a mi alojamiento y durante dos horas me dedico al modesto placer de coser los botones de mi ropa de viaje; pero la bujía va a extinguirse; es medianoche. Don Quijote, de feliz memoria, no encontró peor posada que el hotel de Salta.

Entre las 9 y las 10 hubo eclipse de sol y toda la población andaba con un vidrio ahumado para observarlo. A las 11 hice llevar mi equipaje a casa del General, estando ya el coche delante de su puerta. Después que D. Segundo y yo esperamos allí cerca de una hora, nos dirigíamos al café cuando le encontramos a caballo. Es un hombre grande y flaco, de ojos pequeños y brillantes y de largos bigotes caídos; lleva sombrero de copa redonda, de fieltro gris, y poncho obscuro, sin traza alguna de uniforme; el caballo, ensillado con *recado* (la montura del país). Nos dijo que ya era

tarde y que sería mejor partir al día siguiente al amanecer; y que, puesto que mi equipaje estaba en su casa, podía dormir allí esa noche. Todo esto muy bien dicho, con naturalidad, sin frases rebuscadas, sin nada de provinciano; antes bien, con aire de gran señor. Le dejamos y seguimos nuestra ruta hacia el café. Eran ya las tres. "¿Café, mozo?" "Señor, no hay". Palabras sacramentales que se oyen desde que estamos en viaje, cada vez que se pide una cosa. Dos horas después como y tomo café. ¡Al fin lo habían molido! Unos alemanes que cenaban en la misma mesa reían a quién mejor haciendo bromas sobre la mala cocina, el peor servicio y la poca variedad de platos. Como el agua estaba servida en jarras de lavabo, ellos pedían las palanganas correspondientes, etc.

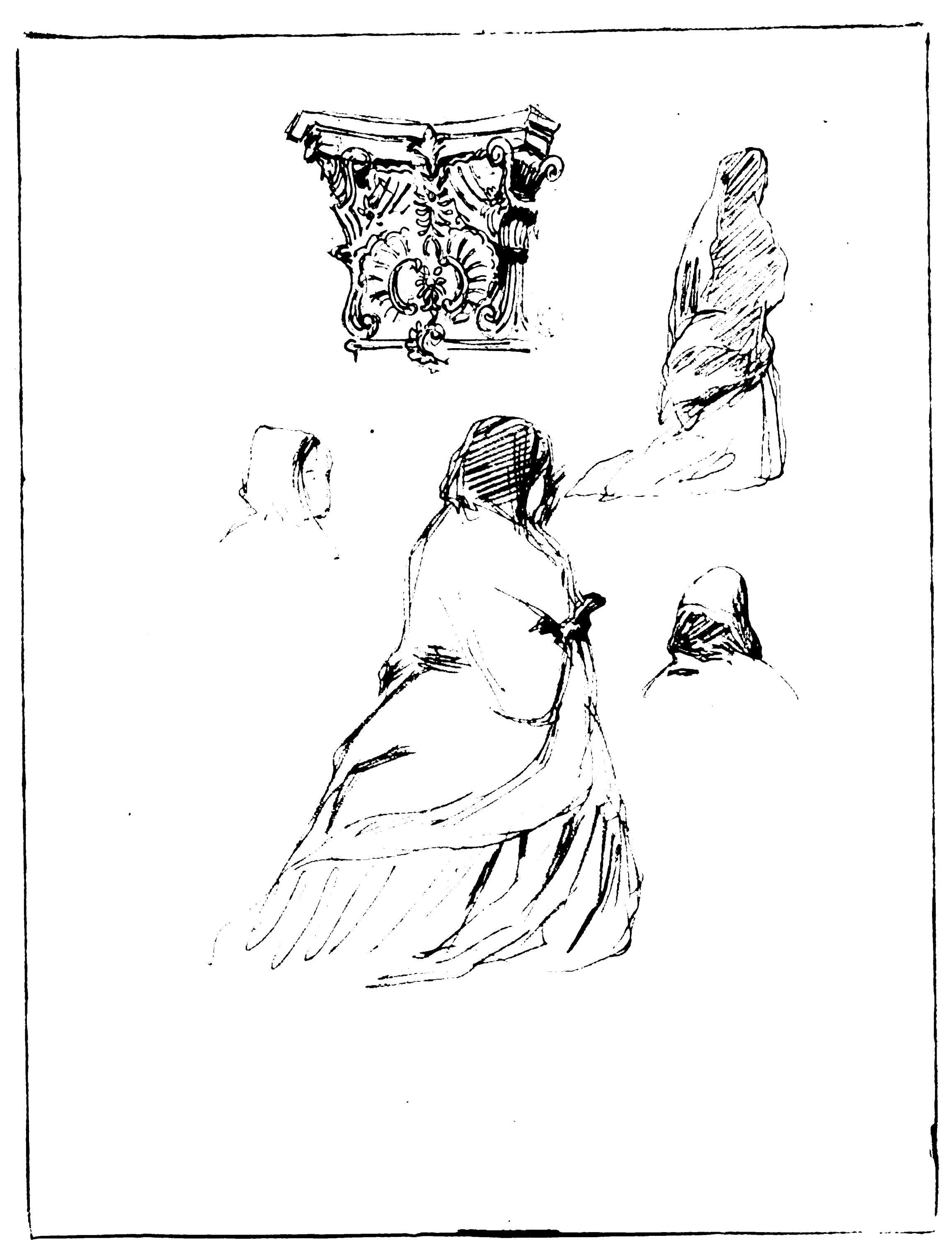
Visité el Club, que es sencillo pero decente. Faltan allí espejos y es exigua la iluminación. En la sala de lectura se encuentran los siguientes diarios, todos argentinos: *El Orden*, *Los Debates*, *El Nacional Argentino*, *El Imparcial* de Córdoba, *El Correo de Ultramar* (el único diario extranjero) y el periódico de Salta, de pequeño formato y que aparece dos veces por semana. Lo recorro y leo, entre otras cosas graciosas, sus lamentaciones sobre esta pobre Buenos Aires.

D. Camilo, que me acompañó al Club, me invita a un baile; pero mi maleta está ya cargada en el coche; tengo que dormir en casa del General y no quiero entrar muy tarde; además no tengo humor para ello y rehuso. Acompaño a D. Camilo a casa de un peluquero recientemente llegado. Es el primero que ha venido aquí y todos los buenos mozos del lugar se hacen peinar y afeitar, cosa desconocida hasta ahora, al menos por la mano de un peluquero.

Estos pobres fígaros franceses que recorren así el mundo, hacen avanzar la civilización más pasos que lo que se cree; ellos toman a las gentes por los cabellos y son misioneros que valen bien lo que otros en su género. D. Camilo me invita a *mosquetear* si no quiero ir al baile. No sé si el nombre viene de *mosquetería* o de *mosquito* (primos); pero el de mosquetería

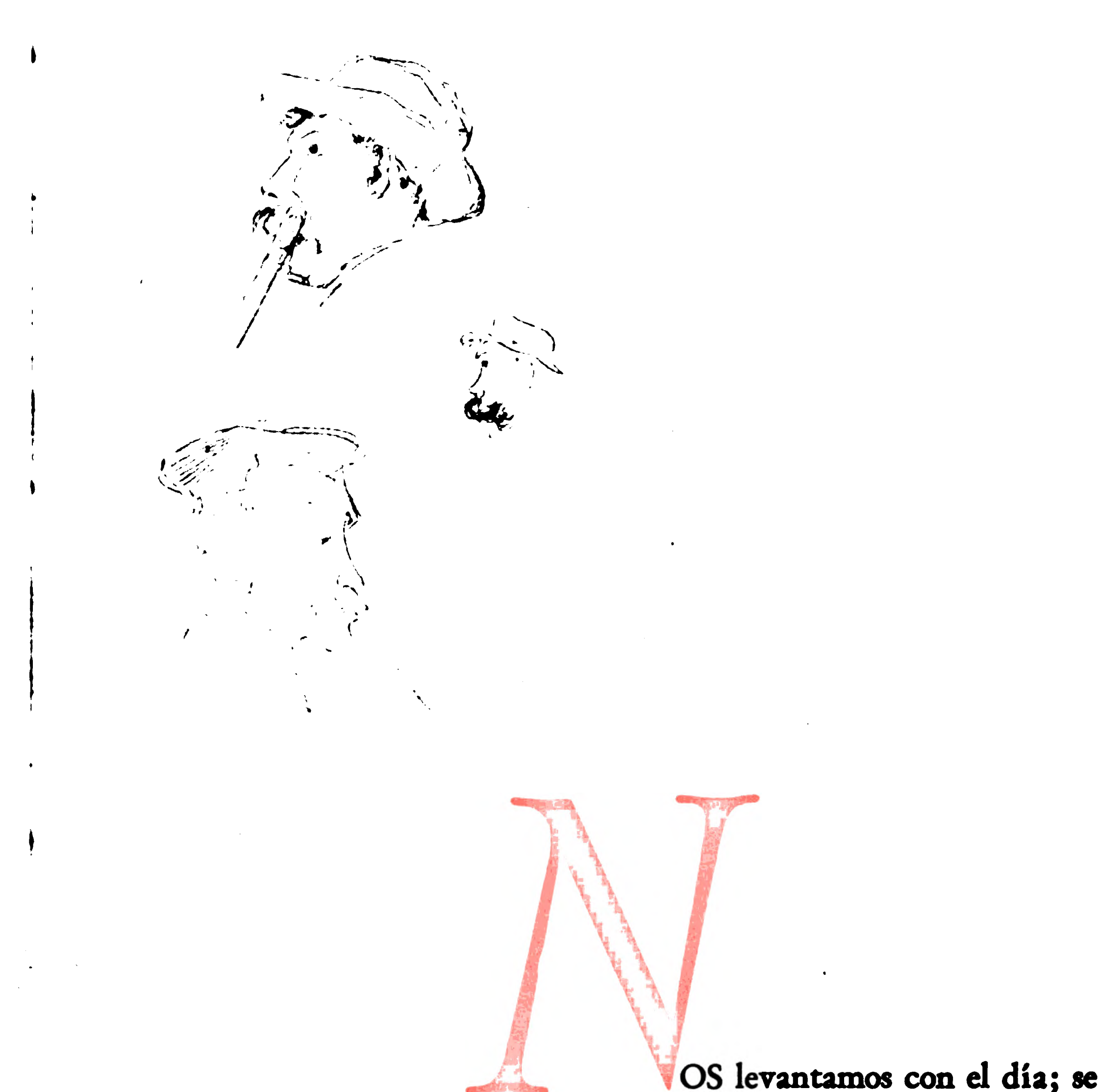
conviene perfectamente a ese grupo de personas de todos los rangos que están en el patio de la casa, riendo, bromeando, admirando o criticando abiertamente a los danzarines y danzarinas, de quienes sólo les separa la demarcación de la puerta del salón, que está del todo abierta. Las personas más distinguidas vienen a mosquetear un momento cuando por pereza de vestirse o por otro motivo no quieren entrar. El baile es como todos los bailes; los trajes, un poco peor hechos y no de gusto depurado; algunos señores de levita, otros con pantalón gris y frac negro. Ninguna mujer de belleza notable. En fin, nada mejor ni peor de lo que yo me figuré de una ciudad hija de sangre española y que, por lejos que esté de los grandes centros, no puede perder esta disposición que tiene para hacer vida social.

Me fuí a casa del General y charlamos un momento en su habitación, que es una sala de alto techo como las de los conventos. He aquí el mobiliario: un lecho *(marquesa)* con un solo colchón, sobre el cual ha arrojado su sombrero y su poncho; una mesa cubierta de papeles, diarios, avíos de encender cigarros y monedas de cobre y plata; una especie de cómoda; dos rinconeras, una con una linda lámpara coronada por otro sombrero; la otra, con un reloj de madera; una silla ordinaria, como la que ocupo, y otras dos cubiertas con arreos de montar. He olvidado el retrato de un señor, protegido con una gasa amarilla y tan alto que toca el techo. El suelo es de ladrillo, así como el del salón a que pasamos. Sobre una mesa han extendido mi colchón. Los muros están blanqueados con cal; una cenefa corre alrededor de la sala, a la altura del respaldo de las sillas, que son de lo más modesto. Deseo a mi huésped que pase buena noche, y heme ya durmiendo en el salón del tío del gobernador de Salta.



CATEDRAL DE BUENOS AIRES (Apuntes)

DE SALTA A BUENOS AIRES



NOS levantamos con el día; se carga el coche, llegan los caballos, los *gauchos* van y vienen, se cruzan las órdenes, se reciben las cartas y encargos, mientras nos desayunamos con *puchero, empanadas* y café. Y a las 9 y ½ rodamos muy despacio tirados por nuestros seis caballos. La partida es una marcha triunfal. Todas las personas que encontramos se detienen y de derecha a izquierda nos saludan cordial-

mente, correspondiendo el General con no menos afecto: "Adiós, Juan". "Para servir a usted". "Hasta la vuelta, Don Pablo". "¿Cómo le va, Don Manuel?" "Adiós de mi parte a Don Pancho", etc. Los grandes y los pequeños, los negros y los blancos, chinos, gauchos, soldados, artesanos o negociantes, todos tenían expresiones deseando un buen viaje: "General, para servir a usted", etc., etc. Sobre todo, el pueblo bajo se mostraba afable y el General saludaba a todos por sus nombres, aun a los niños, sin hablar de los miles de comadres y compadres. Llegamos así hasta el extremo de la ciudad y nos apeamos a la puerta de un monasterio de religiosas, en cuyo locutorio entramos. La superiora es hermana de mi compañero D. Segundo, lo que ha sido precisamente la causa de su estada de 6 ó 7 meses que acaba de hacer en Salta. Una joven novicia limeña, que tenía una fortuna de unos 10.000 patacones, entró en el convento; y un cura joven, su confesor, obtuvo de ella un poder y comenzó a disponer del dinero. D. Segundo vino inmediatamente de Córdoba, su ciudad natal, en socorro de su hermana, que fué repuesta como superiora, no sin gran trabajo. Este amor fraternal me hizo estimarle desde el primer día. Abandonar negocios y familia durante seis meses para defender la reputación de una hermana religiosa, tan vieja como él, es un raro ejemplo que encanta.

Nos ponemos de nuevo en marcha. En el primer relevo encontramos una *tropilla* que nos acompaña constantemente delante o detrás de nosotros. La primera posta es La Lagunilla. A un lado del camino están desollando un buey que acaba de ser sacrificado. El General hace detener el coche y compra las costillas y el pecho. Según él y la gente del país, esto es lo mejor del animal y casi puede decirse que el lomo es para los perros. Continuamos nuestra ruta por caminos cada vez más pedregosos. Casi siempre marchamos al paso por un sendero estrecho que atraviesa un bosque de aromos en flor, de árboles que producen algodón, de cactos en forma de columna o de raqueta y de una multitud de otros árboles, espinosos en general y de follaje variado en forma y color. Entreveo una especie de



INTERIOR DE RANCHO (Pcia. de Salta - R. Argentina)

cierva pequeña del tamaño de un perro de Terranova, precioso animal para mí desconocido, que se perdió bien pronto entre la fronda. Los gauchos que encontramos llevan lo que ellos llaman *guardamonte,* o sea dos grandes triángulos de cuero vacuno unidos a la silla, que sirven para proteger las piernas de las espinas y las ramas.

A las 4 y ½ llegamos a Cobos, pequeño lugar compuesto por algunos ranchos, donde hallamos la diligencia que viene de Tucumán y se dirige a Salta. No van más que dos pasajeros. Me paseo esperando que llegue la noche. Cerca de un rancho veo una prensa para extraer el jugo de la caña de azúcar. Hallándome con D. Segundo, se nos aproxima una mujer y nos pregunta si podíamos curar un enfermo. Esto me recuerda que en Oriente se hacen parecidas peticiones a los viajeros europeos. Chateaubriand y Lamartine hablan de ello en el relato de sus viajes. Sigo a la mujer hasta su *rancho,* pensando que cuando no es posible dar un remedio, siempre se puede ofrecer algún consuelo. El paciente es un hombre joven, atacado de fiebre, la gran enfermedad de las campañas. Indico algunos de esos remedios que las madres de familia conocen tan bien. En el momento en que me dirijo a nuestro campamento veo pasar una india desnuda hasta la cintura, lo más salvaje que jamás he visto. La sigo y descubro un villorrio muy curioso. Son chozas que no llegan a siete pies de altura, en forma de parva de paja o de heno, con una entrada circular bastante parecida a la de los nidos de pájaros. No es posible permanecer en estos refugios de bestias humanas más que acostados o en cuclillas. Estos indios, matacos, son sumisos y vienen contratados para trabajar cierto tiempo durante la cosecha. Nuestra comida es alegre y no del todo mala. Dormimos bajo el cobertizo.

La noche ha sido soberbia, estrellada y cálida. Nos levantamos a las 4 y ½; encendemos fuego y nos agrupamos a su alrededor, charlando y tomando *mate,* mientras atan y cargan nuestros colchones en el coche y llegan los caballos del pastoreo. El camino tiene siempre el mismo aspecto. Después de andar cuatro leguas pasamos cerca de un pequeño lago cubierto de

millares de patos y otras aves acuáticas; es la Lagunilla de Cabeza de Buey. En la posta siguiente, cuatro leguas más allá, en Cimbolar, tomamos leche fría y pan. Nada más pintoresco que este rancho en medio del bosque; grupos de mujeres y niños, perros, gallinas, nubes de pájaros; la temperatura dulce, la sombra de los árboles, el cielo azul, el rancho abierto por los cuatro costados, sin tener que defenderse del clima, ni de las gentes, ni de las bestias; yo hubiese querido detenerme aquí, envidio esta vida. Hay instintos secretos en el hombre, que lo atraen hacia la vida al aire libre en el campo, que le recuerdan que ésta es la verdadera existencia para la cual ha sido creado. *Ciénaga,* otra posta y otro *rancho* mejor hecho pero menos lindo. Un viejo, un joven, tres muchachas bien arregladas, que cosen o bordan, habitan este rancho que es casi una casita. La construcción es de madera, paja y ramas; estos son *gauchos* acomodados o quizá gentes de la ciudad *agauchadas.*

Por todas partes el General es popular, muéstrase amable y es recibido como un viejo amigo y como un gran personaje. Tomamos mate y charlamos. En el momento de subir al coche nos envían del rancho un pecho de vaca crudo. Nosotros les mandamos pan; cambio de cortesía usual en los grandes caminos.

A las 4 y ½ llegamos a la posta del Pasaje, nombre de un río que corre cerca; aquí nos detenemos para pasar la noche. Estoy negro de polvo y me voy al río, que se halla a un cuarto de hora de la posta, para hacer mis abluciones; y no queriendo regresar por el mismo camino, que es muy arenoso, corto a través del bosque. Era encantador: tórtolas, loros, pájaros desconocidos, lianas, murmullos del agua, sombra, nada faltaba salvo conocer la ruta. Me perdí y caminé cerca de dos horas. Volví sobre mis pasos y no sé cuándo habría encontrado el sendero si no hubiera dado con dos de nuestros *gauchos* postillones que venían a caballo para llevar agua en pequeños barriles. A mediodía el calor es asfixiante, pero la tarde es templada,

lo mismo que la noche. Tendemos nuestros colchones — sobre los catres de tientos — al aire libre.

Con frecuencia la cocina es un rancho aparte de la cabaña principal; el fuego se hace en el suelo y el humo escapa por la puerta y por el tejido de ramas que, generalmente, forma las paredes. Esta mañana a las 5 nos hallamos reunidos en la cocina, cerca del fuego, tomando nuestro mate en espera del día y de los caballos.

Atravesamos el Pasaje, río caudaloso, rápido y profundo en ciertas épocas, pero que en este momento no tiene más que dos pies de agua en su mayor hondura. Tres leguas más allá nos apeamos para examinar de cerca un poste de quebracho colorado de doce pies de alto y un pie de ancho. He aquí la inscripción que tiene: "Real del Agua Negra. Enero 1803. Este camino lo abrió D. Juan Manuel Sierra por mandato del Real Consulado de Buenos Aires, a cuya ilustre junta lo dedica el Snr. D. Pedro José Ibazeta Diputado de Salta y el postor en obsequio de su propensión en beneficio del público".

Este poste plantado en tierra, sin abrigo, está perfectamente intacto después de 55 años. No bien nos hallamos en el coche vemos venir a caballo una encantadora joven de grandes ojos y largas pestañas. Es la nieta de aquel Ibazeta que hizo plantar el mencionado poste. La joven se detuvo cerca nuestro y habló con el General. La acompañan su hermana, su hermano y un *novio* a quien ella no quiere, según se dice; y un poco atrás venía el equipaje en una mula. En esta forma se dirigían a Salta para asistir a las grandes fiestas del *Milagro*.

El camino es detestable para coches y hace un calor sofocante, por lo que hasta mediodía sólo habíamos avanzado siete leguas. Hacemos alto en el Río Blanco y comemos un asado bajo un árbol, cerca de un pantano medio seco, donde los vacunos van a buscar algún fresco penetrando en él hasta el pecho. Nos detenemos algo más lejos, en el río de *Las Piedras*, lugar hermoso, con montañas a la derecha, llanuras arboladas más distantes,

terreno propio para todos los cultivos, café, caña de azúcar, viña, etc. Bandadas de loros y cotorras del verde más vivo se destacan sobre el cielo como hojas brillantes arrastradas por el viento. En Las Piedras se nos reúne un vasco francés, M. Carrera, establecido en el país desde hace catorce años. A las 6 y ¾ nos detenemos en su casa, en el villorrio o aldea de Concha. Recorro la curtiduría bastante importante que constituye su industria. Después visitamos una casa vecina, donde vive una dama y su hija, las dos muy bien; pero la madre, sobre todo, ha debido ser muy bella, además de muy alegre y *chistosa.* De regreso encuentro a dos indias o mulatas que vienen a consultarme, porque — no hay modo de negarlo — soy doctor. Desgraciadamente uno no lleva consigo los remedios, porque cuando les digo que tomen la cosa más sencilla, un purgante, por ejemplo, para conseguirlo tienen que ir a Salta o Tucumán, haciendo treinta o cuarenta leguas.

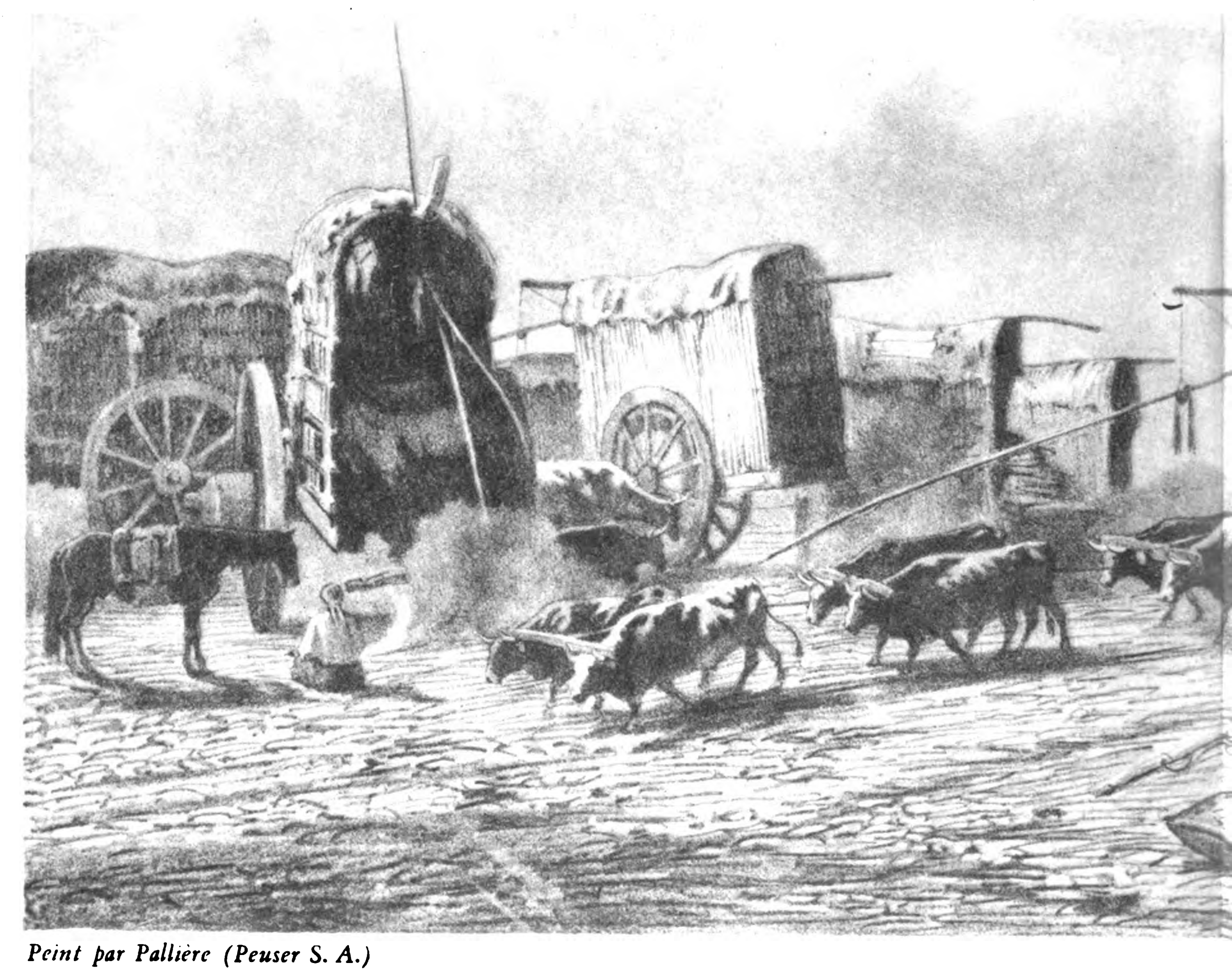
Muy buena comida, compuesta de huevos, pescado muy grande del río *El Pasaje,* caldo, *asado* y vino del país, que tiene mucho parecido al Carlon. Da. Tránsito Torre y su hija Inés Saravia Torre vienen a pagarnos la visita que les habíamos hecho; y mis compañeros me ruegan que haga un croquis a lápiz de Inés para que tuviera un recuerdo de nuestro paso. La hora no era apropiada y estaba poco dispuesto, pero no hay medio de rehusar; me pongo, pues, en obra, y lo hago mejor de lo que pensaba. Después dormí en el suelo de la galería.

Despierto a las 3 y ½ y me levanto poco a poco. El agua para el *mate* se halla cerca del fuego, encendido al aire libre. La temperatura es agradable; el cielo está estrellado y los gallos cantan. A las 5, el horizonte se pone rojizo; las estrellas desaparecen una a una; el concierto de los gallos aumenta en sonoridad. Las lagunitas parecen trozos de cielo recortados sobre la tierra; el follaje se dibuja en tonos cálidos, potentes, y las montañas, en tonos azules, rosados y nebulosos. Bellas horas de la mañana; recuerdo de oro del viaje.

Partimos con el amanecer. Al galope de nuestros caballos asistimos al

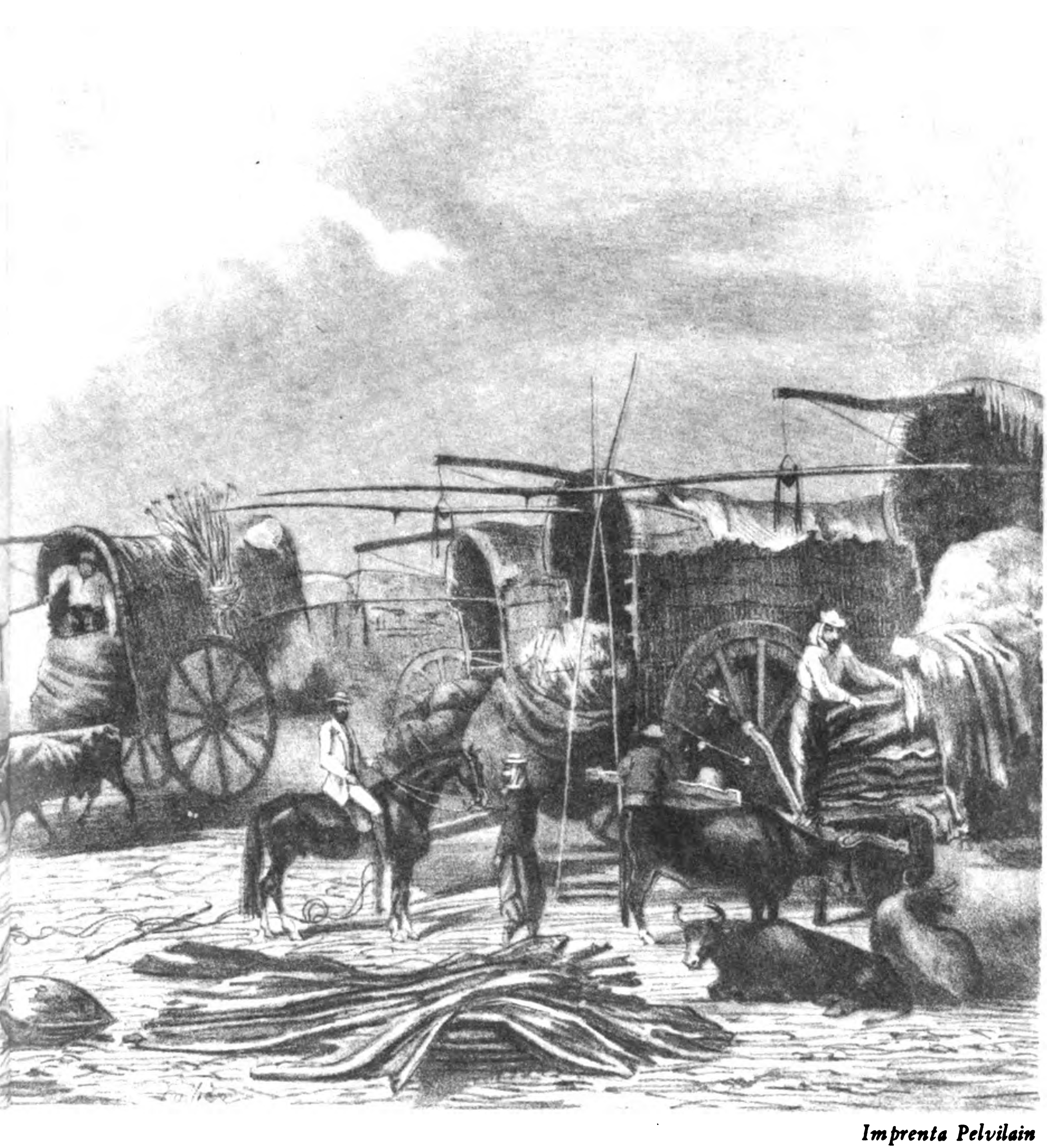


Boceto para el cuadro «CAMINO DEL REÑIDERO» (Oleo)



Peint par Pallière (Peuser S. A.)

MERCADO DE FRU
(Buenos



Imprenta Pelvilain

UTOS DEL PAIS
Aires)

despertar de los ranchos. Los gauchos y sus compañeras duermen afuera, bajo el corredor o en la *ramada* de la choza; unos no han despertado todavía; otros, sentados en su lecho, nos siguen con la vista. De uno y otro lado del camino se ven a cada paso estos ranchos; flores, nidos de pájaros suspendidos en las extremidades de las ramas colgantes; loros chillones; gallos y gallinas que bajan del árbol en que han pasado la noche; ganados; pequeñas corrientes de agua que cruzan la ruta; montañas a lo lejos; la vida, la alegría por todas partes.

Mientras el General se detiene para hablar con el cura de la aldea, viene a consultarme un muchachote de seis pies de altura: sufre reumatismo. Estamos a mitad de camino; los postillones han empleado demasiado celo en proclamar mi talento curativo; me estoy pareciendo algo al médico *"a pesar suyo"*, de Molière.

A mediodía hacemos preparar un asado cerca de un estanque casi seco. Esta es la posta de *Pozo Verde*. A las 2 y ½ cruzamos un pequeño río o arroyo que lleva el nombre de una aldea — Rosario —, adonde llegamos a las 3 y ¾. Este villorrio no es otra cosa que una plaza rodeada — no por completo — de pobres *ranchos* y casitas que no valen más. En el centro de una vasta pradera parecen brotar las cabras; y a varias leguas de distancia se ven montañas cuyas siluetas se esfuman en la niebla. Entramos en la casa del jefe político, especie de juez de paz, haciéndose muy animada la conversación. He aquí el tema de ella: algunas leguas antes de llegar habíamos encontrado un arriero, que se presentó al General — cuya llegada sabía — para implorar justicia. Un hombre, amenazándole con un cuchillo, le había quitado 35 pesos (75 francos). Era bastante extraño que él no se hubiera defendido; pero lo más escandaloso era que varios hombres que se hallaban presentes no hicieran nada para impedir el robo. Esta historia, muy característica, es la de estos lugares; un canalla con el cuchillo en la mano, un imbécil que se deja pelar y testigos que permiten obrar por miedo, egoísmo o indiferencia. El juez de paz no se había movido, contentándose

con enviar a un pobre gendarme o su equivalente, prometiéndole 5 francos si le traía el ladrón. De los testigos, que debían ser considerados como cómplices, no se había preocupado.

No carece de interés la parte que el General tomó personalmente en todo esto. El es general de la Guardia Nacional o milicia y no ejerce ninguna función judicial; es tío del Gobernador, pero ello no le confiere ningún título. El juez de paz no hubiera aconsejado al arriero que se fuera a quejar al General. Este tomó la cosa con mucho calor, estando tanto más irritado cuanto que el hecho había ocurrido en terreno de la *estancia* de su sobrino; y reprochó al juez de paz la escasa actividad desplegada y no haber detenido a los testigos, prometiendo hacerles dar 25 ó 50 latigazos a la mañana siguiente. En verdad, D. Manuel decía un montón de cosas muy justas; los testigos eran más culpables que el ladrón, porque su presencia, en vez de defender al arriero, debió aumentar su temor, suponiéndolos cómplices del asaltante. Mientras tanto, ¿qué pensar de un país en el que un simple particular puede hacer aplicar a otro una corrección de esta clase, sin proceso? ¡Y nadie protesta por ello! Escenas de esta naturaleza hacen comprender mejor que largas explicaciones, la historia de este país.

De nuevo en marcha, llegamos al ponerse el sol a la estancia de Don Martín Güemes Puch, actual gobernador de Salta. Nos recibe el *capataz* o administrador. La casa es buena y sólida; es de un solo piso y está formada por construcciones ordinarias de piedra, que rodean un gran patio interior. Se nos sirve — por qué no decirlo — una mala sopa y un asado atroz, como de costumbre. Con nosotros se sientan a la mesa el administrador y otros individuos en los que aflora el gaucho. La conversación trata sobre peleas de gallos, su educación, sus cualidades, etc. Mañana debe realizarse aquí una riña de gallos. Terminada la comida voy a visitar catorce gallos de alta talla, colocados en el patio o en piezas alejadas unas de otras, sujetos a pequeñas estacas clavadas en el suelo. La temperatura es tan agradable que por placer hago tender mi cama en el corredor.

Domingo, creo. Me levanto al alba, como de costumbre. Los peones de la estancia han pasado la noche en un costado de la casa, uno al lado de otro, durmiendo sobre su montura, que es la cama habitual. No bien se ponen de pie van al corral, donde algunos que se han levantado antes tienen reunidos los caballos que han pasado la noche pastando. Cada cual arroja un lazo al cuello de su caballo y lo conduce al sitio en que ha dormido, donde le pone el freno y luego los cueros, pieles y cinchas que le sirvieron de cama y que forman la complicada montura usada por los *gauchos*.

Estos de aquí tienen, además de lo que forma el apero de los de Buenos Aires, el *guardamonte* de que hablé antes, como así también pantalones de cuero amarillento abiertos por delante. Saltan sobre el caballo y helos ya listos para toda clase de trabajo; unos espolean vivamente y desaparecen, van a cuidar las tropas de hacienda; otros se dirigen a un gran corral con divisiones y formado con fuertes postes clavados en tierra. Trabajan la hacienda marcando y castrando los novillos. Uno de los gauchos tira el lazo a los cuernos del animal que ha elegido (el lazo es una cuerda de cuero trenzado provista de un nudo corredizo). Este lazo está atado a la cincha del caballo. El gaucho se dirige a otro corral arrastrando al novillo, que arquea las patas delanteras pero que avanza al tranco y por sacudidas. Llegado al segundo corral, un gaucho a pie le arroja otro lazo en las patas traseras; el novillo cae y le atan juntas las cuatro patas, sacándosele luego los lazos para capturar otros animales. Si se trata de marcar hacienda, esto se hace aplicando una letra o jeroglífico, cuya copia existe en la Municipalidad de la provincia y es el título de propiedad del criador sobre los animales. Cada *estancia* (campo o granja) tiene su marca.

Paso un momento observando estos trabajos de campo, grandiosos y característicos y bien distintos de los de Europa. Muy pronto atrae mi atención otro espectáculo: la llegada de grupos de jinetes cabalgando al paso; algunos traen en la cabezada de la montura, colocado sobre un *poncho*, un gallo de alta talla, cuidado con las más grandes precauciones.

Nuestra caravana se halla así compuesta: el postillón a caballo, que tira con una cuerda otro caballo cargado con dos maletas y un pequeño colchón cubierto con un cuero; luego Tomás, un mulato, excelente criado, apto para todo, diestro y siempre de buen humor, que también tira un caballo cargado, colocándose a veces detrás de los dos para arrearlos. Mi compañero y yo, libres de cuidado, apresuramos o retardamos el paso a nuestra voluntad, hasta donde nos lo permite la calidad de nuestros caballos de posta; una verdadera lotería en la que los buenos números son raros como todo en lo que entra el azar. Estas bellas umbrías de un verde claro, las flores olorosas, esta naturaleza virgen pero salvaje, la alegría del sol, del aire pleno, de la vida libre, como también la del viaje, que no es la menor de todas, transportan al Coronel a muchos años atrás; y yo no sé cómo, de una cosa a otra, vino a hablarme de un episodio de su vida que, contado en este lugar, hizo que perduraran en mi recuerdo estos bosques embalsamados y esta naturaleza tan alegre.

Creo que cuando ocurrió el episodio era jefe de escuadrón y prisionero de Rosas en Santa Fe. Tenía centinela de vista y cada vez que iba al patio hacía caer un ladrillo del muro que daba a la calle. Sabemos todos lo que son los muros en este país y la despreocupación de los guardianes. Pronto un rincón del muro fué lo suficientemente bajo como para que se pudiera ver la calle. Al principio, esto era una distracción y nada más; pero un día vió a una joven en el umbral de una casa vecina, que era una panadería. Pronto se amaron y la joven Fornarina hizo señas de escribir y se procuró la manera de efectuarlo. El panadero daba en su casa trabajo a los soldados; ella los ganó e hizo llegar al Coronel los medios para cortar los grillos que llevaba, entrando la joven furtivamente en la prisión. En fin, todos los corajes y todos los sacrificios. Esto había durado seis meses, creo. Se había planeado un proyecto de fuga, y dos de los guardianes debían escapar con ellos; pero llegó una orden de Rosas disponiendo que los prisioneros fueran enviados a un buque para ser conducidos a Buenos Aires. La fuga se hizo

imposible. La pobre muchacha se volvió loca, y el padre, que recién conoció esos amores, condujo a su desventurada hija cerca del oficial, que ya estaba embarcado, para que su voz amada le devolviera la razón. El hizo cuanto pudo, pero sin resultado. Ella continuó loca y murió poco después. El Coronel se casó y tiene hijos ya hombres, pero la ama todavía y lleva consigo un mechón de sus cabellos. Los detalles de esta historia son encantadores por su sencillez, su ternura y su amor absoluto. El tiempo que había transcurrido, el espíritu inculto de quien lo contaba, su papel casi pasivo, daban un encanto raro a estos recuerdos, que para mí se enlazaban con los encantadores lugares que pasábamos cuando él me hacía su relación.

Trancas es una aldea muy chica, especie de villorrio con una pequeña iglesia de ladrillo. Mientras esperamos los caballos entramos en la casa del maestro de posta, donde no he visto nada más que dos piezas; la una como un almacén (tienda y pulpería), en que se vende de todo, y la otra, la sala en que nos hallamos, con cuatro paredes blanqueadas, una mesa y varias sillas. No era de desdeñar el abrigo, sobre todo por el calor que hacía fuera. Me tendí en el suelo, mondando una naranja, mientras el Coronel fraternizaba con la dueña de la posta, manteniendo con ella una charla animada. Esta robusta persona parecía feliz por la deferencia que le hacía el Coronel y le refería con detalles la captura de varios malos sujetos alborotadores; y con tal motivo, hablando de los horrores del tiempo de la mazorca, pronunciaba esta frase, que no carece de cierta gracia, si bien es algo vieja: "Doy gracias a Dios, que me dotó de un corazón grande y humilde, que no tenga rencor ninguno; pero mis cabellos blancos no pueden olvidarse de esos tiempos".

Los caballos están pastando lejos y no llegan; así es que, para cambiar, comemos asado y puchero. Vienen los caballos a las 3 y partimos cerca de las 4. Tenemos que hacer ocho leguas para alcanzar la próxima parada. Seguimos siempre una especie de camino a través del bosque. Llega la noche; la luna nos alumbra; sobre las montañas, a izquierda y derecha, se ve el

fuego de los campos quemados para sembrarlos; y pienso en los tiempos de la Conquista, cuando estos mismos fuegos servían de señales entre los indios. Todo sería muy poético si nuestras atroces cabalgaduras no fuesen tan indiferentes a la espuela.

A las nueve de la noche llegamos a Vipos, que es una casa en pleno campo. El maestro de posta duerme; luego, no encuentran la llave de la habitación destinada a los pasajeros. Preparamos las camas en el suelo, bajo el corredor. Tomás hace fuego y nos ceba mate mientras come un trozo de asado del que no queremos tomar nuestra parte. Colocamos lo más cerca de nosotros las maletas, monturas, riendas, etc., para defendernos un poco del viento y también por los ladrones, en vista de la mala reputación que tiene el lugar.

Me hallaba dormido, sin duda, cuando de pronto oí a tres pasos de mí una guitarra tocada con brío y una voz de mujer entonando versos improvisados: "Viva D. Alfonso, que por su amor me voy fregando, que me voy caminando, el suelo regando, niña bonita por sus amores", etc., y otras barbaridades de la misma clase, pero que, dados la hora y el lugar, me parecían encantadoras. Otra mujer y dos gauchos acompañan a la cantora, que se encuentra sentada en la saliente de una ventana con reja. Es una pulpería que hicieron abrir. La luz del interior ilumina con manchas de oro esta escena. Una tercera mujer está sentada sobre un cajón; un vaso de *caña* (aguardiente del país) circula de mano en mano. La letra y la música del canto son tristes, lo que parece adecuado al género, contrastando con la conversación de los intervalos y con la *caña*. Le decían al pulpero: "¿Tiene usted calzones de mujer, de los más largos y algo holgados?", "¿Tiene pañuelos?", etc., etc. De rato en rato se oye el ruido de una moneda tirada sobre la ventana que sirve de mostrador. ¿Es para la caña o para la cantora? ¿O para una y otra?

Terminado el canto de despedida, montan en dos caballos yendo las mujeres a la grupa; y el ruido de las voces y de los cascos de los anima-

les se pierde bien pronto. El pulpero cierra sus postigos y reanudo mi interrumpido sueño.

Estamos de pie antes de salir el sol. Una tropa de 400 vacunos, aproximadamente, ha pasado la noche en un potrero próximo. El capataz, D. Juanito, con cuatro o cinco hombres, los hace desfilar en orden, contándolos. Se dirigen a Bolivia, marchando en pequeñas etapas. Cambiamos algunas palabras. Se quejan de la sequía que hace sufrir al ganado; van montados en mulas. Pasan dos carretas, idénticas a las de Chile, precedidas por dos gauchos con guardamonte.

El país es fértil, muy poblado, con ondulaciones de terreno, llanuras, montañas y algunos sembradíos de trigo. En marcha desde las 8 de la mañana, llegamos a las 11 y ½ a Tapias, después de haber andado ocho leguas bajo un sol ardiente, envueltos en una nube de polvo fino, por un camino bastante malo a través de un bosque de plantas espinosas, siendo por lo menos éstas las variedades que dominan. Encontramos algunos arrieros y cruzamos dos corrientes de agua. *Tapias* es una excelente posta, donde comemos una gallina con arroz, caldo y gallina todo junto. Se cargan los caballos con el equipaje y los dejamos que se adelanten con el postillón y Tomás para evitarnos así lo más fuerte del calor, que es verdaderamente tropical.

Partimos a las 2. Mi caballo (un *picazo*) es muy bueno, gran suerte cuando hay que caminar ocho leguas. El paisaje se torna muy hermoso, con grandes árboles, con plantas trepadoras que se cruzan sobre nuestras cabezas; arroyuelos, un hermoso prado; llanos floridos y con altas hierbas; casas rurales; carretas; escenas campestres; yo me creo en Francia, entre el Loire y la Bretaña, porque sucede que hay que ir lejos para admirar lo que se tiene a dos pasos. Durante esta jornada, ciertamente la más pintoresca, me lanzo a toda carrera, solo, bajo los árboles, como en una cacería, formando mi caballo parte de mí mismo, tanto que me parece el complemento. Respiro a pulmón pleno y pienso en que todos los que me aman participarían

de mi felicidad, pareciéndome que voy a verlos a la vuelta de cada espesura o de cada recodo del camino, detrás de los macizos de árboles, en el extremo de la pradera. A veces, también, hago con D. Segundo verdaderas carreras, y en tal forma, bien pronto vimos apuntar y agrandarse las cinco torres y luego las casas de Tucumán.

Pasamos delante de una multitud de agradables *ranchos,* sombreados por naranjos e higueras; de mujeres que hilan o se hallan junto al pozo; de chicos que se revuelcan en el suelo; y todo este mundo, grande y pequeño, lo menos vestido que es posible. Atravesamos el mercado, la plaza mayor, nos perdemos en la ciudad, llegando a las 3 de la tarde a la posada en que pasaremos los dos días que debemos permanecer aquí. Es del mismo tipo que las que vimos en el camino, pero además de la casa tiene un cuarto de *cuadra,* que es un tupido bosque de naranjos cubiertos de fruta, hallándose el suelo lleno de ella. En medio de este bosque existe un rancho que sirve de habitación y de cocina, cerca del cual hay un pozo entre higueras. Hago honores a las naranjas. Recorremos la ciudad y después de comer nos acostamos en nuestros catres, colocados bajo la galería. Hace tanto calor que apenas se puede tolerar una frazada.

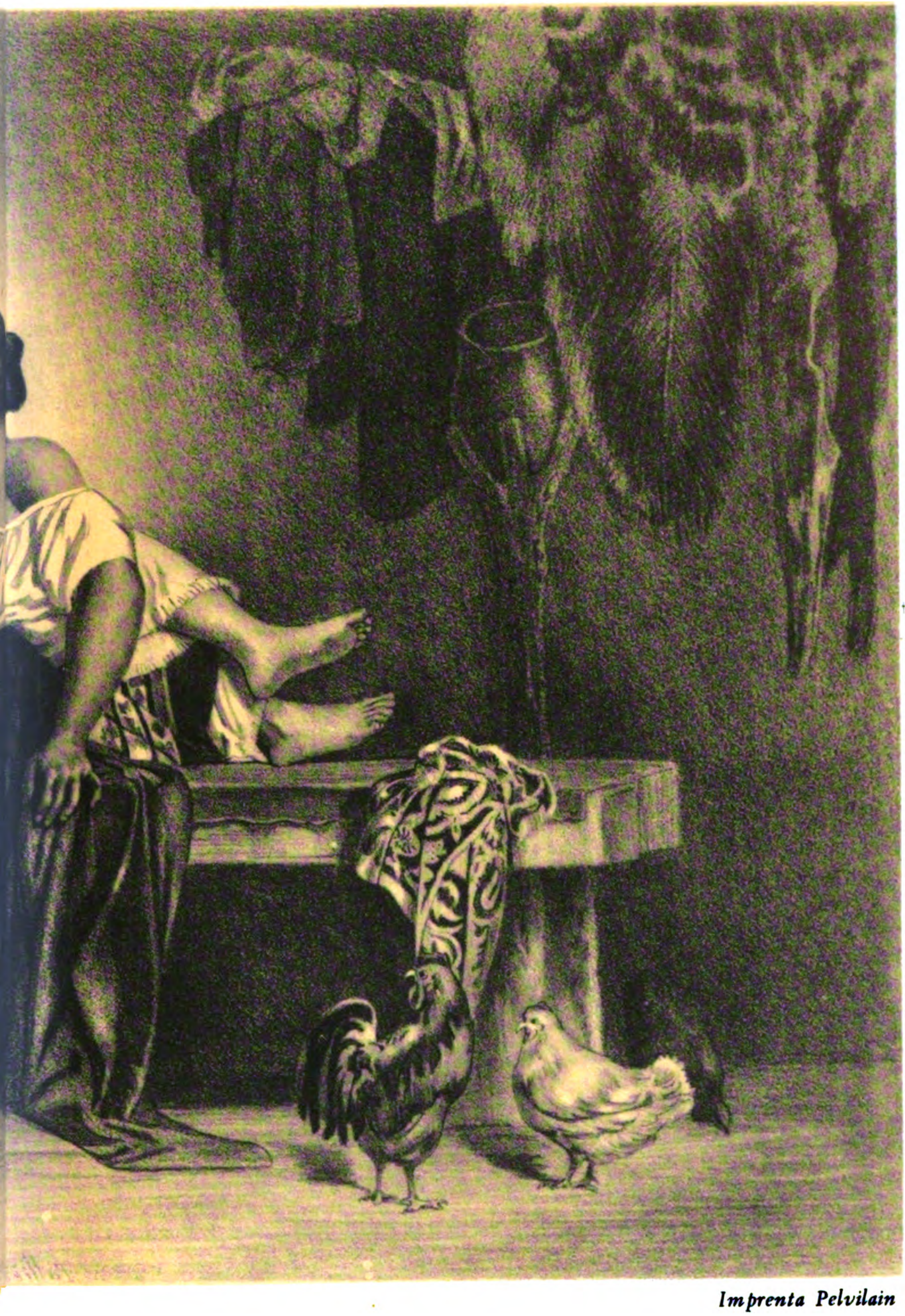
Hay en esta buena ciudad serenos, perros y gallos que hacen una baraúnda infernal; únicamente la furia del sol puede obligarlos al silencio; pero el sol se ha puesto. Un carnero se pasea alrededor de mi cama; más lejos hay dos gallos, luego los naranjos, las estrellas, también una gallina con sus pollitos, una muchacha y un chico que pasan... y el sueño que pronto lo vela todo.

Me levanto con las primeras luces del día. La atmósfera es de una completa dulzura y me encamino, bajo los naranjos, hacia el pozo, con mi toalla bajo el brazo para hacerme la *toilette* matinal, mientras que por el trayecto como unas naranjas. Tomo mis cartones y me voy a dibujar la Catedral y el Cabildo. Este último me recuerda todos los que he visto, ya sea en Buenos

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

UN NIDO E

(República



Imprenta Pelvilain

N LA PAMPA
Argentina)

Aires o en Salta. La iglesia es moderna y no está terminada; tiene pinturas sobre los pilares que soportan la cúpula; su arquitecto es francés.

Toda la ciudad es de una blancura extrema; las casas son de un solo piso y están como incrustadas en un inmenso bosque de naranjos. Donde la edificación ha dejado libre un poco de terreno se ve aparecer la copa de un naranjo, curvada al peso de sus frutas, y a medida que uno se aleja del centro de la ciudad las casas disminuyen en cada *cuadra* y aumenta el verde follaje con frutas de oro. Es innecesario decir que la ciudad está construída en forma de tablero de ajedrez, como todas las del Plata.

El mercado lo ocupa en parte una doble fila de carretas como las de Buenos Aires, cargadas de maíz, batata, naranjas, etc., y sólo veo mujeres en torno y en su interior; sobre la lanza, en pequeñas medidas de madera, ponen en venta sus mercaderías. En las carretas hay un empavesado de trajes y de polleras, y debajo, gran cantidad de ponchos y de tejidos. Se ve que estas carretas están por completo bajo el dominio de las mujeres, que les dan un aspecto diferente y sin duda más alegre que las que he visto hasta ahora en el país. Adosados a las ruedas se ven una cantidad de palos verdes de cuatro o cinco pies: son cañas de azúcar. Otras carretas más pequeñas, sólo cubiertas por encima y cerradas en sus costados por una barandilla, sirven de carnicería; el interior está lleno de trozos de carne vacuna y en la parte trasera se halla colgada la balanza, mientras el carnicero gaucho permanece de pie en la carreta. Existe un número bastante grande de negros y mulatos de ambos sexos. Alrededor del mercado se ven cocinas al aire libre y numerosos morteros de madera, en los que muelen maíz mujeres y niños de 10 a 12 años.

La ciudad está llena de animación y alegría. La reputación de las mujeres es muy merecida; no creo que en toda la República Argentina haya un lugar tan favorecido. A cada paso me detengo para admirar a mujeres, niños, blancos, negros, indios, mestizos; casi todos tienen algo notable. Esta cruza de razas da productos originales, pero que me recuerdan a Granada

o Sevilla. Visito el Club, que es inferior al de Salta. En la sala de lectura encuentro diarios de todas las provincias. De Buenos Aires, solamente *El Orden;* de Valparaíso, *El Mercurio.* El color político del Club es evidentemente *antiporteño.*

Envío al gobernador D. Marcos Paz dos cartas que traigo para él. Me recibe a maravilla. Es un doctor educado en Buenos Aires, donde reside su familia. Hablamos de nuestros amigos e insiste mucho en que yo me quede para conocer la provincia. Durante mi visita le entregan varios expedientes de empadronamiento, estimando el Gobernador que la provincia tiene más de 100.000 habitantes. Como en casa de un primo de D. Segundo, español de setenta y tres años, grande y delgado, músico, con tres hijas. Esta comida me permite asistir a escenas de costumbres que me recuerdan a Salta; pero ¡qué afectuosa hospitalidad, capaz de reemplazar muchas cosas y que nada puede hacer olvidar!

Durante todo el día siento un calor espantoso. Se me hace notar que las velas del alumbrado de la ciudad se derriten en los faroles y caen gota a gota sobre el pavimento. Dicen que hace 80°. Una tormenta de viento, que levanta un furioso mar de polvo, obscurece el aire. Vuelvo a casa literalmente a tientas; las naranjas caen como una nube dentro del cercado.

El tiempo, malo al principio, recobra su serenidad, y recorro de nuevo la población. En un patio veo un lindo pozo medio morisco; y luego vuelvo a mis naranjos, que abandonaré con pena. Contemplo en este momento un verdadero cuadro de género de los más lindos de *Graziella.* Tres jovencitas que charlan; una vieja; un niño de seis meses, robusto y moreno, tendido en el suelo; un carnero cargado de lana, perros, gallinas, polluelos; una atmósfera deliciosa; hermosos dientes, ojos negros, frescas sonrisas, alegre charla; grandes vasijas de barro, agua en que la vieja lava la ropa, con el cuello rodeado de perlas y un escapulario; la costura avanza como para distraer. Las hojas de las higueras se enlazan a los palos que sostienen la roldana del pozo. Por todas partes naranjas, de las que está dorado el suelo. El chico

medio desnudo; las ropas sin corsé; los senos modelándose bajo la tela y moviéndose para mayor goce de los ojos. De estas ficciones de poeta en carne y hueso nada ha cambiado.

...Acaba de llegar el correo de Córdoba. El conductor usa grandes botas de cuero amarillo que le suben hasta las rodillas; enormes espuelas; un gran poncho negro azulado que le llega hasta los pies. Las cartas vienen en un saco de cuero atado sobre el lomo de un caballo que un pequeño postillón tira con una cuerda. Hace en 8 días el camino de Tucumán a Córdoba.

Visito una fábrica de azúcar establecida al aire libre. Tres ruedas perpendiculares son puestas en movimiento por bueyes. Se introducen las cañas de azúcar entre las ruedas y el jugo se transporta a calderas instaladas en cobertizos.

Henos ya de nuevo encaramados en nuestros caballos de posta, partiendo al galope. Pasamos a lo largo de un campo sembrado de caña de azúcar; después, el lecho de un río sin barrancas y casi sin agua; atravesamos una gran llanura y llegamos a las 12 y ½ a Jaborinas. Siete leguas. A las 3 de la tarde estamos en Tres Pozos. Seis leguas. Pasamos cerca de una gran fábrica de azúcar; encantadores *ranchos* y cañaverales de un amarillo dorado.

A las 5 y 30 echamos pie a tierra en la posta de Bagual. Cuatro leguas, lo que hace diecisiete desde esta mañana. El sol acaba de ocultarse detrás de las montañas que se hallan a nuestra derecha. Es la luna la que nos alumbra, y el sol no estaría de más. Cruzamos un monte con árboles talados; el suelo tiene una capa de polvo de varias pulgadas y me encuentro entre una nube no pudiendo distinguir a mi compañero, que se halla a dos pasos. Me dirijo al sitio en que el remolino me parece más espeso y donde oigo el tintineo continuo del sable del Coronel golpeando sobre sus grandes espuelas.

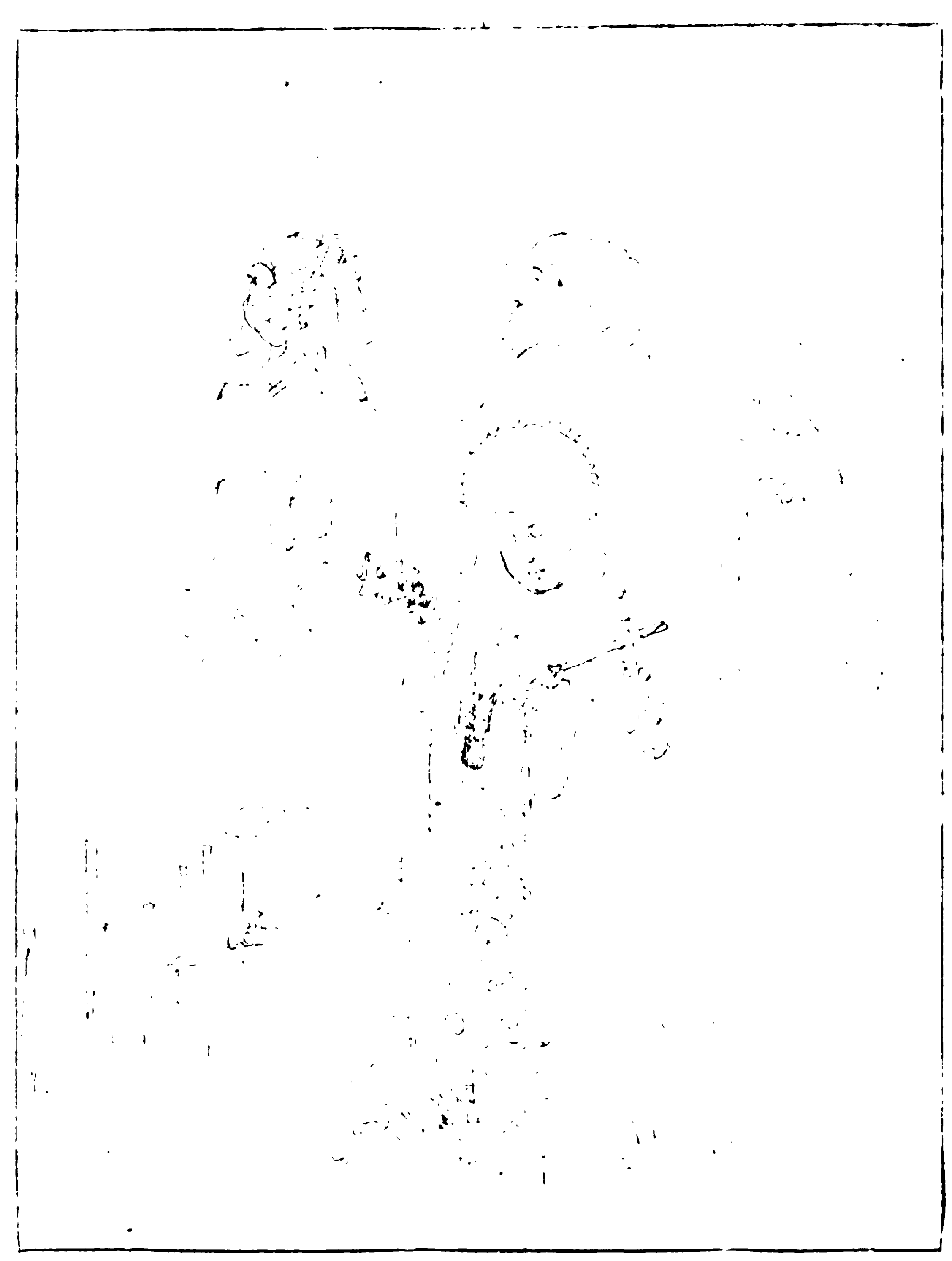
Con gran placer veo la luz de una posta, que es la de Garmendia, lo que quiere decir 21 leguas de jornada. Estoy fatigado. Desensillado mi caballo, me tiro sobre un *catre* de tientos, bajo la ramada. Tomás nos trae

mate. Abro mi maleta, donde tengo agua, pan, queso y aguardiente. La comida no es larga y vuelvo a la posición horizontal. Frente a nosotros, bajo otra ramada, los castellanos del lugar preparan sus camas; y como ni ellos ni nosotros tenemos luz y nos hallamos separados por el patio, ignoro su edad y su color.

Al levantarme veo que mi vecina hace lo propio. Se levanta la camisa por la espalda, se ata las polleras y se desliza al suelo. Me enfundo las botas y heme aquí en la cocina tomando *mate*. El fuego está en el centro, sobre la tierra, y el humo sale por donde puede; un *gaucho* viejo y una anciana están acurrucados cerca. Tomás *ceba mate;* un chico de diez años desgrana maíz en un canasto de mimbre; una gallina juega con sus pollitos de dos días abrigándolos bajo sus alas. Contra la pared del cuarto se hallan dos *asadores* de hierro, marmitas de varios tamaños y tres perros de diversas castas, que duermen o están gravemente sentados. La posta está bastante bien cuidada. Pasan bandadas de loros.

Partimos a las 7, llegando dos horas después a Ichipuyca, situada a tres leguas. Este camino es de los peores, lleno de polvo; pero el bosque pintoresco y encantador le da siempre sombra. Marcho delante casi todo el tiempo, gozando del viaje y apenas distraído por las espinas, que quieren todas un pedazo de mi pantalón...

Al llegar a la posta el Coronel se tiende en su *catre* porque tiene fiebre, deteniéndonos por ello indefinidamente. Hago el croquis de la cocina, separada de la habitación de la posta; y el dueño quedó sorprendido, sobre todo por un árbol desarraigado que reproduje con bastante exactitud. "Veia — me dice —, le daremos el overo negro por sus habilidades". Tomás le habló de mis talentos médicos y viene a consultarme porque dice que tiene aire en el corazón... Palpitaciones. Le di un régimen, pero quiso también una receta por escrito e indiqué digital. Se sorprende cuando le digo lo que él sufría. Yo había estudiado esta enfermedad en mí mismo, estando, por lo tanto, muy fuerte en ella. Lo dejé admirado y quedamos como viejos amigos.



LA VIRGEN DE LOS DOLORES

Nos ponemos en camino a las 3. El overo negro (color del caballo) es un buen animal, que al trote largo deja atrás al del Coronel, que galopa. A las 4 llegamos a Taperas. Unos chicos descargan de unos caballos recipientes y cuernos vacunos llenos de agua, que van a buscar a dos leguas. Entramos en la posta, cuya habitación está muy limpia, recibiéndonos dos jovencitas con afabilidad y soltura, lo que causa mi sorpresa de siempre. En Europa no podría comprenderse. Esto pertenece a la vida española: en Andalucía no he visto, propiamente hablando, paisanos y aun mendigos, que no tengan aire de grandes señores.

Las tórtolas se posan en el patio como los gorriones en nuestras granjas. Dos chicos, con un pilón de tres pies de largo, trituran con todas sus fuerzas granos de algarroba, adoptando posturas encantadoras. Un muchacho no lleva más indumento que un poncho. A los chicos se los viste lo menos posible; una camisa abierta a ambos lados; el varón lleva un sombrero de paja y la mujercita, trenzas.

Partimos a las 7. En menos de tres horas llegamos a Acosta (7 leguas). Habiendo salido al trote, soy el primero en llegar al galope largo. Pido el relevo a una linda muchacha que tiene los cabellos sueltos sobre los hombros y la sonrisa en los labios. Los dueños de la posta son a menudo gauchos pobres, pero a veces son ricos propietarios; éstos me parece que son de los últimos.

La región es boscosa. El río de Santiago se halla a poca distancia, hacia la derecha, oculto por macizos de árboles. Los loros vienen a posarse sobre las cuerdas que sirven para secar la ropa.

Siempre cruzando bosques, llegamos en hora y cuarto a Cuartiada, después de haber hecho cuatro leguas. La vivienda no tiene más de seis postes. El techo es para cubrir todos los muebles y útiles, agrupados alrededor de un árbol que sirve de armario, de despensa y de portamantas. Más allá, se halla un gato viejo y flaco y el maestro de posta, otra fea bestia, semi indio;

todo ello en un bosque, en el que se hizo un claro de cuarenta metros. He aquí la posta de Cuartiada.

Esperamos hora y media los caballos; y, al fin, partimos por un camino arenoso, que estuvo inundado en parte o que sirvió de lecho para desbordamientos. Apartándonos del camino carretero, seguimos una senda entre arbustos sin espinas. El terreno, en ciertas partes, se halla cubierto de margaritas, botones de oro y plantas más altas, cuyos colores alegran la vista. Se ven muchas casitas o cabañas.

Nos hallamos delante de Santiago, separados por el ancho río, que no tiene más de dos pies de agua en la parte más profunda. En la otra orilla una jovencita me llena una botella de agua. Otras mujeres llegan al río con tinajas sobre la cabeza. Niños desnudos sobre asnos, otros con camisa, pero tan destrozada por detrás y por los costados, que únicamente sirve cuando corren para espantar las moscas. Las mujeres muy descotadas. Tres palmeras, las únicas que he visto. Cabañas, luego casas que no valen mucho más, y pobres iglesias. Cruzamos la ciudad y nos apeamos en la casa de posta, cerca del río, que forma un codo. Al ver el agua, deseo pescado y lo consigo para la comida. He aquí la forma en que lo preparan: lo cortan a lo largo, introduciéndole tajadas de cebollas, pasas, ají y vinagre; luego se coloca el pescado en la parrilla; y en verdad, caliente o frío, me parece excelente.

Dormimos como de costumbre bajo la ramada de la cabaña que se nos destinó. En la ramada del rancho opuesto a nosotros se encuentran otras camas. A mi izquierda, los caballos atados a un árbol; otros tres están más lejos. Las gallinas y los gallos se hallan en los algarrobos. Pobres ranchos; higueras de la India; un cercado de gruesos postes medio derruídos; el río y las lejanías, componen mi habitación, sin olvidar las estrellas.

Al despertar oigo quejarse a mi pobre compañero, nuevamente atacado de fiebre. Me levanto y voy a recorrer la ciudad, que es menos fea de lo que me pareció al principio. Las casas son de ladrillo, muchas de adobe. Veo revestimientos y columnas de madera, canteadas como en muchas ciudades

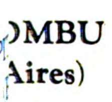


Peint par Pallière (Peuser S. A.)

PITA Y C

(Buenos A

Imprenta Pelvilain



de España. Unicamente queda en pie la fachada de la catedral; todo lo demás ha sido derribado por un terremoto. La mitad de la población, por lo menos, es india, siendo diferente a cuanto he visto hasta ahora; es de tipo egipcio por completo.

Almuerzo solo porque el pobre Coronel sigue siempre enfermo. Mientras hago la siesta al aire libre, realizo observaciones sobre el grupo de gentes que habita esta posta y que forma una especie de familia, cuya filiación no conozco; observo, además, estas escenas de campo: cocinan en un rincón; los caballos comen al lado del fuego; una mujer hila acurrucada en un lecho; pequeños gallos que apenas tienen plumas, pelean; a un cerdo que se ha escapado con una cuerda, lo atan por la mitad del cuerpo a la cincha de un caballo, que lo arrastra a pesar de sus gruñidos, mientras dos chiquillos lo fustigan; un toro negro ha roto el lazo que lo sujetaba y una banda de niños lo persigue; y cuando lo agarran con el famoso lazo, los chicos lo atormentan y castigan hasta que el animal vuelve a soltarse y corre al río, donde lo enlazan de nuevo.

Llega una carreta con leña para consumo de la casa. Dos chiquillos ensayan hacer un *chiripá* con un viejo trapo negro. Una anciana busca nidos de pájaros en la cabeza de un niño de ocho años, y, cuando los encuentra, se come los pájaros. Un gallo pica a una gallina como expresión de amor, pero ella grita pidiendo socorro y llega el gallo más fuerte, que pone en fuga al otro. Yo compadezco al más débil porque me parece que el otro dispone de todas las gallinas; así va el mundo. Todas estas cosas interesantes y muchas otras me apartan bastante mal de mi deseo de estar de nuevo en camino.

Nos levantamos con las suaves luces de la luna. Las campanas de las iglesias repican; luego se oye la diana en los cuarteles; por último, los gallos y los perros. El sol aparece en el horizonte; los caballos llegan y partimos. El camino corre entre algarrobos, árboles espinosos e higueras de la India.

Cardosa es una posta mantenida como ninguna otra; los caballos se

hallan listos inmediatamente; jóvenes gauchos están prevenidos para servirnos; nos ayudan a ensillar. Chozas más o menos grandes, levantadas sobre estacas, están llenas de maíz. Gallinas, cabras, cabritos, perros, loros domésticos y dos grandes telares se hallan bajo el corredor. Hay en todo un aire de vida, de alegría; las cotorras gritan hasta aturdir desde los árboles; una multitud de pájaros negros como azabache cubre el suelo. El maestro de posta, hermosa y agradable figura, debe ser indio mestizo.

Cruzamos el río de Santiago, bastante profundo en este lugar, estrecho y con orillas arenosas, pero nuestras sillas no se mojan. Atravesamos siempre un bosque con gran cantidad de higueras de la India, con flores rojas y amarillas, que no tienen nada de particular. Gran viento, calor terrible y oleadas de polvo; pero luego el camino se transforma en el sendero de un parque. Llegamos así a Suncho Pozo, mal rancho o cabaña en pleno bosque. Bebo agua enlodada con un poco de aguardiente de caña. Es preciso caminar a caballo con este calor para conocer la sed; se bebería uno el río de Santiago sin apagarla.

Llegamos a Perca. Cerca de un lago excesivamente pequeño (lagunilla). Las mujeres y las muchachas son aquí del más bello color cobrizo. ¡Estas tres últimas leguas me han parecido cuatro y me siento muy cansado! Comemos un trozo de carne ahumada de vaca, dura como piedra; y bebemos agua con algunas gotas de aguardiente del país. Esta comida, que nuestros perros de Europa desdeñarían, me ha devuelto las fuerzas y la alegría.

Dos leguas nos separan de Loreto, pequeña aldea donde debemos pasar la noche. El sol se ha ocultado en el horizonte y se me ocurre llegar antes que anochezca. Heme aquí animando con la voz y el gesto — es decir, con el látigo — la mula de carga que tira el postillón. Este quiere marchar más despacio, pero yo castigo su caballo, arreando a los dos. Tomás nos sigue de cerca con la otra mula de carga; y así corremos a media rienda. Mi caballo debe marchar admirablemente, pues no me ocupo de él más que si

me hallara en tierra. Cuando nos alcanza, el postillón pregunta a Tomás si yo estoy loco; y no le falta razón, pues lo parezco.

Entramos en Loreto cuando la noche apenas comenzaba. La diligencia procedente de Córdoba está en la calle, delante de la posta. Hay muchos pasajeros, gran número de postillones, una docena por lo menos; verdadera revolución en el pueblo. Todos los *catres* habían sido reservados, como también las mejores habitaciones, pues esta posta es una espaciosa casa. Sólo nos queda un cobertizo en el patio, donde hacemos nuestras camas, rodeándolas con las maletas, monturas, etc. El cielo amenaza tormenta; nos ahogamos de calor; mi compañero charla hasta perder el aliento con los viajeros llegados de Córdoba.

La diligencia parte antes de que salga el sol; esperamos un caballo que falta, pues siempre son necesarios seis. En las calles de Loreto, más bien en la única calle, existe un pórtico delante de cada casa; sus pilares son de madera, lo que forma un paseo cubierto, especie de corredor externo. Veo cerca de mí, poesía de los campos... ¡oh, Cervantes!... una jovencita que saca un pedazo de queso guardado preciosamente entre sus senos. Pero llegan los caballos y es necesario abandonar este dulce espectáculo.

Tempestad de viento, país desolado, arena espejeante, torbellinos de polvo, caballos atroces, flacos y sin fuerzas; viejos postillones, desenterrados mucho tiempo después de su muerte, que han sido puestos sobre el caballo olvidándose de resucitarlos. Al aproximarnos a la posta siguiente, el campo es más boscoso y mejor; se ven espacios de terreno sembrados de trigo que tiene ya un pie de altura.

La posta de la Cañada está habitada por una familia india, una vieja y su hija, criatura robusta y bastante bella, que se acurrucan cerca de mí, hablando en lengua nativa con mezcla de algunas palabras españolas. La madre se empeña en que lleve a su hija a la grupa, detrás de unos matorrales, sin duda para que le haga un regalo. El desierto no tiene nada que envidiar a la civilización; he aquí la virtud del salvaje.

La cocina de esta posta está bien dispuesta para el clima. Trátase de un techo de ramas secas sostenido por cuatro grandes troncos, que es lo que da sombra; y un seto circular de unos seis pies de alto, con una sola entrada, forma las paredes.

Hacemos seis leguas en un caballo blanco de señora, flaco y chico, pero excelente. Sopla un viento insoportable. Llegamos a Tacochaquinson. Una hora después de nuestra llegada comemos con gran apetito el *asado* y el *puchero* (sopa con carne), bebiendo agua barrosa como la que debemos tomar hasta llegar a Córdoba. Mientras comemos, el maestro de posta, de pie en el umbral de la puerta de una de las habitaciones, lee en alta voz, en forma completamente inteligible, oraciones a la Virgen. El cuarto está lleno de mujeres. Este indio gordo tiene aire bajo y estúpido, con la barba cortada como la de los chivos que se pasean allí cerca; lleva una amplia chaqueta, un chiripá y un cinturón de cuero literalmente cubierto de monedas de plata españolas. Se dice que posee 200.000 francos. Nos acostamos, como de costumbre, en el corredor. El viento no ha cesado; es una verdadera tempestad. Sale la luna y los nubarrones que pasan me recuerdan un vendaval terrible cerca de las islas Canarias.

No hay nada más encantador que despertar siempre en un lugar distinto. El día comienza a apuntar, y también las escenas campestres: una cabra bala y su crío le responde; un perro juega con un cabrito en locas carreras; a dos pasos de mi cama pasa una procesión de corderos blancos, chivos y cabras y sus cabritos, uno de los cuales salta sobre un palo, ejecutando sobre él un paseo de equilibrista; un gallo se mezcla en la fiesta; la gente se levanta, los chicos corren descalzos y me levanto a mi vez.

Sin cambiar nada de la disposición de los ranchos de esta posta, podría hacerse una casa de Pompeya reemplazando los pilares de madera por columnas de ladrillo y las enramadas por verdaderos techos. Como en la ciudad antigua, las habitaciones son pocas pero suficientes, puesto que se vive y se duerme al aire libre o bajo las ramadas. Los árboles que rodean a estos

ranchos están cubiertos de nidos de loros, cada uno de los cuales puede contener unos cincuenta.

Este execrable indio viejo maestro de la posta está casado con una muchacha muy joven, graciosa y elegante, nacida en Rosario; yo deseo que ella me vengue de su marido por haberme dado un animal tan odioso. No he visto nada peor que este caballo; al trote corto me sacude hasta romperme en pedacitos; al galope sería imposible, pues sus extremidades delanteras son tan débiles que una cáscara de huevo lo haría caer. Hice así siete leguas por un país desolado, sin otra vegetación que una planta de un pie de altura, de la especie de los cipreses, además de algunos matorrales espinosos.

La llegada a *Chilquita* es preciosa. Son dos ranchos bajo un grupo de algarrobos; y, en primer plano, vacas, ovejas, caballos, mulas, asnos, gauchos a caballo y mujeres con vasijas sobre la cabeza, que alegran los ojos después de este desierto de espinos y cipreses abortados. El camino es casi igual sobre la ruta arenosa que seguimos. El postillón me muestra en varias ocasiones las huellas de un tigre o león, y entre ellas cree reconocer las de un cordero apresado. Felizmente no atacan al hombre, pues no tengo nada con qué defenderme y de casi nada me servirían las patas poco veloces de mi caballo.

Cruzamos el río Saladillo, cuyas aguas están bajas; hay una barca para cuando el vado no es practicable. El terreno por donde corre este río es de tal manera salitroso que cuando las aguas disminuyen, como en este momento, mueren los peces chicos; y a los grandes les toca su turno a medida que el agua disminuye y se satura más de sal.

Los parajes que encontramos hoy son mucho menos poblados que los que recorrimos antes. Habiendo partido a mediodía, llegamos a las 2 y ½ a Santa Rita. El maestro de posta se llama Durand; su abuelo era francés; su mujer es pariente de mi compañero de viaje; su tío ha muerto en la cárcel por monedero falso; y es él quien nos lo cuenta a la noche, sin

escandalizarse en lo más mínimo. El rancho es muy pobre, pero somos bien acogidos. El pescado que comemos es demasiado grasiento. Por lo demás, estos pescados son los que proveen el alumbrado de todos los ranchos vecinos. Las perdices llegan y se acercan al rancho hasta ponerse a un cuarto de tiro de escopeta, como lo hacen las gallinas.

El camino que seguimos es más alegre; los matorrales espinosos tienen hojas y flores. A mitad del viaje se nos reúne un indígena, que llega hasta nosotros, echa pie a tierra y viene a estrecharnos la mano como si fuéramos viejos amigos. "Yo no lo recuerdo a usted bien", le dice el Coronel. "No es extraño — responde el recién llegado —. Yo tampoco lo conozco a usted ni lo he visto jamás en mi vida. Llego de la posta que acaban de dejar. Quería esperar el correo de Tucumán que debe pasar por allí; pero el maestro de posta me instó para que me reuniera con ustedes, asegurándome que son personas honradas *(buenos sujetos)*, y por eso estoy aquí".

El Coronel da la mejor acogida posible a nuestro amigo; y como el camino no era bastante ancho para tres, clavo las espuelas en mi caballo dejando conversar a los compatriotas; poco a poco me repongo de la sorpresa que me había causado tan bizarra presentación.

Hay ocho leguas hasta *La Guardia*, especie de chacra grande. Cinco leguas más allá, en la posta de San Antonio, pasamos la noche. Siempre matorrales espinosos, árboles y flores, loros y cotorras.

Dos leguas hasta las *Orquetas*. Hay en la puerta del rancho un cuero de jabalí, de los que abundan en esta región. Me dicen que el invierno pasado mataron 20. A falta de otra cosa, comemos dieciocho huevos entre tres. Yo compro una de esas mantas de lana roja que tan bien tejen en las provincias del norte y que están teñidas con unos granos que llaman *penco* y cochinilla.

El terreno cambia de aspecto; hay subidas y bajadas, especie de colinas, siempre a través de bosques y montes espinosos. Hacemos cuatro leguas y llegamos a *Portezuelo*, casa de piedra rodeada por rocas, las primeras que

veo desde mi salida. El maestro de posta, tío del de San Antonio, es *estanciero* y más apuesto que la mayoría de los que hemos encontrado hasta ahora. Mientras traen nuestras nuevas cabalgaduras, hablamos con él y con sus hijas de asuntos de interés local y nos dicen que hace más de tres años que no llueve en estos parajes; que la situación se ha hecho insostenible a causa de los ganados, pues para salvarlos, muchos han partido para la costa —nombre que dan a la orilla de los ríos—, con riesgo de caer en manos de los indios. Estos, además, están muy cerca; han desvalijado ocho carretas, temiéndose la invasión de unos 400 sobre las dos fronteras de Córdoba y Santiago del Estero.

Es ésta la última posta de Santiago. Después de un par de leguas, cambia el paisaje; desaparecen por completo los árboles y matorrales espinosos, no viéndose más que una inmensa llanura con palmeras cuya altura varía entre tres y quince pies; su ramaje es muy espeso, teniendo algunas veces sólo el esbelto tallo despojado de copa. Los troncos de estos árboles dan un aspecto diferente tanto a las cabañas como a los cercados para animales. Acabamos de entrar en la provincia de Córdoba, en la que por espacio de veinte leguas no veremos otra cosa que estas palmeras que me hacen pensar en Egipto, uno de mis sueños.

Pozo del Tigre es el nombre de la primera posta de esta provincia, distante seis leguas de la que acabamos de dejar. Nos recibe una mujer bastante afable, con aspecto grave y algo de beato, que tiene mucho del carácter de Córdoba, ciudad que ha conservado, como ninguna del Plata, la influencia de los conventos. Las habitaciones están pavimentadas con ladrillo y son las primeras así que encuentro desde Tucumán. La comida es mejor. Cuando terminamos, llega el correo que salió el 20 de aquella ciudad y que durmió anoche en la posta del señor Durand.

Partimos antes de amanecer. A través de las palmeras distingo la blanca ciudad de San Francisco, llamada *Chañar* en otro tiempo. Está a la mitad del camino de la posta de las *Piedritas,* pero nos detenemos en la casa del

señor Bustamante, amigo del Coronel. La dueña de casa es elegante, como lo es su hogar; la recepción muy amable, pero ni la menor invitación para almorzar. Mi compañero contaba con ello, lo mismo que yo, tanto que rehusé la oferta que me hizo un albañil contratista francés, juez de paz del lugar, que vino amablemente a pedirme que le acompañara a su casa para tomar una taza de café con leche. Cuando salgo de la ciudad, bastante desconcertado por la magra hospitalidad del señor Bustamante, compro pan para consolarme. En las *Piedritas*, dos leguas más allá, nos invitan con mate de leche.

Después de *Quebrachitos* desaparecen las palmeras y volvemos a entrar en bosques espinosos. En este lugar encontramos al correo que viene de Córdoba y que entrega al Coronel cartas de su familia, con buenas noticias, pero le veo llorar. Este hombre bueno y digno, que llora de emoción al recordar su familia, me emociona a mi vez, haciéndome pensar en todos los míos y en las lágrimas vertidas sobre cartas semejantes. Cinco leguas más adelante nos detenemos en el *Corral de la Barranca,* donde pasamos la noche. La región es montañosa, las lejanías muy bonitas, las palmeras se mezclan con otros árboles, habiendo más verdor en éstos y en el campo.

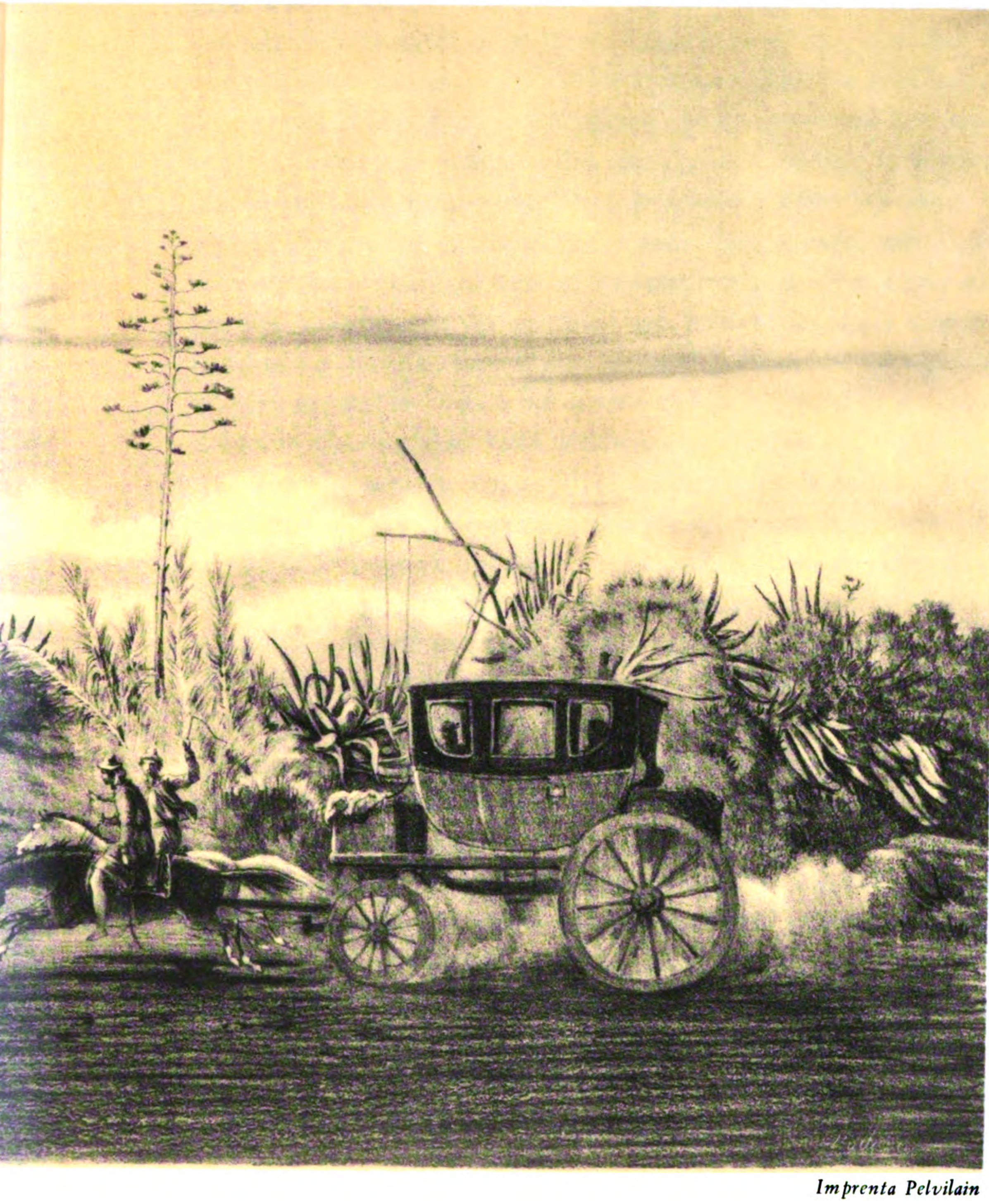
Ha llovido toda la noche y hace un hermoso tiempo de otoño, pero apenas se aplacó la tierra. Los caballos que nos traen son horriblemente flacos y con mataduras en el lomo, pero ya estamos acostumbrados a esto.

Posta de la Cruz, cinco leguas. Siempre palmeras y nada más encantador. Bello cuadro el del agua rodeada de esos árboles reflejados en ella. Patos que levantan el vuelo; la niebla de la mañana. El postillón calza *ojotas*. Cerca de nosotros pasan *gauchos* en mulas, con *guardamontes* y enormes espuelas. Acabo de ensillar mi caballo, que tiene una inmensa barriga, una de las más grandes que he visto durante el viaje; veremos si las patas y la marcha son mejores. Llegamos a la 1 a Intihuasi (4 leguas), con un calor sofocante, viento de tormenta y un sol abrasador. La barriga gorda no constituye el caballo.



Peint par Pallière (Peuser S. A.)

LA GAI
(Rep. Arg



Imprenta Pelvilain

:RA
ntina)

En el momento en que abandono la última posta, ya montado, un gaucho se me acerca y me obsequia dos rosas, flor que no había visto desde que salí de Valparaíso. Acababa de llegar y me dió las rosas sin pronunciar una palabra, retirándose de la misma manera. Saco del bolsillo un puñado de cigarros que pongo en sus manos. Los dos quedamos contentos, mientras yo parto. Las palmeras han desaparecido, siendo reemplazadas por plantas espinosas, campos cubiertos de árboles y bellas lejanías.

El Divisadero (7 leguas) está muy bien situado, con lindas vistas, agua, ovejas, algarrobos, tórtolas y palomas salvajes. Veo cómo construyen grandes cercados para los animales: son árboles cortados y colocados enteros, con sus ramajes, uno al lado de otro, formándose así rápidamente un seto infranqueable. Cada árbol es arrastrado a la cincha de un caballo desde el sitio en que lo cortan hasta donde se hace el cerco.

Entre la posta de *Los Talas* (5 leguas) y la de *Salitre* (8 leguas más allá), pasamos por *Barranca Yaco,* lugar célebre en la historia del país por la muerte de Quiroga, que allí fué asesinado. El paraje no tiene nada de lúgubre; es un bosque de acacias de jardín (aromos), cubiertas de bolas amarillas o blancas, de suave perfume. No hay cruz alguna ni signo de ninguna clase que indique el sitio en que fué muerto el caudillo, lo que está en contra de la costumbre, pues son muy frecuentes las cruces en los caminos.

Pasamos cerca de una capilla construída por los jesuítas y rodeada de árboles enormes, que creo son nogales. En las proximidades corre un río casi sin agua. Grandiosidad de montañas y de llanuras inmensas.

En esta posta veo un niño muy rubio junto a una joven muy bronceada, que parece la madre y a la que le digo: "¿Cómo usted, que es tan morena, tiene un hijo tan rubio?". "¿No ha visto nunca usted gallinas negras poner huevos blancos?", me responde. La contestación, más rápida que la pregunta, me hizo sonreír, no por su originalidad sino por su exactitud. Esta bizarra vivacidad que he encontrado en todas partes, lo mismo en los ranchos que en los salones, realzada por lo picante del idioma y por

los destellos de los más hermosos ojos del mundo, me ha dejado a menudo más recuerdos que muchas conversaciones eruditas.

Tuvimos que hacer dos leguas para llegar a *Guerra* y otras cinco hasta la posta de *Don Justo,* que con otras son veinte leguas al galope, hallándonos a cinco de Córdoba. Durante la jornada encontramos un coche particular, el único que vimos desde nuestra salida de Salta.

Nos acercamos a la ciudad, que se halla adosada a una especie de montaña; es grande, con tres iglesias dominantes, aunque las hay en gran número. Después de bajar una barranca cruzamos el río. Me apeo a la puerta de un hotel administrado por un francés y me entrego a la alegría de la vida civilizada; las abluciones, primero; después, a comer como un ogro; por otra parte, la comida es excelente. Tras semejante viaje uno se comería un buey.

Recorro la ciudad, que es grande y antigua. ¿Ama usted las iglesias y los conventos? Los hay por todas partes. Verdaderamente, esto es un abuso; hay tantos de ellos como casas. La catedral es el monumento más característico, y, ciertamente, el que más me gusta de todos los que he visto de este género, ya sea en el Plata o en Chile. El paseo es un gran cuadrado lleno de agua, que forma como un pequeño lago, en cuyo centro hay un quiosco hasta el cual se puede llegar en un bote; a los lados tiene avenidas de árboles y bancos. No veo a nadie en este lugar, pero tal como está no hay nada mejor concebido y debe ser de un efecto muy gracioso cuando se llena de gente.

Después de comer, mi querido compañero de viaje, que se había entregado todo el día a las dulzuras de encontrarse entre los suyos, viene a visitarme y me lleva a su casa para ser presentado a su familia, que me recibe de la manera más afectuosa.

He aquí una historia que oí contar al Coronel:

Uno de sus parientes y compañeros de armas, que en 1840 formaba parte de un cuerpo de ejército derrotado y en fuga, se acercó a una casa

porque se moría de hambre. Preguntó si había algo para comer, contestándole que aun no tenían, pero que pronto se serviría la comida. Mientras tanto, le ofrecieron hospitalidad. Apareció una joven encantadora, con la que quiso mostrarse amable. Trajeron la comida; pero para demostrar educación y hallarse enamorado de la jovencita, no comió casi nada. Llegada la noche, la linda niña se acostó con la vieja, mientras él lo hizo en el otro rincón de la única pieza que constituía la casa. El huésped había observado que el resto de la comida *(carbonada* y *mazamorra)* había sido puesto debajo de una mesa, en la olla en que habían servido la cena. Cuando creyó que todos dormían se levantó, quitó la tapa de la olla y se puso a comer. Pero nadie dormía aún; y tanto la madre como la hija, creyendo que era el gato, gritaban "¡Chut!... ¡chut!..." El militar se detuvo, pero para comenzar de nuevo a comer. Por indicación de la anciana, la joven se acercó en la obscuridad; le puso la mano en la cabeza, luego en el brazo, hasta llegar a la mano que tenía dentro de la olla; se la retiró y volvió a acostarse al lado de su madre. "¡Es el señor!", dijo la joven en voz baja; pero la anciana era sorda, haciéndose repetir hasta que la muchacha gritó con todas sus fuerzas: "¡Es el señor!" Entonces dijo la vieja: "Joven, cuando haya usted terminado, tape la olla porque el gato es muy goloso".

La historia es muy característica; y yo me preguntaba si su héroe no sería el mismo que la narraba.

En los dos días que pasé en Córdoba hubo dos grandes fiestas: San Miguel y San Jerónimo, patronos de la ciudad y de la provincia. Durante la misa celebrada en la plaza, todo el pueblo, hasta donde podía alcanzar la vista, estaba descubierto y de rodillas. Veinticinco soldados descalzos, situados en el centro de la plaza, hicieron una descarga en ese momento.

La ciudad es triste y tiene algo de monacal, lo que armoniza con las colinas rocosas que la rodean.

Después de Córdoba dejamos los caballos de posta. Las comunicaciones entre esta ciudad y Rosario son muy frecuentes. Hay hasta dos salidas

de diligencia por semana. El camino es excelente y la diligencia va siempre llena. Por lo contrario, de Córdoba a Tucumán no salen más que cada 25 días, y de Tucumán a Salta, solamente una vez por mes. He visto enteramente llena la diligencia hasta Tucumán, pero la que llegó hasta Salta no tenía más que un viajero y no pudo cubrir sus gastos.

El camino de Córdoba a Salta, aunque carretero, es malo y muy malo. Ningún camino ha sido jamás trazado, ni hecho, ni conservado en el Plata. En parajes pedregosos, en los que existen bosques o marañas que no permiten a los vehículos echarse a derecha o izquierda, obligándolos siempre a pasar por la misma senda abierta con el hacha, los caminos son forzosamente pésimos; y si se han conservado así es porque pasan tan pocos vehículos. Por ello es preferible mil veces el viaje a caballo, ¡yo no titubearía en hacerlo en esta forma, que es incomparablemente más agradable! De Córdoba a Rosario es más conveniente el coche, porque el camino es bueno y se va mucho más rápido; se hacen, por lo menos, treinta leguas diarias. Los precios son:

Cupé, 20 pesos; rotonda, 17 pesos; cabriolé, 14.

Se conceden 30 kilos por equipaje y el suplemento se paga a razón de un real por kilo.

Al salir de Córdoba a las 10, atravesamos un bosque espinoso. El coche es tirado por seis caballos con postillones, lo mismo que la diligencia de Rosario a Mendoza.

Cinco leguas. Después de haber cambiado caballos en Punta del Monte, cruzamos el *Río Segundo* con ayuda de seis bueyes, dispuestos en esta forma: dos caballos en la lanza del coche, un hombre a pie con una pica, azuzando dos yuntas de bueyes que marchan delante de él; otro hombre a pie y otra yunta de bueyes; luego un caballo montado por un chico. Los otros postillones pasan a los viajeros a la grupa para aligerar en lo posible la diligencia. El río está encajonado en un barranco arenoso de 10 pies de altura.

Viaja con nosotros un coronel en actividad, que lleva botas altas, un

kepis y un gran sable. Tiene por escolta dos soldados vestidos de rojo, gran sable, pistola al cinto y carabina en la mano. Galopan con los caballos de posta al lado de nuestro coche.

Posta de Oliva. Tres leguas. Extensas llanuras verdes, yerba baja. Las montañas de Córdoba quedan detrás de nosotros. Majadas de ovejas y tropillas de caballos; bosquecillos de árboles completan la visión.

Oncativo. Una legua. Terminamos el día en la posta de Desgraciado. Llegamos de noche. Disparan cohetes, tocan la guitarra y el tambor, pero nuestra llegada pone término a la fiesta.

Habíamos hecho más de 20 leguas: Punta del Monte, 5; Río Segundo, 3; Oliva, 3; Laguna Larga, 4; Oncativo, 1; Desgraciado, 3½.

Han desaparecido los árboles y nos hallamos en plena pampa. Una especie de judío de Río, que ha adquirido los hábitos del país, me ve abrir un paquete de cigarros. Toma un puñado y me dice: "Vuestros cigarros son mejores que los que tengo; yo le daré de los míos". No se puede ser más primitivo; nada me divierte más que las escenas de este género, de las que he visto tantas.

Al llegar a Tío Pujio se atraviesa un pequeño bosque extendido hacia la derecha. Un hombre hace *charqui:* corta lonjas finas de carne de un vacuno y las cuelga en cuerdas como ropa a secar. Los bosques alternan con la llanura. Atravesamos el Río Tercero. La diligencia cruza el vado sin pasajeros, los que son llevados a la otra orilla en ancas de los postillones. El río está casi seco. Una legua más allá cruzamos una pequeña población, Villa Nueva. Espinillos, 3½; Chañares, 5; Tío Pujio, 5; Villa Nueva, 5; Herradura, 5; Busto, 5: 28½.

Por la noche llegamos a la posta de Busto, donde encontramos dos diligencias. Experimento una emoción más fuerte de lo que hubiera pensado a la vista de este lugar, para mí indiferente, pero que es el primero que vuelvo a ver. Me transporto a la época en que pasé por aquí y creo que es un sueño. El resto del viaje me parecerá una peregrinación. Los dueños de la posta

están ausentes; han ido a una fiesta en Villa Nueva. Ocupamos su habitación y nuestras camas cubren el suelo. Las piezas destinadas a los viajeros están más que llenas por los pasajeros de las otras dos diligencias. Es ésta una aldea improvisada. Hay más de veinte gauchos postillones y más del doble de viajeros; todo hormiguea y se habla a gusto. Por todas partes, fuegos encendidos para preparar la comida.

Las diligencias y el carretón que las sigue parten para Córdoba, mientras nosotros continuamos el camino en sentido contrario. En la posta de Tres Cruces vuelvo a ver al chico cabelludo; en la aldea de Saladillo, las mujeres con sandías, melones, tazas de leche y de *mazamorra*.

Marchamos muy rápido y hay tanto polvo que apenas distingo a los cuatro postillones que van delante y casi no veo a los que van al lado de la lanza. Encontramos un grupo de carretas de las que se cargan de cueros. Están detenidas formando tres filas. La parte alta, ocupada por maderas secas. En la trasera de una de ellas cuelga un gran cuarto de vaca. Los gauchos comen asado en dos grupos; otros duermen. Las mulas pastan de un lado y los bueyes del otro.

Mi asiento se halla en la rotonda, en uno de cuyos bolsillos había puesto una botella de vino. Después de comenzado el viaje conseguí cambiar mi asiento por el del pescante. En una de las paradas fuí a tomar la botella y la puse cerca de mí, cuando uno de los pasajeros de la rotonda gritó: "¿Quién ha tomado la botella?" "Yo, su propietario — respondí —; a vuestra disposición en tanto quede algo". — "Es que no sabíamos a quién pertenecía..." Verdadero rasgo de costumbres. Encontré mi botella por la mitad, sin averiguar quién había bebido, mientras que aquellos a quienes no pertenecía preguntaban por ella.

Tres Cruces, 4; Fraile Muerto, 4; Zanjón, 4; Barrancas, 4; Saladillo, 4; Lobatón, 5; Cabeza de Tigre, 5; Cruz Alta, 4: 34.

En el momento de llegar a la posta de Cruz Alta, entrada la noche, un joven que monta hermoso caballo y a quien acompañan peones con

una tropilla, nos dice que un tal Medina y cuarenta gauchos armados se hallan en *montonera* en el pueblo a que nos dirigimos a pernoctar. Llegamos a la posta y la información era exacta. Sabemos que esos señores están a poca distancia de nosotros, tomando refrescos en una *pulpería* vecina. Esto no carece de color local y produce alguna emoción pensar que uno va a ser más o menos desvalijado. ¿Será esto triste? ¿Será divertido?

No ha pasado nada. Dormimos mezclados en la habitación de la posta. El conductor hizo descargar dos baúles que contenían dinero para el caso de que desvalijaran la diligencia, en la que habían quedado nuestros equipajes. El tiempo era tempestuoso; parte de la noche hubo tormenta, pero nada de banda. Dormí como el finado Condé el sueño del justo esperando al enemigo; éste no vino y no lamenté no haberlo visto.

Partimos al apuntar el día. Después de haber hecho algunas leguas, distinguimos a lo lejos hombres a caballo con fusiles a la bandolera. Yo deslizo en una de mis botas parte de las onzas que llevo, quedando algunas en los bolsillos para apagar la sed de los bandoleros. Pero cuando estuvieron más próximos se convirtieron en viajeros pacíficos cabalgando en sus mulas en compañía del arriero.

Todavía algunas postas ya conocidas y desciendo sano y salvo en Rosario. Durante estos ocho meses últimos, los hoteles han mejorado mucho. Al día siguiente bajo por el río en un vapor y cuarenta horas después estoy de nuevo delante de Buenos Aires. Guardia de la Esquina, 4; Arequito o Vergara, 5; Desmochado o Gallegos, 4; Candelaria, 6; Correas, 5; Estado, 4. Que en total da 28.



GAUCHO CON SU MUJER EN ANCAS (Acuarela)



DE PARANAGUA A SANTA CATALINA



PARTIMOS de Paranaguá a las 6 de la tarde, el 30 de mayo de 1860. Me acompañaba el señor Juan Kock y ambos estábamos sentados o medio acostados en el fondo de una gran piragua, con dos remeros — uno delante y otro detrás de nosotros —, los que de pie y cada cual con una pagaya la hacían deslizar rápidamente.

No había viento; la luna, ya elevada y casi llena; todo era silencio; siluetas de árboles exóticos cubiertos de plantas parásitas y lianas; una calma profunda, escuchándose sólo el murmullo del agua al paso de la embarcación; el cielo, estrellado. Ese silencio es interrumpido un momento por el canto de una novena que llega desde pobre capilla situada sobre la ribera, entre cocoteros. El oleaje del mar, hacia el cual bogamos, hace balancear nuestra piragua. Navegamos así cinco horas, llegando a nuestro destino como a las 11 y ½ de la noche. Nuestra embarcación pone proa a la orilla y con ayuda de un rodillo la hacemos subir sobre la arena, donde queda en seco.

No hay señal de vida, salvo los ladridos de un perro; me dirijo a él y llamo a la ventana de una cabaña, medio oculta bajo los árboles, de la que sale un hombre. Las carretas que deben conducirnos están más lejos y voy hacia ellas con los dos marineros, uno de los cuales carga el equipaje mientras el señor Kock queda al cuidado del que no hemos podido llevar con nosotros. Después de un cuarto de hora de seguir la playa estamos todavía separados de la tierra firme por un curso de agua. A pesar de nuestros gritos no aparece nadie en la orilla opuesta, pero diviso una piragua amarrada a cierta distancia y decido a uno de los marineros a entrar en el agua para tomarla; por este medio pasamos a la otra ribera, donde después de golpear repetidamente en la puerta y en la ventana de una cabaña conseguimos que se levante el dueño del albergue. Los marineros van en busca del señor Kock y del resto del equipaje.

Habíamos pedido la carreta con anticipación y los bueyes de tiro estaban atados junto a las ruedas; todo esto en pleno bosque. La carreta, muy pequeña, es baja y está cubierta con un trenzado de hojas de palmera y bambú. Mi compañero, yo y el equipaje cabemos allí muy apretadamente.

Como a medianoche rodamos dulcemente al paso de los bueyes siguiendo la orilla del mar; nuestro guía viene a pie, armado de una rama para apresurar la marcha del pacífico tiro. La noche es fría. Hacia la madru-

gada marcho a pie tras nuestra pequeña carreta. A las 11, personas y equipajes embarcamos en una piragua conducida, como la primera, por dos hombres. Sentados en el fondo de la *canoa*, uno frente a otro, sacamos nuestras provisiones y almorzamos alegremente.

A mediodía llegamos a la ciudad de Guaratuba, aldea muy pequeña, con una iglesia y una sola embarcación en el puerto. Nos dirigimos a casa del comerciante señor Liberato. El comercio de la localidad es el azúcar, el arroz y la mandioca. Insistiendo mucho para ponernos en marcha lo más pronto posible, conseguimos una carreta un poco más pequeña que la otra y tirada por una mula que marcha al paso por la orilla del mar, sobre una playa sin desigualdades. La maldita carreta es coja de una rueda y a cada vuelta que da nos sacude rudamente. Así hacemos tres leguas. A las 3 y ½ nos cierra el paso un río. Son vanos, durante largo tiempo, nuestros gritos para conseguir una piragua, hasta que al fin diviso a un pescador y podemos embarcarnos de nuevo, pasando durante dos horas, más o menos, de un curso de agua a otro, hasta llegar — después de cruzar un río — a casa de un señor Franco. Comenzaba a cerrar la noche.

El señor Franco es un pequeño propietario y agricultor para quien tenemos una carta de presentación, que le leo, y le pido que vaya a una legua de distancia, aproximadamente, para buscarnos una carreta. Envía a su hijo, y nosotros, entretanto, sentados sobre un madero cerca de la cabaña, sacamos algunas provisiones. Mientras comemos, pasamos a nuestros huéspedes un pedazo de pan, un trozo de pollo y un vaso de vino; todo el mundo asiste a la fiesta y hasta los perros toman parte en ella. Esperando la llegada de la carreta los dos viajeros nos tendemos sobre unas tablas (cama marquesa, nombre verdaderamente hiperbólico). Estamos entre una nube de humo que proviene del hogar y que no molesta lo más mínimo a monstruosas arañas que pasean sobre los muros, a algunas pulgadas de nosotros.

A la 1 y ½ de la noche estamos de nuevo encogidos dentro de nuestra tercera carreta, más chica aún que las otras y que cojea que da gusto.

Llegamos así a las 8 de la mañana a la punta de San Francisco. Todavía una piragua más y un buen viejo remero; también era vieja la piragua; el agua entraba por todas las partes podridas que acabábamos de ver tapar a medias delante de nosotros con pedazos de trapo introducidos con la punta de un cuchillo. El señor Kock se mostraba poco inclinado a ocupar el bote, pero por último partimos después de colocar algunas tablas en el fondo para aislarnos, entreteniéndose el batelero en achicar de tiempo en tiempo, con una calabaza.

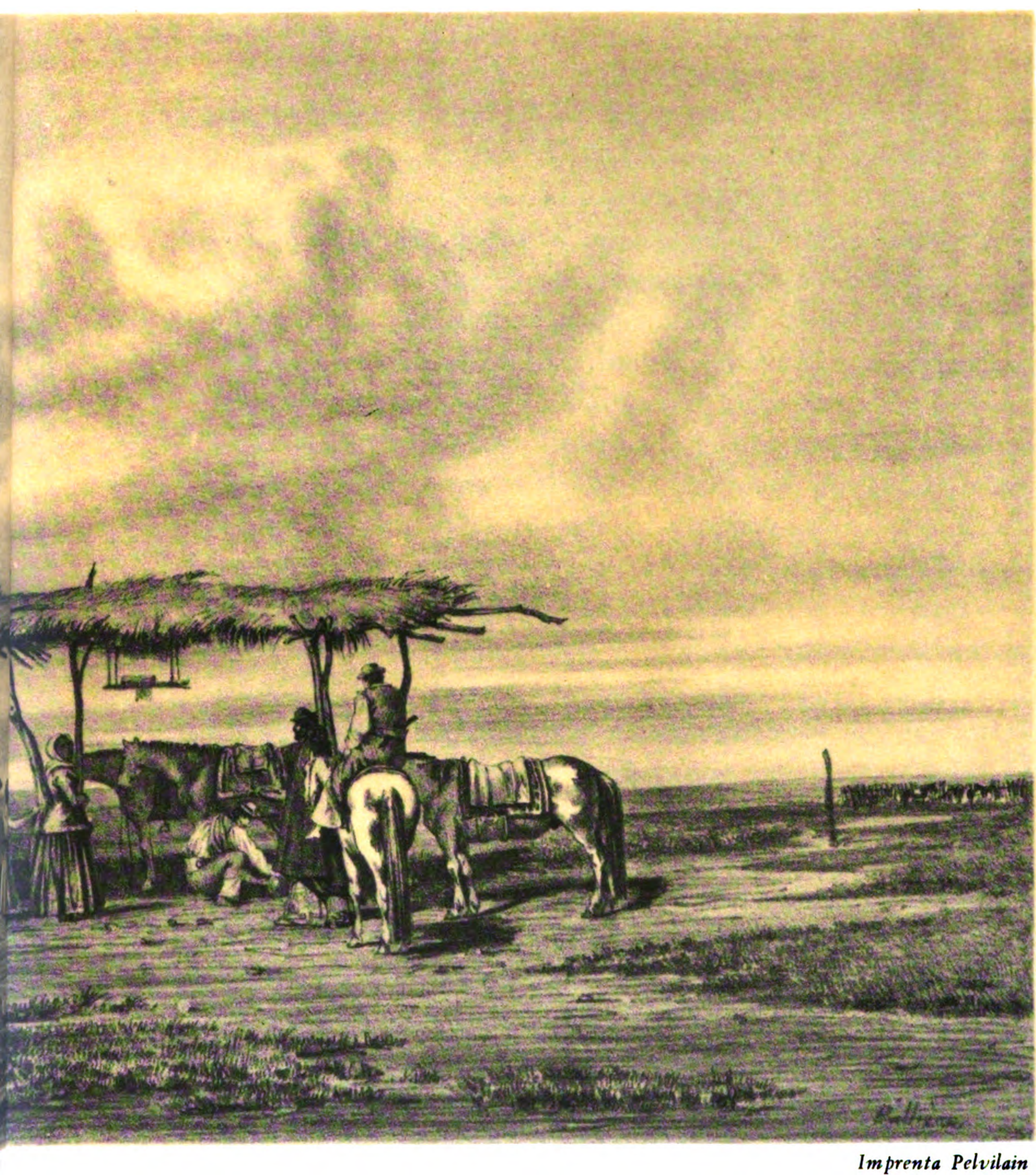
La niebla se hace cada vez más intensa y una hora después de nuestra partida no vemos tierra por ningún lado. El botero nos pregunta si distinguimos delante de nosotros la silueta de un yate que vimos poco antes, pero éste también se había esfumado. La situación está llena de interés y adquiere un ligero tinte dramático; mas el yate surgió de nuevo y nos acercamos a él para preguntar de qué lado estaba la tierra. Se nos da una indicación y la piragua reanuda la marcha. La tierra no aparece y el yate se pierde en la bruma. La calabaza achica de vez en cuando la piragua y el tiempo nos parece extremadamente largo. Por fin grito ¡tierra! Advierto una casa encaramada en las nubes; después, otra al nivel del agua. Nuestro botero, medio ciego, no ve todavía nada, pero poco importaba. Necesitó aún mucho tiempo antes de reconocer dónde se hallaba, pero nosotros teníamos seguridad completa; oíamos las campanas; y al doblar una punta nos encontramos en San Francisco poco después de mediodía.

San Francisco es una ciudad bastante bonita, edificada a la orilla del mar sobre la isla del mismo nombre. En el puerto se hallan numerosos botes con cubierta; su comercio consiste en azúcar, maderas y mandioca. Nos dirigimos a casa del señor Nicolau Machado, negociante que tiene dos almacenes con un poco de todo. Pone a nuestra disposición una sala del primer piso, casi repleta de cajones de tejidos; tenemos agua para lavarnos y almorzamos el resto de nuestras provisiones, a lo que él agregó pan, del que carecíamos, y café. Habíamos solicitado inmediatamente que nos



Peint par Pallière (Peuser S. A.)

LA PO
(Santa Fe - Rep



Imprenta Pelvilain

OSTA
p. Argentina)

procurara caballos, lo que hizo con la mejor voluntad del mundo. Le dejamos a las 2 de la tarde. En el momento de partir me entregó dos cartas para Santa Catalina, una de las cuales contenía 250 francos. Nuestro equipaje va atado sobre un caballo que carece de arnés apropiado, por lo que para cargarlo son de gran utilidad mis recuerdos de la Cordillera, dado que las gentes que nos ayudan no parecen conocedoras de ello en absoluto.

El sol es muy fuerte; el camino, no muy malo; pasa a través de setos, plantaciones y bosques donde se desarrolla, bajo mil formas diversas, todo el lujo de esta admirable vegetación brasileña. Descendemos de los caballos ante una casa situada en una llanura rodeada de montes tupidos; un lugar de encanto. La casa es del señor Camachò, para quien tenemos una carta de presentación. Llamo largo tiempo a la puerta, luego en la ventana, apareciendo por fin en ésta la figura de una mujer desdentada, vieja y de un aspecto farisaico. Se sucede una larga conversación, pidiendo ver al señor Camacho, o al menos que se nos procuraran caballos, para lo cual invocaba mi carta, las leyes de hospitalidad y la exigencia que teníamos de continuar la marcha lo más pronto posible. El monstruo femenino me dice que el señor Camacho está ocupado en recolectar habichuelas, que allí no había caballos (yo veía tres en la pradera); y al final de cuentas, no quiso abrir la puerta. Utilicé los mayores esfuerzos de elocuencia, empleando la dulzura y aun alguna cosa más; y como la virtud es siempre recompensada, la puerta se abrió.

Mientras tanto, el señor Kock había partido a caballo con uno de los guías que nos condujeron hasta aquí y estaba precisamente en el sembrado de habichuelas con la carta de presentación para el señor Camacho, pero bien pronto regresó descontento porque aquél le indicó que las habichuelas estaban ante todo; que nosotros fuésemos con el equipaje hasta donde él se encontraba y que allí vería lo que podría hacer para procurarnos caballos.

Estoy mucho menos desesperado; he hecho (ella tuvo la bondad de confesármelo más tarde) la conquista de la señora Camacho, a la que por último pude ver. Es una mujer de 72 años, llena de buen sentido y de

refranes de Sancho Panza; escuché sus lamentaciones con mucha paciencia, lo que le procuró un momento de consuelo. Me habla del pasado y del presente; de su juventud, de sus amigos, de lo que ha perdido, de su vejez, de su aislamiento, pero todo esto con una virilidad de espíritu y una melancolía que no carecían de grandeza. Nunca había tenido hijos, y para resarcir su naturaleza cariñosa crió una cantidad de ahijados, niños sin familia, que estaban casi muertos, con un pie en la tumba, como ella decía, llorando todos los difuntos que la habían precedido.

La primera mujer que me habló desde la ventana es una de sus hijas adoptivas, casada y con un enjambre de chicos, que vive en otro rincón de estos bosques y que fué enviada con la misión de preparar al señor Camacho en nuestro favor.

En esto estábamos cuando, jinete en un caballo muy brioso, llegó el señor Camacho, anciano de cerca de 80 años. Echó pie a tierra lentamente y nos tendió la mano de la manera más amistosa del mundo, y en los términos más amables puso a nuestra disposición su casa y todo lo que pudiera ser de nuestro agrado. A partir de este momento la conversación no decayó más; nos contó su vida, nos habló de sus trabajos, de sus plantaciones, de sus fábricas, de las medidas tomadas por él contra los indios salvajes, de las sesiones de la Cámara provincial de Santa Catalina, etcétera. Había sido teniente coronel en tiempo de los portugueses, tenía un enorme conocimiento local y una manera militar y cortés, por todos conceptos de otra época. Citaba refranes con frecuencia en la conversación, y recuerdo uno, sin olvidar que era él quien nos hacía servicios: "Un cuchillo que no corta y un amigo que no sirve a otro amigo, es preciso arrojarlos lejos".

Sin dejar de charlar se nos sirve primero el café; luego, dos horas después, una pava de arroz y té. Nuestras camas estaban listas y a las 10 de la noche reposamos bajo este techo que nos acoge tan bien, después de una entrada en materia tan desalentadora.

A las 8 de la mañana me pongo de pie y mi compañero de viaje no



APUNTES DE UNA LIBRETA DE VIAJE

tarda en hacer lo mismo, porque deseamos partir a las 4; pero los caballos no llegan y además la tempestad gruñe en el horizonte y principia a llover. A las 6 comienza a apuntar el día, y nos ponemos en marcha. El adiós a nuestro huésped es afectuosísimo; nos entrega cartas de recomendación, y la caravana se interna en el bosque de magnífica vegetación tropical cubierta de rocío. De tiempo en tiempo pasamos al lado de cabañas con algunas plantaciones alrededor, generalmente aisladas, pero a veces formando pequeños grupos.

Después de una o dos horas de marcha nos encontramos en la orilla del mar; seguimos la playa dirigiéndonos siempre hacia el sur. Vamos lo más cerca posible del agua, para que los animales encuentren firme el suelo de arena. No hay una sola piedra en el camino, todo es arena fina sembrada de conchillas.

Como a las 10 de la mañana llegamos a la desembocadura del Aracuari, que separa la isla de San Francisco del continente. Allí encontramos pescadores en gran número. Desensillamos nuestros caballos y ponemos en una piragua los aperos y el equipaje, embarcándonos también nosotros. Así nos transportan a la otra orilla. Los caballos pasan a nado uno detrás de otro, escoltados por piraguas tripuladas cada una por dos hombres; uno, con una pagaya hace avanzar la embarcación, y el otro tira de la cuerda que lleva al cuello el animal. Terminado el transporte ensillamos de nuevo, cargamos la mula y seguimos por la playa.

Mientras pasan el río nuestros caballos, miro cómo pescan: dieciocho hombres, por lo menos, recogen una red que puede muy bien contener 36 pescados (tainas). Algunos pescadores estaban despojados de toda clase de ropas, y la mayoría, tan sólo con la camisa. La red no era muy grande. Parecían muy satisfechos de sí mismos, como gentes que trabajan seriamente. Los pescados se cortan en dos a lo largo, se salan y después los secan al sol, lo que constituye la base de su alimentación, con un poco de harina de mandioca. Viven en estado salvaje por completo; su sobriedad es grande, pero proviene solamente de un gran horror al trabajo.

Siempre la playa, la ola que rueda rugiendo de manera ensordecedora y que muere en espuma bajo los cascos de nuestros caballos. El río Itapecu nos corta el camino; llamamos a grandes gritos a la otra orilla, que parece deshabitada; pero viene una pequeña piragua, que hace agua, dirigida por un muchacho de unos 12 años, que en dos viajes nos transporta con nuestro equipaje a la duna del otro lado de la boca del río, que tiene una barra muy respetable. Luego les toca su turno a los caballos. Los dejamos cerca de la cabaña de donde vino la piragua; han terminado su trabajo y el criado del señor Camacho los recogerá después de habernos conducido en piragua hasta nuestro destino. El paso de las bestias es tarea larga por ser indóciles. El cielo ha estado cubierto todo el día y cayó una lluvia fina. No podemos poner todo el equipaje de los dos en la pequeña piragua, por lo que se pide una segunda, chica también y muy mala, gobernada por un pobre viejo. El señor Kock sube en ésta y yo en la otra, que es conducida por nuestro guía Chiquinho, dividiendo entre ambas el equipaje.

Remontábamos el río cuando Chiquinho observó que el viejo tomaba la dirección contraria; le gritó que volviera, pero era sordo y estaba medio borracho de aguardiente; al fin el señor Kock le arrancó la pagaya de las manos, se puso a remar a derecha e izquierda y consiguió llegar a la otra orilla, donde depositó al viejo para tomar un muchacho de unos 20 años. El momento había sido dramático porque la corriente era fortísima y la piragua estaba a pocas brazas de la barra, donde debió indudablemente volcar. El señor Kock sabe nadar, pero con sus botas altas se hubiera salvado difícilmente; en cuanto al viejo, habría perecido, yendo a parar las tres cuartas partes de nuestro equipaje a mar abierto. El señor Kock no dudaba de nada; pero desde la orilla una mujer y un chico habían comenzado a perder la esperanza.

Al fin partimos remontando el río solitario, de un curso bastante tortuoso, con bosques en ambas orillas y sin traza humana alguna. Un martín pescador y una enorme cigüeña blanca levantan vuelo delante de nosotros

y van a posarse un poco más lejos; pero la cigüeña abre de nuevo sus grandes alas cuando nos aproximamos. Nuestros botes se inundan y ponemos en el fondo algunos palos para elevarnos un poco, lo que no nos impide estar sentados a medias en el agua. No hay más que una sola calabaza para achicar el líquido y tenemos que detenernos de tiempo en tiempo para pasarla de una piragua a la otra.

Son ya las 7 de la tarde, más o menos, y es enteramente obscuro cuando llegamos a una pequeña aldea en la que todas las casas están cerradas. El viaje en piragua es muy fatigoso porque cuando es pequeña el menor movimiento puede hacerla zozobrar y es necesario mantenerse completamente inmóvil. Llegamos a la puerta de la casa del señor Miguel Soares da Rocha, el primer negociante de Barra Velho, nombre del villorrio. Le entregamos la carta de presentación y puso a nuestras órdenes su casa. En trances tales no se espera a que lo digan dos veces: se despoja uno de la manta, las espuelas, los zapatos o las botas, se calzan pantuflas en caso de necesidad, se seca uno si se puede y se conversa esperando que ofrezcan algo de comer. Fuimos afortunados porque un momento después nos trajeron pescado seco, pan, vino y té; esto era magnífico y la primera comida que hacíamos en el día.

El señor Miguel, cuando entramos, estaba con los codos puestos sobre una mesa redonda que ocupaba casi la totalidad de la sala y leía la Biblia, alumbrado por una vela humeante, con la cabeza envuelta en una especie de pañuelo de indiana colocado en forma de turbante. Ojos negros, brillantes, levantados en las extremidades, una barba negra cerrada y reluciente, sobre la que se destacan los dientes blancos y hermosos, que él muestra a cada momento riendo siempre con una risa bastante extraña. Este lector de la Biblia, desde las primeras palabras nos dijo que sufría de exceso de juventud; después nos habló de viajes por Africa, de peligros corridos, etc. en estos países. Nuestro huésped era un ex piloto o ex capitán negrero.

Mientras hablamos y comemos — comida que él no tocó —, llega un

portugués que había hecho llamar y que nos comunica que no es posible proporcionarnos caballos para partir inmediatamente, lo que no estaba en mi mano remediar, quedando resuelto que lo haríamos al apuntar el día. Llueve un poco. En la habitación en que nos encontramos fueron colocados dos catres de tijera; nuestro huésped se fué a otra habitación y bien pronto dormía yo con el sueño del justo bajo la tienda de nuestro bíblico negrero.

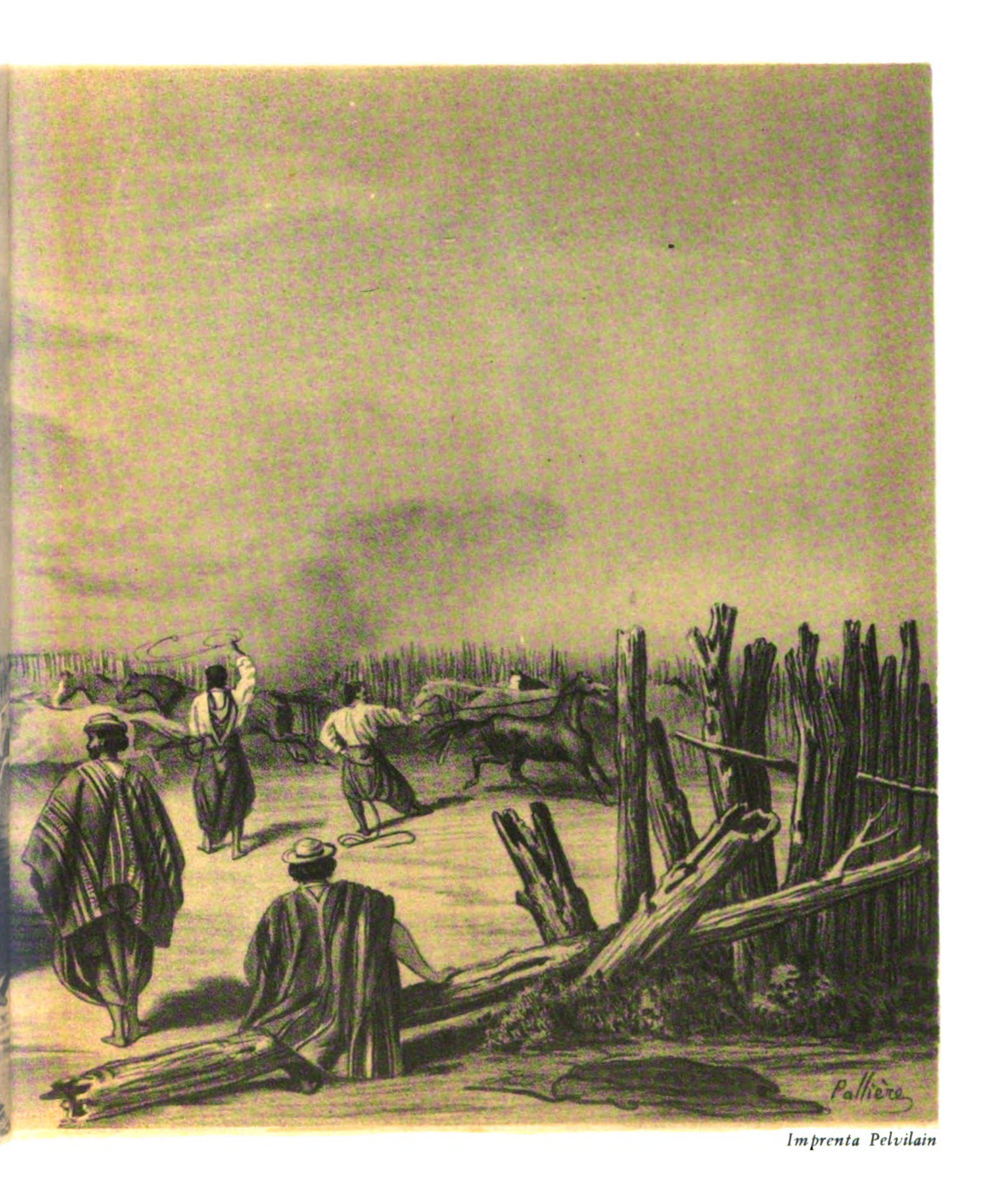
Antes de que amanezca se hallan tres caballos a nuestra puerta; el que transporta el equipaje toma la delantera conducido por el muchacho portugués de 16 años que lo lleva de una cuerda, mientras que nosotros tomamos una taza de café. Después de despedirnos, nos instalamos en nuestras nuevas monturas y cinco minutos más tarde estamos otra vez siguiendo la orilla del mar. Encontramos todavía algunas cabañas, algunos caminantes, algunos grupos de pescadores que recogen sus redes; luego me adelanto solo después de haber consultado a mi compañero. El vigilaría el equipaje, mientras que yo, alcanzando antes que él a Itajahy, me arreglaría de manera de preparar otros caballos para continuar nuestra marcha tan pronto como él llegara. Partí, pues, al trote corto, informándome de unos y otros sobre el camino, el que, por lo demás, es bastante fácil y sólo en un sitio debí tomar probablemente un baño en un arroyo que creía vadeable, si no hubiese sido prevenido a tiempo de que el pasaje estaba más lejos. Crucé otro riacho que una hora después tuvo que pasar en piragua el señor Kock, porque había crecido mucho con la marea. Atravesé una pequeña ciudad con verdaderas casas y una iglesia; la feligresía o parroquia de Peña.

Dejo un momento la playa, cruzo terrenos divididos en chacras, poco cultivados por cierto, y diviso en la ribera que de nuevo se ofrece a mi vista la ciudad de Itaparacoroia, toda blanca y adosada a una montaña. Verdaderamente contento sigo la orilla creyendo estar al fin en mi camino y tomando esta ciudad por Itajahy. Salgo de mi error y volviéndome hacia la derecha trepo la montaña por un camino carretero trazado en buena tierra

Peint par Pallière (Peuser S. A.)

EL CO

(Rep. Arg



Imprenta Pelvilain

ⁱRRAL
ʳgentina)



SOLDADO DE URQUIZA (Oleo)

roja, entre laderas cubiertas de árboles. Desde allí contemplo a mis pies llanuras con un aire de vida completamente distinto del país que acabo de recorrer. Casas, flores, animales y hasta caras lindas en ciertas ventanas. Después de haber subido, bajado y vuelto a subir en zigzag, tomo de nuevo la playa casi desierta y continúo así más de una hora. No descubriendo aún la ciudad deseada, sigo las huellas de una carreta que van rectamente a perderse en arboledas taladas que forman como una especie de cortina bastante baja que sigue paralelamente al mar. A distancia de veinte brazas veo terrenos más o menos arbolados y cabañas no muy distantes unas de otras. Me acerco a una de ellas. El dueño, con aspecto de campesino, indio y negro a medias (caboclo), con una nidada de hijos, está acurrucado junto a una tabla cubierta de deformes estatuas de yeso pintadas, que un traficante italiano acaba de colocar. Industria enteramente italiana. Pregunto si Itajahy está cerca, y me dicen que a media hora de camino. Quiero comprar pan, pero no hay; pido bananas, y tampoco.

—¿Quiere usted comer conmigo? —me dice el dueño de la cabaña—. Tengo pescado.

—Gracias —le contesto—. La ciudad está cerca, según usted me ha dicho, y sólo deseo alguna cosa que pudiera comer a caballo y en marcha.

—Espere. Ve —dice a un chico— a buscar una galleta.

La trae y tomo la mitad de ella, dando una moneda al niño.

—No es necesario la plata — dice el padre, y da la otra mitad de galleta al italiano.

Me alejo siguiendo mi camino; había dejado la moneda a cambio de la galleta; pero anoto este recuerdo por característico. Hubiese podido igualmente comer muy bien con este hombre sin pagar nada: pescado seco y harina de mandioca. En otra ocasión veo que ordeñan una vaca, y sin descender del caballo pido leche, que me alcanzan en la jarra que la contenía, lo cual, entre paréntesis, era tan incómodo que apenas pude beber. Quiero pagar pero el hombre me dice que el dinero es innecesario.

Para volver a mi camino encuentro cerrado el paso por un ancho río. Crucé entre una multitud de pequeñas chozas techadas de paja, habitaciones de madera o de piedra, mientras que del otro lado veía ahora la verdadera ciudad de Itajahy, aldea elevada hace un mes a la categoría de ciudad municipal; tiene casas de piedra o ladrillo, techos de teja y un cierto número de barquitos anclados. Dejo mi caballo — que ha cumplido sus servicios — al batelero encargado del pasaje para que lo entregue al alquilador que venía con el equipaje, y atravieso en piragua el río Itajahy.

Me dirijo a casa del señor Antonio Pereira Liberato, hermano del señor Liberato de Guaratuba; entrego la carta de su hermano y le ruego que nos procurara caballos — Se come — en general — a las 3. Pasamos al comedor. Tenemos pescado seco, agua, pan y bananas fritas; así es que la única diferencia entre la comida que me dió el primer comerciante de Itajahy y la que me ofreció el *caboclo* consistía en el pan y en las bananas fritas. No por eso lo pasé menos bien. Luego hago un paseo por la orilla del río, que es casi la única calle, mientras en el salón del señor Liberato se celebra una reunión preparatoria para las próximas elecciones municipales.

A las 4 de la tarde llega mi compañero, a quien recibo cuando baja de la piragua. El equipaje es conducido a la casa mientras come su plato de pescado seco y quedamos esperando los caballos. En fin, a las 9 de la noche y a la más bella claridad de luna, nos ponemos en marcha. Monto un excelente caballo blanco; un mulato lleva de la cuerda el animal que conduce el equipaje y que yo había cargado con el talento particular que tengo para ello; es necesario que lo confiese sin modestia: soy un arriero aficionado muy distinguido.

Poco después de nuestra partida, la ruta corre por una montaña a través de un bosque espeso, de grandes y bellos árboles que nos privan de los rayos de la luna, y, para colmo de desdichas, el camino muy a pique está destruído en todas partes; es como una escalera con agujeros. Ya muy ocu-

pados con nosotros mismos, vemos caer al animal de carga. Salto a tierra sin mirar, dando traspiés y asediado por ideas locas y desoladoras. ¿Se habría roto una pata? ¿Será necesario descargarlo? ¿Será posible hacerlo en este terreno desigual y en la obscuridad? ¿Nos dejará obrar dócilmente? Hacía muy poco que lo teníamos con nosotros para que pudiéramos conocer sus condiciones, y ya en Itajahy nos habían anunciado que no estaba acostumbrado a llevar bultos y que tendríamos quizás que poner la carga en uno de nuestros caballos. Me habían manifestado también que el animal que montaba tenía la costumbre de encabritarse; precisamente por esto lo había yo elegido. ¿Haría alguna resistencia cuando yo quisiera volver a montar? Estos son momentos en viaje que emocionan a los más tranquilos.

Me acerco al pobre animal sin perder tiempo; levanto la carga de un lado; hace un esfuerzo, para caer de nuevo; luego un segundo esfuerzo y se pone de pie. Marcha; no hay fractura en las patas. No sé cómo el animal me ha dado un golpe en la pantorrilla, pero no siento dolor. Mi caballo blanco se deja montar como un cordero y se pone en marcha a través de los hoyos. Pobre bestia, ¡con qué fuerza y con qué coraje! Terminamos de descender este "resbaladero" y volvemos a la playa, esta vez con alegría, ya que, por monótona que fuese, al menos no había obscuridad ni agujeros.

Ni un alma viviente; nada más que el ruido de las olas. Por primera vez nuestro mulato, que dormía caminando, hizo un descubrimiento a la derecha. Llamamos con golpes redoblados a la puerta de una cabaña, pero nadie responde. Con más suerte, algo más lejos, nuestro guía reconoce el camino; estamos en la orilla del río Cambiriu, donde del otro lado hay una pequeña aldea. No sin haber golpeado largo tiempo y sostenido un extenso coloquio, el remero encargado del pasaje concluye por abrir la puerta. Es medianoche.

Queremos, en primer lugar, pasar el río. Llevamos una carta para un habitante de la aldea; pero en verdad había algo de burlesco en ir a visitar a gentes a esta hora, aunque, por lo demás, nosotros éramos muy capaces de

hacerlo. Sin embargo, preguntamos al botero si quería darnos asilo en su casa hasta que apuntara el día, en lo que consintió.

Desensillamos y desbridamos los animales, atándolos a unos árboles para que pudieran comer la hierba que había alrededor. Colocamos nuestro equipaje en la cabaña. Esta es exactamente como todas las que hemos visto. Una mujer está acostada sobre lo que llaman cama en estas chozas. En el suelo, sobre una estera, hállanse tres chicos. Se nos da una estera para los dos; puse mi valija de almohada, me quité solamente las espuelas, me eché encima mi manta y dormí, no tanto, pero tan bien como en Buenos Aires.

Como a las 4 de la mañana pasamos con nuestros equipajes y nuestras monturas a la otra orilla del río en una piragua; los caballos a nado, como siempre; el remero nos da una mano para aparejar y cargar los bultos sobre el caballo, y nosotros le gratificamos con una monedita además del precio del pasaje, por lo que se muestra muy agradecido, aunque, por otra parte, jamás demostró la más mínima impaciencia por haberle invadido la casa.

Después del paso del río, encontramos un alegre país en el que se experimenta de una manera marcada la transición a una zona más fría. Trepamos una montaña casi tan mala como la que escalamos la noche anterior; pero tenemos el día con nosotros. A mitad del camino se rompe la cincha de mi silla y tengo que continuar a pie llevando el caballo de la brida; esto dura bastante; nado en sudor por el ejercicio inesperado que me proporciona esta querida montaña. En fin, en una parada del descenso, remedio con un trozo de hilo esta pequeña desgracia y vuelvo a montar en mi animal, que a su vez tiene que subir y bajar un camino de cabras, muy pintoresco por cierto; pero hay momentos en que lo pintoresco está de más...

Pasamos cerca de una fábrica de azúcar, donde trituran la caña. Otro incidente: se rompe el freno de mi caballo; nuevo trozo de hilo; decididamente, mi caballo, que debía encabritarse, no puede ser más manso. Por último, poco antes de las 2 llegamos al río Tijuca. Hay dos poblaciones que forman una media legua de casas — próximas unas a otras en algunos pun-



PAISANO DOMANDO. Buenos Aires

tos — que constituyen aldeas. Llegados al lugar del paso, hacemos cruzar los caballos y el equipaje mientras nosotros decidimos efectuar un alto de dos horas. Buscamos algo para comer, mas en vano; la aldea en que hubiéramos encontrado alguna cosa, ha quedado muy atrás, y en las casas más próximas no hay nada. En las *ventas* (almacén de campaña), nada, ni pescado seco ni pan. Consigo tres galletas y cinco bananas; como las bananas, que a mi compañero no le gustan, y él acepta una galleta, la que con naranjas forma su almuerzo. A nuestro turno pasamos a la otra orilla en la piragua; y al atravesar bebo agua en una calabaza para terminar mi almuerzo; nada más frugal.

A las 4 de la tarde partimos. El camino es bueno y se ve que nos acercamos a la capital de la provincia. Subimos a una montaña desde la que divisamos el mar a lo lejos y la bahía de Santa Catalina; al fondo se distingue la isla Arvoredo, que yo confundo con Santa Catalina y que me parece tan distante que ya desespero de llegar al fin de nuestro viaje. Cae la noche y continuamos nuestra marcha. Me estremezco pensando que pueda rodar el caballo de carga, que cojea un poco desde su caída y está caminando desde las 5 de la mañana con sólo dos horas de descanso a orillas del río Tijuca. Comienza a salir la luna, pero entramos en un gran bosque en el que no se distingue casi nada. Mi compañero protesta y no está dispuesto a avanzar más; lo hace casi contra su voluntad. Todavía unas cuantas vueltas en el bosque y descendemos una montaña rusa aterradora. Felizmente, con tanta obscuridad nada veo; el camino es bueno, pues de lo contrario hubiésemos rodado rompiéndonos brazos y piernas. Yo no sé por qué estoy tan tranquilo, persuadido de que todo saldría bien. ¡Y mi silla sostenida con una brizna de hilo!

Decididamente el señor Kock no está contento y propone que nos detengamos para hacer el resto del camino al día siguiente. Me opongo, continuando la marcha porque no sabemos la distancia real que nos separa de San Miguel. Algunas personas que encontramos nos dicen que estamos

muy lejos, que no llegaremos antes de medianoche, y no eran todavía más que las 8 o las 9; otras nos dicen que nos hallamos cerca, pero marchamos siempre sin llegar. En San Miguel tenemos que hacer una travesía en barco, cuya duración ignoramos. No tuve más alimento que mis cinco bananas y dos galletas, pero no siento fatiga; por el contrario, estoy sobreexcitado. Nuestro mulato comió perfectamente carne seca, alimento que nosotros no quisimos aceptar de ningún modo, pero este pobre muchacho había marchado todo el día. Bajo de mi caballo y le digo que suba, tomando yo la cuerda de la bestia de carga y abriendo la marcha.

Brillaba la luna; mis espuelas rodaban a cada paso, alegrándome con su sonido. Cuando me creí cansado entregué la cuerda al mulato y volví a tomar mi caballo, pero el reposo del pobre diablo le había enfriado un poco los pies, o no sé si lo haría para que me apiadara de él; el hecho es que caminaba penosamente. Entonces bajé de nuevo del caballo y marché despacio, hasta que hicimos alto, conduciendo yo el caballo de carga. Pero antes, tanto por hacer una concesión a mi compañero como por sentirme cansado, resolvimos pedir permiso para dormir en alguna casa.

El señor Kock fué a llamar a una puerta, pero nadie respondió; un poco más lejos tuvo más suerte; abrió la puerta una negra, pero el local y la huéspeda le disgustaron y fué más lejos. Encontró una casa abierta, pero pensó que había demasiada gente; esperaba hallar algo mejor, pero mientras tanto ¡caminábamos siempre! A partir de esta última casa, donde quiera que llamábamos, o no contestaban o se producía el siguiente diálogo:

—¿Quién llama? —Amigos. —¿Quiénes? —Viajeros; nuestros caballos están cansados, no sabemos qué distancia nos separa del fin de nuestro viaje. ¿Quisiera usted darnos una habitación cualquiera para ponernos al abrigo hasta el amanecer? —Lo sentimos mucho, pero tenemos enfermos en la casa —Mil gracias. Adiós.

Esta negativa de hospitalidad nos devolvió todo nuestro buen humor y resolvimos continuar el camino. A las 10 de la noche estábamos en un

villorrio o aldea, especie de suburbio de San Miguel, que también es una aldea. El señor Kock recibió aún dos negativas, y ya estábamos decididos a dormir en dos piraguas que estaban sobre la arena abrigadas por un techo, cuando nuestro mulato, que iba a caballo a la descubierta, volvió a decirnos que a un centenar de pasos un señor inglés estaba dispuesto a recibirnos en su casa.

En el umbral de la puerta, un joven corpulento, de mano ruda, nos acogió con todo agrado. En la primera sala había una montaña de arroz, y en un rincón dos muchachos dormían sobre esteras. Nuestras sillas y equipajes fueron depositados en esta sala y nosotros pasamos a una habitación que servía de comedor, con un banco de madera y una mesa ordinaria: casa de obrero. El padre se levantó para recibirnos y ofrecernos café.

Solicité permiso para retirarme. Se puso a nuestra disposición un lecho (marquesa) *muy* angosto para nosotros dos; pedí una estera, pero no había más. Su amabilidad llegaba hasta darnos lo que era probablemente la cama del hijo de la casa. ¿Cómo pedir más? Sin embargo, era demasiado estrecha para los dos y yo la cedí al señor Kock. Tendí mi manta en el suelo, puse la valija de almohada y cubriéndome con mi impermeable pasé, no obstante, una de mis mejores noches.

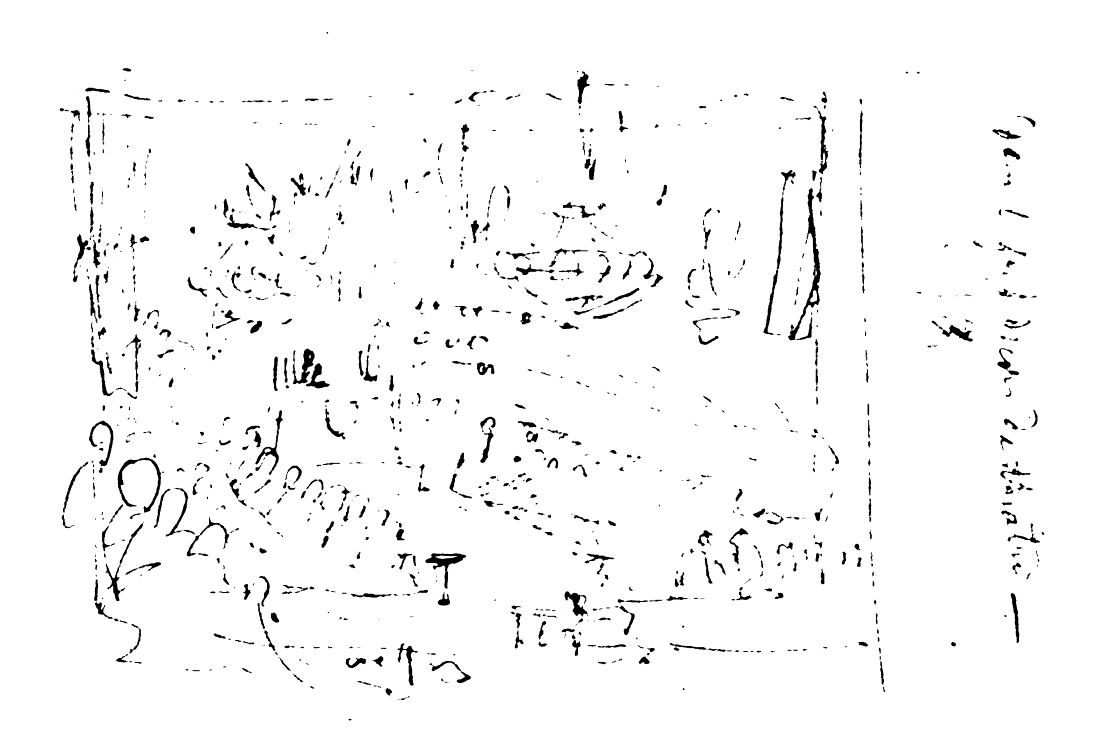
Por otra parte, no es porque haya pasado por lo que hablo de ello ahora filosóficamente; en el momento en que esto me ocurría ni experimentaba contrariedad ni hubiese hecho grandes esfuerzos para pasarlo mejor; estaba cansado, tenía sueño, no hacía frío y dormí como un bienaventurado.

Nos levantamos con el día y nuestros huéspedes nos ofrecieron café, leche, galleta y pan. Visité la fábrica que estaban construyendo para descascarar arroz. El padre es más o menos mecánico. La máquina me ha parecido muy bien concebida. Estuvimos allí como viejos amigos; ellos se ocuparon de proporcionarnos una piragua grande con tres remeros, y nosotros les dejamos hacia las 8 y ½.

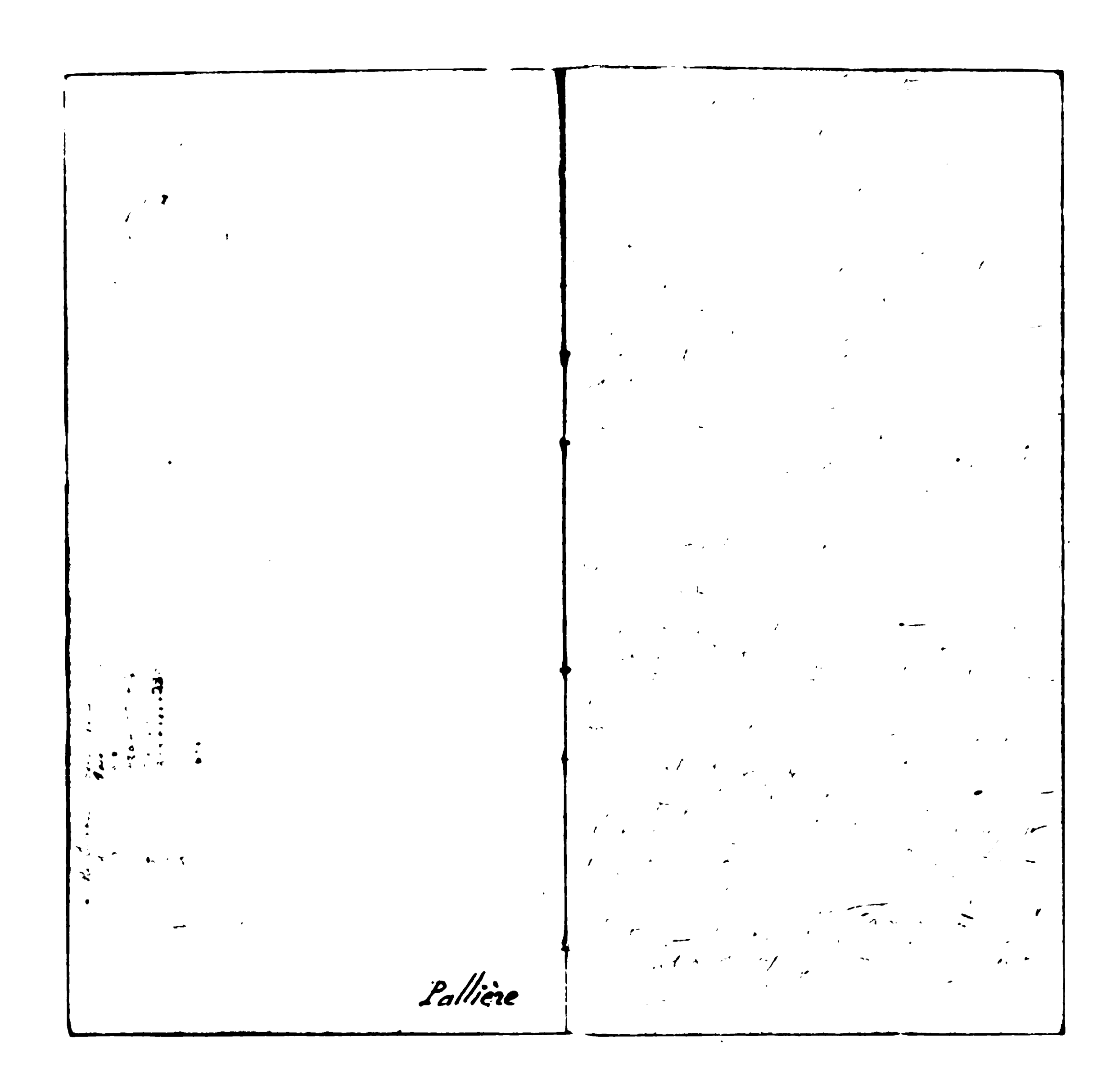
Cuando nos encontrábamos en medio de la bahía se levantó viento

de tierra; izamos dos velas y nuestra piragua nos llevó en tres horas hasta Desterro o Santa Catalina.

Desde el lugar que partimos — San Miguel —, lo que se ve parece una bahía, o más bien un lago rodeado de montañas por todas partes. Frente a uno, hacia el este, se halla la barra del norte de la isla, donde se encuentran fondeados los barcos de guerra; y en el costado opuesto está la ciudad de Santa Catalina, que sólo se distingue después que se ha doblado la punta de la isla.



PAGINAS DE LAS LIBRETAS DE APUNTES


Pallière

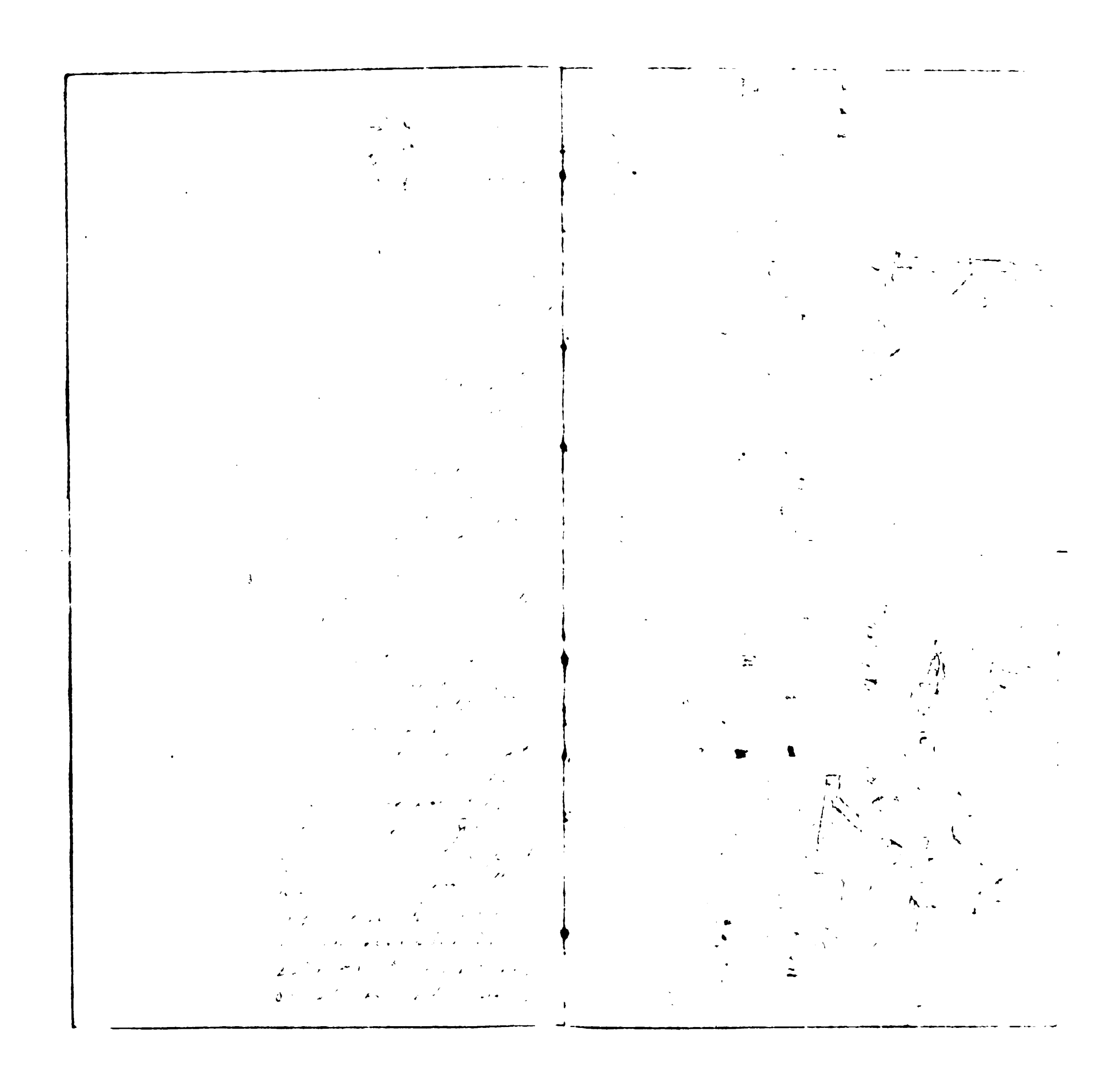
officier Péruvien, tout jeune homme des yeux espagnols aux regards longs, moustaches, grand et maigre. Il était 2e ou 3e officier dont l'on a été seulement quand eut lieu la révolution de Vivanco il se donna le commandement du navire le gal Castilla lui écrivit lui offrant 100,000 piastres. Il cloua la lettre au grand mât du navire jusqu'au [illegible] le monta [illegible] et menaça ceux qui le disaient de passer pour Castilla, un seul officier partit. Après la défaite de Vivanco, il fut à Callao et remit la Frégate sans condition. — Ce matin le courrier de P. A. est arrivé, j'ai eu mes chères lettres et c'est à peine j'ai eu le temps de la lire, j'ai répondu deux mots à bord on n'a pas une minute à soi l'on vient vous parler à chaque instant on ne s'appartient plus, cela ne peut être amusant que pour ceux qui n'ont rien dans la tête. Pendant que j'écris un de mes [illegible] s'arrête tranquillement à côté de moi pour voir s'il peut lire ce que j'écris — Part à 2 h. —

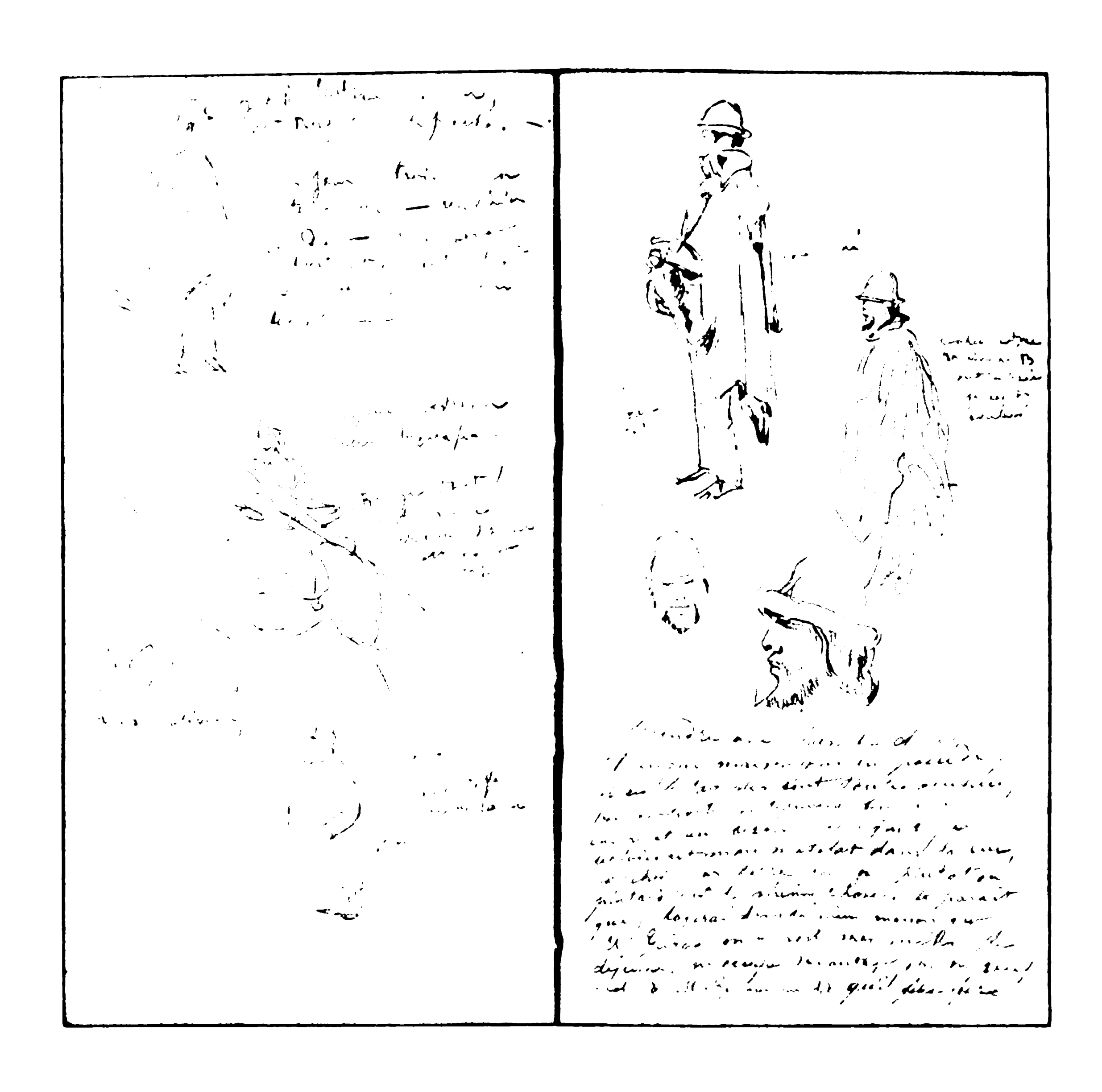
Teresa Casadiel de Viola — nom de la personne à qui j'ai remis un paquet de la part de Mr Ruelle — Il m'a fait remettre avec son [illegible] [illegible] [illegible] et des cougars [illegible] par les Indiens —

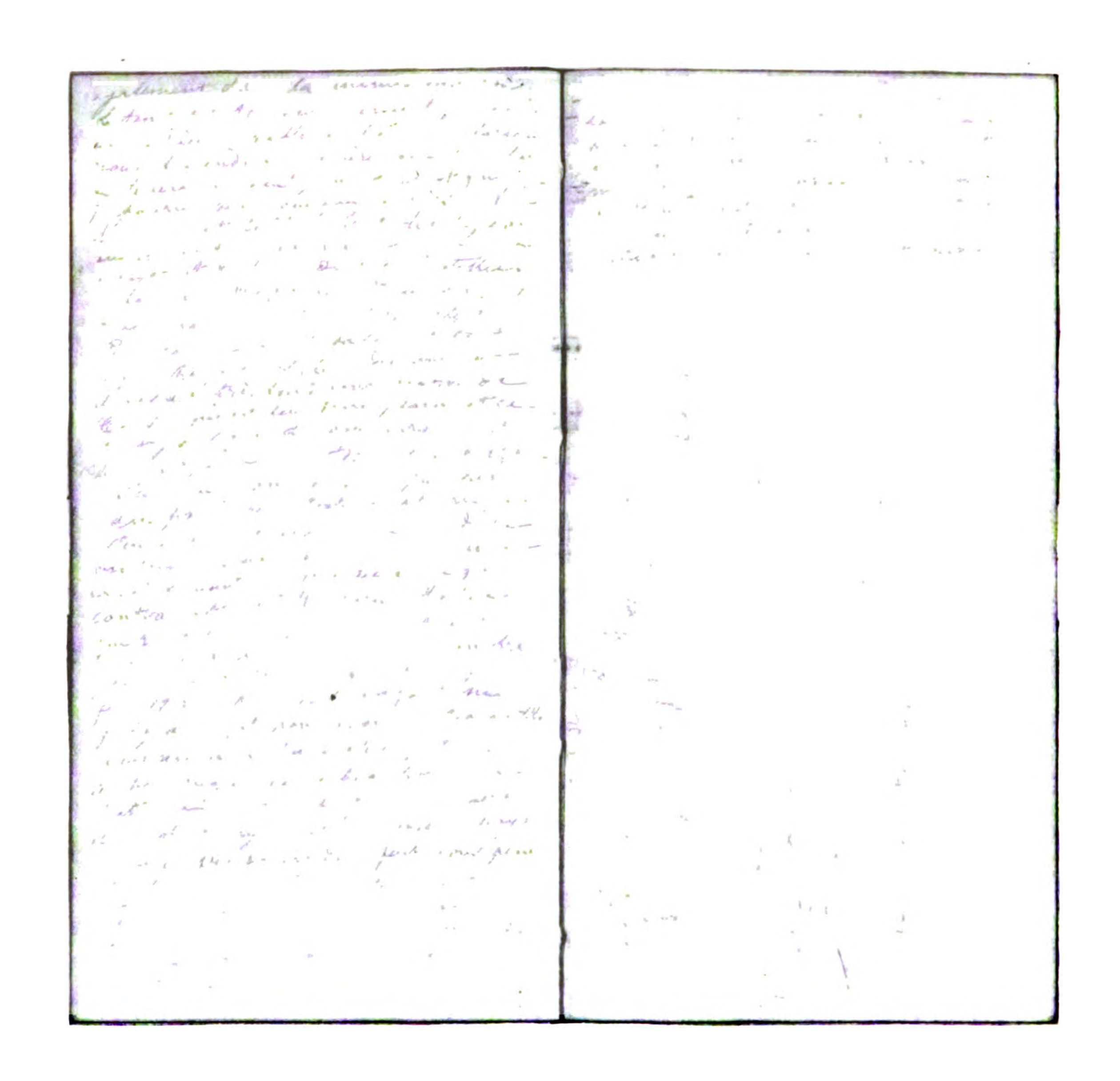
La mer est très grosse vent du nord nous suivons les côtes toujours un [illegible] [illegible] montagnes sans arbres le [illegible] est dégarni de passagers ils sont presque tous malades je ne sais comment mon [illegible] [illegible] [illegible] bien. Je [illegible] [illegible]. Je [illegible] [illegible] jusqu'à l'heure du [illegible] et je me couche la température un peu fraîche mais supportable.

17. Nuit très longue, en me réveillant [illegible] la mer presque calme cela me fait du bien. [illegible]

[illegible] toilette [illegible] [illegible] et vont les heures de salut [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] les noms [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] a Callao [illegible] [illegible] côte dans son [illegible] fut porter l'eau et [illegible] [illegible] qui continua [illegible]







midi [illegible] je laisse attel ma mule à sa guise et je me mets à rêver ou à chercher des distractions dans ce qui m'entoure. [illegible] nous arrivons aux les 2 fameuses [illegible] en question attaché dans le [illegible] chaîne de montagne qui s'étend devant nous et [illegible] nous [illegible] la cordillère [illegible] couvertes de neiges. [illegible] que [illegible] et combien cette fois [illegible] la distraction de mes poches et de sacoches qui sont dans ma selle. [illegible] anglais [illegible] une consolation quand on n'a pas [illegible] Dans les sacoches [illegible] une orange et un morceau de pain [illegible] frugal pour un déjeuner; l'orange a été donnée par une [illegible] et lui m'a laissé mettre dans ma sacoche [illegible] mais dans [illegible] tout le [illegible] conclusion elle était très bonne. Après cela [illegible] une cigarette.

Après [illegible] un plaisir [illegible] sur la [illegible] que celle qu'on peut avoir sur sa mule. [illegible] rochers ou trois [illegible] la [illegible] je me mets [illegible] un morceau

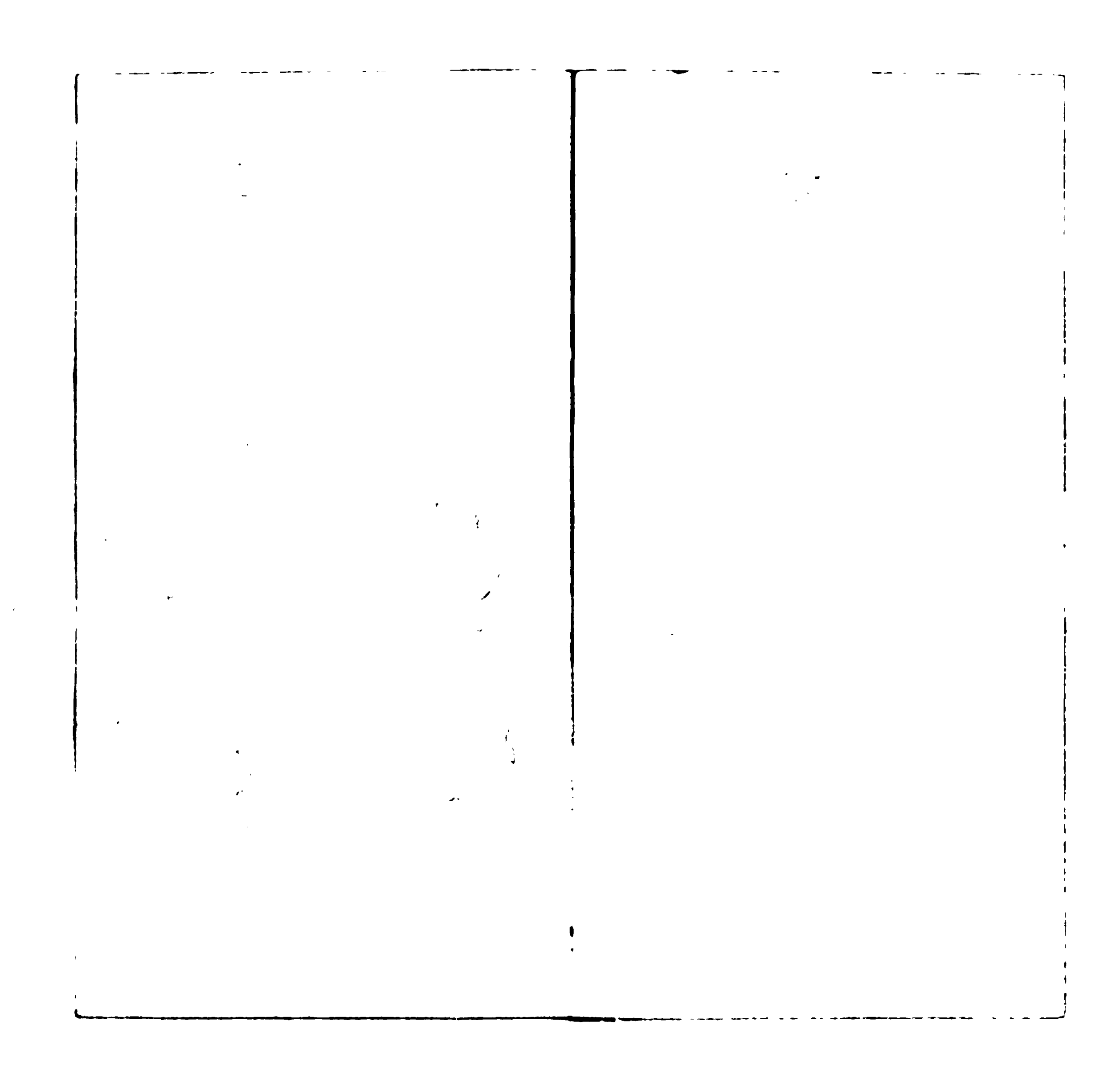
[illegible] un quart d'heure après [illegible] de force [illegible] au montant le pas allongé [illegible] compagnons [illegible] l'heure [illegible] de [illegible]

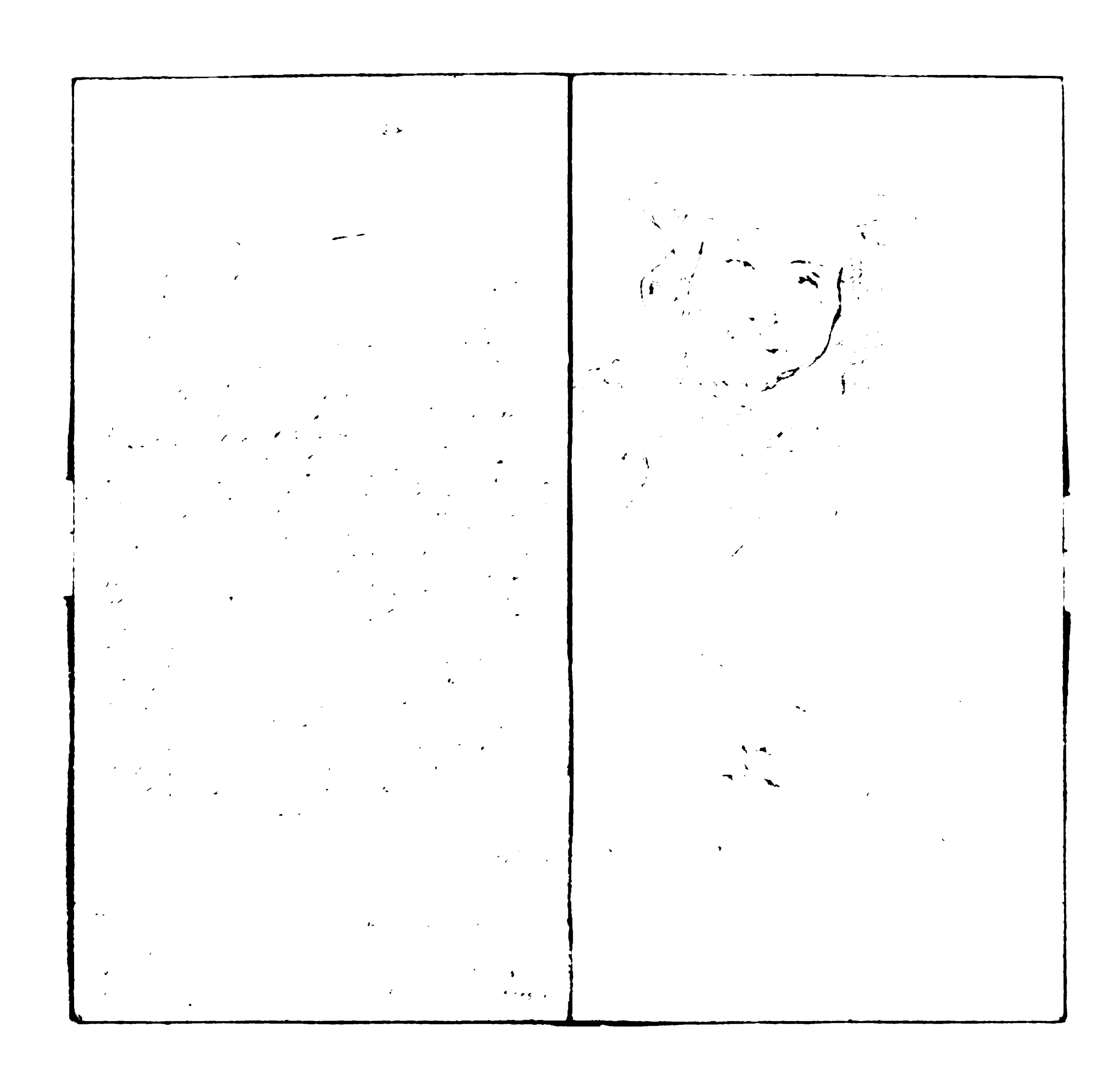
[illegible]

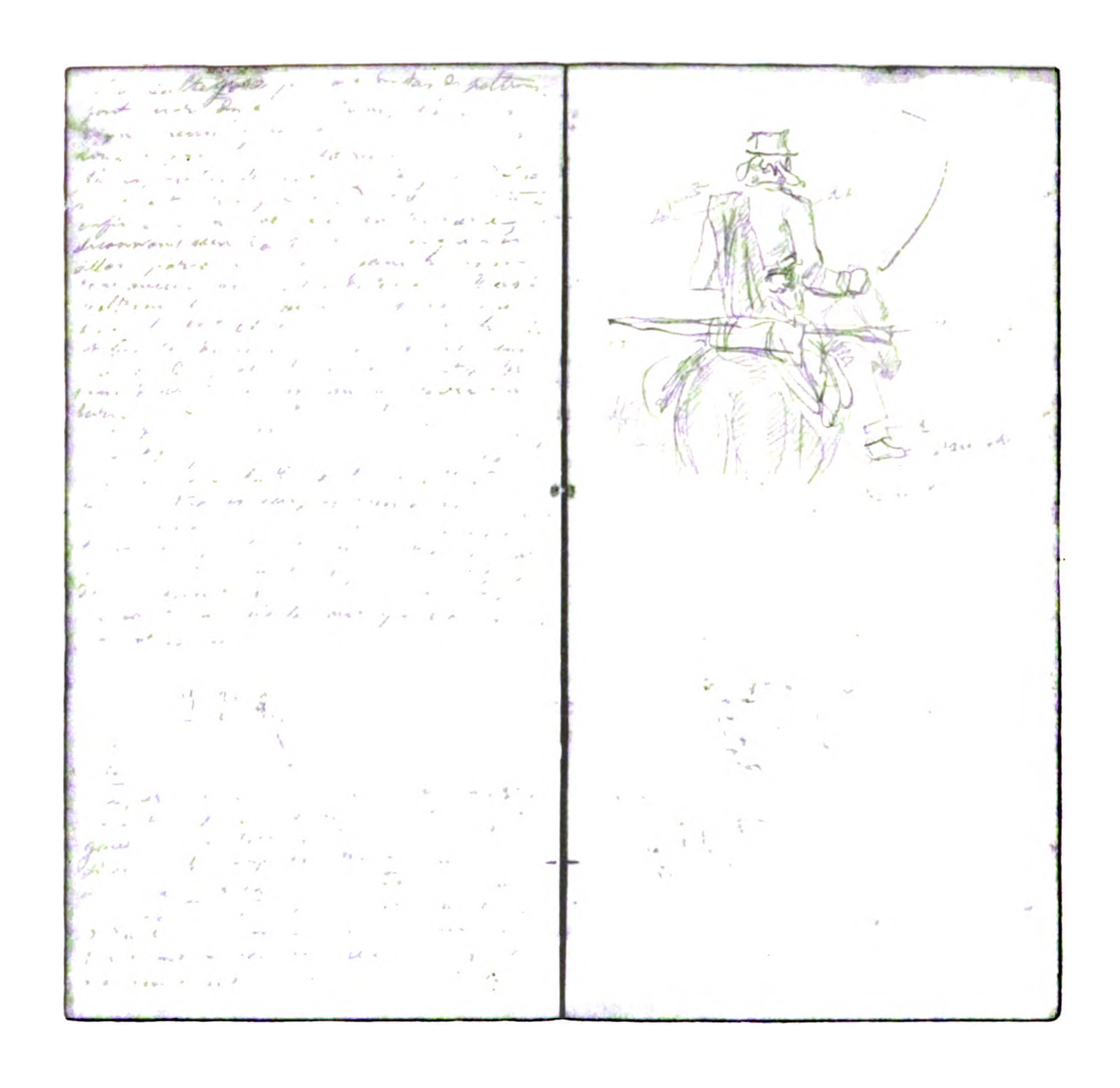
[illegible]

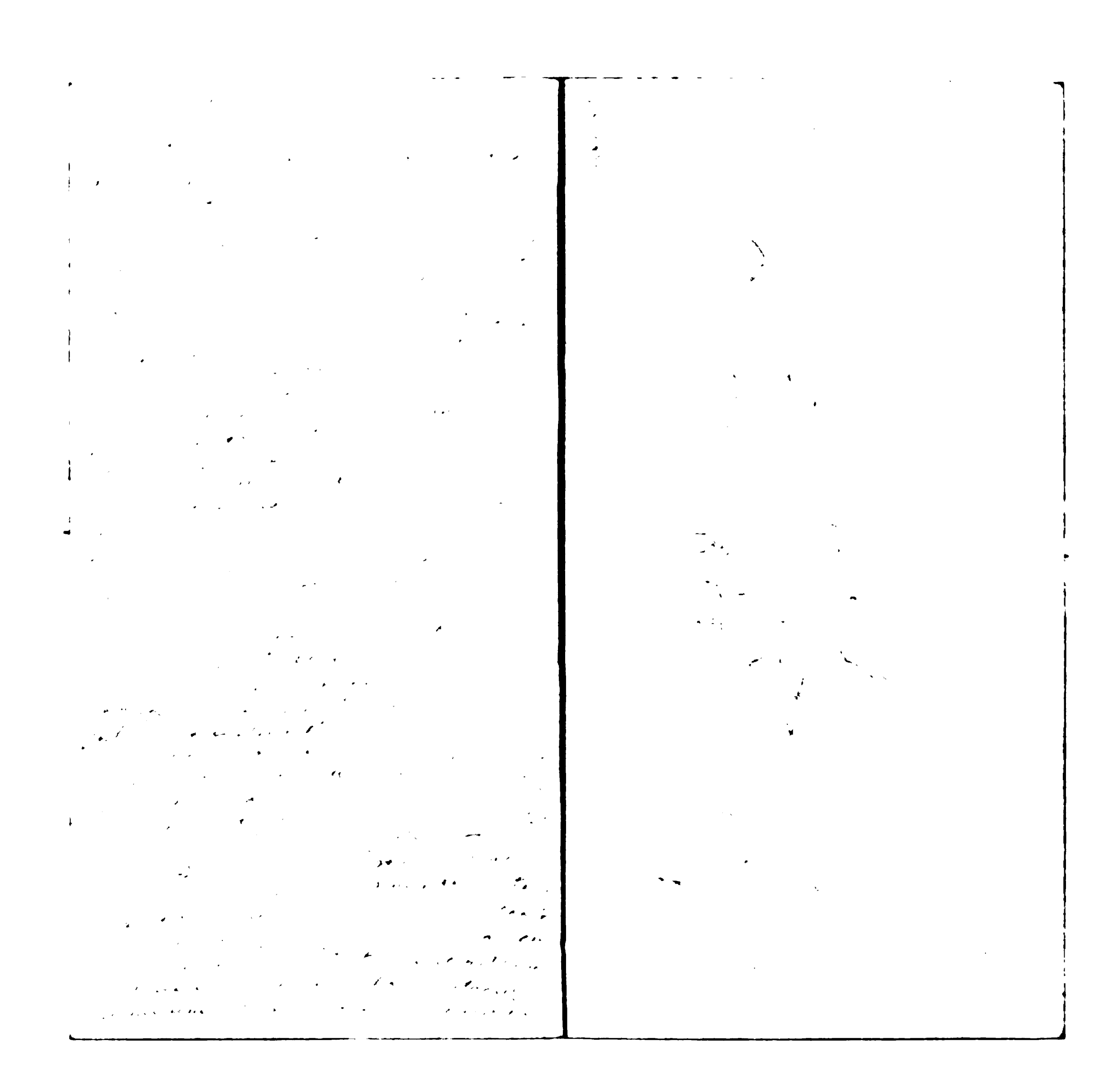
[illegible]

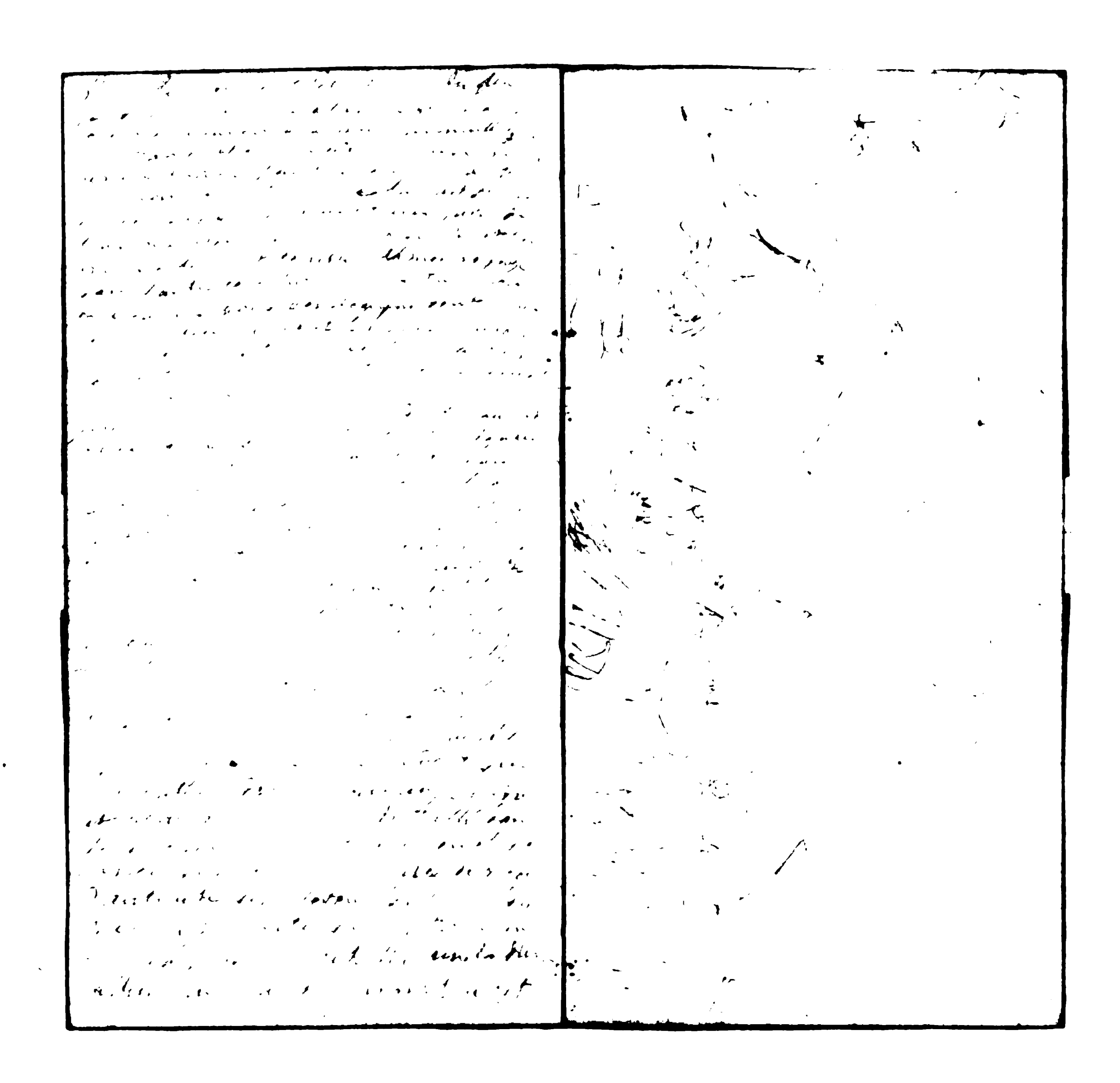


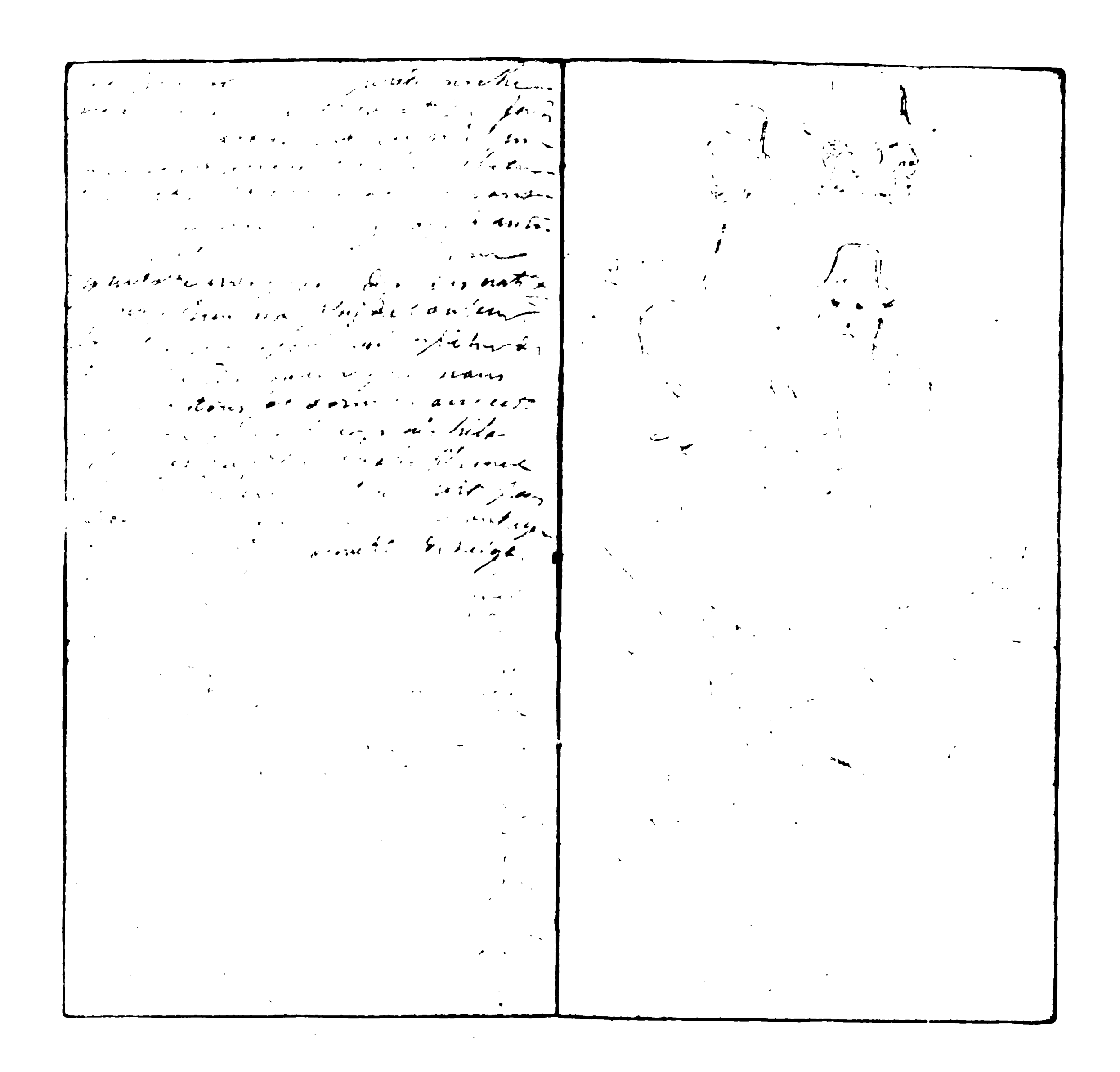


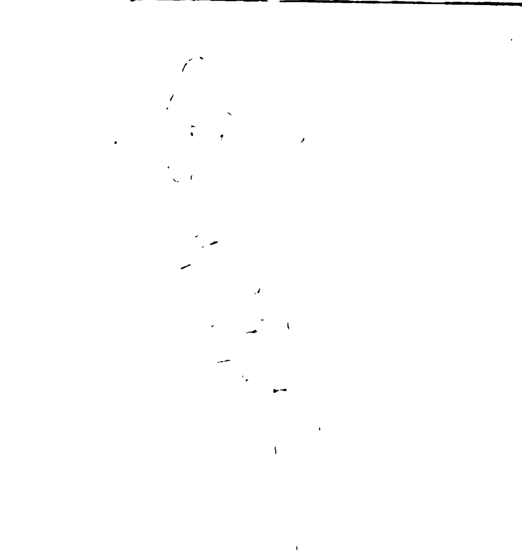




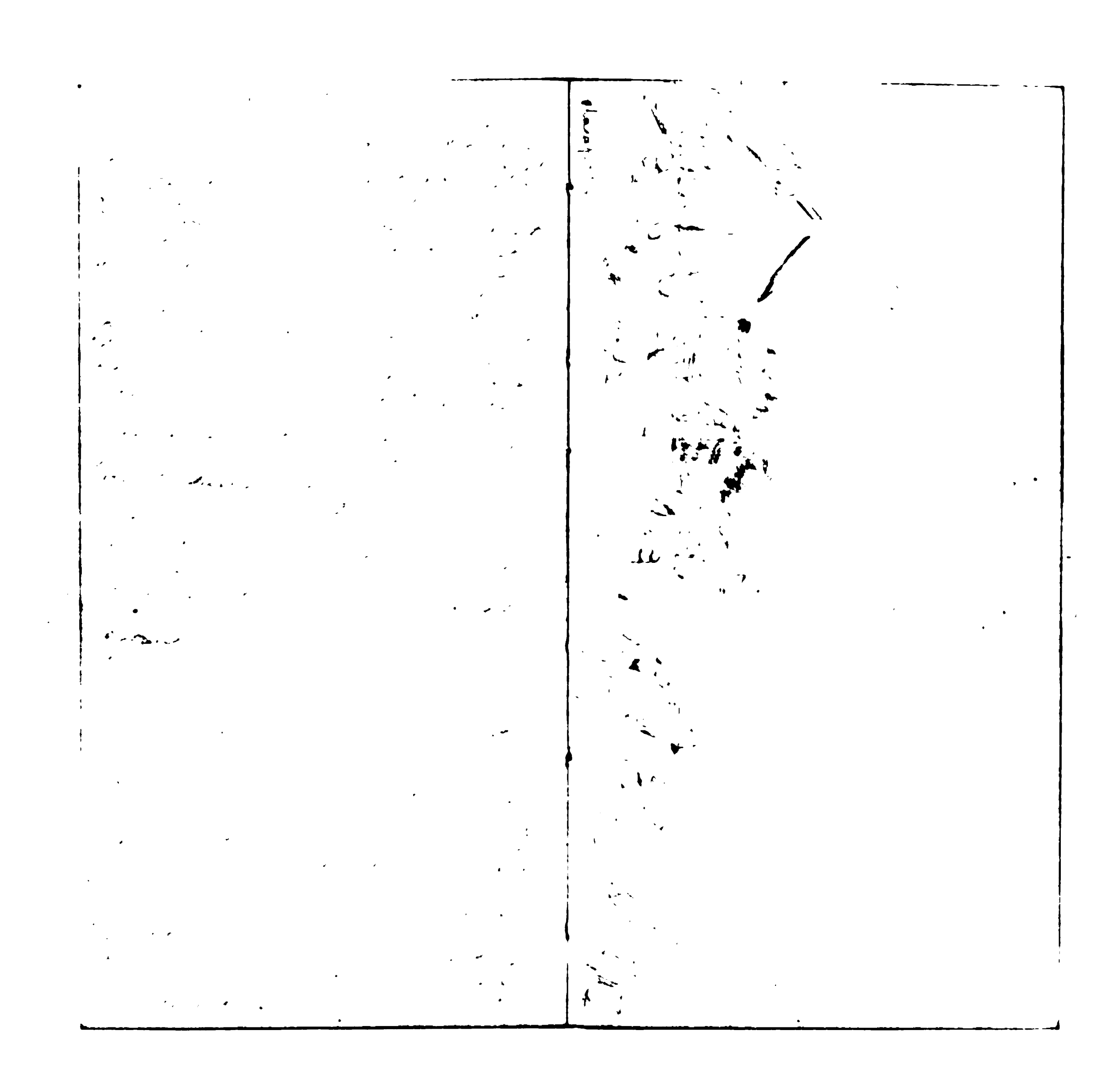


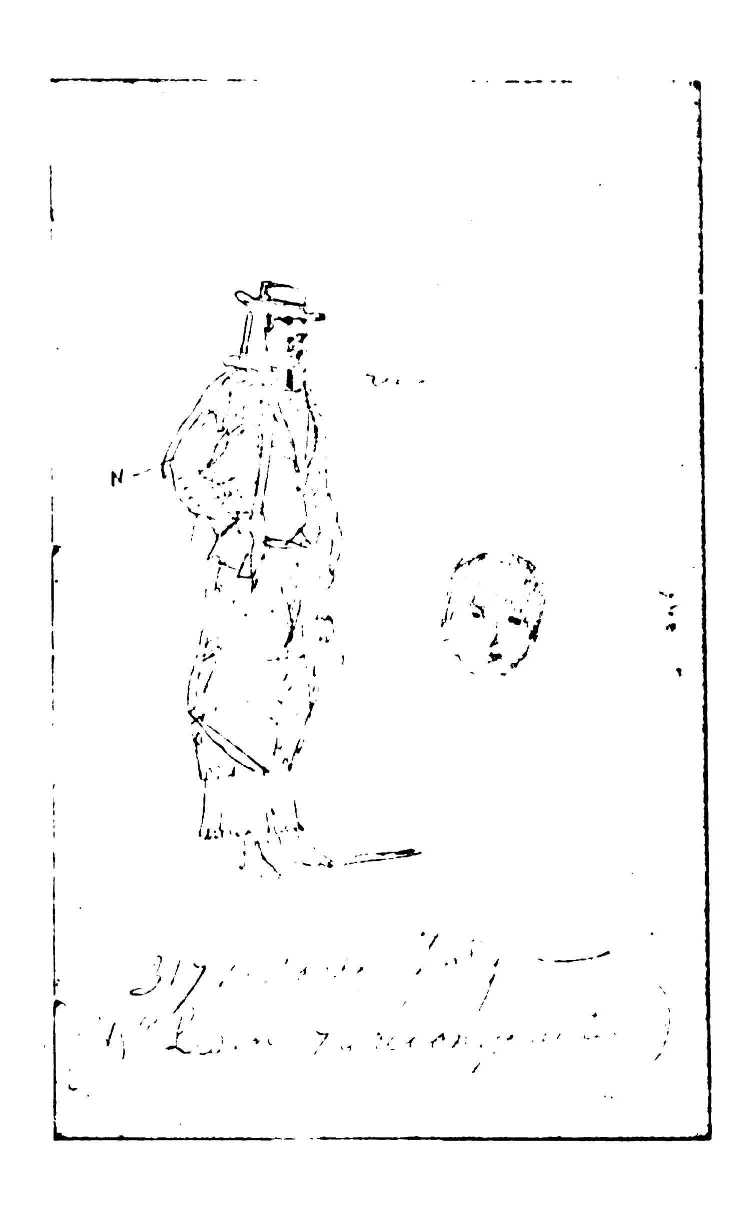












PAGINAS DEL DIARIO DE VIAJE

Nous arrivons à Caldera à midi; baie circulaire sable blanc sur la grève, montagnes tout alentour d'une jolie forme mais peu élevées, maisons en bois et en petit nombre. La ville ne date que de six ans l'emplacement en fut choisi comme le plus favorable pour le chemin de fer de Copiapo où sont les mines les plus importantes du Chili.
En descendant du vapeur on a en face de soi une espèce de monument c'est la maison du gouverneur.



Il y a une église en construction, un theatre terminé qui a l'air d'une cabane ambitieuse une foule de cafés borgnes, de salles de billards, de chinganas lieux où l'on danse; mais bien qu'il y ait un assez grand nombre de navires dans la rade tout est vide. Je suppose que les mineurs
viennent à Copiapo les dimanches.
~~le vapeur est~~ [accosté] ~~à un long môle~~.
Le vapeur faisait du charbon accosté à un long môle sur lequel venaient des wagons chargés roulant sur des rails. Je profite de cet arret pour faire un croquis de la ville.

[vue de caldera]

A six heures un coup de canon rappelle les passagers dispersés; peu après nous partons.
Tous les soirs au salon il se forme un groupe de joueurs Chilien et Péruvien, on commence par le vingt et un et l'on finit par le Monte espèce de lansquenet. On dit les joueurs très adroits pour me servir d'un terme poli.

19. — Temps couvert, vent du sud nous avons deux voiles au mat de misaine. Fort roulis aussi au point du jour un tas d'assiettes et de verres se brisent. Au déjeuner on met les planchettes sur les tables pour maintenir en équilibre plats et bouteilles.
Journée ennuyeuse, le ciel est gris, la mer de tout cotés, rien a voir si ce n'est les oiseaux de mer qui croisent en tout sens et touchent de leurs ailes le sillage écumeux que nous laissons derrière nous.
A 7 heures du soir nous rencontrons faisant route contraire un vapeur de la même compagnie qui est attendu le 23 a Valparaiso venant de Panama. Nous en voyons les fanaux; on tire de chaque coté quelques fusées pour se saluer.

20. A 6 h ½ du matin nous sommes en vue de Cobija nous mouillons a 7 heures; la mer est calme l'atmosphère brumeux nous cache le sommet des montagnes. La première maison qu'on voit sur la hauteur est un hopital construit au frais des mineurs. La ville se compose d'un groupe de pauvres maisons construites au pied d'une montagne qui s'élève brusquement, le pays est plus désolé que tout ce que nous avons vu, pas une herbe, les maisons de misérables cahuttes au milieu desquelles s'élèvent quelques pauvres maisonnettes.
Je quitte le vapeur qui continue son voyage jusqu'à Panama après avoir touché a Callao le port de Lima.

vue de Cobija

autre vue de Cobija

La même machine a pulvériser sert a distiller l'eau de mer qui se vend trois réaux le baril de 80 bouteilles environ. (La piastre contient 8 réaux et vaut 5 frs. 25). A chaque instant des femmes venaient remplir des dames-jeannes et des petits barils qu'elles faisaient rouler en tirant une corde attachée aux deux centres du baril.

Une autre machine appartenant comme la première a un français a du arrêter son travail jusqu'à ce qu'elle puisse joindre a la distillerie le broiement des métaux. Elle ne pouvait donner l'eau à moins de 5 réaux.

Presque toutes les mines et les industries sont exploitées ici par des Français.



Pendant que je fais un croquis de roches qui font la pointe de la petite baie quatre ~~gros~~ galinachos viennent s'y poser. Ce sont de gros oiseaux moitié vautour moitié dindons, ils vivent a l'état sauvage se chargent de la propreté des rues ont droit de cité. On en voit ~~partout~~.

Près de ces roches est une méchante batterie en pierre dépourvue de canons. Lors de la dernière guerre entre la Bolivie et le Perou tous les canons trop lourds pour être portés a dos de mulets dans la montagne furent envoyé à Valparaiso (Chili) on evitait ainsi que les Peruviens ne s'en emparassent; mais ces pauvres canons eurent du malheur mis à bord d'un ponton a Valparaiso, un jour de tempête le ponton fut coulé et les canons destinés à éviter les horreurs de la guerre dorment enfin en paix caressé par les vagues!

Dans la rue un indien porte de grosses pierres blanches et transparentes comme du cristal, ce sont des blocs de sel naturel, on n'a qu'à l'extraire on ne paie que le transport 5p 75c les 30 livres. (4 réales arroba)

Je vois faire l'exercice à des conscrits Boliviens, ce sont des indiens de vrais singes habillés qui se seraient roulés dans la boue. Pomnet de police vert et rouge, habit vert, pantalon bleu en toile et rapiécé, souliers éculés, une misère désolante caricatures atroces et avec cela des armes civilisées. Les officiers instructeurs vêtus plutôt en civil qu'en militaire. Enfin des têtes idiotes abruties sans poil sur la figure — ils sont sans doute mieux à Chuquisaca, mais ce que j'ai vu est affreusement laid et ridicule.





En rentrant au logis je trouve sur le seuil de la porte les maîtres de la maison ~~[illegible]~~ que je n'avais pas encore vu M. Maxilien et M. Ste Marie deux français ayant l'un 16 et l'autre 26 ans d'Amérique. Nous nous mettons à table et causons comme de vieux amis, ils ne sont pas les moins contents. Cette vie isolée sur son propre fond rend

à l'homme bien des nuances de sa vraie
nature que la vie agitée et le frottement intérieur en
Europe. Il y a une douceur, une patience, une
philosophique résignation, résultat de bien des souffrances
morales qu'on ne trouve que dans ces pauvres martyrs
de l'Amérique. Ces seuls Missions sont seul à Europe
dans ce petit village [illegible] perdu entre les
sans déserts de l'Atacama et d'Atacama. Le rare passage
d'un Européen, d'un compatriote surtout est la cause
d'une mélancolique joie et l'on se souvient après
des années de ce jour comme si c'était la veille.
C'est ainsi que mes hôtes me parlèrent de M[r]
Alcide Villetan, un ami et ancien compagnon de
voyage, qui passait ici en 1847 ou 50.
M. [illegible] qui est marié à une créole [illegible]
dit que je ferais grand plaisir à sa femme si je voulais
lui faire un croquis de son fils qui a [illegible]. A peine
le [illegible] qui était malheureux fut-il terminé, je fis les
portraits des assistants furent enthousiasmés, ma surprise
de pouvoir travailler après avoir sérieusement [illegible]
dans le désert, j'étais heureux de pouvoir complaire
à mes bons hôtes qui me comblaient de toute
manière qui me priaient de rester, qui m'offraient
de retenir et d'empêcher la caravane de continuer le
voyage tant qu'il m'eût fait plaisir. Je refusai,
j'ai hâte non de partir mais d'arriver.
Je me rends mieux compte ici de l'activité du
transit de cette localité qui a eu toujours une
très grande importance à cause de sa situation
étant à trois journées de la mer et au point d'où
partent les plateaux et vallées qui offrent les routes
les plus favorables pour se rendre soit en Bolivie
soit dans les provinces les plus au nord de la
République Argentine.
Les négociants de Bolivie ou ~~[illegible]~~ de
Salta Catamarca Provinces
Argentines font venir d'un point quelconque
du Pacifique le plus généralement de Valparaiso
(Chili) et de Lima (Pérou) des marchandises
consignées à une des maisons de commission
(elles sont deux) qui sont établies à Cobija. Le
consignataire reçoit les [illegible] colis ~~[illegible]~~
~~[illegible]~~ et fait un nouvel emballage
d'un poids et d'une dimension appropriée à la
charge que peut transporter chaque mulet.
A Calama les succursales de ces maisons de
commission reçoivent les marchandises et les
dirigent avec d'autres mulets soit vers la Bolivie
soit vers les régions du nord de la Plata.
Il est d'usage que les négociants à leur passage
soient logés et hébergés gratuitement chez leur
consignataire qui leur facilite la location des
mulets nécessaires pour leur voyage.

Tout voyageur muni d'une lettre de recommandation d'une maison de commerce reçoit la plus cordiale et la plus affectueuse hospitalité.

Calama a tout plus trois cents habitants indiens vivant dans de vraies masures dans une grande insouciance et un état de demi sauvagerie.

Dans les environs il y a de nombreuses traces des Indiens de l'époque de la conquête par les Espagnols. Il y a beaucoup de tombeaux restant de grands villages les excavations en seraient très facile. On y trouve des momies parfaitement conservées les cheveux encore intacts, et des poteries rougeâtres avec des dessins noirs.

trouvé dans un tombeau des indiens d'avant la conquête. 1/2 grandeur

1 et 2 cuivre et étain
3, 4 cuivre, trouvés dans le désert d'Atacama

25. Je me lève à 5 heures, il fait froid mais en pensant à la chaleur d'hier je ne suis pas peu surpris de voir l'eau des ruisseaux couverte de glaçons. Dans une des rues dans un petit enclos de pisé je vois un troupeau de Llamas c'est leur patrie. Singulier animal qui tient du mouton et du chameau et ne manque pas d'une certaine grâce. Ils sont généralement blancs ou blanc taché de noir la tête surtout, un seul était d'un gris noir tourterelle.

J'en fais un croquis mais je ne puis plus
tenir mon crayon de froid et je laisse les
<u>llamas</u> pour un peu de soleil.

[illegible]

Déjeuner et adieux.
Don Pantojo a pris la route de Bolivie.
Nous avons un autre muletier d'autres mules
et trois Italiens qui semblent artisans ~~ambu[illegible]~~
~~[illegible]~~ sont joints à notre caravane.
Nous longeons les cordillères par une
grande plaine de même nature sable et
pierres friables que celles que nous avons
traversé précédemment. La température très
chaude durant la journée nous étions partis
à midi ~~[illegible]~~ de plus en plus lorsque le
soleil disparait et j'ai les pieds gelés (au figuré)
lorsque nous descendons de nos montures à
9 h 1/2 du soir.

Nous traversons un petit ruisseau et faisons halte c'est le terme de la journée nous avons marché plus de neuf heures. Isabelle et moi buvons au même pilet d'eau, puis du mouton de choses qui avons eu sous la selle je forme un lit de camp la selle me servant d'oreiller, je m'étends sur le dos admirant les étoiles et dans un bien être voluptueux qui ne peut se connaître qu'après pareille fatigue. Les muletiers arrivent, le feu est allumé entre un groupe de pierres car nous sommes en plein désert aucun vestige d'habitation nulle part et dormant à la belle étoile.

29. Rio Blanco. — La nuit a été froide, le ciel est très chargé, il est probable qu'il neige en ce moment dans la Cordillière, c'est ce que nous redoutons le plus. Nous partons du rio Blanco nom du lieu où nous avons passé la nuit et après avoir traversé une large plaine de sable nous arrivons à un ravin au milieu duquel coule un ruisseau qui arrose quelques arbres et quelques restes de plantation de luzerne.



Jen ero.

Il est onze heures nous faisons une halte près d'un ranche Soncoro.



On grille un morceau de viande sur l'assador et on fait une sorte affreuse soupe au piment.

une cour intérieure adossée à un rocher de quinze pieds de hauteur; des deux autres côtés sont deux cahuttes avec des portes plus basses encore. C'est dans une de ces bouges où l'on ne pourrait tenir debout qu'on nous proposa de nous mettre à l'abri. Nous préférons la cour où nous dressons notre campement autour d'un bon feu, les étoiles au-dessus de nous.

À cinq heures le départ, pour la première fois nous voyons autre chose que des pierres, le terrain est couvert d'une herbe très dure que

1er septembre

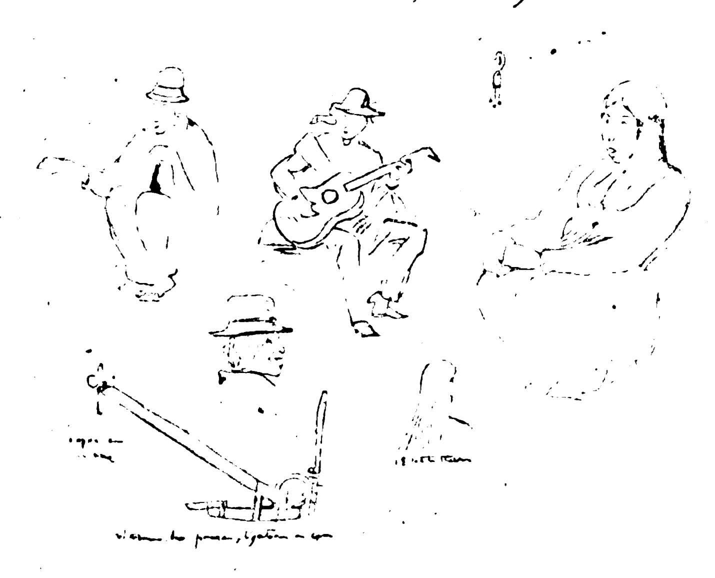
les naturels appellent *ire*, nous traversons plusieurs ruisseaux dont l'eau est glacée, des bandes de petits oiseaux égaient le paysage qui n'a rien de remarquable. Toujours un vent atroce, voici trois jours que cela dure, on ne peut ni causer ni tourner la tête, mais le vent cesse de souffler la nuit; je crois que ces grands courants d'air sont constants et réguliers. Avant la nuit nous avons fait halte à

Olacapata.

Deux cabanes en pierre sans mortier unies par un petit mur composent *Olacapata*, celle de gauche la plus grande sert de magasin et de chambre à coucher, celle de gauche de cuisine, on s'étend également sur les pierres autour du foyer qui est au milieu de la chambre.

Pendant que nous attendons *l'asado* et le *buen chupe* triste et monotone repas de ce voyage, je me suis installé dans la chambre des indiennes sur des peaux de *llamas* et de *vicunas* que je leur ai achetées. Suspendus au plafond dans un désordre extrême il y a des peaux d'autruches, de *vicunas*, de llamas, des pelotons de laine de diverses couleurs, des cordes, des fragments de métier à tisser, et sous le sol entre peaux, des sacs vides ou pleins de maïs, des batons, des vases. Une indienne allume une lampe, une simplicité primitive qui rappelle les lampes de l'antiquité et la place dans une petite niche assez haut placée pour éclairer la chambre et une petite poupée de San Antonio à qui la niche sert de demeure.

Rien de plus Rembranesque que l'effet de
ce taudis éclairé par cette lumière.
Comme c'est je constant que les situations de la
vie il faut bien en rire un peu, notre plus vif
désir en ce moment est de passer la nuit dans
cette chambre, les montagnes voisines sont
couvertes de neige et la nuit sera froide.
Cette insigne faveur nous est accordée nous
coucherons sept sous la cabane plus les deux
indiennes. Notre pauvre repas achevé, l'un de



nous prit une guitare égarée dans ces lieux chanta
des airs Espagnols très gais, on riait on causait et
je n'avais jamais vu notre caravane de si bonne
humeur. Ce fut bien pis lorsque vint l'heure de
dormir. Tout ce qui nous tient lieu de lit fut étendu
sur le sol remplissant toute la chambre, puis nous
nous rangeâmes côte à côte comme harengs dans une
baril. Chacun disait son mot et nous rions comme
des fous. Un petit indien se hucha sur les sacs de maïs
les deux indiennes se blottirent dans un coin je ne
sais comment. Le silence se fit et San Antonio
toujours éclairé par son petit lumpion nous envoya
un bon sommeil à tous.
A cinq heures du matin une des indiennes se
2. glisse dehors, le feu s'allume, la clochette de la
male madrina se fait entendre, nous roulons nos lits
sellons nos mules, j'écris près du feu les mains glacées
et faits un croquis de notre hotel improvisé d'une
nuit.

INDICES

INDICE DE CAPITULOS

DIBUJOS INTERCALADOS POR PALLIÈRE EN LOS ORIGINALES DEL DIARIO

El capitán Montero.
Vista de la Herradura.
Balsa en Coquimbo.
Vistas de Copiapó.
Caldera. Casa del gobernador.
Rocas de Cobija.
Indios de Cobija.
Colupo.
Indios de Calama.
Iglesia de Calama.
India de Atacama.
Objetos indígenas.
Vicuñas.
Montañas de Atacama.
Indio.
Interior de la iglesia de Atacama.
Entre Atacama y Soncoro.
Soncoro.
Cocina en Soncoro.
Reina de Soncoro y su marido.
Catua.
Olacapata.
Indios de Olacapata.
Quebrada del Tambillo.
Quebrada del Toro (Salta).
El valle de Salta.
Salta.

DIBUJOS ANOTADOS POR PALLIÈRE AL MARGEN DEL DIARIO

Arboles en Correas.
Corral.
Pulpería.
Pesca.
Pozo.
Mujeres en el Saladillo.
Familia negra en Totoral. (Croquis)
Un torrente.
Posta del río de la Barranca.
Eusebia, Eduarda. Soldado con trompeta en Achiras.
El coche de Ida Edelvira en la plaza del Morro.
Despedida de la diligencia en Río Cuarto.
El capataz de tropa de carretas (depués de Río Cuarto).
Gaucho.
Posta de Loros.
Niño con un barril (Loros).
Carnero bajo los árboles (Loros).
Carro roto (Loros).
Postillón a la puerta del corral (Río Quinto).
Postillón a pie y a caballo (Posta de X . . .).

DIBUJOS INDICADOS POR PALLIÈRE PARA SER INTERCALADOS EN EL TEXTO DEL DIARIO

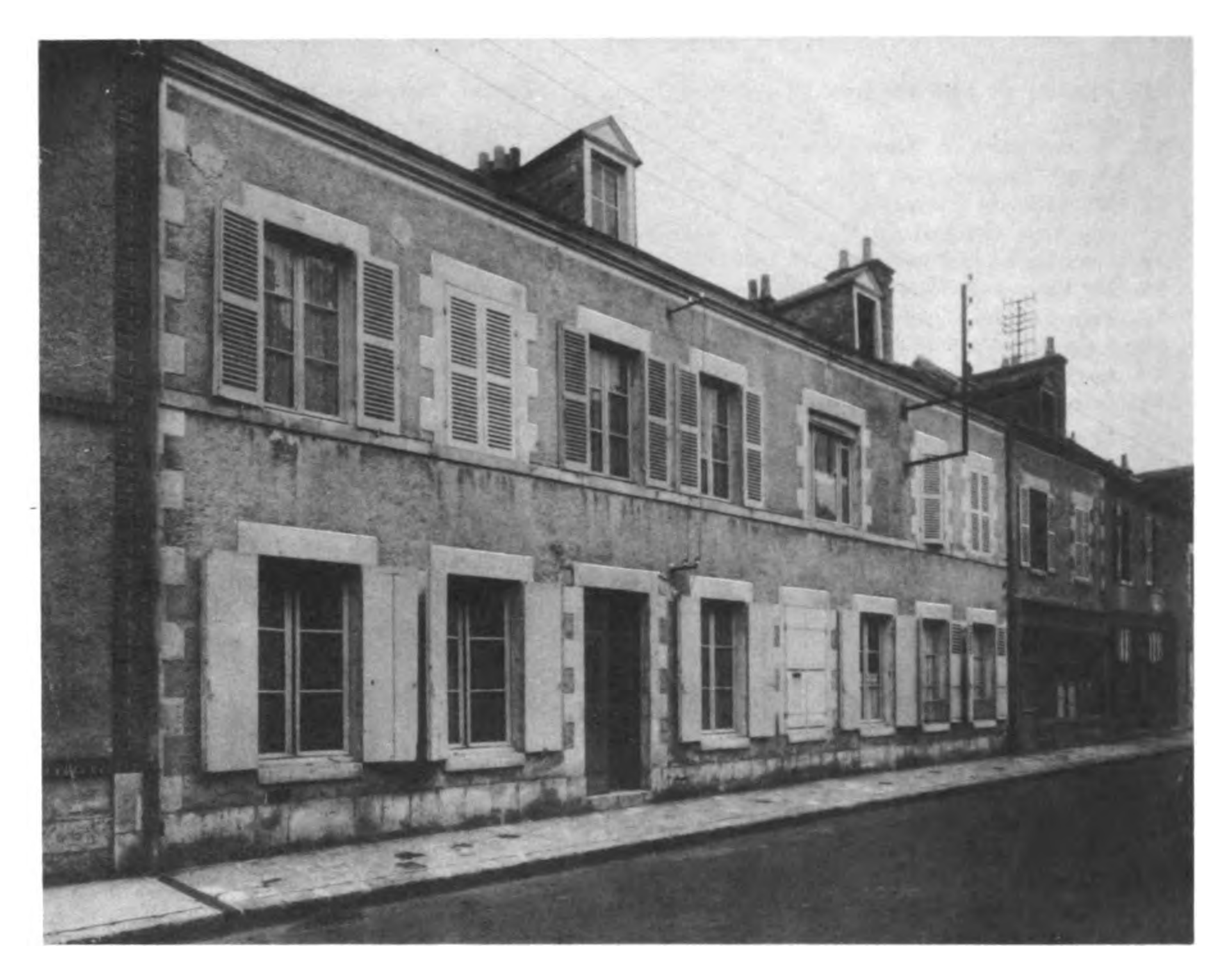
Vista de Montevideo.
Desembarco en carreta.
Mujer que hila y un chico.
Iglesia de Atacama.
Un muerto.
Vista de Coquimbo.
Vista de Caldera.
Vista de Cobija.
Vista de Cobija.

INDICE DE ILUSTRACIONES



PALLIERE en 1866

INDICE DE NOMBRES DE PERSONAS



Casa de Pallière en Lorris. *(Loiret: Francia)*

INDICE DE NOMBRES GEOGRAFICOS



Tumba de Pallière en Lorris.

CATALOGO

COLECCION
DE DON ANTONIO SANTAMARINA

OLEOS

1. Camino del reñidero. En el centro, grupo formado por dos mujeres y dos hombres a caballo, uno de ellos con un chico en ancas. Llevan dos gallos de riña. Hacia la derecha, dos niños en un caballo y un gaucho de pie; a la izquierda, un gaucho y dos mujeres sentadas; al fondo, a la izquierda, ramada; a la derecha, árboles y caballos. Firmado abajo a la derecha. 1.02 x 0.75½.

2. Boceto para el cuadro **Camino del reñidero.** Firmado abajo a la derecha. 0.39 x 0.47.

3. Soldado de Urquiza. Campamento en el fondo. Firmado abajo a la izquierda. 0.45 x 0.36½.

4. Campamento. Soldados de uniforme rojo, algunos acostados, otros de pie y sentados. Firmado abajo a la izquierda. 0.18½ x 0.30.

5. Cabeza de hombre. Lleva pañuelo rojo con lunares blancos. Firmado abajo a la derecha. 0.22 x 0.15.

6. Paisaje nocturno. Paisano arrodillado sobre un caballo, abrazando a una muchacha. Firmado abajo a la derecha. 0.62¾ x 51½.

GOUACHES

7. Autorretrato. Busto en óvalo. Firmada abajo a la derecha. 0.19½ x 0.14.

8. Nocturno. Rancho con luz interior. En la puerta, un paisano sentado tocando la guitarra junto a una mujer de pie; a su lado, una chica y una mujer con falda roja; paisanos y caballos. Firmado abajo a la derecha. Forma circular: 0.32½.

9. Caballo bajo una ramada. Otro ensillado, a la izquierda. Firmada abajo a la derecha. 0.23 x 0.31½.

ACUARELAS

10. Interior de un templo. Tres damas arrodilladas; detrás, dos de pie; a la derecha, un paisano. Sin firma. 0.50½ x 0.34½.

11. Guardia Nacional. Oficial, tambor y paisano; a la izquierda, perro ladrando. Firmada abajo a la derecha. 0.50½ x 0.33½.

12. Gaucho enlazando de a pie. En el fondo, escena de trabajo. Firmada abajo a la izquierda. 0.33½ x 0.24½.

13. El mismo tema que la anterior, en sepia. Firmada a la derecha, en la última vuelta del lazo. 0.23½ x 0.17.

14. Mujer bailando con un paisano. Este lleva una guitarra. Firmada abajo a la derecha. 0.28½ x 0.20.

15. Gaucho a caballo con dos niños. Detrás marcha una mujer a pie, vadeando un río. Firmada abajo a la izquierda. 0.24 x 0.33.

16. Gaucho con su mujer en ancas. Muy bien ataviados. Un perro negro, ladrando. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.18½.

17. La pisadora de maíz. A su lado un paisano de pie; detrás asoma su caballo. Firmada abajo a la derecha. 0.65½ x 0.50.

18. Estudio para **La pisadora de maíz.** Firmada abajo a la derecha. 0.31 x 0.21½.

19. Porteña en el templo. Dama sentada, con mantilla negra, falda celeste y abanico rosa;



otra de pie, con mantilla negra y falda verde. Firmada abajo a la izquierda. "B. Ayres". 0.28 x 0.22.

20. Pareja bajo el alero de un rancho. En su interior, una mujer y un soldado. Firmada abajo a la derecha. 0.14 x 0.19.

21. Fiesta en el Consulado de Francia (Buenos Aires). Damas y caballeros danzan y conversan. El recinto se halla decorado con guirnaldas y banderas argentinas y francesas. Firmada abajo a la izquierda. 0.19 x 0.30½ (1).

22. Pequeño rancho. Pareja de pie, junto a la puerta; otra sentada en el interior; en primer plano, un gallo y una gallina. Firmada abajo a la derecha. 0.16 x 0.21½.

23. Gaucho. Viste chiripá, poncho y sombrero blanco. Firmada abajo a la izquierda. 0.23½ x 0.14½.

24. Gaucho con poncho colorado. A la izquierda, croquis de un gaucho; otro a la derecha, pero acuarelado. Firmada a la derecha, no muy abajo. 0.23½ x 0.31½.

25. Dos paisanos sentados frente a un rancho. Tocan la guitarra; otro de pie, en el centro; una mujer en el fondo; dos chicos en un caballo, a la derecha; gallo y gallina en primer plano. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.18½.

26. Puerto de Valparaíso. Uno de los barcos con bandera chilena; a la izquierda, un fraile limosnero; bajo un toldo, hombres que meriendan servidos por una mujer; a la derecha, viajeras, una con un niño en brazos. Firmada abajo a la derecha. 0.16 x 0.35½.

27. Arrieros. Frente a un rancherío, dos hombres cabalgan y otro arregla la carga de una mula. Firmada abajo a la derecha. 0.16 x 0.35½.

28. Interior de rancho. Una mujer vestida de celeste, recostada en la cama; un gaucho sentado junto a ella; un chico en una hamaca y un perro en primer plano. Forma circular: 0.18.

(1) Esta acuarela representa el baile ofrecido el 15 de agosto de 1860 por el marqués de Forbin-Janson, cónsul general de Francia en Buenos Aires, celebrando el día del emperador Napoleón III. Gracias a las disposiciones del comandante del barco de guerra francés "Le Bisson", la casa del consulado se transformó por sus luces y adornos. *Le Monde Illustré*, tomo VI, hace una crónica de esta fiesta.

29. Tres caballos en el palenque. A la izquierda, en el fondo, cuatro carretas. Arriba, en el centro, dos caballos al lápiz. Firmada abajo a la derecha. 0.21½ x 0.35.

30. Pareja sentada bajo el alero. El gaucho toca la guitarra; a la izquierda, un chico con una botella. Firmada abajo a la derecha. 0.22 x 0.32.

31. Esquina porteña. Hacia el centro, dos gauchos y una mujer conversando; a la derecha, una mujer y un lechero; al fondo, una dama con vestido celeste; a la izquierda, pequeño vehículo con capota. Firmada abajo a la izquierda. 0.23½ x 0.35½.

32. Lanceros de Urquiza. Visten uniforme rojo; cuatro sentados en el suelo, otro a caballo. Forma circular: 0.23.

33. Soldados descansando. Una mujer en primer plano, con manto azul y pollera amarilla; un soldado con uniforme rojo acostado en el suelo, junto a un caballo blanco; en segundo plano, un lancero junto a su caballo. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.23.

34. Interior de pulpería. Mujer en el mostrador conversando con un gaucho; en primer plano, dos paisanos jugando a las cartas en el suelo; otro, sentado, toca la guitarra. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.32.

35. Tienda. Mujer vendiendo géneros a una señora; gaucho con poncho a franjas y chiripá azul; perrito blanco. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.35.

36. Escalera de la cárcel. En el fondo, mujeres asomadas a una ventana; otras a la izquierda de la escalera. 0.24¼ x 0.26.

37. Paisano tocando la guitarra. Una mujer cebando mate; un perro en primer plano. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.18½.

38. Interior de rancho. Gaucho de pie, con chiripá rojo; otro a la izquierda, cebando mate; a la derecha, dos paisanos asando. En primer plano, mujer, niño y perro. Firmada abajo a la derecha. Forma circular: 0.23.

39. Lechero a caballo. Firmada abajo a la derecha. 0.31¾ x 0.26.

40. Gaucho con poncho rojo. Lleva chiripá azul y blanco. Firmada abajo a la derecha. 0.24 x 11¾.

41. Interior de pulpería. Detrás del mostrador, un hombre leyendo "La Tribuna"; a la izquierda, un gaucho sentado en el mostrador y un niño con chiripá azul; a la derecha tres paisanos, dos de ellos de pie. Firmada a la derecha, en un barril. Forma circular: 0.23¼.

42. La esquila. Ocho figuras: mujeres, hombres y un niño desnudo. Firmada abajo a la derecha. 0.20½ x 0.30.

43. Baile en un galpón. La concurrencia contempla a una pareja que baila en el centro. Firmada abajo a la izquierda. 0.17 x 0.33½.

44. Dos gauchos a caballo. Una mujer se aproxima para ofrecerles vino; bajo el alero, dos gauchos de pie; en primer plano, un gallo y un perro. Firmada abajo. Forma circular: 0.33½.

45. Interior de un templo. En el centro, dama de falda azul y mantilla negra; detrás, una mulata con pollera amarilla y rebozo rojo; al fondo, grupo de cuatro mujeres. Firmada abajo a la derecha, en la base de una columna. 0.34½ x 0.52½.

46. Estudios de animales. Cordero, ternero, cabeza de caballo. Firmada abajo a la derecha. 0.14 x 0.23.

47. Mujer moliendo en un mortero. Se halla debajo de un árbol; otra, sentada a su lado, y un paisano en el fondo. Firmada abajo a la derecha. 0.8 x 0.11.

48. Mujer moliendo. Un paisano a su lado; en la parte superior, boceto en que se ve un interior con varias mujeres. Firmada abajo a la izquierda. 0.20½ x 0.10½.

49. Aves de corral. Siete estudios. Firmada abajo en el centro. 0.28 x 0.26.

50. Niños en un caballo. Estudio para el cuadro "Camino del reñidero". Firmada abajo a la izquierda. 0.20½ x 0.30¾.

51. Siete estudios de caballos. Firmada abajo a la izquierda. 0.24 x 0.32.

52. Escena porteña. Dos damas y un caballero en torno a una mesa. Firmada abajo a la derecha. 0.14 x 0.18.

53. Un saladero. A la derecha, mástiles de barcos; en el centro, un galpón en el que se realizan diversas faenas; a la izquierda, paisanos a caballo, y en la palizada, un gaucho enlazando. Firmada abajo a la derecha. 0.32 x 0.93.

54. Mujer con pañuelo azul y falda roja. Está sentada junto a la reja de un calabozo en que se halla un preso; al fondo, interior de la cárcel. Firmada abajo a la derecha. 0.51 x 0.34.

55. Carreta entrando en la ciudad. Una dama en primer plano; otra junto a una casa. Firmada abajo a la derecha. 0.17 x 0.24. (Sepia).

56. Gaucho de frente (sepia). El mismo personaje de la acuarela número 23. Firmada abajo a la derecha. 0.24 x 0.17½.

57. Riña de gallos (sepia). El papel tiene una guirnalda estampada. Firmada abajo a la derecha.

58. Esquina Sarandí y Misiones (Montevideo). En el centro, tres gauchos; a su lado, un lechero; peatones a derecha e izquierda. Firmada abajo a la derecha. 0.17½ x 0.23½.

59. Esquina Sarandí y puerta de la Ciudadela (Montevideo) (sepia). A la izquierda, gaucho a caballo; a la derecha, aguatero, y en el centro, un hombre y una mujer. Firmada abajo a la derecha. 0.17¼ x 0.23¼.

60. Alsina sauvé par sa femme. De un pontón se aleja un bote con un joven de pie, que saluda. Junto a él, una mujer vestida de hombre. Firmada abajo a la derecha. 0.14½ por 0.16½.

61. Gaucho de frente (sepia). Firmada abajo a la izquierda. 0.23½ x 0.17.

62. Gaucho tocando la guitarra (sepia). Dos paisanos en cuclillas. Una mujer detrás del mostrador, hablando con un gaucho. Firmada abajo a la izquierda. Forma circular: 0.17½.

63. Paisano tocando la guitarra (sepia). Otro, sentado en el suelo, lo escucha; carretas en el fondo. Firmada hacia la derecha. 0.22½ por 0.18.

64. Gaucho bajo el alero (sepia). Toca la guitarra junto a una mujer; a la derecha, un niño con una botella; un caballo en el fondo. Posiblemente, boceto para la acuarela del mismo tema. Firmada abajo a la derecha. 0.16½ x 0.23½.

65. Interior (sepia). En el centro una mujer con sombrero, sentada en una hamaca paraguaya; un paisano de pie, a la izquierda; otro, sentado en el suelo. Firmada abajo a la izquierda. 0.15½ x 0.20.

66. Campamento de Urquiza (sepia). Un oficial con poncho, bota alta y kepis; varios

lanceros, unos a caballo y otros tomando mate. Firmada abajo a la derecha. 0.26 x 0.42.

67. **Pareja que se abraza** (sepia). Un paisano a caballo abraza a una mujer que se halla en un balcón. Variante del óleo número 6. Firmada abajo a la izquierda. 0.16½ x 0.24.

DIBUJOS

68. **Gaucho tocando la guitarra.** Una mujer junto a él. En primer plano, gallina, pollos y perros. Firmado abajo a la derecha. Forma circular: 0.18.

69. **Una carreta y sus detalles.** Firmado abajo a la derecha. 0.14 x 0.18½.

70. **Campamento de carretas.** En el centro, rancho y caballo; abajo, a la izquierda, dice: "Rosario". Firmado abajo a la derecha. 0.16 x 0.37½.

71. **Carreta sin bueyes.** Una ramada y tres hombres; abajo, a la izquierda, dice: "Rosario". Firmado abajo a la derecha. 0.21 x 0.28½.

72. **Gaucho de pie.** Estudio de indumentaria. Firmado abajo a la derecha. 0.32 x 0.23.

73. **Croquis de carretas.** Firmado abajo a la derecha. 0.21 x 0.26½.

74. **Mujer con un niño** (sanguina). Firmado abajo a la derecha con el monograma: *L P.* 0.23 x 0.20½.

75. **Gaucho tocando la guitarra bajo el alero.** Una mujer se halla sentada junto a él y otra se asoma a la izquierda; hombre sentado y perro durmiendo. Firmado abajo a la derecha. 0.14 x 0.18½.

76. **Mujer descalza de pie** (sanguina). Firmado con el monograma: *L P.* 0.30 x 0.12½.

77. **Interior de un templo** (pluma). Dama sentada sobre una alfombra; en el fondo, tres mujeres arrodilladas. Firmado abajo a la derecha. 0.17½ x 0.24.

78. **Parada de carretas.** Un hombre a caballo, otro a pie y una mujer en cuclillas con un niño; peones y bueyes. Firmado abajo a la izquierda. 0.20 x 0.34.

79. **Mujer con manto.** Firmado abajo a la derecha. 0.29 x 0.20½.

80. **Mujeres en un templo.** Tres de pie en el centro; una en el confesionario; otra sentada al fondo, a la derecha; a la izquierda, una de pie y otras arrodilladas. Firmado abajo a la derecha. 0.31 x 0.45.

81. **Hombre y mujer a caballo.** Ella lleva un niño en brazos, y él, un chico a la grupa. Firmado abajo a la derecha. 0.29½ x 22½.

82. **Interior de pulpería.** Una mujer detrás del mostrador y un paisano tomando mate. Firmado abajo a la derecha. Forma circular: 0.17½.

83. **Gaucho tocando la guitarra** (boceto). En un pequeño apunte aparte, un gaucho tomando mate. Firmado abajo a la derecha. 0.20 x 0.27½.

84. **Paisano sentado de frente.** Firmado abajo a la derecha. 0.17 x 0.17.

85. **Carretones y carretas.** Firmado abajo a la izquierda. 0.23 x 0.32.

86. **Gaucho en actitud de cabalgar** (acuarelado). Firmado abajo a la derecha. 0.15½ por 0.22.

87. **Plaza de la ciudad de Tucumán.** Firmado abajo a la izquierda. 0.28 x 0.41.

88. **Grupo de damas.** Dos de pie, una ligeramente inclinada sobre el hombro de la otra; una tercera sentada y un niño en el fondo. Firmado abajo a la derecha. 0.17 x 15½.

89. **Pareja de pie** (sanguina). La mujer está inclinada sobre el hombre, que la abraza. Firmado abajo a la derecha. 0.40 x 0.24½.

90. **Una carreta.** Tres yuntas de bueyes y hombres a pie y a caballo. Firmado abajo a la derecha. 0.27 x 0.49.

91. **Una posta.** Varios ranchos y una carreta sin bueyes. Firmado abajo a la derecha. 0.25½ x 0.42½.

92. **Hombre y mujer en una canoa.** En la orilla, un gaucho con dos caballos. Firmado abajo a la derecha. 0.13½ x 0.18.

93. **Gaucho tocando la guitarra.** Se halla sentado en el suelo; otro frente a él; una mujer sentada y otra de pie; detrás, paisanos tomando mate. Firmado abajo a la izquierda. 0.27 x 0.36½.

94. **Tropa de diez carretas.** El capataz cabalga al frente. Firmado abajo a la derecha. 0.27½ x 0.93½.

95. **La esquila.** A la izquierda, un carretón; a la derecha, un hombre a caballo, peones y ovejas. Firmado abajo a la derecha. 0.24½ x 0.87½.

96. Gaucho sentado (sanguina). Firmado en negro, abajo, a la derecha. 0.26 x 0.27.

97. Paisanos jugando al billar. Firmado abajo a la izquierda. 0.12 x 0.18½.

98. Gaucho a caballo (pluma). A la derecha, caballo ensillado; abajo, carro de cuatro ruedas. Firmado abajo a la derecha. 0.20 x 0.21.

99. Señoras y niñas en un templo. Ocho figuras arrodilladas. Firmado abajo a la derecha. 0.23½ x 0.40½.

100. Paisano tomando mate (sanguina). A su lado, una mujer sentada. Firmado abajo a la derecha. 0.34½ x 0.15½.

101. Lancero a caballo. Al fondo, soldados corriendo a caballo. Firmado abajo a la derecha. 0.34½ x 0.25½.

102. Arreo de ganado. Firmado abajo a la derecha. 0.22½ x 0.29½.

103. Pasaje de un río. Dos botes; dos personas junto a la orilla, una sentada y otra de pie; en el fondo, hombres, caballos y un carro. Firmado abajo a la derecha. 0.14 x 0.18.

104. Gaucho de chiripá. Firmado abajo a la derecha. 0.25 x 0.17½.

105. Estancia Gualeguacito (acuarelado). Rancho grande a la derecha; otro chico bajo unos árboles, a la izquierda. Fechado: "Janeiro 64". Firmado abajo a la izquierda. 0.14 x 0.23.

106. Planta de pita. Firmado abajo a la izquierda. 0.30 x 0.39.

107. El malón (tocado con pincel a sepia). Diligencia perseguida por los indios. Firmado abajo a la derecha. 0.21 x 0.43½.

LITOGRAFIAS

Esta colección de litografías se halla impresa en hojas de 30½ x 45½. Todas llevan abajo y a la izquierda: "Peint par Pallière", y a la derecha: "Imp. Pelvilain"

108. La porteña en el templo. (Buenos Aires). Firmada abajo a la derecha. 0.14¾ por 0.20½.

109. El asado. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.15¾ x 0.24½.

110. Invasión de indios. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.19¼ por 0.31½.

111. Río Paranaguá. (Brasil). Firmada abajo a la derecha. 0.17½ x 0.31½.

112. La parada en la Pampa. (República Argentina). No se ve firma.

113. Recuerdos de Entre Ríos. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.30½.

114. La pulpería. (Campaña de Buenos Aires). Firmada abajo a la derecha. 017 x 24½. *M. R.* en un cajón.

115. Catedral de Córdoba. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.19 por 0.32½.

116. El payador. (República Argentina). 0.19 x 0.27¾.

117. La mujer del preso. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.24 por 0.18.

118. El ejército del Gral. Flores. (Paysandú, Estado Oriental). Firmada abajo a la derecha. 0.21 x 0.33.

119. La vigilia de los difuntos. (Victoria, Entre Ríos). Firmada abajo a la derecha. 0.17½ x 0.30.

120. Desembarco con río bajo. (Buenos Aires). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.33¼.

121. Riña de gallos. (República Argentina). Firmada abajo a la izquierda, en el cajón donde se sienta un gaucho.

122. Palermo. Casa de Rosas. (Buenos Aires). Firmada débilmente, abajo, casi en el centro. 0.19¼ x 0.33¼.

123. La cuna. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.23½ x 0.19½.

124. Entrada a la bahía de Río de Janeiro. (Brasil). No se ve firma. 0.19 x 0.33¼.

125. Lechero y panadero. (Buenos Aires). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.33¼.

126. Cargueros de yerba mate. (Brasil). No se ve firma. 0.19 x 0.33½.

127. Gauchos carneando. (República Argentina). No se ve firma. 0.19 x 0.33½.

128. Santiagueña tejiendo. (Santiago del Estero, República Argentina). Firmada abajo a la izquierda. 0.19 x 0.33.

129. Parada para hacer noche. (San Luis, República Argentina). No se ve firma.

130. Las islas del Paraná. (Tigre, Buenos Aires). Firmada abajo a la izquierda. 0.19 por 0.33 ¼.

131. Paseo del domingo. (Campaña de Buenos Aires). Firmada abajo a la izquierda. 0.19 x 0.33 ½.

132. La Semana Santa. Catedral de Buenos Aires. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.26 x 0.19.

133. Cazuela del teatro Colón. (Buenos Aires). Firmada abajo a la derecha. 0.19 por 0.27.

134. El agrimensor. (República de la Plata). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.32.

135. Tobas. Indios del Gran Chaco. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.33 x 0.19.

136. Indios del Gran Chaco. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.18 x 0.32 ½.

137. La hamaca. (Misiones). Firmada abajo a la derecha. 0.17 x 0.25 ¾.

138. Una canoa. (Alto Uruguay). Firmada abajo a la derecha. 0.18 ¾ x 0.33.

139. Cordillera de los Andes. (Paso de Uspallata a Sta. Rosa de Chile). 0.19 x 0.29 ¾. Firmada abajo, casi en el centro y a la derecha. En la carga de una mula se lee: *L.P.R.B. Valparaíso.* En unas cajas se leen las iniciales *L. P., R. B.,* y *A. P.* En una caja dice *Cobija,* y en otra, *Salta.*

140. Las quebradas de Valparaíso. (Chile). Firmada abajo a la izquierda, casi en el centro. 0.19 x 0.32 ½.

141. La esquila. (República Argentina). Firmada débilmente, abajo, a la derecha. 0.18 ¼ por 0.32 ½.

142. Interior de rancho. (Provincia de Salta, República Argentina). Firmada abajo a la derecha. Circular: 0.18.

143. La ramada. (Entre Ríos). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.33 ¼.

144. San José. Estancia del Brig. Gral. Urquiza. Firmada abajo a la derecha. 18 ½ por 0.33 ½.

145. Mendoza, antes del terremoto de 1860. No se ve firma. 0.17 x 0.33 ½.

146. Mercado de Frutos del País. (Buenos Aires). Firmada abajo, casi en el centro. 0.19 x 0.32.

147. Carreras del campo. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.19 por 0.33 ¼.

148. La pisadora de maíz. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.20 ½ por 0.16 ¼.

149. El gato. Baile campestre. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.18 x 0.33. En un cajón, a la izquierda, iniciales *R. M.*

150. Un nido en la Pampa. Firmada abajo en el centro. La firma se halla invertida en la estampa. 0.19 x 0.27.

151. Pita y ombú. (Buenos Aires). A la izquierda, abajo, existen unas rayas, pero no se ve claramente firma. 0.19 ½ x 0.32 ½.

152. La galera. (República Argentina). Firmada débilmente, abajo y a la derecha. 0.19 x 0.32 ½.

153. La posta. (Santa Fe, República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.17 ½ por 0.32 ½.

154. El corral. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.33 ¼.

155. El saladero. (República Argentina). Firmada abajo a la derecha. 0.18 x 0.33.

156. Pulpería de campo. (República Argentina). No se ve firma. 0.19 x 0.33 ½.

157. No te vayas luz nacida
En mi noche desolada,
Llevando en cada pisada
Un pedazo de mi vida!...
Mi esperanza entristecida
Como un toque de oración,
Para comprar la ambición
De este inmenso amor sin calma
Te trae un cielo en el alma
Y un mundo en el corazón.

Ricardo Gutiérrez.

Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.31 ¼.

158. Caravana en el desierto de Atacama. (Cordillera de los Andes, Bolivia). Firmada abajo a la derecha. 0.19 x 0.33½.

159. Un mercado en Bahía. Firmada abajo y a la derecha. 0.20 x 0.27.

No figuran aquí los numerosos dibujos y croquis que contienen las tres libretas de apuntes que posee D. Antonio Santamarina, pero algunos de ellos se reproducen en este libro.

FIN DEL ALBUM PALLIERE

OBRAS DE PALLIERE EN MUSEOS PUBLICOS Y COLECCIONES PARTICULARES

OLEOS

160. Partida de la Guardia Nacional. 0.27 x 0.36. Museo Histórico Nacional.

161. Palacio de San José. (Entre Ríos). 0.29 x 0.49. Museo Municipal Fernández Blanco.

162. Soldados de Urquiza. 0.23 x 0.45½. Propiedad de D. M. Rodríguez Orey.

163. La cuna. 0.53 x 0.64. Propiedad de D. Pedro Palacio.

164. Paisaje con carretas. 0.30 x 0.50. Propiedad de D. Pedro Palacio.

165. Carretas entrando en la ciudad. 0.61 x 0.75½. Propiedad de D. Carlos Hillmer.

166. Interior de una iglesia de Bolivia. 45½ x 0.27. Propiedad de D. Enrique Bordot.

167. Músicos ambulantes. (Nápoles). 0.48 x 0.62. Propiedad de Da. María L. Drago de Marcó del Pont.

168. En la Pampa. 0.36 x 0.56. Propiedad de Da. María L. García Estrada de Aguirre Lynch.

169. Escena campestre. 0.36 x 0.56. Propiedad de Da. María L. García Estrada de Aguirre Lynch.

170. La mujer del preso. 0.34 x 0.25. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

171. Interior de rancho. Forma circular: 0.22 de diámetro. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

172. Interior de rancho. Forma circular: 0.22 de diámetro. Un boceto al lápiz de este cuadro y del anterior existe en la colección Santamarina. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

ACUARELAS

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL DE MONTEVIDEO

173. Desembarco en Buenos Aires. 0.35½ por 0.30.

174. Alrededores de Buenos Aires. 0.33 por 0.45½.

175. Vista de Buenos Aires desde el Sur. 0.29 x 0.38.

176. Mercado. Plaza Santa Lucía. 0.27 por 0.41.

177. Esquina de Buenos Aires. (Defensa y Victoria). 0.26½ x 0.33½.

178. Panadero. (Buenos Aires). 0.28 x 0.37.

179. Lechero. (Buenos Aires). 0.28½ por 0.35½.

180. Saladero. 0.30½ x 0.93.

181. Carreta en camino. 0.23 x 0.45½.

182. Carneando. 0.27 x 0.41.

183. Gauchos. 0.28½ x 0.32½.

184. Guardias nacionales en la recova del Cabildo. 0.21 x 0.35½.

185. Guardias nacionales en la plaza de Mayo. 0.24 x 0.37½.

186. Gaucho. 0.29 x 0.37.

187. Indios pampas. 0.29 x 0.37.

EN EL MUSEO DE LUJAN

188. Muchachos en burros. Alrededores de Córdoba. 0.42 x 0.57.

189. Soldado a caballo con su mujer en ancas. 0.42½ x 0.57.

190. La mujer del preso. 0.14 x 0.18½.

EN EL MUSEO HISTORICO NACIONAL

191. Casa de Rosas en Palermo. 0.24½ por 0.55.

192. Carretas. 0.24 x 0.37.

193. Muchacho con una perdiz. 0.25 por 0.33.

EN EL MUSEO MITRE

194. Campamento de carretas. 0.22 por 0.36½.

194. Carretas en la playa. 940 x 300 mm.

195. Campamento de carretas. 0.23 por 0.38.

EN EL MUSEO MUNICIPAL FERNANDEZ BLANCO

— **Conducción de una familia en carreta.** Acuarela. 0.56 x 0.36. Firmada abajo a la izquierda.

— **Desembarco en el río de la Plata.** Acuarela. 0.33½ x 0.39. Firmada abajo a la izquierda.

EN COLECCIONES PARTICULARES

197. Tropa de carretas. 940 x 300 mm. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

198. Saladero. 930 x 305 mm. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

199. Damas porteñas. En una esquina de Buenos Aires. 300 x 250 mm.

200. Tejedoras. 0.18 x 0.18. Propiedad de D. Carlos Dormal.

201. Pulpería. 0.18 x 0.18. Propiedad de D. Carlos Dormal.

202. Capataz de estancia. 0.20 x 0.29. Propiedad de D. Roberto Dowdall.

203. Carretas. 0.25 x 0.37. Propiedad de Da. Justa Lynch de del Campo.

204. Carga de caballería entrerriana. 0.25 x 0.36. Propiedad de D. Florencio Lezica Alvear.

— **Coyas.** Acuarela circular. 0.22 de diámetro. Colección de Ricardo Peralta Ramos.

DIBUJOS

205. Paisanos ante una pulpería (a la pluma). Forma circular: 185 mm. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

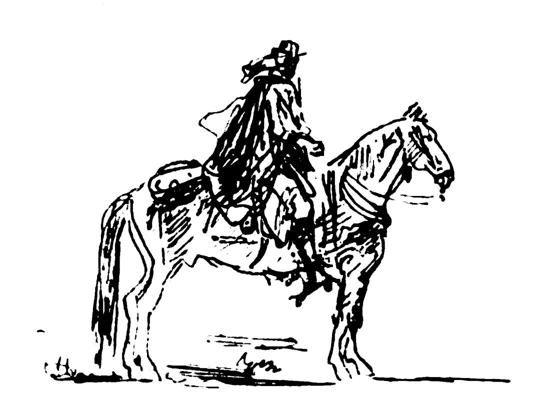
206. Paisaje. Estudio para "La galera". 420 x 290 mm. Colección de D. Alejo B. González Garaño.

207. Porteña saliendo del templo. Apunte. Fechado: "13 de janvier 1861".



EL AGRIMENSOR Apunte para la litografía

C O L O F O N



EJEMPLAR

"LEON PALLIERE" HA SIDO TRADUCIDO Y PROLOGADO POR MIGUEL SOLA Y RICARDO GUTIERREZ. LAS ILUSTRACIONES REPRODUCIDAS FUERON OBTENIDAS DIRECTAMENTE DE LOS ORIGINALES DE LEON PALLIERE PERTENECIENTES A LA COLECCION DE DON ANTONIO SANTAMARINA, DISTINGUIDO BIBLIOFILO A QUIEN LOS EDITORES AGRADECEN SU GENTILEZA. LAMINAS Y TEXTO FUERON ESTAMPADOS EN HUECO OFFSET A UNO, DOS, TRES Y OCHO COLORES, SOBRE PAPEL FABRICADO ESPECIALMENTE PARA ESTA OBRA. SE TIRARON TRES MIL EJEMPLARES, DE LOS CUALES CIEN, CON UNA "SUITE" DE 34 LAMINAS A TRES COLORES Y 8 A OCHO COLORES, IMPRESAS EN PAPEL DE PURO HILO, HAN SIDO SEÑALADOS CON NUMEROS ROMANOS DEL I AL C. EL RESTO DE LA EDICION FUE NUMERADA DEL 1 AL 2.900 Y ENCUADERNADA EN TELA. SE TERMINO DE IMPRIMIR EN LA PRIMERA QUINCENA DEL MES DE OCTUBRE DE 1945, EN **PEUSER**, PATRICIOS 567, BUENOS AIRES, REPUBLICA ARGENTINA.

